
Santiago Díaz Morlán
LLOVERÁ
TIERRA
SECA
SOBRE
ANNUAL


Santiago Díaz Morlán
LLOVERÁ
TIERRA
SECA
SOBRE
ANNUAL


Santiago Díaz Morlán
LLOVERÁ
TIERRA
SECA
SOBRE
ANNUAL
Pàmies

Santiago Díaz Morlán

LLOVERÁ TIERRA SECA SOBRE ANNUAL



Pàmies

Primera edición: septiembre de 2023

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-19301-65-9

BIC: FV

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

ÍNDICE

A mi hijo, por su lucha.

A mi madre, por todo.

A Nacho Redondo.

In memoriam.

«No intentábamos adquisiciones territoriales, ni anexiones de pueblos tan agrios y movedizos… Y ahora se nos propone un Protectorado… Estamos nosotros sanos del ansia de ejercer protección y faltos de medios para intentarlo».

Antonio Maura (extraído de una carta a José Canalejas de 13 de septiembre de 1911)

Dramatis personae

Personajes de ficción

Ángel Eslava: Soldado de 1ª. Regimiento de San Fernando.

Manuel Altamira: Teniente de Intendencia. Expolicía.

Diego Olarte: Capitán de Infantería. Regimiento Ceriñola.

Francisco García Paredes: Capitán de Infantería. Regimiento Ceriñola.

Ben Mizzar: Soldado de Regulares.

Francisco Millán: Capitán de Intendencia.

Dolores (Lola): Viuda de oficial. Confidente.

José Manuel Varela: Sargento de Infantería. Regimiento Ceriñola.

Remigio (el Remi): Soldado de Infantería. 2ª Compañía, Primer Batallón del Regimiento Ceriñola.

Andrés Regalt (Andreu): Soldado de Infantería. 2ª Compañía, Primer Batallón del Regimiento Ceriñola.

Aguado: Teniente de la Policía indígena.

García de Salazar: Capitán médico.

Arsenio López: Cabo asignado al Regimiento Alcántara.

Personajes históricos

Antonio Medina de Castro: Teniente de Artillería.

José Escribano Aguado: Capitán de Infantería.

Manuel Fernández Silvestre: General. Comandante general de Melilla.

Dámaso Berenguer Fusté: General. Alto comisario del Protectorado de Marruecos.

Gabriel Morales y Mendigutia: Coronel de infantería. Jefe de la Policía indígena.

Julio Benítez Benítez: Comandante de Infantería.

Joaquín Cebollino von Lindeman: Capitán de Caballería.

Ernesto Nougués Barrera: Teniente de Artillería.

Francisco Manella Corrales: Coronel de caballería. Jefe del Regimiento Alcántara.

Felipe Navarro y Ceballos-Escalera: General de Caballería.

Joaquín Pérez Valdivia: Capitán de Artillería. Al mando de la batería de Izzumar.

Fernando Primo de Rivera y Orbaneja: Teniente coronel de caballería.

Antonio Tavira: Soldado de Infantería.

Darío Fernández Raigada: Alférez de Infantería.

Antonio Márquez Tellechea: Teniente de Infantería.

Félix Luis Arenas Gaspar: Capitán de Ingenieros.

Prólogo

Estamos solos

Posición Intermedia A, 22 de julio de 1921

Amanece sobre Peña Tahuarda y las primeras luces que recortan la crestería sobre la que se asienta anuncian ya la crueldad de un nuevo e inmisericorde día de fuego abrasador sobre la áspera tierra del Rif.

Amanece y los rayos del sol que nace colorean de un ocre refulgente aquel desordenado montón de rocas, aquella cumbre sobre la que, como un centinela desafiante, se asienta la posición denominada con frialdad militar «Intermedia A».

Amanece y regresa con la mañana la pesada monotonía de un silencio que va a ser roto en breve por el cornetín que anunciará, un día más, que en aquel lugar desolado hay hombres que en nombre de España ofrecen sus días entre el tedio, la incuria y el ansia por un relevo que siempre se antoja demasiado lejano.

La posición es una más de las que, al modo de una antigua y obsoleta forma de hacer la guerra, se encaraman en alturas distantes, aisladas, vigilantes de un terreno que solamente dominan hasta donde alcanzan sus armas. En concreto, Intermedia A es la primera que jalona la cadena montañosa que amuralla una llanura extensa sobre la que en ese sector discurre la pista que une, en largo camino que comienza en Melilla, las bases de Dar Drius, al sur, y Ben Tieb, al norte de la planicie. Esta última es la base de aprovisionamiento del gran campamento general del Ejército español en Annual, ubicada hacia el noroeste, al otro lado de la gran masa pétrea de Izzumar y punta de lanza del avance español en dirección hacia la bahía de Alhucemas, el corazón del Rif. Intermedia A se alza a la altura de la citada Ben Tieb, y en dirección norte y a lo largo de las diferentes elevaciones que dominan el llano, como pequeños reductos apenas visibles, se ubican la de Yebel Uddia, a apenas kilómetro y medio, Intermedia B, y ya junto a los inaccesibles roquedales de Izzumar, controlando su paso,

Intermedia C. En todas ellas la vida transcurre monótona y vigilante para un puñado de soldados que precisan ser abastecidos de todo para vivir y así, con su presencia, mostrar al rifeño, rebelde y hosco, que España avanza incontenible por sus tierras. Un avance prematuro e inconsciente, temerario, como el propio general Silvestre, orgulloso de exhibir un poderío militar que reivindica antiguas glorias.

Pero nada de eso le importa hoy a Ángel Eslava Gallardo, soldado de primera encuadrado en una de las dos secciones de la 3ª Compañía del Tercer Batallón del Regimiento de San Fernando destacadas en aquella posición. Acompañan a los infantes en su vigilia dos ametralladoras y una batería de artillería con dos pequeñas piezas Schneider de montaña a cargo de un joven teniente. Poca cosa, como también lo son cada una de las endebles fortificaciones que a toda prisa decidió ubicar en aquellas cumbres el mando, con la tarea de proteger su avance hacia el noroeste, desde su flanco izquierdo.

Oriundo de la provincia de Soria, a Ángel Eslava no le importan hoy ni las razones de la guerra, ni la táctica, ni el calor, al que está acostumbrado, ni la aspereza de un terreno que por otra parte le resulta familiar. Él proviene de Rello, un podio de piedra que se eleva desafiante sobre el horizonte, como la peña en la que ahora transcurren sus días. Un lugar aislado a medio camino entre Berlanga de Duero y Medinaceli, y sabe bien lo que es la soledad y dureza de un campo poco generoso. Más alto que bajo para la media de sus paisanos, Ángel mira desde unos ojos desde los cuales la dulzura de su tonalidad parda contrasta con un cuerpo recio, como de niño grande, porque los contornos de su rostro son suaves y limpios, no castigados aún por una barba que apenas pugna por crecer tímidamente. El tosco uniforme verde caqui reglamentario no le queda holgado y los correajes de cuero ya decolorado que viste con cierto desaliño le dan un aire desangelado que, no obstante, se asemeja y mimetiza con el del resto de la tropa allí destacada.

Hoy solamente le interesa abrir cuanto antes el sobre que con un guiño cómplice le ha entregado Paco, el soldado que reparte el correo desde Dar Drius. Una vez por semana Francisco Gómez asciende en mulo por el tortuoso sendero que salva la empinada pendiente de Peña Tahuarda desde un recodo del camino que comunica con Ben Tieb. Ángel lleva esperando noticias de sus padres desde hace más de un mes. Sentado a la entrada de la tienda cónica en la que convive con sus compañeros de milicia, manosea el sobre. En él, escrito con letra de grafía impecable, puede leer su nombre, el de su regimiento, su batallón y su compañía, la tercera. Porque Ángel Eslava sabe leer. Y escribir. Le enseñó don Julián, el párroco del pueblo, apiadado de él por haber tenido que dejar la escuela tan pronto. Fue

obligado por las circunstancias a pastorear las escasas ovejas que, menguando número cada año, fueron compañeras de largas caminatas al cabo de las cuales aún tenía fuerzas para asistir, embelesado, al resultado mágico que proponían las letras ordenadas sobre la pizarra del sacerdote. «Un pastor ilustrado», solía decirle don Julián mientras sonreía. Y el caso es que en su sección él es de los pocos que lee con fluidez y escribe con soltura, lo cual lo convierte en alguien popular. Ha aprendido a sacar beneficio de sus conocimientos y sabe transmitir en cada carta que le encargan los sentimientos que aquellos hombres intentan compartir con sus allegados, las preguntas cuya respuesta más anhelan, sus deseos, el amor formal, el respeto, el miedo, la angustia y la esperanza. Tiene la carta entre sus dedos. Sabe que la mano que ha escrito su nombre es la de don Julián, pero las palabras son las de sus padres. De eso está seguro.

—¿Carta de la novia, Ángel? —La voz del teniente de artillería Antonio Medina le sobresalta. Prueba torpemente a ponerse en pie y saludar, pero el oficial lo detiene con un ademán.

—¡A la orden, mi teniente! —Ángel, pese a todo, consigue incorporarse y balbuce, tímido mientras saluda—. No, mi teniente; no tengo novia. Aún no. —Baja la mirada, como avergonzado—. Es de mis padres, ¿sabe usted? Mis padres… —Se queda pensativo mirándose la punta de sus alpargatas reglamentarias, raídas ya por tanta tierra marroquí bajo sus suelas.

El oficial es muy joven, y lo escucha atento. Probablemente sabe lo que se siente. Hay un rayo de bondad en su mirada. A Ángel le cae bien. Siempre le pregunta, se interesa por él, sabe su nombre. Trata a todos en la posición con respeto, y es correspondido. Delgado, animoso, sonriente, es otro castellano —de Valladolid— que parece adaptarse a cualquier situación, por dura que parezca. De vez en cuando, al quitarse la gorra, no puede evitar un gesto de inútil coquetería al atusarse los escasos mechones de un pelo rubio que ya ralea. Se muestra feliz, y contagia su alegría. Durante unos segundos lo observa antes de contestar.

—¿Sabes, Ángel? Es bueno estar enamorado. Cuando vuelvas a España tienes que encontrar a una mujer que te quiera. No hay cosa igual —termina, asiente para sí y, sin dejar de sonreír, devuelve el saludo a su subordinado y se da la vuelta en dirección a la tienda del capitán que comanda la posición.

Ángel le mira alejarse mientras con la mano libre del protocolo militar casi arruga la carta que se dispone a leer. Él ya sabe que el teniente tiene quien lo espere. Lo sabe porque en ocasiones le ve escribir,

sentado en soledad sobre una pequeña roca junto al parapeto, ese minúsculo cercado de piedras que los de Ingenieros construyeron a toda prisa, culminadas sus escasas alturas con unos cuantos sacos terreros medio podridos. Lo ve y siente, al contemplarlo furtivamente, una secreta envidia por la felicidad que transmite. Allí, en aquel lugar olvidado, el oficial hilvana palabras de amor bajo las estrellas, y Ángel se imagina a sí mismo garabateando sus sentimientos en unas cuartillas que contengan todo lo que él querría entregar de su pasión tosca y sencilla para quien quisiera recibirlo. Suena entre tanto el cornetín, porque corneta como Dios manda no hay en aquella roca. Perpetra más que toca una desabrida diana que hace callar a las chicharras que, madrugadoras, ya anuncian con sus cantos el calor que un día más asfixiará a los hombres. Éstos se desperezan, poco a poco, bajo la tutela de una bandera que gualdrapea sobre ellos con la leve brisa de las cumbres y en la que se decolora ya el ajado escudo ovalado de la monarquía española.

La luz ya ciega con su claridad a cuantos salen de la penumbra de sus tiendas cónicas, dispuestos a acometer, tras un frugal bocado, los servicios asignados. Son ochenta y cinco hombres los que comienzan su afán, y Ángel, entre ellos, se encamina a recoger su máuser reglamentario. Apenas lo ha disparado en un par de ocasiones, pero sabe que allí, en África, el fusil lo es todo. Aunque para eso, para combatir, ya están los regulares; y la Policía indígena, los profesionales nativos al servicio de España en Marruecos. Para disparar por ellos. Y si disparar es importante para nuestros moros —piensa—, también para los que están enfrente cuando los observan adustos, armados, los jefes de sus tribus, las cabilas, haciendo improbables protestas de sumisión al poder peninsular. Mientras tanto, los soldados avanzan por aquellas tierras quemadas, dejando que las tropas de choque indígenas les abran el paso en los puestos de peligro, para evitar bajas europeas. Ángel sabe todo eso porque lo ha visto con sus propios ojos. Lo agradece, pero también ha captado la mirada de desprecio en el rifeño cuando contempla a aquellos soldados que nunca disparan. Por ello, mientras se cuelga el arma del hombro, piensa que, por si acaso, disparar también debe ser importante para él. Nunca se sabe. Y piensa con razón. Ajustada su gorra —ese tocado absurdo que le hace sudar en su redondez de basta tela azul sin visera, con sus dos líneas rojas paralelas—, se cruza con los once artilleros que se dirigen mecánicamente hacia sus dos piezas, ubicadas en pequeñas aberturas del parapeto, a la espera de un servicio de vigilancia rutinaria, casi olvidados ya los ecos de unos disparos lejanos que provenían del sudoeste de Annual y que ayer mismo perturbaron el silencio pétreo de aquel paraje. Apuntan a la

nada, hacia un frente inhóspito de rocas desnudas del que solamente los separan dos hileras de alambradas ubicadas demasiado cerca del pequeño murete que los cobija a todos.

Ajeno al trajín que de repente ha removido la calma del amanecer, se decide por fin a abrir la carta. No entra de guardia en el parapeto hasta dentro de una hora, y por ello, alejado en la medida que puede hacerlo en un reducto tan pequeño, se sienta sobre una caja de munición semivacía, apoya el fusil entre sus piernas y rasga con un dedo el sobre. Sus manos tiemblan. Es la letra de don Julián, pero también son sus palabras.

«Hijo mío, Ángel:

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien de salud y Dios Nuestro Señor haya preservado tu vida, el don más preciado que Él nos regala. Ese don que Él ha querido darte pero que ha pasado a ser el de la vida eterna para tu madre. Nada pudo hacerse ante su enfermedad, que llegó tan pronto y se fue tan rápido tras consumar su desgraciada labor en ella. Ten por seguro que Dios la tendrá ya en su seno. Murió dentro de la Iglesia, donde ella siempre había vivido conforme a sus enseñanzas, y sus últimas palabras fueron para ti, lo cual demuestra lo mucho que te quería. Tu padre me dice que te cuides y tu hermana reza todos los días por ti, como yo también lo hago. Debes ser fuerte, Ángel. Mantén viva tu Fe y Él te ayudará a regresar sano y salvo.

En Rello, Soria, a veinte de junio de 1921».

Lee una y otra vez la carta mientras siente que el mundo detiene su marcha. Percibe sobre sí, de repente, todo el vacío de la pérdida, súbitamente, sorpresivamente, casi a traición, y sus dedos aferran el papel arrugado, mensajero de muerte, mientras aquellos ojos que intentan recordar el tacto suave de una mano que acaricia su mejilla en la despedida de una vieja estación de tren se humedecen incontenibles.

No puede ver, no escucha la orden del sargento llamando a formar para dar novedades al capitán. «Sin novedad, mi capitán», dirá el teniente Medina, que hoy ha estado de guardia. Y el capitán José Escribano Aguado asentirá con ese gesto serio de hombre adusto y recio. Tiene que

rescatarlo de su ausencia Feliciano, Feli, camarada de compañía y sección desde que se encontraron tras aquella llegada casi en barbecho al muelle de Melilla, tras la travesía desde Málaga, manta cruzada, pequeño hatillo, boina calada, pana tosca por pantalones, cuerda por cinturón y vieja camisa de domingo.

—Ángel, ¿te encuentras bien? ¡Anda, venga! ¡Levántate, hombre! —Lo agarra por los hombros mientras sigue preguntándole—: ¿Pero qué te pasa, compañero?

Ángel se levanta como un autómata, como un muerto en vida que mira sin ver y se deja conducir dócilmente mientras mantiene aferrada entre sus manos la carta que acaba de trasladarlo a un mundo de ausencias que en aquel lugar se hacen más profundas y sórdidas.

Ya forman los hombres, torpemente, desperezándose, fusil pegado a la pierna derecha mientras miran al frente, observados por los oficiales que esperan novedades, mientras otros se dirigen a su servicio en el parapeto. Y es como siempre, al menos como los días que lleva allí destinado. El sargento termina el recuento y da novedades al teniente, quien, a su vez, las traslada al capitán, que asiente y devuelve el saludo. «Sin novedad, mi capitán», ha dicho, efectivamente, el teniente Medina, y el oficial superior, comandante del puesto, le ordena que rompan filas mientras Ángel acude a su puesto en el flanco oeste del recinto, acompañado por Feli, que lo mira de reojo, preocupado.

Ángel se acerca al parapeto y se instala, arrodillado tras una pequeña aspillera toscamente construida con algunos de los cantos que, precisamente aquí, en esta peña desnuda, no faltan. Introduce el máuser por la abertura y fija su vista en el horizonte enmarcado por las lejanas peñas envueltas en bruma. Allí a lo lejos dijo el capitán que en días claros podía distinguirse la cumbre de Abarrán, en dirección a la anhelada Alhucemas, lugar del primer revés de aquel ejército que su general, Manuel Fernández Silvestre, creía amparado por una buena estrella, la misma que alardeaba de tener personalmente. A él en estos momentos tampoco le importa aquella montaña lejana. No le interesa recordar lo que le contaron que sucedió aquel primero de junio: aquella decisión de penetrar más allá del campamento general, hacia el oeste, desafiando a las tribus insumisas en terreno de la dubitativa cabila de Tensaman. Después, la instalación defensiva precipitada e insuficiente, los primeros disparos nada más abandonar el convoy la montaña que acababan de coronar y en la que habían instalado una endeble posición —una más—. Finalmente, la defección de la Policía indígena allí destacada, disparando a los artilleros españoles a traición, el asalto, la muerte de los oficiales, la pérdida de los cañones insensatamente posicionados en aquella cumbre y, con tal pérdida,

el trofeo de guerra de aquellas bocas que escupen fuego, metralla y muerte y que por primera vez los jefes rifeños pasean por los zocos como banderín de enganche de combatientes para formar el harka, llamando a la guerra santa contra el infiel, infiel que ante ellos adoptaba la forma de aquellos españoles que —lo habían comprobado— morían bajo sus balas como cualquier otro. Es el primer aviso de lo que está por venir. Pero nadie hace caso de aquella pérdida. Y Ángel con ellos tampoco. Le impresionó el relato, pero ahora todo le queda lejos, absorto en sus recuerdos de besos, abrazos y sacrificios. Ay, madre, piensa, pero ahora contiene las lágrimas, la vista perdida en aquella mañana que para él ha comenzado con funestos presagios. No llorará más. Eso se ha propuesto. De nada sirve y nada le aporta. Y así, desde aquella triste calma recién recuperada, se dispone a cumplir, como siempre, su servicio.

Avanza la mañana sobre Intermedia A, y hace ya tiempo que, tras clarear el día, la brisa del amanecer no agita los escasos arbustos que crecen junto a las alambradas y ya no se exhibe libre la bandera, que ahora cuelga sobre su rudimentario mástil, abatida, sin vida. Son las once y el teniente Antonio Márquez Tellechea, al mando de los nueve hombres que atienden la sección de ametralladoras destacada en la posición, se incorpora. Ha terminado, como breve almuerzo, con desgana y casi asco, una de las omnipresentes latas de sardinas que últimamente se han convertido, ante la escasez de leña para encender fuego en el que cocinar algún potaje caliente, en el habitual régimen alimenticio de aquel reducto. El capitán, juiciosamente, ha prohibido utilizar para ello las estacas que mantienen en pie la alambrada. Tampoco hay apenas agua —están a la espera del nuevo suministro que debía llegar hoy mismo— con la que se pueda no sólo beber, sino también guisar algún rancho caliente. Mascullando una maldición que sus hombres fingen no escuchar, saca sus prismáticos de la funda y mira de forma rutinaria en dirección norte, hacia Izzumar. Allí, asentada en las alturas de aquella muralla hendida por barrancos que es la estrecha puerta que comunica Annual con su base de aprovisionamiento de Ben Tieb, se encuentra ubicada, protegiendo el paso, una pequeña guarnición formada por una batería de cuatro piezas Saint Chammond de 7,5 al mando del capitán Joaquín Pérez Valdivia —¿o estaba al fin en ella el comandante Martínez Vives?—. Al menos así debería ser. El teniente Márquez aparta de sus ojos los prismáticos y trata de ver por sí mismo, como si el esfuerzo pudiera ofrecerle otra respuesta diferente de lo que está contemplando. Se ayuda de nuevo de la óptica y durante unos segundos mira absorto. Los soldados a su cargo, que habían comenzado a limpiar en aburrida rutina y como todas las mañanas las dos viejas ametralladoras Colt, cesan en su tarea. Detectan que ocurre algo anormal. Algunos se

incorporan, otros se encaraman al parapeto hasta que la mirada furiosa del oficial les hace volver a su puesto. Márquez no dice ni palabra, y cuando se da la vuelta para avisar al capitán, los hombres comienzan a ver en la lejanía pequeñas nubes de polvo rojizo que se elevan, discontinuas, por entre la barrancada que serpentea a los pies de unos cañones que permanecen mudos.

El capitán Escribano acude al flanco norte de la posición, acompañado por el alférez Darío Fernández Raigada y el teniente Medina. La oficialidad al completo escruta el horizonte mientras la tropa aguarda expectante. La actividad cesa en Intermedia A mientras, cada vez más claramente audibles, el eco de las paredes de aquellas montañas inhóspitas les hace llegar el crepitar de disparos.

—¡Ese hijo de puta! —Escribano no oculta su indignación. Su voz grave alcanza todos los rincones de la posición y pone en alerta a los soldados. Saben que su capitán es hombre adusto, pero su autoridad reside precisamente en su contenida gravedad. Jamás lo han visto así. Veterano de las campañas de 1909 en el Gurugú y los campos de Nador, es de los que mandan con la mirada, sin necesidad de explicar las cosas, que se hacen porque deben hacerse. Porque así está hecho el orden. Y sus hombres no discuten ni remolonean. Obedecen.

—¡Ese hijo de puta! —repite—. Ese cabrón malnacido de Pérez ha abandonado sus cañones. Se ven allí, los cuatro. ¡Nadie sirviéndolos! —Apunta con su mano derecha hacia Izzumar mientras Márquez y Medina de Castro orientan en la dirección señalada sus prismáticos; el alférez Fernández Raigada, sin ellos, intenta atisbar algo tras sus gafas de miope.

—No lo comprendo. ¿Qué está pasando, mi capitán? —pregunta Márquez, aún incrédulo.

Escribano tarda en responder. Dirige su mirada hacia Intermedia C, que no puede distinguirse a simple vista. Supuestamente protege el acceso al paso del Izzumar y apoya desde las alturas la batería asentada en éste.

—No hay bandera en Intermedia C. También Reyes la ha abandonado.

Escribano frunce el ceño. Conoce bien al capitán Reyes, y le resulta extraño ese comportamiento.

—Algo grave está ocurriendo —dice, recuperada su habitual contención.

De repente se escuchan con claridad más disparos. Suenan como una tormenta de granizo sobre la piedra. Son descargas rápidas que llegan nítidas. Se lucha en Intermedia B. Todos miran en la dirección de aquel reducto, similar al suyo, que puede observarse —esta vez sí— a simple vista en la lejanía. Los estampidos secos de los cañones alcanzan con retraso a la guarnición de Intermedia A, al tiempo que se disipan en el aire, como jirones de niebla efímera, las bocanadas de humo blanco de una artillería que, tras varias detonaciones, súbitamente enmudece.«»

Todos asisten incrédulos al drama. Parecen estar viviendo algo irreal, un espectáculo, una tragedia lejana que, sin embargo, la guarnición no da muestras de asumir aún como propia. Allí, a escasos kilómetros, hay soldados, hay compañeros que luchan. Ayer estaban vivos y hoy casi ante sus ojos están muriendo. Lentamente van dejando de escucharse los disparos hasta cesar por completo.

—Han caído. —La voz del teniente Medina se escucha lacónica, lúgubre. No mira a nadie. Escribano se quita la gorra de plato y se seca el pelo del sudor que lo empapa. Contempla así aquel horizonte humeante. En Intermedia A nadie habla por unos momentos. Ángel, desde su puesto, asiste como los demás, sorprendido, atenazado por una angustia creciente que lo bloquea. Aparta de sí con gran esfuerzo el recuerdo lacerante de su madre muerta y aferra el máuser como si en él residiera la única oportunidad de la salvación o la pérdida. Porque ésos son los pensamientos que ahora se agolpan en su mente: vivir o morir. A eso se viene a África. En eso consiste aquel servicio.

De repente, Escribano reacciona. Con voz firme, templados sus nervios, recuperando la entereza de veterano en la milicia, consciente de la gravedad del momento, ordena:

—¡Soldado! —dirige su mirada hacia un recluta que permanece en pie junto a su tienda—. ¡El mangín! ¡Rápido! ¡Tráeme ese heliógrafo de mierda que tenemos y vamos a preguntar qué coño está pasando!

—Mi capitán… —El susurro con el que le llega la voz del teniente Medina hace apenas audible lo que se figura una confidencia.

—Dígame, teniente. —Escribano sigue observando el Izzumar mientras escucha al joven oficial.

—¿Deberíamos dar la alerta? Los hombres parecen asustados. ¿Qué les decimos?

El capitán baja sus binoculares y mira a su alrededor. Decenas de

jóvenes soldados lo miran, como paralizados. Algunos al pie del parapeto, otros en mitad de la posición, quebrado su ánimo al escuchar sus imprecaciones, alterada su rutina de guarnición por los disparos y el fuego. Esperan algo, una explicación, un aliento. El miedo asoma a sus rostros y Escribano siente de repente una profunda pena, una piedad insondable por aquellos jóvenes arrancados prácticamente del abrazo de sus madres para venir allí, a aquella tierra ajena y abrupta, para morir o en su caso regresar al cabo de tres años de un servicio penoso que los transformará para siempre. Pero son sus hombres. Están bajo su cargo. El reino y, por supuesto, el destino los ha encomendado a su cuidado. Al suyo, al del capitán José Escribano Aguado. Son ahora, en cierta manera, por edad y experiencia, sus hijos. Y es consciente de que, como un padre, deberá hablarles. Y lo hace, y su voz suena potente traspasando las quebradas que hieren la roca más allá del parapeto.

—¡Soldados! —Hace una pausa mientras recorre con la vista los rostros de cada uno de ellos. Lo escuchan. Quieren encontrar una explicación, pero sobre todo una guía de conducta. Escribano prosigue—: ¡Soldados! No sé qué es exactamente lo que está pasando, pero no creo que os haga un favor quitándole importancia. —Carraspea, traga saliva y continúa—: La realidad es que estamos aquí para algo más que para pudrirnos y desfallecer cegados por el sol. Estamos porque España quiere que estemos, y eso debería bastarnos. Parece, no obstante, que habrá jaleo. De eso estoy seguro. Por tanto, ha llegado el momento de demostrar de qué estáis hechos. Yo no pido héroes. La patria está sobrada de ellos. Yo solamente os pido que cada cual cumpla con su deber, y será suficiente. —Respira hondo y señala la bandera, que gualdrapea de nuevo, ahora levemente, como enterada de que debe cobijar con su vuelo a los que allí se encuentran bajo su amparo—. Mirad esa bandera. Miradla bien, porque va a permanecer en ese lugar mucho tiempo. No sabemos qué está ocurriendo. Desconocemos los porqués y las razones, pero no nos incumbe entenderlos. Nosotros cumplimos órdenes, y si éstas son rectas y la voluntad es fuerte para obedecerlas, todo irá bien. —Se encarama al parapeto—. Esta posición es pequeña, pero tenemos nuestra artillería. —Señala a los sirvientes de las piezas, agrupados ahora junto a su joven teniente, y, al resaltar su importancia, sonríen tímidamente, secretamente orgullosos mientras Medina asiente—. Tenemos también ametralladoras. Pero, sobre todo, tenemos la firme convicción de que a nuestro regreso a casa, porque regresaremos, nadie, nunca, podrá miraros y dejar de decir que cumplisteis con vuestro deber. Yo estaré siempre a vuestro lado.

Escribano desciende del muro tras su parlamento y se dirige hacia su

tienda. Parece satisfecho. Los soldados lo están. Tras unos segundos de silencio, los oficiales lo rompen impartiendo órdenes con firmeza y la tropa se mueve electrizada, obedecen los hombres y hay en su interior una nueva fuerza que los guía, que los ayuda a superar su miedo. Saben que hay alguien en ese punto perdido que sabe mandar. Y ellos cumplirán su parte.

—Transmite, soldado. —El capitán apenas mira al telegrafista que maneja el viejo aparato de señales luminosas que los comunica con Ben Tieb y Dar Drius y dicta—: «Desde Intermedia A. Solicito informe situación en campamento general». —Y añade—: «Y órdenes. Guarnición en alerta». Eso es todo. —Mira por fin al soldado. Ha terminado de enviar los destellos accionados por la palanca que transmite luces cortas, luces largas, los códigos establecidos para hilvanar el mensaje. Es apenas un niño. Le sonríe—. ¡Levanta ese ánimo, hombre! Volverás con los tuyos—. Pero, tras girar sobre sí mismo, un rictus de amargura ensombrece el rostro del capitán.

Transcurre una hora y el tiempo cae sobre aquellos hombres como una losa. El sol aprieta, y ya no se escuchan disparos. Tampoco se recibe respuesta de Dar Drius ni de Ben Tieb. No hay noticias. Una columna de humo negro asciende en la lejanía como presagio siniestro. Se reparte un cuartillo de agua para aliviar la sed. No hay mucho más. El teniente Medina repasa una y otra vez la contabilidad de los proyectiles con los que cuenta su batería de montaña. Insuficientes para un combate prolongado. Palmea y anima a sus artilleros. Ángel, situado en una de las aspilleras del lado oeste de la posición, aguarda expectante. Ahora siente que su madre está junto a él más que nunca. Es una percepción inexplicable, pero él lo sabe. Aferra su máuser y vigila atentamente su sector, más allá de las alambradas. Junto a él, Feli le lanza un guiño.

—¡Ánimo, Angelillo! Que pronto podrás contar esto en el pueblo y las mozas te perseguirán. A las mujeres les gustan los valientes. No lo dudes.

Una sonrisa asoma al rostro del soriano. Admira esa vitalidad en su amigo. Él es más callado, y ahora, con sus palabras, la imaginación vuela hacia una mujer, casi una cría, que vive en Medinaceli y que lo miró un día con ojos penetrantes aquella vez que pudo acercarse, tras varias horas de caminata, al pueblo del arco, como lo llamaba su padre. ¿Volverá a verla? ¿Pensará de él que es un valiente? ¿Tendrá Feli razón?

—¡Mi capitán! ¡Venga a ver esto! —La voz de uno de los soldados

apostados en el lado que da frente al valle, al este, rompe las meditaciones de Ángel. Escribano acude con rapidez, nunca a la carrera y no sin antes ordenar a Medina y Márquez, en tono firme pero sin denotar nerviosismo, que apresten sus piezas y sus máquinas. El capitán alcanza el muro construido sobre la inmensa cortadura que cae a pico hacia la llanura por donde se contempla claramente la pista que une Ben Tieb, casi en las faldas de aquella montaña, con Dar Drius, que se vislumbra a lo lejos. Se encarama en el parapeto y, apoyando sus codos sobre los sacos terreros, dirige sus prismáticos hacia la nube de polvo que por momentos oculta el camino. No hacen falta. Se aprecia a simple vista.

A los pies de la posición, en el llano, una masa de hombres, animales y carros se dispersan en desorden por la pista. No se escuchan disparos, pero se adivina la prisa. Sobrepasando la muchedumbre, algunos automóviles rebasan a los infantes a toda velocidad. Escribano observa la escena con nerviosismo. Jinetes que azuzan sus monturas cabalgan levantando un ominoso rastro de polvo que ahoga a los fugitivos, a los que dejan atrás. Porque eso es lo que parecen: fugitivos. Miles de hombres se alejan de Ben Tieb, rebasándola, y, convertidos en turba, avanzan entre el caos de oficiales sin sus soldados, cañones a la carrera, apartados los pesados armones junto al camino, golpeadas con saña las caballerías que los arrastran, mientras se desprenden de las artolas las cajas de munición que, al caer, desparraman su contenido por la tierra ante la indiferencia de la tropa que, sin guardar ningún tipo de formación, aligera el paso en un tropel informe e incontenible.

Todos han enmudecido en Intermedia A, mientras ante sus ojos tiene lugar la desbandada. El deprimente espectáculo mantiene mudo a Escribano, que continúa observando la tragedia. Y ve. Ve a soldados sin armas que ya no lo son, oficiales que no guían a sus hombres, con sus guerreras desgarradas al haberse arrancado los símbolos de su rango. Ya no hay ejército, sino turba que huye, que escapa por puro terror, abandonada de guía, sin mandos, por incuria o abdicación de éstos, dejando un reguero de restos diseminados a su paso. Pero siguen sin escucharse disparos. Es simplemente el pánico, el ansia por sobrevivir, la ausencia total de disciplina, el instinto abandonado en libertad. Una explosión se escucha y todas las miradas desde la posición se dirigen hacia Ben Tieb. Las llamas comienzan a devorar sus edificios. Ha estallado el polvorín. Ben Tieb se abandona.

—¿Pero qué cojones está ocurriendo aquí? —Escribano lanza la pregunta para sí. No espera respuesta. No puede esperarla porque nadie sabe qué está ocurriendo. Pero se intuye. Tantos hombres solamente pueden provenir del campamento general, de Annual.

¿Annual, abandonado? El capitán ventea la catástrofe. El espectáculo es deprimente. Pero reacciona con rapidez.

—¡Soldados! ¡Cada uno a su puesto! ¡Permaneced alerta! —Se gira hacia el interior—. ¡Telegrafista! ¡Transmite! —Y dicta de nuevo—: «Desde Intermedia A solicito órdenes con urgencia». —Y dirige su mirada hacia la lejanía de Drius, esperando pronta respuesta.

Mientras tanto, con el eco de las explosiones de los depósitos de Ben Tieb como fondo aterrador, la masa de hombres se aleja por la pista en el valle y la nube de polvo que levantan parece querer enterrar con ella los restos de un ejército que se deshace, y, con él, España en el Rif. Y mientras el ánimo de la guarnición trata de recuperarse de aquella visión, se escuchan los disparos que, primero espaciados y luego con mayor cadencia, comienzan a romper sobre la posición. Y desde el parapeto aún es audible una voz, amarga y dura:

—¡Yebel Uddia arde! Estamos solos.

1

La carta

Madrid, 1 de junio de 1921

No veía bien de cerca desde hacía tiempo. Manuel Altamira López, teniente del Arma de Intendencia destinado en el cuartel de la Montaña en Madrid, acercó su rostro al papel del periódico para poder leer correctamente la letra impresa más allá de los titulares. Asiduo lector de El Sol, encontraba que día a día el mundo que sus páginas reflejaba le resultaba cada vez más ajeno. Aislado en sus dependencias militares, llevaba una vida que él consideraba suficiente pero que muchos otros entendían innecesariamente monacal, apartada de todo tipo de contactos sociales —que veía pueriles—, alejada del ruido de unas calles que cada vez le parecían más extrañas, pobladas de un trasiego que le agobiaba por estridente. Distanciado de una década que, al fin, en aquel Madrid ardía arrojando a su propia hoguera, para alimentarla, el trajín de los nuevos tiempos. El metro profanando el subsuelo, los tranvías de traqueteo incómodo y peligroso, aún los aguadores y el ganado mezclado con el claxon de unos automóviles que poco a poco se adueñaban de un asfalto que sustituía inexorablemente el adoquín del que ya no era el poblachón manchego que él, sin embargo, añoraba.

Siguiendo su propio ritual, pasaba cada página leyendo de manera exhaustiva su contenido, ayuno aquel día de noticias de interés: proseguía el avance de las tropas españolas en Marruecos, sometidas las cabilas al poderío europeo, asombradas por la audacia y la técnica militar moderna. Annual se anunciaba como el adelantado campamento principal de las tropas en primera línea. El Parlamento continuaba su habitual sesteo anodino, con sesiones que no ponían en aprieto al Gobierno, que dejaba hacer y transmitía la calma que una sociedad optimista necesitaba para crecer. Anuncios que proclamaban en tinta un ungüento mágico para aliviar los callos, mezclados con admiradas apreciaciones sobre las excelencias de un coñac de Pedro Domecq. «Llorens y Fdez. Negrete, Academia de preparación militar» avisaba en grandes caracteres de la lista

de ingresados en la última convocatoria. Sonrió levemente el teniente. Él no tuvo que aprobar ningún examen. Deportes y toros no le interesaban demasiado, pero copaban las páginas centrales hablando aún de la muerte de Joselito en mayo del año anterior, una aciaga tarde en Talavera, y cómo había conmocionado a su rival, Belmonte, que desde entonces —argüía el cronista— ya no era el mismo. Aburrido, Manuel cerró el periódico y lo dobló con cuidado para dejarlo sobre la mesa de mármol de aquel café de la nueva Gran Vía en el que había parado para releer con atención y calma, tras un desayuno más aceptable que el suministrado por la infame cocina del cuartel, la orden que, desde el Ministerio de la Guerra, le había entregado un sorprendido ordenanza a primera hora de aquella mañana. Apartó de la superficie la taza con los restos del chocolate y el plato que había contenido unos demasiado grasientos churros y situó ante sí el sobre con el membrete oficial. Observó de reojo la codicia con la que algún parroquiano miraba el ejemplar del periódico ya usado y, sin inmutarse por ello, leyó de nuevo las escuetas líneas que —él aún no sabía hasta qué punto— habían alterado su monótona rutina:

«Ministerio de la Guerra

Negociado de Marruecos

Por orden del Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, se convoca al Teniente de Intendencia D. Manuel Altamira López a las dependencias de este Negociado del citado Ministerio a las diez horas de la mañana de los corrientes al objeto de tratar asuntos de interés que conciernen a la defensa nacional. Uniformidad de paseo, sin armamento reglamentario. Deberá ser portador de la Presente.

En Madrid, a uno de junio del año mil novecientos veintiuno».

¿Asuntos que conciernen a la defensa nacional? ¿Por orden del ministro? Manuel no conocía personalmente a don Luis de Marichalar y Monreal, vizconde de Eza. Dada la diferencia de clase, tal conocimiento se antojaba realmente inimaginable. Sin embargo, era cierto que su cuñada estaba felizmente casada con uno de los generales del Estado Mayor del Ejército. Seguía manteniendo el contacto con ella, y precisamente por ella sabía que el ministro se trataba de un aristócrata poco inclinado al mando, al

parecer político por servicio y responsabilidad y con un talante apacible y noble, quizás inapropiado para lidiar con aquellos jefes ávidos de victorias heroicas unos, recelosos de sus tranquilos destinos otros. ¡Aquellos militares! Divididos entre africanistas y los denominados junteros, ambos grupos pugnaban entre sí por favorecer sus intereses. Demasiado viento traicionero en las velas de aquel navío para tan apocado y bienintencionado capitán. Los junteros y las Juntas de Defensa. Nunca le habían interesado a Manuel los reclutamientos que, en su propio cuartel, observaba crecer entre los mandos para participar en aquel movimiento de soterrada rebeldía de apariencia sindical. Repasó mentalmente, mientras contemplaba su reflejo en el enorme espejo del café, la sorpresa que había causado el nacimiento de aquel grupo de jefes que, de capitán a coronel, pugnaba por conservar sus ascensos por estricto orden de antigüedad, en contra de los propiciados por acciones en combate. Sobre todo en Marruecos, una lucha de la que aquéllos rehuían con ahínco más propio de oficinistas ociosos que de líderes de hombres en guerra. Las Juntas de Defensa habían comenzado como un pequeño grupúsculo de oficio indignado, pero con el paso del tiempo habían conseguido convertirse en un poderoso grupo de presión que, desafiando incluso al generalato, consiguió del Gobierno la fijación legal de la preferencia en el escalafón por el único mérito de la antigüedad, relegando los ascensos por acciones de guerra a algo excepcional. Así, Marruecos se convertía en destino poco apetecible si no iba acompañada la exposición al peligro de una recompensa en cargo y sueldo, y mientras tanto los junteros se convertían en asiduos socios de casinos, indolentes jefes en cuarteles peninsulares, mandos con aversión al estudio y criadores de panzas orondas e influencia cortesana.

Manuel suspiró imperceptiblemente. Él no era así. Solamente aspiraba a llevar una vida tranquila y ordenada. Era metódico y disciplinado, y el Arma de Intendencia le ofrecía la posibilidad de aplicar su meticulosidad en las cuentas, haberes, suministros y soldadas. Ya había tenido bastante acción en su vida. No aspiraba a ascensos. Con su sueldo se daba por satisfecho mientras se le pagara regularmente, cosa que no siempre sucedía, y la aversión que mantenía de antiguo a la indisciplina y el desorden le hacía sentir una profunda antipatía hacia aquellos jefes que se abandonaban, con su protesta e influencia sobre el Gobierno, a la molicie, amparados en una pretendida dignidad ofendida y sustentados en la amenaza continua.

Se levantó al fin. Comprobando su reflejo, se ajustó la guerrera. Su bigote empezaba a insinuar algunas canas que denotaban ya sus cuarenta y cinco años recién cumplidos. De complexión delgada y rostro afilado, remarcado por una nariz aguileña que realzaba su aspecto de monje guerrero, taciturno y serio, mantenía una envidiable forma física gracias a los ejercicios que cada mañana se obligaba a

hacer antes de entrar en servicio. Le daban tranquilidad y paz de espíritu. La que trataba de mantener desde que enviudara hacía ya diez años, aquel tiempo en el que se vio obligado a abandonar el cuerpo de Policía, en el que había alcanzado el grado de inspector gracias a su habilidad analítica y su perseverancia. Lo apartó de su verdadera vocación aquel turbio asunto en el que, pese a las insinuaciones primero y las amenazas después, se obstinó en continuar investigando: el truculento caso del asesinato de una mujer en un sórdido local. Sus averiguaciones afectaron a un alto cargo ministerial que, amparado por elevadas instancias, pretendía alejar su nombre de cualquier vinculación que lo implicara en un escándalo que estaba comenzando a saltar a la prensa de la época. De la noche a la mañana, Manuel se vio privado de su cargo y de su puesto y, en consideración a sus antiguos servicios, apartado por mor de una orden administrativa tajante, en un cuartel y en un arma a la que se le facilitó el acceso con el grado de sargento sin mediar ni vocación militar, ni pruebas ni estudios especializados. Y allí se hallaba desde entonces. No había sucumbido a la amargura. Era disciplinado y acataba lo que el destino le ofrecía. Intentaba hacer su trabajo y no concebía que las tareas asignadas quedaran incompletas o no alcanzaran el éxito. Su pulcritud en el desempeño de sus cometidos y su autoexigencia no lo hacían especialmente popular entre sus compañeros, encantados de haber encontrado un destino lejos del peligro. Así, su ascenso había sido lento. De sargento a teniente en un decenio. No era una carrera brillante, desde luego, pero él no protestaba. Cumplía con su deber y eso le bastaba.

Se puso la gorra de plato que lo significaba como oficial e indiferente a las miradas que de reojo le lanzaban cogió la carta, la dobló meticulosamente, sin prisa, y la introdujo en el bolsillo lateral de su guerrera. Dejó a propósito en la mesa el ejemplar de El Sol ya leído, sabedor de que varias manos pugnarían por hacerse con él en cuanto hubiera franqueado la puerta del establecimiento. Salió a la calle y una leve brisa le despejó del ambiente cargado del local. Se notaba la cercanía del verano madrileño, pero, combatiendo el aplastamiento del calor que ya se insinuaba, aún pugnaba por aliviar a los habitantes de la ciudad el leve frescor de antiguas reminiscencias de una primavera húmeda ya olvidada.

Ascendió por las removidas tierras de la nueva Gran Vía, repleta de obras y actividad. Aquélla iba a ser la gran arteria, escaparate del Madrid que abandonaba sus ropajes de pueblo para vestirse de gran urbe. Ya se había culminado el primer tramo, que partía de su bifurcación con la calle de Alcalá, y Manuel, caminando en sentido inverso al avance de la urbanización en curso, se vio obligado a sortear las zanjas que, deficientemente señaladas, supondrían el

encierro subterráneo para conducciones de agua y cableado de luz. Su soterramiento suministraría la electricidad necesaria para las nuevas lámparas, las que sustituirían a las viejas farolas en calles antiguas y de nombre castizo que, como San Jacinto o la travesía del Desengaño, desaparecían igualmente bajo la piqueta y el asfalto. En unos minutos había alcanzado el primer tramo y había dejado atrás la plaza de Callao, para adentrarse en el tercio de obra ya concluido, y encaminaba sus pasos hacia la calle de Alcalá, esquivando a la muchedumbre que, entre curiosa y atareada, disfrutaba del nuevo bulevar edificado ante los ojos asombrados de los ciudadanos.

Relajó su ritmo de marcha. Llegaba con suficiente antelación, y, ya frente a su destino, se detuvo admirando el edificio que destacaba sobre las copas de los árboles del frondoso bosque que ceñía el recinto oficial ubicado junto a la plaza de Cibeles. Por un momento, situado frente a la imponente verja que rodeaba los jardines del palacio de Buenavista, sede del Ministerio de la Guerra, dudó ante la majestuosidad de la entrada. Miró a un lado y a otro buscando un acceso menos monumental. Echó un vistazo a su alrededor. Junto a él, a lo largo de la calle de Alcalá y circulando a considerable velocidad, los flamantes nuevos vehículos que ya comenzaban a inundar la ciudad tocaban el claxon para espantar a los contados carros que, tirados por viejos pencos, aún se atrevían a acercarse hasta la capital. Escuchó la insistente campana del tranvía que regularmente ascendía y descendía por aquella arteria, cuya actividad iba tomando forma según avanzaba la mañana. El trajín de aquel Madrid se mostraba ruidoso y acelerado. Sin embargo, tras la verja y en abierto contraste con tal bullicio, dos soldados montaban guardia en actitud marcial, centinelas de otro mundo ajeno al trasiego y al ruido, sabiéndose observados por los ciudadanos que disimuladamente miraban de reojo mientras paseaban, cada uno absorto en sus quehaceres. Quizás cerciorándose de que, pese a todo, el viejo orden se conservaba en aquel lugar, vigilante. Manuel tuvo por unos instantes la tentación de dirigirse hacia la calle del Barquillo para dar un rodeo y acceder por la parte trasera del recinto, pero recordó el texto del mensaje que guardaba como credencial: «Por orden del Excmo. Sr. Ministro». Y ya no lo dudó. Entraría por la puerta principal.

No tuvo grandes dificultades, pese a la mirada desdeñosa que los guardias lanzaron de manera poco disimulada hacia el emblema del Arma de Intendencia destacado en su gorra. Un sol radiante orlado por dos ramas no presentaba el aspecto heroico de los arcabuces, sables y torres que adornaban otras prendas en apariencia más distinguidas. Sin embargo, el sello del Negociado de Marruecos y, sobre todo, la mención escrita a la orden ministerial resultaron eficaz salvoconducto y abrieron un pequeño portillo bajo la monumental entrada enrejada, permitiéndole el paso.

La enorme variedad de árboles que flanqueaban los peldaños de piedra que ascendían a la entrada principal sorprendió incluso a alguien tan poco impresionable como Manuel. Cedros, tejos, secuoyas, castaños, arces, cerezos, pinos y magnolias, entre otros, componían un abigarrado conjunto que transportó al teniente a otro mundo, uno en el que el silencio parecía haberse adueñado de aquel centro desde el que, en irónico contraste, se dirigía el fuego de las armas de España.

Aún sobrecogido por aquel espacio de naturaleza en pleno centro de su ciudad, el teniente Altamira se detuvo frente a la monumental entrada del palacio. La imponente fachada neoclásica lanzaba destellos rojizos ante la brillante luz matinal de aquel Madrid de junio. En abierto contraste con la espectacularidad de la puerta principal, un guardia en actitud poco marcial se inclinaba sobre una pequeña mesa oculta tras el quicio. Apenas lo miró, echó un desinteresado vistazo a la orden que se le exhibía y le dejó pasar con un simple gesto de cabeza, antes de continuar con la lectura de una revista en la que, de una fugaz mirada, Manuel creyó distinguir el sugerente retrato de cuerpo entero de una cupletista de moda.

Sorprendido por la facilidad de aquel acceso al centro del poder militar del Estado, comenzó la ascensión de la gigantesca escalera de granito flanqueada por cuatro enormes columnas toscanas, sospechando, al repasar el pulido pasamanos de alabastro, que aquella muestra de magnificencia no le estaba destinada precisamente a él. De repente se sintió fuera de lugar. No sabía a dónde ir, y permaneció absorto en aquella soledad, perdido, en medio del descansillo de uno de los tramos hasta que una voz lo despertó de su ensimismamiento.

—¿Qué hace usted aquí? —La pregunta sonó como un latigazo, un reproche teñido de jerarquía y autoridad. Manuel miró sorprendido hacia el final de la escalera. Allí permanecía expectante un hombre de uniforme que claramente denotaba impaciencia e irritación. El teniente subió el resto de los escalones y al observar la graduación de su interlocutor se cuadró de inmediato.

—A la orden, mi comandante —saludó sin elevar la voz, y, pese a la estrella de ocho puntas cosida en la bocamanga de aquel superior, Manuel no perdió la calma—. Tengo orden de presentarme en el Negociado de Marruecos. A las diez. —Esperó tranquilo en posición de firmes tras entregar al irritado oficial el sobre que contenía su convocatoria.

—No tendría que estar aquí, teniente —le reconvino, ahora más tranquilo tras leer el documento—. Ésta es la entrada reservada para

el ministro, el Estado Mayor, generales y otras personalidades. ¿Cómo le han dejado entrar? —Manuel se encogió de hombros—. Bueno, es igual —continuó, impacientándose—; acompáñeme. Precisamente me pilla de paso. —Sacudió la cabeza resoplando y comenzó a andar sin más palabras, seguido de Manuel, quien por un momento imaginó el arresto con el que iban a ser recompensados los guardias de la entrada por haber tenido la osadía de concederle el acceso.

Anduvieron a paso de marcha militar, recorriendo, una tras otra, diversas estancias a cual más suntuosa. Marquetería, molduras, cuadros y enormes arañas colgadas de techos decorados con frescos de colores apagados por el humo de las velas que los oscurecieron durante decenas de años se mostraban a los ojos del visitante, sorprendido por aquel lujo. Conforme atravesaban más puertas, los salones y despachos disminuían en ornato; no se veían ya tantos relojes ni alfombras, y los tapices empezaban a escasear al tiempo que resultaban cada vez más audibles los sonidos mecánicos de las máquinas de escribir y aumentaba el trasiego de uniformes aparentemente atareados ante el paso del comandante. Finalmente, tras descender por una escalera de madera que crujió bajo sus pasos, el comandante abrió una puerta situada en un descansillo y se apartó.

—Siga recto por ese pasillo, teniente. Al fondo, a la izquierda, encontrará la entrada al Negociado de Marruecos. Pregunte allí y, por favor —sonrió—, espere a ser atendido.

—A la orden, mi comandante. —Se cuadró todo lo marcialmente que pudo. Era su forma de mostrar respeto y agradecimiento. El oficial lo miró extrañado, le devolvió el saludo y moviendo nuevamente la cabeza se alejó, escaleras abajo, probablemente dudando de la eficacia operativa de aquel ejército que permitía a tenientes ya entrados en años deambular libremente por los rincones más reservados del mando.

Manuel abrió sin llamar la puerta de doble batiente presidida por un cartelón en el que con letra cursiva excesivamente historiada se anunciaba el Negociado de Marruecos. Aquél era el lugar por donde transitaba un pequeño ejército de funcionarios a las órdenes de un coronel que recibía de primera mano, probablemente antes que el propio ministro, todas y cada una de las noticias que tenían su origen en el protectorado español en el norte de África. Cuando entró en el recinto, una nube de humo de tabaco buscó el tiro de corriente que se había provocado y lo envolvió, suscitando en él un deseo incontenible de liar un cigarrillo de los que ya sólo disfrutaba muy de vez en cuando. Varios pares de ojos concentraron en el intruso su mirada, y

durante unos segundos se detuvo el mecánico trasiego de sus actividades. Desde una alejada mesa que parecía guardar la entrada a lo que se anunciaba como despacho de una subsecretaría, un veterano sargento de infantería se levantó carraspeando y se dirigió hacia él. El trabajo retomó su ritmo habitual.

—A la orden, mi teniente. —Se cuadró con una falta de marcialidad que molestó a Manuel, que observaba el cigarrillo humeante en la mano de saludo del suboficial—. Usted dirá en qué puedo ayudarle. —De fondo se volvía a escuchar el desenfrenado tableteo de máquinas de escribir que semejaban ametralladoras bajo el fuego. Altamira le mostró la orden sin decir palabra y el sargento, tras echarle un somero vistazo, le indicó con un ademan que lo siguiera.

Un estrecho pasillo interior, plagado de litografías sobre antiguas campañas marroquíes del siglo xix, fue el recorrido que transitaron, hasta alcanzar un vestíbulo que daba paso a una elegante entrada enmarcada por una madera de reflejos dorados ante la que el sargento se detuvo y, tras apagar su cigarrillo en un rebosante cenicero situado en una pequeña mesilla y ajustarse brevemente la guerrera, llamó a la puerta.

—¿Da usted su permiso, mi comandante?

Del interior se escuchó una voz que denotaba costumbre en el mando, autorizando la entrada. Eran las diez de la mañana. Manuel se sintió satisfecho por su previsión. Franqueó la puerta que el suboficial mantenía abierta y penetró en la sala.

El teniente no esperaba el torrente de luz que dominaba la estancia. Dos enormes ventanales abiertos de par en par permitían la entrada del sol de junio y una ligera brisa agitaba levemente los faldones de sus cortinajes de terciopelo verde que, recogidos con sendos cordones dorados, recordaban al visitante el carácter palaciego de la sala. Presidiendo el despacho, un imponente cuadro representaba la carga del general Prim, a caballo, al frente de sus voluntarios catalanes ante las posiciones del sultán, en la batalla de Tetuán en 1860. Bajo él, y tras una mesa de caoba repleta de papeles, expedientes y legajos, lo observaba con mirada escrutadora el comandante Egea, un hombre entrado ya en años, bigote recortado, rostro redondeado que suavizaba sus pómulos y calvicie pronunciada. Se levantó, y Manuel pudo comprobar que ni su corta estatura ni su barriga poco disimulada le hacían perder una cierta aureola de autoridad. Quizás ésta proviniera de la fijeza de una mirada que —lo estaba comprobando— no parecía perder detalle a través de lo que unos ojos

inquietos estudiaban en ese momento, intentando encontrarse con los suyos. Se cuadró ante él, gorra de plato bajo el brazo, ajeno al penetrante escrutinio al que estaba siendo sometido.

—¡A la orden, mi comandante! ¡Teniente Manuel Altamira López! —Se escuchó, amplificado por el silencio de aquella estancia, el entrechocar de los tacones de sus botas.

El jefe asintió mientras seguía mirándolo. Al fin, tras unos segundos que al teniente se le antojaron interminables, se sentó de nuevo y le señaló una de las dos sillas situadas frente a la mesa.

—Acomódese, por favor, teniente. —El tono, amable y casi obsequioso para provenir de un superior, sorprendió a Manuel. Obedeció y buscó asiento en el lugar indicado. Esperó—. Se preguntará la razón por la que usted está aquí ahora mismo, ¿no? —No aguardó la respuesta. El comandante continuó—: Yo también me lo pregunto, la verdad —afirmó enigmático, casi para sí—. Pero aquí está, y parece que bien recomendado, así que no me andaré con muchos preámbulos. ¿Conoce usted algo de África, teniente?

La pregunta asombró a Manuel, pero menos que la referencia a supuestas recomendaciones. Sospechó de inmediato que su cuñada tenía algo que ver con su presencia en aquella sala —se le escapaba cómo, exactamente— y se hizo cargo de que su convocatoria no había sido del agrado del comandante. Reflexionó antes de responder.

—Sí, mi comandante. Quiero decir: no he estado allí, pero me mantengo al día de los acontecimientos, desde luego —contestó con precaución, pausadamente.

—Conoce los acontecimientos. Bien. Esto sin duda será una ventaja. —Sonrió con una mueca que a Manuel le resultó ligeramente burlona—. Estará al tanto, en consecuencia, de los esfuerzos de todo tipo que la patria está llevando a cabo para extender nuestra obra civilizadora en aquella zona, consecuentemente con los compromisos internacionales adquiridos. No siempre es una materia bien entendida. —No lo miró mientras hablaba. Mantenía la vista fija en un sobre que sostenía.

El teniente permaneció callado. No creía que debiera intervenir. Entendía que su opinión al respecto de la presencia española en el norte de África no resultaría de interés para el comandante. Hacía tiempo que no albergaba muchas ilusiones sobre la capacidad del país para afrontar aquella tarea con éxito. Al menos, el aparente que por otra parte la prensa exhibía de forma triunfal ante cada avance. Por

ello, mantuvo su silencio en espera de que al fin le aclararan la razón de su presencia allí. Estaba seguro de que no había sido convocado para recabar su parecer sobre la política exterior de España.

—El ministro, desconozco el porqué, considera que está usted capacitado para ayudarnos en una cuestión que atañe a este negociado, y ésta es la razón por la que ha sido llamado. —El comandante levantó la vista y lo miró fijamente, cerrando aún más los ojos, como intentando penetrar en su interior—. Al parecer fue usted policía, ¿no? Antes de ingresar en el Ejército, quiero decir.

Manuel carraspeó levemente. Le incomodaba hablar de su pasado. Prefería centrarse en su vida actual. No obstante, respondió con prudencia.

—Sí, mi comandante. Fui policía. De hecho, inspector jefe, en la comisaría de Chamartín. De eso hace ya mucho tiempo.

—Diez años, sí. Lo he investigado. No pinta que aquello acabara muy bien —comentó con cierta sorna.

—No lo sé —dudó antes de continuar hablando sobre aquella época—; yo tengo mi conciencia tranquila. Cumplí con mi trabajo.

—No lo dudo, no lo dudo. —El comandante se removió en su sillón ante la sinceridad del comentario. No estaba acostumbrado a respuestas tan directas y personales—. Me han llegado informes sobre su alto sentido del deber. Tiene fama de ser tenaz y concienzudo. Al menos es lo que dicen estos papeles. —Señaló con el índice un legajo situado en un extremo de la mesa.

El teniente guardó silencio. No terminaba de comprender qué hacía allí.

—Bien —siguió el comandante, visiblemente incómodo—, no estamos aquí para hablar de usted. Se trata de ver en qué pueden ayudarnos su tenacidad y su capacidad investigadora. Lea, por favor, esta carta. —Y acercó al teniente el sobre que hasta entonces mantenía en sus manos.

Manuel lo cogió con cierta curiosidad. Con gesto decidido dejó su gorra sobre la mesa, ante la desaprobadora mirada que ello mereció por parte de su interlocutor; abrió la carta desplegando una hoja de papel doblada ya varias veces y emborronada con una grafía apretada y redonda, se alejó el texto de la cara para poder distinguir mejor las palabras y comenzó a leerla.

«Excmo. Sr. Ministro de la Guerra:

Perdone Su Excelencia mi atrevimiento por escribirle. Usted no me conoce. Soy una mujer honrada que por circunstancias de la vida ha tenido que venir a Melilla a vivir y a ganarse el sustento. Sé que no le interesa el porqué, pero sí creo que le puede interesar saber lo que está pasando en este lugar olvidado de la mano de Dios.

Soy española, y ante las cosas que veo a mi alrededor mi alma se entristece, y pienso que usted no puede estar bien informado, porque, si no, estoy segura de que lo impediría. Esta ciudad no es lo que parece. Por mis ocupaciones, he tenido la oportunidad de conocer a muchos soldados. Algunos mejores y otros peores. Los hombres son hombres, y disculpe mi franqueza, pero hablan mucho. Todos los días veo cómo se vive en esta plaza; veo cómo algunos de los oficiales que mandan sobre esos pobres soldaditos que vienen asustados se aprovechan de su puesto. Veo también cómo los robos crecen y cómo mientras los reclutas malviven algunos se enriquecen sin que nadie haga nada para remediarlo. Y a mí me hierve la sangre al comprobar cómo se gasta el dinero en juego y placeres y los soldados pasan hambre y sufren falta de todo y mientras tanto los bares están llenos, el casino siempre está repleto de oficiales y el mal crece cada día.

Le escribo porque creo que usted no puede dejar de saber lo que pasa aquí. Sé, y no me pregunte por qué ni cómo, que el dinero que llega de España para comida, medicinas y demás cosas muy necesarias no se gasta en ello, sino que pasa a los bolsillos de muchas personas que ahora no puedo decirle por escrito quiénes son. Ellos me matarían. No diga nada a nadie. No enseñe esta carta, por favor, pero, si por un casual, tras leerla les diera un mínimo crédito a mis palabras, ordene que se haga algo. Envíe a alguien a investigar y castigue a los culpables. Melilla está podrida.

Me gustaría ayudarle. No puedo permanecer impasible ante tanta maldad. Sé muchas cosas que a usted le sería útil conocer. Si tiene a bien creerme, quien quiera que sea que acuda a comprobarlo en su nombre podrá encontrarme en el café-bar El Toro. Todos los días estaré allí sobre la una del mediodía. Sabré distinguir a quien envíe. Confío en su patriotismo. Ayúdeme, por favor, porque escribiéndole me juego la vida, aunque ya no me importa tanto si con ello consigo ayudar yo también a limpiar este estercolero. No queda mucho tiempo. No se lo pido por mí, sino por España.

Suya afectísima

Lola

En Melilla, a veinte de mayo de mil novecientos veintiuno».

Manuel terminó de leer la carta y levantó la vista. El comandante lo observaba fijamente. Al cabo de unos instantes, rompió el silencio.

—¿Qué opina, teniente? —preguntó, y, sin esperar respuesta, prosiguió—: Llegó hace unos días a la mesa del ministro. ¡A su mesa! —Levantó las manos escandalizado—. Las probabilidades que tenía esta carta de ser leída por el señor ministro eran casi inexistentes. Una carta, con un único remite de Melilla, sin dirección ni nombre, enviada únicamente al «Excelentísimo Señor Vizconde de Eza, Ministro de la Guerra; Palacio de Buenavista, Madrid» —leyó. No sé si alabar al servicio de Correos su celo o criticar la frivolidad de esta casa. —Miró por la ventana. Continuó, abstraído—: El caso es que el ministro la leyó y por lo visto dio alguna credibilidad a su contenido, porque enseguida nos enviaron a este negociado una nota especificando que era imprescindible averiguar qué había de cierto en lo afirmado. Recomendaba además que lo llamáramos expresamente a usted, imagino que porque el ministro será conocedor de su brillante pasado policial. —Lo miró directamente, apoyando sus manos sobre la mesa. A Manuel no se le pasó por alto su ironía—. Y aquí está usted. Y ahora, dígame: ¿qué opina?.

La pregunta puso en guardia al teniente. Sostuvo la mirada del comandante y respondió con cautela:

—Está bien escrita.

—¿Está bien escrita? ¿Solo se le ocurre decir eso? —resopló—. Esperaba más de usted

—Está bien escrita y por eso pienso que quien la haya enviado no es persona cualquiera. No entro en las causas de cómo ha conseguido desempeñar el oficio y los trabajos que sugiere, pero es mujer ilustrada. Es detallista y mide sus palabras. Parece también, por el tono y su atrevimiento, que está decidida a todo. Deduzco

desesperación. Quizás angustia.

—¿Desesperación? ¿Angustia? —El comandante emitió un bufido, simulando la sorpresa que el análisis que acababa de escuchar le había producido—. Más bien resulta una tomadura de pelo. Si quiere mi opinión, albergo serias dudas sobre la identidad de esa misteriosa dama. —A Manuel no se le escapó el tono de desprecio con el que pronunció aquellas palabras—. Está muy claro a qué profesión se dedica en Melilla. Por eso no alcanzo a comprender cómo el ministro ha podido tomarse en serio el contenido de esta carta. Suena más bien a promesas traicionadas, a amores despechados.

—Quizás lo sean —se atrevió a insinuar Manuel.

—¿Cómo dice, teniente?

—Por experiencia sé que no hay motor más potente ni arma más afilada que la procurada por el despecho de una mujer.

—Sí, bueno… —asintió, incómodo el comandante—. El caso es que, sea lo que sea, nosotros tenemos la obligación de obedecer las órdenes del señor ministro. Será usted, teniente. —Manuel no movió un músculo—. Será usted quien vaya a Melilla y quien intente averiguar qué hay de verdad en todo esto. —Rebuscó en su cajonera y extrajo de ella un sobre grande. Se lo tendió—. Aquí tiene. Desde ahora se encuentra usted adscrito a un nuevo destino: la Comandancia de Melilla. Intendencia. Será ayudante provisional del capitán Francisco Millán García, responsable de la Pagaduría del Parque de Melilla. Un buen lugar para comenzar su… investigación. Aquí están las órdenes y su acreditación. Se publicará mañana mismo en el Boletín su nombramiento. —Esperó a que Manuel recogiera, inexpresivo, el sobre y continuó—. Teniente: averigüe qué hay de cierto en lo que se dice en esa carta o si solamente se trata de un desesperado intento de llamar la atención por parte de una desequilibrada. Me reportará exclusivamente a mí, y ni que decir tiene que no podrá comentar con nadie los pormenores de su cometido —Manuel asintió, serio—. ¿Lo ha entendido?

—Lo he entendido. —Manuel hizo ademán de levantarse cuando interpretó que la entrevista había concluido.

—Una cosa más, teniente —le dijo el comandante, deteniéndolo con un gesto—. No pensará ir hasta allí a pie, ¿no? En ese sobre se ha incluido un billete de tren hasta Málaga. Tiene reservado también pasaje en el barco que le llevará desde allí a Melilla. No se espere

grandes comodidades. Hay además quinientas pesetas para sus gastos. Es el sueldo mensual de un capitán. No lo malgaste.

—No lo haré, mi comandante.

—Y ahora, si no le importa, me temo que tendré que dejarle. —Se puso en pie, dando por finalizada la entrevista—. Hay asuntos que exigen mi atención inmediata. Hoy estamos de enhorabuena. —Sonrió—. Al parecer el comandante general ha dado un nuevo paso en su zona. Un zarpazo. —Asintió para sí, satisfecho—. Hemos tomado el monte Abarrán. Quizás para cuando llegue ya hayamos conquistado Alhucemas. Buena suerte, teniente.

—A la orden, mi comandante. —Manuel saludó en posición de firmes, con el consabido taconazo, y abandonó la estancia con la misma rigidez con la que había comenzado la entrevista.

Dentro, el comandante se quedó pensativo, en pie, las manos a la espalda. Miró la puerta por la que el teniente había salido. Tras unos segundos, otra puerta se abrió tras él, y apareció un hombre que permaneció en el quicio.

—¿Qué opina, Egea?

—No estoy seguro, mi coronel —contestó el comandante—. Me resulta excesivamente hermético. No sé muy bien qué pensar.

—Que lo vigilen. No lo pierdan de vista.

2

El trueno de Abarrán

Annual, 1 de junio

—¿Falta mucho?

La pregunta rompió el silencio que desde hacía más de tres horas imperaba en el vehículo que transportaba al capitán Diego Olarte Begoña hasta su nuevo destino: el campamento general de Annual, 2ª Compañía de Fusiles del Regimiento Ceriñola, parte del cual componía el contingente de tropas que, junto con otras formaciones del Regimiento África, Regulares, Artillería, Ingenieros, Intendencia y Sanidad, alcanzaban el número de tres mil hombres destacados en la punta de lanza de aquel avance en tierras del Rif oriental.

—Esta pista es infame. ¿Cómo han podido subir las baterías por aquí? —Al hablar, esperando una respuesta que no llegaba, Diego se aferraba al pescante para no caer de su asiento por causa de los baches y el deficiente firme de aquel camino de cabras. Se encontraba ubicado junto a su mudo interlocutor, el conductor de aquel nuevo Ford que forzaba su motor para conseguir subir con cierta dignidad el estrecho paso que salvaba el Izzumar, poderosa barrera de alturas y barrancos que franqueaba la entrada a la hoya de Annual. El capitán observó a aquel soldado callado y aparentemente hosco que pugnaba por mantener el control de la máquina. No había hablado prácticamente en todo el trayecto. Su rostro aniñado se correspondía con unas manos poco curtidas que se aferraban al volante adquiriendo un tono sanguinolento que contrastaba con la blancura de un cuerpo aparentemente poco castigado por aquel sol infame de África. Por cualquier sol. Diego se preguntó si no se trataría de uno de esos reclutas hijo de una familia pudiente que, para asegurar un destino confortable a su vástago, había regalado al Ejército un vehículo de transporte con la condición de que su retoño fuera el conductor. «La emboscada Ford», lo llamaban. En su inocencia, nunca había dado crédito a aquellas habladurías. Desde su inicial y apacible destino en

la Península, con su ascenso a capitán había llegado el traslado a Marruecos. Y, con él, poco a poco iba siendo consciente de que en estas tierras las leyendas de cuarto de banderas se convertían en realidad, los rumores se confirmaban y los miedos lejanos eran ya temores cotidianos. Atrás dejaba a su mujer, Cristina Vázquez, a quien despidió en aquel andén de la estación de Burgos, a duras penas contenidas las lágrimas y abandonando en sus labios, con su beso, la promesa de las cartas que le escribiría, el regreso cargado de gloria y un futuro en el que poder criar al hijo que ya esperaban.

Alcanzaron al fin la cumbre sobre la una del mediodía. Seis horas para recorrer poco más de cien kilómetros desde Melilla. Del castigado motor salía una leve traza de un humo blanquecino que se difuminaba en el limpio aire de aquella montaña. Pararon para recuperar el resuello de unos pulmones mecánicos que sufrían ante aquel esfuerzo. Diego saltó de su asiento y contempló el panorama que se divisaba. A su derecha, sobre una de las alturas que dominaba el paso, un mástil permitía el leve tremolar de la bandera. Hasta allí había llegado España. Izzumar. A su alrededor se adivinaba el tosco parapeto de piedra que protegía una batería de montaña cuyas bocas apuntaban hacia la llanura, en dirección al valle que se descubría a sus pies. Y en él, en una de sus esquinas, Annual; su destino. La piedra de toque del avance colonial. Una hondonada casi semicircular, estrecha y profunda, rodeada de montañas que la cerraban como un coliseo de piedra. El capitán trató de vislumbrar los detalles de aquel caldero amarillento ribeteado ocasionalmente de retales verdes que, fruto de las lluvias de enero, ofrecían marcado contraste con el panorama ocre de campos yermos que se extendía a sus pies, similar al que lo había acompañado durante todo el viaje. Diego normalmente disfrutaba de las grandes extensiones de Castilla, su tierra de adopción, mientras añoraba secretamente el gris y el verde del Cantábrico y la persistente humedad de su montaña, cuna y marco de su Bilbao natal. Pero aquello era distinto. Ni el mar se intuía, ni se adivinaban llanuras pobladas de trigo rematadas por castillos sobre cerros circundados por ríos y choperas ni los montes que lo rodeaban tenían recuerdo alguno del verdor exuberante de los de su tierra. El calor allí ya era abrasador, y por un momento el oficial imaginó que, de llover de nuevo, las gotas que sembrarían aquel suelo serían de tierra seca. Tierra sobre tierra. Como una tumba.

Diego se ajustó la guerrera. Había sudado, y pensó que tendría que cambiarse antes de presentarse ante el coronel jefe de su regimiento, en caso de que estuviera presente. De complexión normal, hombros anchos, cabeza quizás algo grande pero afilada en la barbilla, ojos azules y pelo intacto que antaño fue rubio, era alto para la media de

su generación. Había sido delgado en su juventud más lejana, pero la vida de cuartel había comenzado a pasar algunas facturas, y aunque un rostro sin arrugas le decía lo contrario, él creía comprobar cada mañana el paso de los años —no había cumplido los treinta— pese al continuo y burlón desmentido de su esposa. Era el capitán, al fin, un hombre satisfecho de sí mismo, seguro en sus cometidos cuando los afrontaba, lindante con la soberbia en su carácter, optimista y soñador impenitente y por ello aparentemente predestinado a que su edificio pudiera desmoronarse si todo aquel mundo que internamente se había creado se le presentaba con formas de realidades, tristezas y miserias.

—Debemos continuar, mi capitán. —La voz del conductor le sorprendió, haciéndole despertar de su ensimismamiento. Lo miró. Era la primera vez que abría la boca. Quizás la cercanía del campamento general le aportaba confianza. También a él le tranquilizaba, reconoció para sí. Montó de nuevo en el vehículo y ambos, conductor y pasajero, enfilaron el pronunciado descenso de las rampas del Izzumar en dirección hacia Annual y dejaron tras de sí una nube de polvo rojo que por un momento quedó suspendida en el aire, impregnándolo de oscuras premoniciones.

El descenso de la cumbre propiamente dicha aún se estaba acondicionando sobre lo que todavía no era más que un camino casi impracticable para vehículos, si bien la pista mejoraría según se internaran en el llano. Por lo visto, las obras —un simple ensanchamiento y una nivelación— aún durarían un mes al menos. Tras un último quiebro en el que estuvieron a punto de volcar, dejaron atrás las curvas y pendientes de lo que el soldado —segunda vez que hablaba— había calificado como «el tobogán». El Ford agradeció la mayor consistencia del firme y su motor al fin parecía ofrecer las prestaciones tranquilas que de él se esperaban. A lo lejos, a un costado del estrecho valle comenzaban a despuntar las colinas sobre las que se asentaba el campamento. Podían intuirse finas columnas de humo que se elevaban uniformes hacia el cielo. Era ya la hora del rancho y las cocinas de campaña se aprestaban a servir la comida a las miles de bocas que allí cumplían su servicio, quizás un cocido, pocas veces carne y siempre algo de pan que al menos llegaba con la frecuencia que exigía la presencia de tantos jefes en el terreno.

Mientras se aproximaban a la posición, un torbellino de tierra comenzó a levantarse súbitamente frente a ellos, acercándose a gran velocidad. El conductor consiguió echarse a un lado con rapidez, lo justo para permitir, conforme al ancho de aquella vía, el paso de los vehículos que sin aminorar su marcha venían de frente en dirección al Izzumar. Diego pudo contemplar al detalle la comitiva, que los

sobrepasó sin disminuir su ritmo en absoluto. Eran tres coches de los denominados «rápidos». En el primero pudo distinguir, sentado junto al soldado conductor, una figura imponente que apenas los miró al pasar. Ensimismado, tocando su gorra de plato con el techo de la cabina, el enorme cuerpo miraba al frente con fijación. Unos bigotes negros de puntas ligeramente curvadas proporcionaban a su rostro la fiereza de una imagen insólita y antigua. En su mano derecha sujetaba un pequeño bastón, y se diría que hubiera necesitado de otra montura para parecer cómodo. Diego no tuvo tiempo ni para saludar, y ya habían pasado los restantes vehículos cuando escuchó de nuevo a su acompañante. Pensó que al final iba a resultar un gran conversador después de todo.

—El general. El general Silvestre —dijo, con un poco disimulado toque de admiración.

—¿Era él? Desde luego, iba con prisa —apostilló el capitán—. No he podido ni saludarlo.

—No tiene tiempo para formalidades —contestó el soldado con la confianza que le daba el sentir que era poseedor de pequeñas complicidades de las que el capitán no era partícipe—. Lo he llevado varias veces, ¿sabe usted? Y con él, respeto, sí, pero siempre me ha dirigido la palabra con confianza. No suele estar callado. Es amigo personal de un hermano de mi padre y… —Enseguida se calló. Se acababa de dar cuenta de que quizás estaba dando demasiadas pistas sobre su origen y su cómodo destino.

—¿Y? —Diego intentó que concluyera la frase.

—Y… nada. Eso. Que es un gran hombre. Tenemos mucha suerte. —Desvió la conversación—: Ya hemos llegado, mi capitán. Yo le dejo aquí.

El automóvil se detuvo frente a una alambrada que presentaba una abertura para el paso de los vehículos. Tras ella, a una distancia que juzgó excesivamente corta, Diego observó el parapeto de piedra que, rematado en aquel punto en dos pequeñas garitas toscamente construidas para refugio de la guardia, hacía las funciones de entrada principal del campamento, justo al comienzo de una hondonada entre dos colinas que la flanqueaban. Bajó del coche y, tras contestar al saludo de su chófer, cogió su petate y se encaminó hacia el soldado que en esos momentos reprimía junto al muro de piedras apiladas un inoportuno bostezo de aburrimiento. Se cuadró ante el oficial.

—¡A la orden, mi capitán!

Diego devolvió el saludo y sonrió. Recordaba lo tediosas que podían ser las guardias. Estudió la deficiente uniformidad de aquel recluta que no aparentaba haber cumplido aún los veinte años. Su gorra redonda, azul oscura y ribeteada con las consabidas dos líneas rojas le quedaba pequeña, y dejaba ver en su plenitud una frente ancha y despejada, y ello, unido a un correaje desajustado y unas alpargatas excesivamente gastadas por su uso prolongado, componían una estampa poco marcial.

—Soy el capitán Olarte, segunda compañía de fusiles; de Ceriñola. ¿Dónde está el mando de mi regimiento, soldado?

—Los de Ceriñola están más alante, mi capitán. —Señaló hacia el camino que penetraba en la posición—. To recto y llega, pero tendrá que subir con ese petate a cuestas. ¿Llamo a alguien para que le ayude? —preguntó solícito.

—No, tranquilo —contestó Diego algo sorprendido—. Me las apaño solo. Gracias, soldado.

—A mandar, mi capitán. —Y rectificó de inmediato ante la mirada entre seria y divertida de Diego—: ¡A la orden, mi capitán! Disculpe usted.

El oficial se echó al hombro su petate y comenzó a caminar en la dirección indicada, a través del pequeño valle que constituían las colinas sobre las que se asentaban las tiendas de las tropas. Observó cómo se encontraba organizada la posición, al menos desde su perspectiva. El asentamiento estaba formado por tres mogotes que creaban entre sí un triángulo con uno de ellos en cada vértice. Sobre sus pequeñas cumbres redondeadas se habían plantado las reglamentarias tiendas cónicas donde dormían soldados, oficiales y jefes. Entre las elevaciones y sirviendo de nexo de unión, una serie de caminos trazados a través de sus estribaciones inferiores, transitados por mulos, pelotones de servicio e incluso nativos que proveían ocasionalmente al Ejército comunicaban los tres promontorios, rodeado el conjunto por una alambrada y, en algunos puntos, por un pequeño parapeto. Ambas defensas proporcionaban una cierta unidad desangelada a toda la estructura.

Diego no tardó en llegar a la colina ubicada más al norte, como le había indicado el centinela. Tuvo que sobrepasar una nueva alambrada, y pronto alcanzó la cumbre. Sobre la explanada

ligeramente curvada de la meseta le sorprendió ver un abigarrado conjunto de carpas cónicas de un color parduzco algunas y blanco las más. Alineadas por calles, semejaban las disposiciones de un gran campamento romano, partiendo sus ejes desde un recinto fortificado con un murete de piedra en el que podían contemplarse algunos cañones que apuntaban en dirección al llano, y que componían una de las baterías de artillería de montaña que dotaban de potencia de fuego al campamento. Miró a su alrededor. Junto a cada tienda, pequeños pelotones de soldados consumían su rancho; otros deambulaban cargados con cajas, arrastrando del ronzal a algunas mulas, comandados por sargentos que gritaban órdenes a la manera en la que un suboficial debía gritarlas. En general, se apreciaba una actividad aparentemente caótica y, sin embargo, nada diferente a la que podía darse en un campamento en campaña. El orden desorganizado; el ajetreo confuso de varios propósitos confluentes en un solo objetivo; que cada jornada tuviera un sentido para que, pese a todo, todo funcionara… Pronto, el capitán Olarte intuyó que no le iba a ser tan fácil encontrar a su compañía. Dio unos pasos en dirección a la primera de las tiendas situadas ante él. Distinguió la gorra de plato de un oficial que conversaba con un soldado. Se fijó en sus tres estrellas en la bocamanga y, confortado por haber hallado a un camarada, se dirigió hacia ambos.

Al notar una presencia a sus espaldas, el oficial, abandonando su conversación, se dio la vuelta. El soldado aprovechó para saludar y escabullirse. Una mueca de sorpresa y alegría se reflejó en su rostro. También en el de Diego. Resultaba evidente que no esperaban aquel encuentro.

—¡¡Diego!! ¿Tú aquí?

—¡Paco! Perdón: ¡capitán Francisco García Paredes! —La cara de Diego se iluminó con una sonrisa franca. Soltó el petate y se fundió en un abrazo con su interlocutor.

—¡Te hacía aún en Burgos! ¿Qué haces en este lugar perdido de la mano de Dios?

—¿No te llegó mi carta? —preguntó, aún conmovido por el encuentro —. Te escribí para avisarte.

—¿Una carta? Aquí a veces tarda el correo más que si escribieras a China. No. No me llegó. Y si hubiera sabido que ibas a venir, habría estado pendiente. Veo que has engordado un poco. —Se apartó para mirarlo de arriba a abajo con aire socarrón—. Parece que Cristina te

cuida bien. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, gracias. Te manda recuerdos. Ya sabes que mi mujer no es de las que se quedan quietas ni espera sumisa a que otros decidan por ella. No muy conforme con este cambio de destino y yo diría que un poco enfadada por mi decisión, y amenaza con venir a Melilla. —Terminó la frase con una carcajada.

—¿Te has presentado voluntario? —Se rio—. Tú estás loco, Diego. Esto no es como seguramente crees. Romántico como siempre, ¿no? Nunca cambiarás. —Lo miró con afecto—. Ya te iré enseñando dónde te has metido.

—Ya sabes que la paga es mayor, que me aburre la inacción y, además…, estamos esperando un hijo y necesito impulsar un poco mi carrera.

—¿Y te largas precisamente ahora, dejando sola a tu mujer? —Se carcajeó abiertamente—. Decididamente, no estás loco. ¡Eres un caradura! En busca de la fama y la gloria, ¿eh? Pues aquí, para eso, creo que has venido en el mejor momento. O en el peor, nunca se sabe. —Miró a su alrededor y señaló hacia el oeste, en dirección a la lejana cadena montañosa que se intuía en el horizonte—. Hay movimiento, Diego. Esta misma madrugada ha partido hacia el monte Abarrán, al mando del comandante Villar, un gran convoy para montar una posición allí; una punta de lanza hacia Alhucemas. Se han llevado a casi mil quinientos hombres y prácticamente todo el ganado del campamento. ¡Hemos cruzado el río Amekrán, nuestro particular Rubicón! —Diego sonrió; compartía con Paco la afición por la historia antigua—. Es decisión del general, y resulta que, como siempre, lo acompaña su buena estrella. Ya han circulado las noticias desde el heliógrafo. El monte ha sido tomado sin una sola baja. ¿Qué te parece? ¡Y con cañones! El general estaba tan contento que, por lo que cuentan, ha pedido la medalla del mérito militar para Villar. Es su amigo, claro, y se entiende. Pero no te preocupes: aparte de artilleros, han ido los regulares y alguna mía de policía. Tu compañía se ha quedado por aquí.

Diego reflexionó mientras meditaba su respuesta. Conocía los límites del avance, o al menos eso intentaba, escrutando en la prensa cada noticia, escuchando las opiniones en el cuartel. Había estudiado la composición del territorio, dividido en cabilas ferozmente tribales e independientes la una de la otra. Allí, en Annual, tierra de los Beni Ulixek, aparentemente sometidos, estaban ya muy cerca del territorio de la cabila de Tensaman, lindante hacia el oeste con la muy belicosa

y agresiva de Beni Urriaguel, señores de Alhucemas, encabezada por Abd-el-Krim, el rifeño una vez amigo de España, hoy guardián celoso de un liderazgo cada vez más mesiánico y anticolonial. El Amekrán era el límite ante lo desconocido, la frontera no oficial en territorio ya de Tensaman. El cauce que no debía traspasarse.

—¿El río Amekrán? —preguntó Diego, asombrado—. ¿Lo hemos cruzado?

—Sí. ¿Qué te parece? —contestó Paco, con un deje de orgullo.

—No sé qué pensar, la verdad. ¿Sin bajas?

—Eso han comunicado. Pero dejemos estas cosas —cortó Francisco, ante la visión del rostro preocupado de Diego. Lo abrazó por el hombro—. Estarás cansado, y todavía tienes que presentarte al teniente coronel. Te acompaño a tu tienda, sueltas el petate, vamos los dos y te voy poniendo al día. Habrás traído algo de España para compartir con este pobre camarada, ¿no?

La tienda cónica que servía de centro de mando y residencia campamental del teniente coronel Marina, jefe puntual de Ceriñola en aquellos momentos, se encontraba ubicada en una zona relativamente apartada, en uno de los salientes de la colina. Junto a ella se levantaba el centro de transmisiones que mediante la radio comunicaba y recibía partes y órdenes; el nexo de unión de Annual con Melilla, con el alto comisario, el general Dámaso Berenguer, y con el ministerio. La siguiente en la pequeña hilera era la del general Manuel Fernández Silvestre. Diego recordó entonces la visión fugaz del comandante general, erguido y adusto en aquel automóvil que abandonaba Annual rumbo a la plaza.

—El general se ha ausentado. —Francisco pareció adivinar sus pensamientos—. De hecho, sé que ha costado impedirle que visitara a su nueva conquista, como hace siempre. Un éxito más en su carrera. —Le guiñó un ojo.

—Me he cruzado con él antes de llegar —apuntó Diego—. ¡Una figura imponente!

—Lo es. A los moros les fascina su porte. ¡Especialmente su bigote! —Francisco soltó una carcajada—. Anda, compañero, vámonos de aquí. Veo que no está tampoco el teniente coronel. La verdad es que a éste no hay quien lo controle. Se turnan en el campo, ¿sabes? Está sustituyendo al coronel, que suele pasar largas temporadas entre la plaza y la Península. Juntero; ya imaginas. —Miró a Diego con

complicidad—. A nadie le gusta mancharse de tierra, y a éstos menos, y siempre se apuntan para cobrar dietas cuando hay avances. ¡Mira! Hoy se lo ha perdido.

El capitán Olarte se asombró del desparpajo de su amigo pese a que conocía su talante guasón. No estaba acostumbrado a oír hablar así de sus superiores. Le resultaba una falta de respeto, pero, al fin y al cabo, pensó que aquél era un mundo muy distinto al de la vida de cuartel en España. Acompañó a su camarada de regreso a la zona principal del campamento mientras intentaba fijarse en todos los detalles a su alrededor.

—Te iré presentando a los compañeros —siguió, con la fuerza de un torrente fuera de su cauce—. La mayor parte, buena gente, aunque te diría que mejores en Ceriñola que en el Regimiento África. Se nota la diferencia. No me preguntes por qué, pero se nota. —Señaló la colina más alejada, hacia el este—. Allí están los de Regulares. Gente bregada. Mejor tenerlos cerca porque son ellos los que flanquean y siempre van en vanguardia. Ellos luchan y nosotros, a verlas venir. —Mostró su disgusto—. Ese sistema tiene sus ventajas, pero también sus inconvenientes. Ellos mueren y nosotros no. Pero no nos respetan, Diego. Si no luchamos, nuestros moros nos desprecian. Lo sé porque lo veo en sus miradas cuando regresamos de alguna descubierta o de proteger la aguada. Aquí sólo se admira a quien muestra su fortaleza, y nada bueno puede salir cuando nuestra fortaleza son precisamente ellos, los moros. «Nuestros» moros, pero moros al fin. —Se encogió de hombros, como indicando que no estaba en su mano alterar aquel sistema.

Diego paró su marcha y, levantando su mirada, observó el paisaje que los rodeaba. El calor era ya abrasador, y se secó el sudor de la frente mientras tomaba buena nota de la ubicación de aquella posición.

—Lo has notado, ¿verdad? —preguntó Francisco—. El emplazamiento del campamento es una mierda. Una basura, una trampa. Dominado y batido desde aquellas alturas. —Hizo un gesto hacia los montes que rodeaban las tres colinas—. Pero lo peor no es eso. Lo peor es que estamos en una ratonera. Una pesadilla logística. Ya te habrás fijado en que para llegar hasta aquí solamente tenemos esa pista por el Izzumar que algunos se atreven a llamar carretera. Estrecha y llena de curvas, con pendientes de hasta el diez por ciento o más, flanqueada por barrancos donde da miedo mirar. —Francisco tenía ganas de desahogarse y Diego atendía preocupado a los detalles que se le iban revelando—. Imagina que hay que dar de comer a más de tres mil hombres, municionarlos, curarlos, relevarlos. Aquí estamos todos

mezclados, de Ceriñola, de África —señaló la colina ubicada al sur, por cuya base había pasado Diego tras descender de su vehículo y donde aquéllos se encontraban asentados—, regulares, artilleros con tres baterías de montaña y una ligera que hay que mantener porque están al límite de su vida útil, Ingenieros, Intendencia ¡y tres miserables secciones de Sanidad, con dos ambulancias y sin hospital de campaña en condiciones! ¿Y el agua? —gruñó—. ¡El manantial está a seiscientos metros, lejos de las alambradas y batido por todas partes! Hay que ir a por ella todos los días. Te tocará en alguna ocasión. La verdad, Diego, no sé a quién pudo resultarle idóneo este lugar para instalar el grueso de este pequeño ejército de juguete.

El capitán Olarte miró preocupado a su amigo. Francisco había pasado sin transición del tono jocoso que Diego recordaba de sus tiempos de academia a una amargura a duras penas contenida. Intentó frenar aquel discurso.

—Vamos, Paco. Algo habrá de bueno en todo esto. A fin de cuentas, estamos aquí, en el corazón del Rif, y sin bajas. Tú lo has dicho antes.

—Sí. Algo hay de bueno. —Francisco levantó la vista y esbozó una sonrisa que parecía más bien una mueca burlona—. También hay mandos que merecen la pena, y, desde luego, tengo toda mi confianza en ellos. El coronel Morales, jefe de la Policía indígena, y Manella, del Regimiento Alcántara, por ejemplo. Ya te los presentaré si hay oportunidad. De lo mejorcito de por aquí. Y hay buenos capitanes también. No todos, pero los que son buenos son muy buenos. No te equivoques, ¿eh? También confío en el comandante general. Pero es que a veces me enerva ver todo esto. —Hizo un ademán hacia las tiendas más cercanas, donde un grupo de soldados intentaba llevar a cabo una mínima instrucción a cargo de un sargento que no disimulaba su desesperación—. Si están bien mandados, lucharán como el mejor, pero no estoy muy seguro de que les llegue esa inspiración.

—¡Menuda bienvenida, Paco! —Diego le palmeó la espalda con afecto. Creo que después de esta presentación me vuelvo para España.

Ambos rieron.

—Tienes razón —se relajó Francisco—. Anda, enséñame en tu tienda esas cosas que dices que has traído de España. ¿O no lo has dicho? —Volvieron a reír—. Todavía tenemos tiempo.

No pudo continuar. De repente un retumbar lejano, como un trueno,

se escuchó por todo el campamento. Ambos oficiales miraron hacia el oeste, de donde provenía el estampido. A su alrededor, los soldados cesaron en sus ocupaciones, la instrucción quedó paralizada y pareció como si sobre Annual hubiera caído un rayo que cortara en seco toda actividad. Sobre el horizonte comenzaron a distinguirse pequeñas nubes blancas que se evaporaban con lentitud. A aquellas evidencias de combate lejano seguían estampidos que se escuchaban con retraso, pero que en su impactante anomalía trasladaban a las tropas la angustia de un desastre inesperado. Los dos capitanes escuchaban en silencio el sonido de aquellas detonaciones y el crepitar del fuego de fusilería que, tenue, se oía, sin embargo, perceptible y cargado de siniestras premoniciones.

—Es Abarrán —acertó a decir Francisco, con un tono que denotaba preocupación—. ¿Qué está pasando?

Diego intentó despertar de la parálisis que de repente lo había atenazado. Acababa de llegar y sentía que un hecho irremediable y trágico había irrumpido en su vida. Consiguió, sin embargo, romper su ensimismamiento. Para eso había ido allí. Aquél era su trabajo. Se dirigió al sargento que, cerca de ellos, había interrumpido su instrucción, y con un tono de voz que pretendía denotar calma y firmeza a la vez, lo abroncó.

—¡Sargento! —le gritó—. ¿Qué hace ahí parado? ¿No tiene cosas que hacer? —le preguntó, señalando a la tropa que, asustada, se encontraba desperdigada por la explanada observando el horizonte—. ¡Reúna a los hombres y continúe sus ejercicios! —Y ya junto a él, en tono quedo—: Y recuerde que parte de su labor es la de mantener su espíritu. El de combate o el que sea, pero tienen que verle a usted firme, en su sitio. ¿A qué está esperando?

El suboficial, sorprendido, tardó unos segundos en reaccionar y tras saludar al capitán se volvió hacia los reclutas y con voz potente regresó a su ser.

—¿Qué estamos mirando? ¿No habéis escuchado disparos nunca? —aulló mientras recuperaba el mando—. Pues bien; de eso aquí tendremos sobrada muestra todos los días. ¡A formar!

Diego contempló complacido cómo se restablecía la disciplina mientras los soldados respondían a la voz autoritaria y se agrupaban de nuevo con sus fusiles al hombro. Se acercó de nuevo a su compañero.

—Vamos abajo, Paco. Tenemos que averiguar qué está pasando.

Como un goteo. Como un lento goteo fueron apareciendo durante toda la tarde algunos de los supervivientes de la hecatombe. Antes había regresado al campamento el convoy que se había encargado de montar la posición. No vino con ellos su jefe, el comandante Villar, por lo visto súbitamente indispuesto, razón por la que, según comentaban sus subordinados, se había refugiado en la posición intermedia de Buimeyán. Para reponerse, decían. Los acemileros que habían conducido de vuelta las mulas, los soldados de Ingenieros que habían instalado las alambradas y diseñado un parapeto de fortuna, algunos infantes, todos coincidían en su testimonio: apenas abandonaron la posición después de fortificarla y dejar en ella su guarnición, al cabo de menos de una hora de marcha en dirección de regreso a Annual, comenzaron a oírse los primeros disparos. Los que también se habían escuchado en el campamento general. Comenzaba el ataque, pero no regresaron al fuego. Villar ordenó, incluso, acelerar la marcha hacia la seguridad de las tres colinas que ahora asistían estupefactas al relato de aquellos hombres que se habían retirado, ausentes de toda voluntad de socorro, mientras atrás quedaban, como ecos de un grito desgarrador, los disparos desesperados de camaradas que no encontraron en ellos ayuda.

En grupos de dos o tres, aislados, agotados, rostros demudados en busca de consuelo, fueron llegando horas después al cobijo del campamento varios artilleros y algún que otro soldado de Regulares, supervivientes del ataque. Aparte de los oficiales al mando de la batería, en Abarrán habían quedado pocos peninsulares de guarnición. Lentamente se fueron conociendo los detalles. Francisco y Diego asistían preocupados a la exposición entrecortada y angustiosa de aquellos hombres. Por ellos se supo que, después de abandonar el lugar el convoy, primero se abatió sobre la posición una descarga de fusilería. Prácticamente al mismo tiempo, los componentes del contingente aliado que los había acompañado hasta la cumbre se volvieron contra ellos. Los disparos fueron incrementándose y, al parecer, cientos, quizás miles de rifeños de las cabilas de Tensaman, pero sobre todo de Beni Urriaguel, se abalanzaron sobre la posición, especialmente por uno de los lados que no se había fortificado por orden del comandante Villar, al considerarse suficientemente protegido por los altos matorrales y la inclinada pendiente: en aquéllos se ampararon y por ésta subieron los asaltantes. Pronto, las tres mías de policía indígena, muerto su oficial al mando, el capitán Huelva, también hicieron defección y dispararon, certeros, contra sus

compañeros de armas. Abarrán se defendió con fiereza con los regulares mientras sus jefes sobrevivieron, según algunos contaban sollozando, por el heroísmo de los artilleros comandados por el teniente Flomesta. Todos disparaban mientras caían los mandos uno a uno: Camino, Fernández, Reyes y, finalmente, el valiente Salafranca. Los cañones hacían fuego con la espoleta a cero, es decir, sin poder medir la distancia, a bocajarro contra los atacantes. Algunos de los ahora supervivientes comenzaron entonces a huir al ver cómo morían capitanes y tenientes, uno tras otro, defendiendo sus preciadas piezas, intentando desmontar sus cierres para inutilizarlas al verlas ya perdidas. Uno de los artilleros contó incluso que creyó ver cómo se llevaban, vivo, al propio Flomesta, ya herido de gravedad, si bien no podía asegurarlo. Pronto —en no más de tres horas, decían— todo había terminado.

En Abarrán ya no ondeaba la bandera de España.

Mientras el relato de aquellos gravísimos acontecimientos se iba comunicando por todo el campamento, trasladando el enfado, la ira y el miedo, Diego observó a lo lejos, cerca del parapeto que protegía la entrada del este, una escena que llamó su atención. Absortos en escuchar los testimonios de los huidos, nadie excepto él se estaba percatando de lo que ocurría a escasos metros de donde se encontraban. Junto a una de las tiendas, un oficial parecía estar discutiendo con bruscos ademanes con un soldado moro de Regulares. De repente aquél esgrimió una fusta y comenzó a azotar con ella al infante. Diego se acercó notando cómo se apoderaba de él una creciente indignación, mientras los golpes caían inmisericordes sobre el hombre que ahora, tratando de protegerse la cara, yacía ya en el suelo, agazapado, recibiendo patadas mientras los crueles zarpazos de la vara buscaban sus partes más desprotegidas.

—¿Pero qué está haciendo, desgraciado? —Diego agarró con firmeza la mano de quien pudo distinguir como teniente de infantería, impidiendo que siguiera golpeando a aquel infeliz. El oficial se revolvió con furia, conteniéndose levemente al ver las tres estrellas en la bocamanga de quien se había atrevido a interrumpir el castigo.

—¡Es uno de los traidores! —dijo, excitado, mirando con desprecio al hombre que intentaba arrastrarse ahora aprovechando aquella oportunidad para alejarse de su agresor—. Es uno de los que han huido de Abarrán. Seguramente matando a sus oficiales. ¡Cerdos!

Diego seguía sujetándolo por la muñeca. Poco a poco fue aflojando el gesto. Lo miró fijamente.

—Teniente —dijo con firmeza y sin levantar la voz—. Vuelva inmediatamente a su puesto.

—¡Yo no huido! ¡Yo no huido! —comenzó a protestar desde el suelo el indígena mientras se ajustaba el correaje de su uniforme color tierra —. Capitán morir. Yo fiel España…

—¿«Fiel España»? ¡Yo te enseñaré! —El teniente hizo ademán de volver a pegarle, pero el capitán se interpuso.

—Teniente. Es la última vez que se lo digo. O regresa de inmediato con su compañía o daré parte de usted. No lo hago ya porque puedo comprender el momento de excitación que estamos viviendo, pero no me obligue a arrestarle. —Lo miró desafiante, pero tranquilo. El oficial, un joven de aspecto adusto y rostro recortado por un afilado bigote, depuso su actitud.

—A la orden, mi capitán —contestó, esbozando una leve mueca de disgusto. Dirigió su vista hacia el soldado mientras trataba de tranquilizarse. Había odio en su mirada—. A la orden, pero se equivoca al protegerlo —concluyó—. Han muerto muchos hoy y él tenía que haberlo hecho también; con ellos.

—Que yo sepa, tú tampoco estabas allí, ¿verdad? —apostilló el capitán. El teniente lo miró con furia, cesó en su discurso, saludó y lentamente se dio la vuelta para alejarse de ambos mientras se daba fuertes golpes con la fusta sobre la rodilla, ofuscado.

—Tú buen capitán —dijo el soldado de Regulares mientras se levantaba para cuadrarse—. Tú buen oficial. Yo Ben Mizzar. Yo España —repetía confusamente.

—Vale, vale, de acuerdo; tú España. Está bien, soldado. —Diego le devolvió el saludo, intentando sobreponerse de la tensión. Le temblaban las piernas—. Vuelve a tu compañía y preséntate a tu superior. Que te curen antes esas heridas —le sonrió.

Y mientras aquel hombre se alejaba, el capitán Olarte miró pensativo hacia el oeste. Allí, a lo lejos, sobre Abarrán, hacía tiempo que reinaba el silencio y solamente se percibía, como un negro testimonio del desastre y premonición de desgracias mayores, una enorme nube de humo proveniente de unos restos calcinados que ya no eran solamente los de parapetos, tiendas o munición, sino los de una España africana entregada a un destino trágico de fuego y muerte. Y volviendo sobre sus pasos, se encaminó en busca de su compañía.

3

Un lupanar

Melilla, 5 de junio

Le habían dicho que se le pasaría en unas horas. Esperaba que fuera cierto, porque a Manuel Altamira aquel «mareo de tierra» le resultaba tanto o más desagradable que el que había soportado en la travesía nocturna que al fin había culminado con el acoderamiento y amarre del vapor Vicente la Roda en el muelle Villanueva de la ciudad de Melilla.

Sintiendo bajo sus pies un movimiento imposible que desmentía la realidad de la superficie de piedra del puerto, el teniente asió de nuevo su maleta y encaminó sus pasos hacia el comienzo de aquella obra que a primera hora de la mañana ya bullía de actividad. Tras él, una pequeña grúa procedía a la desestiba de la carga que el barco acumulaba en sus bodegas mientras el resto del pasaje —militares en busca de su nuevo destino y comerciantes en su mayor parte— se afanaba en encontrar su lugar, arrancados aquéllos de las certezas peninsulares y ansiosos los otros de emprender los negocios que la plaza prometía. Todos ellos, probablemente aquejados del mismo mal que el que martirizaba al oficial, parecían igualmente desorientados. La travesía nocturna había sido larga e incómoda desde que zarparon de Málaga al caer la tarde del día anterior, y el espacio contratado por el ministerio a duras penas podía merecer el apelativo de «camarote». Manuel prefirió permanecer la mayor parte del viaje en cubierta, paseando por entre botes salvavidas, maderas humedecidas, marineros de guardia y pasajeros igualmente desvelados. Finalmente el sueño le había vencido, y pudo al menos dormir durante un par de horas, una vez vaciado su estómago por la borda hasta que su cuerpo había acabado rindiéndose por puro agotamiento ante los reiterados espasmos.

Alzó su vista hacia la ciudadela, la vieja fortaleza que presidía el pequeño entramado portuario de la plaza africana. Sobre él,

dominados por un vetusto torreón, unos sólidos muros recordaban con su presencia la razón de ser de aquel lugar, reducto centenario sobre el mar, frontera defensiva contra piratas y tribus hostiles. Melilla era lo que siempre había sido: una isla de roca que pugnaba por crecer hacia el interior, saltando por encima de aquellas piedras que limitaban el pequeño y laberíntico dédalo de calles original. Manuel pasó por delante del destartalado edificio que a modo de aduana marítima tenía adjudicada la Administración militar. Ubicado al pie del promontorio rocoso junto al viejo muelle de insuficiente calado para las modernas naves de guerra, su situación lo obligó a dar un rodeo, y, tras dejar atrás la ciudadela, siguió el trazado de las vías del ferrocarril que recorría el perímetro portuario hasta terminar en un imponente y nuevo cargadero de mineral, aún sin terminar. Intentaba dar con una salida, alguna guía que le marcara la ruta para llegar a la Comandancia de Intendencia, donde debía presentarse ante su superior. A su izquierda, el mar desprendía su aroma a salitre, y acompasaba sus pasos el leve sonido del chapoteo del agua contra sus muros de piedra. A su derecha, edificaciones de una planta, carcomidas por el efecto de los años, enmarcaban el frente marítimo del cuartel de Santa Bárbara, como así anunciaba con orgullo antiguo de artilleros el cartel de hierro que presidía una de sus entradas. El calor comenzaba a apretar y Manuel, desacostumbrado a la humedad y encerrado en su uniforme reglamentario, sudaba copiosamente a pesar de lo temprano de la hora. Notaba ya entumecidas las manos por el peso de la maleta cuando tras uno de los recodos de aquella instalación militar apareció ante él un espacio diáfano, adornado de jóvenes palmeras que se mecían suavemente con la brisa de levante. La plaza, con algún edificio aún en construcción, mostraba, en claro contraste con el tinglado portuario, las trazas de una ciudad aún modesta que pugnaba por convertirse en faro de modernidad arquitectónica. Así, al sudoeste de la irregular rotonda asomaban los verdes parterres del parque Hernández. Los árboles enmarcaban con su recortada frondosidad una amplia avenida peatonal por la que ya se podían ver paseantes que comenzaban a disfrutar del remanso de paz que aquel lugar prometía. Junto a él, varios edificios de tres plantas ofrecían su chaflán al espacio abierto y, con él, balconadas y miradores de hierros y maderas que creaban filigranas y dibujos de recargada factura. A su derecha, las obras de lo que se publicitaba como el futuro Gran Casino Militar ya se encontraban en plena actividad. Manuel decidió descansar unos minutos observando la vida que a esas horas se desperezaba y que confluía en aquel lugar al que desembocaban, por un lado, la elegante avenida de Alfonso XIII y la avenida del General Marina. «Plaza de España», se leía en el lustroso cartel que se elevaba, desafiante en su retorcido y fantasioso soporte

modernista. Anunciaba orgulloso el vértice de la nueva ciudad por la que circulaban, en aparente armonía, vehículos militares, particulares y carros, mezclándose en aquel sorprendente trasiego con los viandantes. Entre éstos podían verse ya a esas horas los consabidos sombreros de paja en los hombres, elegantes vestidos en las damas que, solícitas, los acompañaban del brazo, uniformes de todas las armas y graduaciones afanados en ir a ninguna parte y alguna chilaba. El conjunto formaba un paisaje tan novedoso a ojos del teniente Altamira que se le antojó irreal. Nada parecía alterar el ambiente de confiada paz. Ni siquiera las noticias de la caída de Abarrán que ya habían llegado a la prensa local. Daba la impresión de que, como efectivamente habían anunciado en los periódicos de la Plaza, aquello había sido nada más que una simple tormenta de verano, un traspiés lejano y ocasional.

Un claxon sonó de repente con fuerza a sus espaldas, rompiendo el hechizo que se había apoderado de su espíritu. Escuchó una voz jovial tras él.

—¡Teniente! ¿Qué hace ahí parado en medio de la calzada? —Una sonrisa franca iluminaba el rostro de un hombre joven que, al volante de un flamante automóvil, se había parado junto al oficial y esperaba una respuesta. Manuel, aún aturdido, apenas pudo contestar con la parquedad que lo caracterizaba.

—Perdón. —Comenzó, titubeante, una excusa no pedida—. No conozco la ciudad. Busco la Comandancia de Intendencia. No sé ni dónde me encuentro.

—Pues bienvenido a Melilla —contestó el hombre lanzando una carcajada—. Aquí nadie sabe dónde se encuentra. —Dudó unos instantes—. ¿La Comandancia de Intendencia? No podrá ir andando arrastrando esa maleta. Y menos con este calor. Suba, que yo le llevo.

—No quisiera ser una molestia. —En la cara de Manuel se dibujó casi una súplica.

—No es molestia en absoluto. Me pilla de paso.

Aliviado, aceptó sin mayores reparos el espacio que le brindaba la puerta abierta del coche y, tras depositar su pesado fardo en el asiento posterior, se acomodó junto al conductor. El vehículo aceleró su marcha en dirección sur, mientras dejaba a su derecha el parque y avanzaba en paralelo a la costa por una carretera de firme desigual.

—Me llamo Pablo, Pablo Díaz —le dijo a modo de presentación aquel

buen samaritano mientras le tendía la mano, un ojo puesto en esquivar los baches y otro en su acompañante.

—Teniente Manuel Altamira —contestó el viajero—. De verdad que le estoy muy agradecido, señor Díaz. Estoy algo despistado y todas las indicaciones que me habían dado para llegar a la comandancia han resultado ser bastante vagas. —Miraba al frente mientras hablaba, agarrado con una mano al salpicadero, cegado por la claridad que aquel sol mediterráneo regalaba a aquella costa.

—No se preocupe, teniente. Para mí no es ningún esfuerzo acercarle. Trabajo en la Compañía Española de Minas del Rif como ingeniero, ¿sabe? Las oficinas y, precisamente, parte de los cargaderos desde los que continúan las vías hasta el puerto que usted ha visto están a cien metros de la Comandancia de Intendencia. No me viene mal un poco de compañía, además. —Sonrió de nuevo—. Me paso los días de acá para allá, solo, entre legajos, planos, polvo y piedras.

Manuel observó con interés aquel paisaje que se le ofrecía mientras su chófer ocasional pugnaba con habilidad por sortear los numerosos socavones de la calzada. Abandonado ya el casco urbano, a su izquierda, entre la carretera y el mar, se levantaba, a partir de una desvencijada plaza de toros, un barrio de casas de una planta, de color terroso, que aparentaba la humildad que se suponía para unas viviendas en el extrarradio. A su derecha, estribaciones de colinas sin vegetación, salpicadas de pequeños almacenes en ruinas y coronadas en su cumbre por pétreos fortines. Melilla crecía hacia el sur con nuevos barrios, mezcladas entre sí las instalaciones industriales de la incipiente minería, barracones y fortalezas militares de madera y piedra y residencias modestas de operarios, obreros y nativos que vivían de la actividad comercial que crecía al amparo de la milicia y del hierro. Cerró los ojos y a través de las ventanillas abiertas sintió penetrar nuevamente en él el salitre que, suspendido en el aire tras nacer de olas rotas en la playa, se desplazaba tierra adentro. Por un momento consiguió olvidarse de todo y de todos, de su misión, de su vida solitaria en Madrid. Durante esos instantes sintió lo más similar a una vaga felicidad, un descanso en la actividad febril de su cerebro. Sintió paz.

—¡Hemos llegado! —La voz del ingeniero y el brusco frenazo que había acompañado a sus palabras lo despertaron de su pequeño retiro interior. Se encontraban en una intersección de la carretera—. Al final de esta cuesta, sobre ese promontorio, está la comandancia —le dijo Pablo. Manuel hizo ademán de bajarse del coche mientras devolvía el apretón de manos ofrecido por Díaz.

—Teniente —dudó el ingeniero unos segundos, mientras mantenía el saludo—, ¿puedo darle un consejo?

Manuel lo miró, sorprendido.

—Por supuesto. Soy nuevo aquí.

—Por eso mismo. —Asintió—. Mire, no quiero resultar entrometido, pero no da la sensación de que usted encaje mucho en este ambiente. —Echó un rápido vistazo a la guerrera del oficial, ajustada hasta el último botón. Las manchas de sudor ya eran evidentes, y Manuel parecía ahogarse en su uniforme—. Y menos en Intendencia. Si quiere sobrevivir y tiene posibles, le recomiendo que no se quede a dormir en el acuartelamiento. —Miró hacia al conjunto de edificios entre los que destacaba al frente una casona de piedra de aspecto triste—. Puedo aconsejarle una pensión limpia y confortable en la antigua ciudad, en la Melilla vieja, en la calle de San Antón. Pensión Levante; ése es su nombre. Diga que va de mi parte. Siempre será mejor allí que no en esa podredumbre. —Hizo un ademán abarcando todas las edificaciones que coronaban la pequeña colina.

—Gracias —contestó Manuel mientras descendía del vehículo y cogía, no sin esfuerzo, su pesada maleta—. Lo tendré en cuenta.

—Otra cosa —el ingeniero lo miraba, súbitamente serio, mientras metía la primera marcha—: si por un casual enferma, no deje que lo ingresen ahí, en el hospital Docker. —Señaló con un movimiento de mandíbula hacia unos barracones prefabricados que, ubicados a pocos metros del cuartel de Intendencia y alzados sobre unos pivotes, ofrecían un aspecto ruinoso—. Hay mejores lugares para terminar sus días.

—¿Eso es un hospital? —preguntó, incrédulo, el teniente mientras dirigía su mirada hacia aquellas construcciones desconchadas.

—Lo es —contestó el ingeniero—. Hospital militar; ¡y lo administran ustedes, desde Intendencia! Así que ya lo sabe —sonrió súbitamente—: ¡no deje que le hieran! —Y aceleró sin más, despidiéndose con la mano y dejando tras de sí una nube de polvo que terminó por desbaratar cualquier aspecto de dignidad militar que el teniente Altamira aún pudiera haber conservado.

«Y menos en Intendencia». Manuel repasó esa frase. ¡A él se lo iban a decir, precisamente! Se ajustó bien la gorra después de secarse el sudor con un pañuelo. Luego se sacudió con las manos el polvo de su guerrera y, tras emitir un suspiro, acometió la pequeña subida que lo conduciría al edificio

de dos pisos que, presidiendo un cuadrilátero formado por barracones alineados tras él, lucía al frente, en su fachada y a ambos lados de un mirador acristalado, dos carteles: «Tropas de Intendencia» y «Comandancia de campaña». Había llegado a su destino.

Apenas le prestaron atención cuando entró, traspasando sin problemas la puerta sin custodia que daba paso a una pequeña sala inundada por el sol de la mañana. La luz penetraba a través de los grandes ventanales que tapizaban toda la fachada del edificio pero que convertía aquel lugar, con su calor húmedo, en un auténtico invernadero. Dejó su maleta en el suelo y carraspeó levemente. Uno de los soldados, que se afanaba en una esquina por intentar introducir un folio y su correspondiente papel de calco en el rodillo de una vieja máquina de escribir, levantó la vista. Con poco disimulado gesto de fastidio y sin incorporarse, inquirió:

—Dígame, teniente; ¿qué desea? —A Manuel ya no le sorprendió aquella relajación de la disciplina, y prefirió obviar la descortesía. Había venido con un objetivo concreto. Ni aquél iba a ser su destino final ni ardía en su interior un incontenible deseo de acreditar su jerarquía. No obstante, decidió al menos dejar alguna muestra de su incomodidad. Estaba empezando a cansarse de que, quizás por su edad o simplemente por su aspecto, no se le mostrara el debido respeto a su condición de oficial. Miró al oficinista y le contestó con voz gélida:

—Deseo muchas cosas, cabo, pero en estos momentos únicamente quiero presentarme al comandante. Lo demás podrá esperar.

El aludido dudó y finalmente, como quien lleva a cabo un esfuerzo supremo, se puso en pie.

—A la orden, mi teniente —saludó aún sin la gorra—. Le acompaño.

El despacho del comandante Rafael Gallego era sencillo. Una bandera presidía la pequeña sala, flanqueando el retrato oficial de Alfonso XIII, levemente descolorido por su exposición a la luz que, también allí, penetraba por los cristales, abiertas las ventanas que, pese a todo, no impedían que reinara en la estancia el sofoco que en adelante —Manuel ya estaba seguro— lo acompañaría en Melilla durante aquel verano en ciernes.

—¡A la orden, mi comandante! —Fue una voz cansada la que salió de su boca. Empezaba a necesitar una cama para dormir, y todavía le duraban los efectos del mareo tras el viaje. Trató, no obstante, de

apartar ese pensamiento de su mente. Aún tenía mucho por hacer.

El jefe levantó la vista de su escritorio y lanzó una mirada desaprobadora a su nuevo oficial. El uniforme, sucio de polvo y sudor, parecía ajado y viejo. Manuel sintió cierta vergüenza. Solía gustarle cuidar su aspecto, pero nada había podido hacer esa mañana al respecto.

—Descanse, teniente —cortó con sequedad—. Podría haberse adecentado un poco para presentarse, ¿no?

—Lo siento, mi comandante. Acabo de llegar, y no ha sido un viaje agradable. —Probó a mantener la compostura.

—Bien; no se preocupe. No tengo mucho tiempo, como ve. —Señaló su mesa, repleta de papeles en aparente desorden—. El tema de Abarrán ha trastocado un poco nuestra actividad. —Carraspeó, como intentando no dar importancia a esa confidencia espontánea—. El ministerio me avisó de su llegada. Por alguna razón me pidieron que le dejara cierta libertad de movimientos. No sé muy bien a qué viene esa deferencia con usted —lo miró fijamente—, pero no tengo ningún problema con esto. Por lo visto, va usted a encargarse de controlar y gestionar la yeguada de la plaza. —Se encogió de hombros.

Para Manuel, aquélla era la primera noticia que tenía sobre su aparente cometido en la comandancia, y le pareció un disparate. Él no entendía nada de caballos. Pensó que podían haber escogido alguna otra excusa, y casi llegó a sospechar de algún tipo de broma siniestra desde el Negociado de Marruecos. No obstante, asintió con aplomo.

—Así es, mi comandante. —Se produjo un silencio tenso. Ambos se estudiaban manteniendo fija la mirada.

—De acuerdo, pues. —Habló finalmente el jefe—. No se quede ahí parado. Tiene trabajo por delante. Preséntese al capitán Millán, y él le dará las indicaciones que precise. —Apartó la vista y se concentró de nuevo en su escritorio. Al cabo de unos segundos levantó la cabeza de nuevo. Manuel todavía estaba allí, un tanto desconcertado aún—. ¿Qué hace ahí como un pasmarote, teniente? ¡Váyase ya!

El capitán Francisco Millán García tenía buena presencia y era perfectamente consciente de ello. Muy alto, delgado pero con anchos hombros, moreno con el pelo peinado hacia atrás y fijado con una gomina que no se hacía demasiado evidente, nariz y boca

proporcionadas; ojos oscuros de mirada, sin embargo, gélida que utilizaba para desarmar a sus subordinados; perfectamente afeitado, aparentaba menos años que los treinta y cinco que realmente tenía. Cuando al fin hablara, su voz grave, nada impostada, iba a transmitir a Manuel el orden preciso de jerarquía. Era aviso y norma futura, y el teniente tomaría buena nota de ello. Pagador en el Parque de Melilla, por sus manos pasaban los estados contables de la comandancia y de todas las áreas en las que Intendencia era el punto central para engrasar la maquinaria de guerra. De él dependían directamente tres tenientes encargados y varios cabos que hacían la función de escribientes. Manuel iba a ser el cuarto. Cuando apareció en el quicio de la puerta de la oficina del capitán Francisco Millán García, ubicada en una esquina de la planta inferior del edificio, despachaba con un teniente de la Policía indígena. Al notar la presencia del madrileño, cortó rápidamente la conversación.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —llegó a escuchar Manuel que le decía a su interlocutor. Se dirigió entonces a Manuel al tiempo que el otro abandonaba la estancia sin siquiera mirar al extraño.

—Bienvenido, teniente —Esperó el saludo y contestó con un movimiento firme. Manuel sintió que lo estaba estudiando—. Le esperábamos. Entiendo —continuó— que su presencia aquí no obedece a otra razón que la del interés del mando en que las monturas de jefes, oficiales y soldados cuenten con un cuidador experto. Por lo visto, no son suficientes nuestros desvelos.

El teniente guardó silencio. El tono había sido brusco, y el capitán no daba muestras de querer disimular su ironía. Sintió un profundo fastidio. Allí parecía que todo el mundo conocía mejor que él cuál iba a ser su aparente cometido en la Plaza. La frivolidad del Negociado de Marruecos en este asunto empezaba a molestarle.

—¿No dice nada? —El capitán lo miraba de hito en hito, impávido, las manos a la espalda.

—Nada tengo que decir, mi capitán —contestó al fin, midiendo bien sus palabras—. Le pediría únicamente permiso para retirarme hoy y comenzar mi servicio mañana. Aún necesito buscar alojamiento y asearme un poco.

—¿No se queda entre nosotros? No me extraña, la verdad. Si puede pagarlo, es preferible que encuentre al menos colchón y sábanas limpias en la ciudad. —Se dio la vuelta. Manuel interpretó que accedía a su petición y que ésa había sido toda la conversación que aquel

hombre estaba dispuesto a conceder—. Puede retirarse, pero mañana le quiero trabajando desde primera hora. Imagino que querrá visitar primero las cuadras principales. Los mejores caballos están en el cuartel de la alcazaba, junto a las murallas de tierra de la ciudad vieja. Y el depósito de ganado, cerca del cuartel de Santa Bárbara, junto a la plaza de España. Está de suerte, teniente. Tendrá que venir poco por aquí. —Una sonrisa que a Manuel le resultó en exceso forzada acompañó a estas últimas palabras—. Pero no se haga ilusiones —concluyó—. Me reportará personalmente una vez a la semana. Tengo un gran interés por la cría caballar y estoy seguro de que usted me pondrá al día con detalle.

Manuel intentó pensar con rapidez. En el poco tiempo que llevaba en aquel edificio ya había podido comprobar que su llegada era conocida por todos, que el destino que le habían adjudicado como tapadera desde el ministerio, además de absurdo, iba a ser un problema y también un alejamiento físico de las oficinas de la comandancia que se suponía que tenía que investigar y, sobre todo, que su presencia allí no era en absoluto bienvenida.

—Si no ordena nada más, mi capitán… —dijo mientras se colocaba la gorra de plato y saludaba.

—Puede retirarse, teniente.

Manuel se dispuso a salir. Miró su reloj. Aún tenía algo de tiempo, y si se daba prisa podía ir a la pensión que le habían recomendado, lavarse un poco y dar con el café-bar El Toro antes de la una del mediodía, la hora señalada por la informante en su carta. Se dio la vuelta sobre sus talones y abandonó el despacho.

—¡Teniente! —Escuchó la voz del capitán desde su escritorio—. Una cosa más —sonrió de nuevo—: si va a vivir en Melilla, ya sabe lo que dicen por ahí: es la ciudad del pecado. Un lupanar. Y caro. Tenga cuidado; es un buen consejo. Imagino que hoy estará recibiendo muchos.

El lugar, más que una calle, era un callejón. Había tenido que esperar a que uno de los camiones del parque móvil de Intendencia lo acercara de nuevo a la zona portuaria. Una vez allí, dejando atrás el elegante edificio del Gobierno militar ubicado en lo alto del promontorio, terminó por encontrar la pensión Levante, no sin antes perderse brevemente en el pequeño laberinto de calles y pasajes

estrechos que formaban Melilla la vieja, encerrada en sí misma en su reducido espacio, tras el abrigo seguro de unos muros que la habían protegido siempre a lo largo de su historia. No hubo problema con el establecimiento. Mencionada la recomendación personal del ingeniero, Manuel consiguió al fin una modesta habitación equipada con una cama de limpieza más que aceptable, una pequeña mesa de trabajo y un mueble que contenía una jofaina con agua y espejo adosado. El precio incluía una comida al día y la posibilidad de lavandería. Los servicios eran comunes y la casa disponía de un pequeño patio interior donde se cruzaban muy ocasionalmente los escasos huéspedes que podía albergar el local. Era lo que necesitaba. Conservado el frescor de la noche al hallarse en una zona protegida del inclemente sol, el lugar era apartado y discreto. Miró la hora. Tendría que darse prisa. Tras asearse a conciencia pudo al fin afeitarse, y tras entregar a la dueña el sucio uniforme que no se había cambiado en días, salió a la calle, embutido en uno limpio recién adquirido en Madrid antes del viaje y sintiéndose un hombre nuevo se dispuso a acudir a su cita. La que no sabía si se produciría; la que resultaba una incógnita y en todo caso el único comienzo posible de sus investigaciones.

Estaba allí otra vez. En la plaza de España. Frente a él, abriéndose con elegancia hacia el interior, el eje vertebrador del ensanche melillense: la avenida de Alfonso XIII. Había preguntado en la pensión a la dueña por la dirección del bar El Toro. La calle de Canalejas, le dijo. Una buena zona, apostilló convencida. Manuel enseguida encontró la embocadura de la avenida, que salía de la misma plaza, paralela al eje principal. Anduvo por su suelo recién pavimentado admirando los edificios de dos plantas, algunos de reciente construcción, otros aún en obras, pero todos ellos recargados en sus fachadas de filigranas que retorcían formas vegetales en piedra, reflejada la luz en los miradores y balconadas de madera y hierro forjado en curvas imposibles. Era una hermosa visión. Los tonos pastel que cubrían la estructura dotaban al lugar de un singular encanto. Era como si cada una de las casas compitiera entre sí para aportar con su color algo de la alegría que escaseaba en las muy funcionales y desastradas construcciones militares que aún dominaban la Plaza. Llegaba con tiempo a su improbable cita y se dedicó a disfrutar del trajín que discurría por aquella arteria. Comprobó una vez más, y para su sorpresa, que las noticias del revés de Abarrán no debían de haber tenido demasiada resonancia en la ciudad, dadas la concurrencia y la actividad que se observaban en sus calles. Estampas morunas de algún anciano bereber de posición elevada que, acompañado por su sirviente, deambulaba quizás en busca de sombra bajo la que cobijarse; chiquillos de tez

morena que pululaban entre los adultos, ajenos a cualquier tipo de obligación escolar, mendigando unas pesetas por un dulce o un lustrado de zapatos; militares de toda condición, deseosos de terminar su jornada; alguna niñera asediada por miradas escasamente disimuladas y profundamente lascivas, elegantes comerciantes de sombrero y bastón, chaleco y camisa almidonada. Todo ello formaba un conjunto activo y caótico que sorprendió a Manuel, que no imaginaba esa diversidad tan lejana y apartada de lo usual en la España peninsular.

Atrapando cada detalle de la vida que se activaba ante sus ojos, al teniente, sin embargo, le llamó especialmente la atención un encuentro que se estaba desarrollando en el lado opuesto a aquél por el que caminaba. Allí, frente a un establecimiento de préstamos que se anunciaba en elegantes caracteres como «Viuda de Samuel Salama», un hombre de frondosa barba, tocado con la kipá que denotaba su condición hebrea, mantenía lo que parecía ser una agria discusión con un oficial. Éste permanecía de espaldas a Manuel, quien se detuvo y, simulando examinar la obra que se desarrollaba activamente en una de las nuevas y lustrosas edificaciones de la calle, contempló en la distancia la escena. Se notaba que el civil intentaba contenerse. Sus ademanes eran enérgicos y negaba con fuerza con la cabeza en gesto serio mientras el oficial elevaba su tono de voz y alzaba, amenazante, su dedo índice para reforzar cada palabra. Finalmente sacó de su guerrera un sobre y se lo entregó a su interlocutor, quien tras unos momentos de duda terminó por cogerlo con ademán apesadumbrado. Justo entonces, el militar se dio la vuelta y Manuel pudo distinguir perfectamente el uniforme de teniente de la Policía indígena, tocado con su característica gorra de plato con banda roja. Era el hombre que se encontraba con el capitán Millán en su despacho de la comandancia cuando él llegó. Se giró rápidamente para no ser reconocido cuando, aparentemente ofuscado, el teniente cruzó la calzada alejándose a buen paso calle abajo en dirección a la plaza de España. En ese momento, el comerciante hebreo levantó la cabeza y durante unos instantes cruzó su mirada con la de Manuel, negó para sí con un gesto y se metió en su establecimiento cerrando la puerta tras él.

Reflexionando todavía sobre lo que acababa de contemplar, el teniente Altamira llegó al fin al local al que de manera tan misteriosa había sido convocado. Miró su reloj. La una en punto.

El café-bar El Toro era un establecimiento extraño. Pretendía elegancia y, sin embargo, cierto aire popular impregnaba el ambiente, decoradas sus paredes por un abigarrado conjunto de molduras arabescas, suelo de baldosas multicolores que alcanzaban a cubrir un

mostrador tras el cual un espejo reflejaba a la clientela. Tras la barra un uniformado barman limpiaba con esmero la superficie pulida donde se acumulaban botellas de todo tipo de licores. El local tenía a disposición de los parroquianos dos espacios diferentes separados por una puerta que se pretendía inspirar en las de la mezquita de Córdoba, arco de herradura con trazas rojas y blancas en sus dovelas incluida. Enormes carteles de antiguas y gloriosas corridas de toros dotaban de sentido al nombre del local. El lugar estaba concurrido, y aunque todavía quedaban mesas libres, el ruido de decenas de conversaciones se entremezclaba con la algarabía característica de cualquier taberna del sur de España. Todos los parroquianos eran hombres, y el teniente no pudo dar con ninguna razón medianamente lógica por la que la anónima informante hubiera podido elegir precisamente aquel lugar para contactar de manera discreta.

Manuel escogió finalmente un lugar apartado desde el que, sin embargo, tenía una clara visión de la puerta de entrada. Hizo una señal al camarero, que acudió solícito, y pidió una cerveza. Tras dejar su gorra en la mesa de mármol, sacó del bolsillo de su guerrera una pequeña libreta y anotó lo que había contemplado hacía unos instantes. Lugar, hora, protagonistas, su aspecto, el nombre del comercio, sus propias impresiones y algunas breves conjeturas acompañadas de un signo de interrogación. ¿Qué tenía que ver un oficial de la Policía indígena con la Comandancia de Intendencia? ¿Qué misión militar podía conducir a ese teniente hasta las puertas de un establecimiento de crédito y por qué esa demostración brutal de autoridad? Se encontraba cansado, y cerró la libreta. No se dio cuenta de que, entre tanto, a sus espaldas, una figura lo observaba, de pie, estudiando cada uno de sus movimientos. Se acercó y, sorprendiendo a Manuel, que aún permanecía abstraído en sus cavilaciones, le puso una mano sobre el hombro.

—Es usted, ¿verdad? —La voz femenina se escuchaba como una bendición de cadencia musical que se abría paso entre el caos sonoro del local—. Es el hombre que envía el ministerio, ¿no? Me llamo Dolores. ¿Puedo sentarme?

4

Una conversación

—¿Dolores? ¿Lola? —La voz de Manuel surgió de repente, nerviosa, sorprendida, liberada quizás, después de haber estado encerrada en su interior durante aquellas horas previas. El oficial se levantó de su silla torpemente.

—¿Puedo sentarme? —repitió aquella mujer, y acompañó su pregunta con una de las sonrisas más encantadoras que el teniente no recordaba haber visto nunca.

—Por supuesto —respondió, algo avergonzado por su aparente descortesía—Acomódese, por favor. ¿Le pido algo?

—No se preocupe. Me conocen por aquí.

Al cabo de unos segundos y sin que su interlocutor hubiera tenido tiempo siquiera para reaccionar, un camarero ya se encontraba junto a la mesa depositando suavemente en la superficie de mármol una delicada copa en la que se dispuso a verter despacio el contenido de un cóctel previamente preparado.

—Ginlet —dijo ella mientras se acercaba la copa a los labios y degustaba un primer sorbo sin apartar la mirada de los ojos de un Manuel que la contemplaba con curiosidad e interés—. Es bueno, es sofisticado y me encanta. De los escasos placeres que me quedan en este lugar. Afortunadamente ellos ya lo saben. —Levantó la cabeza con un gesto dirigido hacia los empleados, que continuaban su trabajo, discretamente, sin prestarles mayor atención.

El teniente Altamira decidió entonces romper abruptamente el silencio que se había producido tras aquella presentación acelerada. No quería perder el control, y se dispuso a tomar rápidamente la iniciativa. Optó por la vía más directa y obvia, dando por hecho que ya resultaba inútil cualquier esfuerzo por disimular su papel o su misión. Abandonó su reserva y su prudencia proverbiales, quizás desarmado por la sencillez de un encuentro que había imaginado más

complicado, encorsetado por señales, acertijos, adivinanzas y contraseñas, y se dispuso a centrarse en su cometido.

—¿Por qué ha pensado usted que yo podía ser el hombre que esperaba? —preguntó sin mayor preámbulo.

Lola apuró un nuevo sorbo de su bebida y dudó unos instantes antes de contestar. Dejó la copa y acodándose sobre la mesa dejó que su barbilla descansara sobre sus manos entrelazadas. Lo observó, divertida.

—¿Ha mirado usted a su alrededor? —Manuel giró levemente la cabeza. El local ya estaba lleno—. No hay ningún militar. De hecho, no suelen venir por aquí. Prefieren establecimientos más… —dudó— más acordes con su espíritu de cuerpo. En esta ciudad todos tienen su lugar, y éste no es precisamente el preferido por la oficialidad. Tampoco me pregunte por qué. —Se encogió de hombros—. Quizás sean costumbres, tradiciones. No obstante, a mí me viene bien que así sea. Y yo esperaba a un militar y aquí está usted

Apuró otro sorbo del cóctel, aparentemente concentrada en las vetas negras que dibujaban en la mesa imaginarias figuras sobre un blanco que mantenía sobre sí los secretos de miles de conversaciones. Se apartó con un leve gesto un mechón de pelo que caía sobre su rostro, y Manuel pudo ver entonces unos ojos en los que por unos instantes creyó apreciar, en su oscuridad, toda la tristeza de una vida dura; más dura de lo que ella hubiera deseado probablemente. O al menos así lo creyó en ese momento. Era hermosa, del tipo de belleza serena que se alcanzaba con el paso de los años —quizás ya en la cuarentena—, cuando éstos convertían unos rasgos perfectos y juveniles en un rostro atractivo y sabio. Delgada, de labios finos y delicados que pintaban discretamente en ellos un color levemente rojizo, su figura anunciaba una sensualidad que se intuía bajo una blusa abierta a un generoso escote, falda a la altura de las rodillas de tablas de color crudo y zapatos de poco tacón.

—Aun así —continuó Manuel una vez hubo controlado su momentánea concesión a la belleza de su interlocutora—, mencionar de primeras el ministerio a un desconocido me parece en exceso imprudente…, Dolores.

—Por favor, teniente, llámeme Lola. Lo prefiero así. Y además estamos compartiendo mesa y bebida. Podría decirse que en estos casos incluso estaría permitido que nos tuteáramos.

—De acuerdo. Lola, pues —concedió Manuel—. Sin embargo —siguió—, me resulta extraño. ¿De verdad confiaba en que su carta llegaría a su destino y que, incluso en ese caso, se enviaría a alguien sin que la tomaran por una loca o una lunática? Supone ya casi un milagro que ese correo entrara en el gabinete del ministro y, sobre todo, que allí alguien se tomara la molestia de considerar siquiera su contenido.

Lola alteró su gesto y clavó sus ojos en el oficial antes de responder.

—Está usted aquí, ¿no? Estás aquí —remarcó, acentuando el tuteo—. Eso quiere decir, por tanto, que no había peligro de ser ignorada y que yo tenía razón al confiar —contestó con cierta suficiencia. Hurgó en su bolso y al cabo de unos segundos sacó de él una pitillera. La abrió y ofreció a Manuel un cigarrillo que éste rehusó con un leve ademán. Lo encendió y el teniente observó que le temblaban las manos. Quizás toda aquella apariencia de desenvuelta relajación no era al fin más que una delgada fachada.

—Vertía acusaciones muy graves en su carta —decidió al fin comentar Manuel, centrándose en el motivo de su viaje. Lola exhaló el humo tras una profunda calada y mirando cómo aquél dibujaba extraños contornos en el aire, no contestó. Se tomó su tiempo y, al fin, sorprendiendo al oficial, preguntó en lugar de responder:

—¿No eres demasiado mayor para seguir siendo un simple teniente? —La pregunta y el tuteo en el que ella insistía le sonaron a Manuel como un disparo—. Y por cierto: no te has presentado. Me parece muy poco galante —remató.

—No pretendo serlo, pero disculpe si he podido resultarle maleducado. Tiene usted razón. Manuel; Manuel Altamira López. Y sí: demasiado mayor para ser teniente, pero no es ésa la principal de mis preocupaciones ahora, desde luego —contestó con frialdad.

—Lo siento. No pretendía molestarte.

—No importa. ¿Podemos entonces centrarnos en lo que nos ha traído a ambos aquí? ¿Querría explicarme…?

Lola cortó la pregunta de improviso.

—¡No! Antes me gustaría aclarar algo. —Bajó la voz y acercó el rostro, inclinándose sobre la mesa—. Quiero que me entiendas, Manuel. Ante todo agradezco que en el ministerio se hayan tomado en serio mi carta. Debes creerme si te digo que confiaba en ello. Y confiaba porque en el fondo si aquí sabe todo el mundo lo que pasa, en Madrid algo se tiene que barruntar. No puedo aceptar que nada de lo que yo

he visto y oído no sea ya objeto de chismorreos y rumores en la Península —suspiró—. Pero no es tan fácil hablar. Para empezar, debo fiarme de ti. ¿Cómo sé que puedo confiar?

Manuel sacó de un bolsillo una hoja doblada con cuidado. Se la mostró.

—La carta… Haces mal, teniente, en pasearte con eso por Melilla. —Su rostro se ensombreció—. Podría traerte problemas. Y sobre todo a mí.

—Está en buenas manos —apuntó Manuel mientras volvía a guardarla en su guerrera.

—Aquí nada ni nadie está en buenas manos, me temo.

—¿Qué es lo que sabe, Lola? —preguntó el oficial intentando mostrarse amigable.

—Sé cosas, teniente. Y las que no sé las intuyo. Y lo que sé puede además implicar a muchos, a algunos de los cuales no quiero hacerles daño. A otros sí, desde luego. —Asintió mientras apagaba su cigarrillo y encendía seguidamente uno más—. Pero ésos son los peligrosos, y por eso tengo que medir mis palabras. Tienes que poner de tu parte, Manuel, investigar, razonar, descubrir por ti mismo conformándote con lo que te vaya ofreciendo. Quiero que se haga justicia en esta ciudad, pero no quiero castigar con mis palabras a personas a las que aprecio. Por eso no te daré nombres. Tendrás que averiguarlos tú mismo —sentenció.

Manuel la observó. Fumaba compulsivamente, nerviosa. Vio cómo apuraba el cóctel y al posarlo de nuevo en la mesa le sonreía.

—Confía en mí, teniente. Te llevarás todo el mérito.

—No lo necesito. Solamente quiero hacer mi trabajo y no perder el tiempo. Y desgraciadamente siento que lo estoy haciendo.

—¿El qué?

—Perderlo. El tiempo. —Hizo ademán de levantarse.

—¡Espera! ¿De verdad te ibas a ir ahora y dejarme aquí tirada? No lo creo.

—No me ponga a prueba. Está bien —retomó la conversación—;

dígame lo que quiera decirme y me pondré a trabajar de inmediato.

—Definitivamente, todo indica que la galantería ya no se lleva en el Ejército —musitó Lola con un mohín de fingido disgusto—. Está bien, teniente. Entiendo, por tanto, que aceptas mis reglas. Nada de nombres entonces.

—Nada de nombres. De acuerdo.

—Escucha: lo que sé lo sé porque aquí, como en todas partes, los hombres hablan. Y hablan mucho. Sobre todo si se trata de alardear. ¡Qué tontos! Creen sinceramente que para conquistar a una mujer necesitan impresionarla. Siempre es así. Con regalos, con excesivas ínfulas… y con palabras. —Calló durante unos instantes, como reflexionando para sí. Su tono dejaba traslucir una amargura que a Manuel no le pasó inadvertida.

—No quiero parecer poco delicado —interrumpió el oficial—, pero ¿a qué se dedica usted?

—No lo pareces, teniente —sonrió—: estás siendo, efectivamente, muy poco delicado.

—Lo siento, pero necesito valorar el alcance de sus… revelaciones. No quiero pensar que he venido hasta aquí por una cuestión de orgullo y despecho.

—¿Quién sabe? ¿De verdad cambiaría algo que así fuera? Lo cierto es que no tendría demasiada importancia si lo que te digo es cierto. Y lo es. Déjame continuar, pero antes contestaré a tu pregunta. No me dedico a nada en concreto. Intento vivir, nada más. Hace años llegué a esta ciudad acompañando a mi marido. —Manuel inició un gesto de incomodidad que fue detectado al instante—. No te preocupes, teniente. Ya no soy una mujer casada. Mi marido falleció al poco tiempo de conseguir este destino en una de esas operaciones en las que supuestamente nunca hay bajas españolas.

—Lo siento mucho —se excusó el oficial.

—No lo sientas. Era un buen militar, al parecer, pero era un bruto. La verdad es que no lo echo de menos. Yo era más joven, y fue hace ya mucho. —Se pasó una mano por el pelo en estudiado gesto de coquetería—. Pero tenía que seguir viviendo y mi matrimonio fue más una vía de escape que una aventura romántica. No quise saber nada de regresar a España, y tuve que comenzar a hacer economías para sobrevivir. La pensión de viuda de un capitán no siempre llega a

tiempo y desde luego no da para comer. Por entonces yo era hermosa —miró a Manuel esperando inútilmente un gesto que corroborara que esa hermosura aún pervivía—, y no me faltaron pretendientes. Pero yo ya había conocido lo que era estar sojuzgada a un marido, limitados mis movimientos por la ley, y siempre rechacé cuantas proposiciones me hicieron. Preferí seguir sola. Sin embargo, esta ciudad no es Madrid ni es Barcelona. Aquí se conoce todo el mundo cuando lleva viviendo más de un año, y las habladurías suelen ser mortíferas. Poco a poco me fui labrando una no buscada fama de mujer independiente y, por tanto, fácil. No era cierto; al menos lo de «fácil» —sonrió entristecida—, y en unos años dejaron de invitarme a las casas de las familias de oficiales y a las fiestas en el casino. Pasé a ser un objeto invisible. Aunque no para todos.

—¿No para todos? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que seguía teniendo éxito entre los hombres, pero esos hombres no estaban dispuestos a cercenar sus vidas y sus carreras apostándolo todo a una mujer con la fama que ya tenía adjudicada.

—¿Se refiere a hombres casados?

—Me refiero también a hombres infelices. Pero sí: hombres casados, hombres egoístas, al fin, con muchas promesas en la boca y también muchas falsedades en su corazón.

—Entiendo que su situación económica seguiría siendo precaria.

—Mucho. Por aquel entonces tuve que tomar ciertas decisiones.

—¿Decisiones?

—Sí. Digamos que relativas a incrementar un cierto sentido práctico de la vida. Tú ya me entiendes.

—La verdad es que no —contestó Manuel, incómodo ante las para él inusuales confianzas que Lola se tomaba en el trato.

—Aprendí a no rechazar… regalos. En ocasiones muy generosos.

—Imagino que no a cambio de nada —apuntó serio el teniente.

Lola meditó su respuesta. Una sombra de dolor y humillación recorrió su rostro fugazmente. No sabía discernir si Manuel había pronunciado aquellas palabras de forma consciente o si simplemente se trataba de una deducción lógica, expresada con frialdad profesional.

—Nadie regala nada sin esperar algo a cambio. Y menos en esta ciudad —contestó al fin—. De hecho, pienso muy a menudo si el precio que he pagado por esos regalos no ha sido excesivamente caro.

Manuel se arrepintió al instante de su comentario y se sintió culpable de su falta de sensibilidad. Y al hacerlo, al acoger aquel para él sorprendente y fugaz malestar, percibió que de alguna manera aquella mujer estaba trastocando, a través de una simple conversación, los rígidos esquemas mentales que regulaban su vida desde hacía años. Solía perdonarse pocas cosas, y el perder la frialdad en su trabajo no era una de ellas. De ahí, su asombro ante aquella nueva sensación que percibía en su interior. Permaneció callado, esperando que Lola continuara con su relato.

—Conocí a un hombre —dijo ella al fin—. Un oficial. Capitán de Infantería. Fue hace dos años. Podríamos decir que se encaprichó de mí. Un hombre bueno, o eso creo. También era divertido, y a mí su interés me resultó halagador. El tiempo no pasa en balde, y aquello consiguió alegrar mis días. Me sentía querida y agasajada, y le dejé hacer. —Miró a Manuel—. ¿Has estado alguna vez enamorado, teniente?

La pregunta sorprendió al interpelado. Meditó unos segundos mientras sopesaba su respuesta. No era dado a confesar intimidades, y consideraba que aquella reunión no era el momento adecuado para romper esa costumbre.

—Sí —contestó escuetamente—. Pero fue hace mucho tiempo.

—De acuerdo. No te preguntaré más. —Encendió otro cigarrillo. El ambiente del local ya se encontraba tan cargado entre el humo, el calor y el ruido que Manuel tuvo que hacer un esfuerzo para seguir concentrado—. Te decía que comencé a quedar con aquel hombre y mi vida cambió. Al principio fueron flores; enormes ramos que traían a mi pensión, de su parte, soldados liberados de su servicio en el campo. Luego fueron vestidos, más tarde costosas joyas. Al final, un piso en esta misma calle en la que todavía vivo. Yo no me preguntaba cómo era posible que un capitán pudiera costear todo aquello. No me importaba, lo reconozco. Volvía a ser visible; me sentía feliz. —Lola interrumpió su relato; unas lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos.

—Continúe, por favor —la instó el oficial al tiempo que le ofrecía un pañuelo en un gesto de cortesía que hasta a él mismo le sorprendió.

—Gracias, teniente. —Le regaló una sonrisa triste mientras aceptaba el pañuelo, y al tomarlo rozó levemente sus dedos. Manuel sintió un estremecimiento—. Te decía que volvía a ser feliz. Mis días transcurrían esperándolo a él y, ¿por qué no decirlo?, sus regalos. Me sentía querida, y eso me bastaba. No pretendía más ni quería pensar sobre el origen de tanto dispendio. Hasta que un día me presentó a uno de sus amigos. Un camarada, decía. Otro capitán…, de Intendencia. —Y fijó su vista en el emblema del cuerpo que lucía Manuel en su guerrera—. Me visitaron en casa y con aquel motivo comimos juntos los tres. Soy buena cocinera, ¿sabes? —apuntó con orgullo—. Y tras los postres y el café, noté que necesitaban estar a solas para hablar de sus cosas. Mi capitán —sonrió con cierta tristeza — tenía que partir al frente a la mañana siguiente, y me pareció lógico que quisieran mantener ese momento de intimidad en la despedida de dos compañeros de armas. Sin embargo, al poco tiempo sentí desde la cocina que el tono de su conversación se había alterado. Los camaradas ya no lo eran tanto, y percibí cómo desde allí comenzaban a hacerse audibles reproches e insultos. No pude evitar tener curiosidad, y me acerqué a la puerta cerrada del salón. Se escuchaba casi todo. Entonces empecé a entender.

—¿A entender qué?

—A entender, quizás no del todo entonces, pero sí lo suficiente para comenzar a abrir los ojos. —Hizo un gesto apenas perceptible y al instante el camarero depositó otro ginlet en la mesa. La cerveza de Manuel aún permanecía intacta, ya caliente, sin que apenas hubiera probado un sorbo. Lola esperó a que el empleado se alejara y continuó —: Hablaban, eso parecía, de negocios, de cuentas pendientes; no de lo que se hablaría entre dos amigos ante la partida al frente de uno de ellos. Tú ya me entiendes. El capitán de Intendencia acusaba a su compañero de armas, a mi capitán, de haberse apropiado de una cantidad importante de dinero. Él, por su parte, acusaba a su camarada de descuidar sus tareas. Hablaron de suministros, de precios. Escuché también cómo discutían sobre la posibilidad de incrementar los pagos a la Junta de Arbitrios.

—¿La Junta de Arbitrios? —preguntó Manuel, intrigado.

—Es una especie de ayuntamiento. A diferencia del resto de España, aquí no hay un… ¿cómo diría? No es un municipio propiamente dicho. Esto es un enorme cuartel, mi querido teniente. Y la Junta de Arbitrios hace las veces de ayuntamiento y al frente no hay un alcalde al uso, sino que lo gestiona el segundo al mando de la comandancia. Ahora el general Navarro, creo. Un buen hombre, por lo que sé.

—Sin embargo, hablaban de pagos a esa junta —recordó el oficial—. En ese contexto, no suena a tasas municipales precisamente.

—Sí, daba esa impresión, pero sinceramente, no creo que el general esté al cabo de la calle de todo lo que se cuece por debajo de él. No obstante, ahí fue donde comencé a atar cabos. La junta administra la ciudad. Si se habla de pagos es para que…, ¿cómo lo diría?, esa «administración» no interfiera en según qué cosas.

—Entiendo —asintió Manuel.

—No creo que lo entiendas del todo, teniente. Sin el control de la Junta de Arbitrios nada se mueve por aquí. —Hizo una pausa antes de retomar el relato—. Seguí escuchando. Hablaron largo rato del suministro de medicinas al hospital Docker.

—¿El hospital militar? ¿El que está ubicado junto a la Comandancia de Intendencia?

—El mismo. ¿Lo conoces?

—No lo he visitado, pero algo me han contado. No parece que goce de buena fama. —Recordó la advertencia de aquel ingeniero de la Compañía Española de Minas del Rif.

—Yo tampoco lo conocía… hasta que trabajé allí durante una temporada —reveló.

—¿Trabajó usted allí? —preguntó Manuel.

—¿Te asombras? ¿No piensas que una mujer de mi condición pueda querer ayudar en algo al esfuerzo de todos? Sí; trabajé allí, pero ya llegaremos a eso. Permíteme continuar, teniente.

Manuel calló. Cada vez estaba más intrigado. No es que le sorprendiera lo que estaba intuyendo a medida que las revelaciones avanzaban, pero comenzaba a sospechar que no se encontraba ante un asunto de pequeñas corruptelas propias de cualquier ejército en campaña, sino de un sistema criminal perfectamente organizado con base precisamente en aquella plaza.

—Prosiga, por favor. —El oficial vislumbró durante unos segundos una sonrisa divertida en su interlocutora. Hasta a él le chocó haber utilizado esa expresión, más propia de una comisaría o de un tribunal que de una conversación en un bar. Se sintió levemente avergonzado.

—Proseguiré entonces —contestó Lola con cierto sarcasmo en su voz—. No escuchaba todo lo que decían, pero sí lo suficiente. Me picaba la curiosidad, sí puedo reconocerlo, pero también la sorpresa. Por lo que hablaban deduje que el suministro y la gestión del hospital no dependían de la Sanidad militar, como yo creía, sino de Intendencia. —Manuel asintió—. Por eso hablaban de precios. Al parecer, mi capitán no estaba conforme con el precio de un lote de suministros. También hablaron de medicinas, y yo entonces no entendí qué pintaba en todo aquello un oficial de Infantería. No quise aceptar, quizás, que lo que estaba escuchando podría hacer explotar la burbuja en la que vivía si indagaba más. No entonces.

—¿Dejó de escuchar? ¿No oyó nada más?

—No; al menos nada que consiguiera entender. Hablaron… —dudó— hablaron también de animales.

—¿De animales?

—De mulos, creo. —Se encogió de hombros—. No comprendí el porqué, pero discutieron sobre ello. Aquí los mulos son importantes, ¿sabes?

—Lo sé. Pertenezco al cuerpo de Intendencia.

—Claro ¡Qué tonta! —De repente cambió el gesto y le dirigió una mirada inquisitorial—. ¿Por qué Intendencia?

—¿Cómo? —La pregunta cogió por sorpresa a Manuel.

—Digo que por qué escogiste Intendencia. Ahora que lo pienso, no resulta muy normal que envíen a investigar lo que pasa aquí precisamente a alguien implicado en pagos y suministros, ¿no?

—Me gustaría aclarar —dijo el teniente con enfado contenido— que precisamente, si hay algo que investigar, y por lo que estoy escuchando no parece que haya mucho, Intendencia es desde luego el arma que debe implicarse. Y en lo que respecta a mí, no fue exactamente mi elección. Estoy seguro, no obstante, de que hay mucho más que no me cuenta.

Lola observó a su interlocutor. Le daba la impresión de que tenía enfrente a un bloque de hielo, y, sin embargo, había algo en ese hombre que la impulsaba a hablar. Por alguna razón, le inspiraba confianza.

—No te enfades, teniente. Solamente bromeaba. Hay más. Aquélla no

fue la única ocasión en la que pude ver al amigo de mi capitán. —Cogió aire y bebió nuevamente hasta apurar su copa.

—La escucho con atención.

—Semanas después de aquel encuentro, con mi capitán ya incorporado al frente, comencé a sentirme sola y, en cierta manera, abandonada. Decidí que podía hacer algo para ayudar, ya que cada día llegaban a la ciudad soldados heridos y enfermos. Me presenté voluntaria como enfermera y encontré trabajo en el hospital Docker, del Ejército.

Manuel se quedó sorprendido por aquello. No era habitual que en un hospital militar se aceptara personal civil. Lola lo aclaró pronto.

—Fue aquel hombre, el amigo de mi capitán, el que consiguió que me permitieran trabajar allí. Creo que en cierta manera se sintió obligado. Y ojalá nunca lo hubiera hecho

Siguió un silencio incómodo. Manuel estaba expectante, pero ella callaba. Parecía estar removiendo recuerdos que le costaba expresar. Se decidió a animarla.

—Puede confiar en mí; ya se lo he dicho. Usted dio un paso muy valiente al escribir al ministerio. No consienta ahora que ese gesto, que la honra como mujer y como española, quede a medias. Déjeme ayudarla, pero para eso debe contarme todo lo que sabe o lo que haya podido ver o escuchar.

Lola esbozó una sonrisa de agradecimiento y, para sorpresa del teniente, alargó una mano por encima de la mesa y estrechó con afecto la suya. Manuel no lo esperaba, y sintió un estremecimiento que por unos instantes le confundió. Ella continuó hablando.

—Gracias. De verdad. De todo corazón. —Dirigió su mirada hacia más allá de la puerta del local, perdiéndola, buscando un horizonte que no podía encontrar—. Lo que vi allí fue lo que me hizo reaccionar al fin, mi querido teniente. No lo que había escuchado semanas atrás. No mis intuiciones sobre la procedencia de los ingresos de mi amante. Lo que vi en ese hospital fue el reflejo oscuro de lo que vemos todos los días en la brillante fachada de esta ciudad. Heridos y enfermos abandonados, sábanas mugrientas empapadas de sangre seca y orina que nunca se cambiaban, suciedad, hedor de muerte, gritos que buscaban ayuda o consuelo y que no eran atendidos, paredes desconchadas, chinches, ratas, comida infecta, medicamentos inexistentes… El horror más absoluto. Jóvenes reclutas que lloraban

llamando a sus madres sin que nadie les diera consuelo. El personal especializado, los médicos de la Sanidad militar, intentaban hacer lo que podían. ¡Pero eran tan pocos…! Se sentían impotentes. Horrorizada, me quejé a mi «mentor».

—¿Y qué ocurrió? —preguntó intrigado Manuel.

—Se rio. Eso fue lo que ocurrió. Me dijo que así era la vida y que me recomendaba no protestar demasiado. Me dio claramente a entender que no pretendiera cambiar las cosas y que exageraba. Me amenazó.

—¿Cómo?

—No exactamente, no de forma directa, pero me quedó muy claro que si quería seguir viviendo tranquila y cobrando un sueldo, era mejor que me olvidara de aquello.

—Pero no lo hizo.

—No. Por eso estamos aquí. ¡Aquellos pobres soldados…! No podía soportarlo. Por eso finalmente me decidí a escribir al ministro. Y entonces llegó él.

—¿Quién?

Lola guardó silencio. Manuel sentía que aquella mujer se hallaba al límite.

—¿Quién llegó, Dolores? —insistió.

—Alguien que me sacó de allí. Alguien que me ayudó y cuyo nombre tampoco puedo decir. Alguien que me rescató de todo aquello y que me acogió bajo su protección. Al menos hasta ahora.

—Sin nombres, ¿no?

—Sin nombres.

Siguió un prolongado silencio. El teniente se convenció entonces de que aquel encuentro había llegado a su final. Asintió despacio e hizo una seña al camarero.

—Dolores… Lola —ella sonrió—, permítame que la invite.

—No te he sido de gran ayuda, ¿verdad? —preguntó mientras se levantaba.

—Al contrario —contestó el teniente—. Creo que los límites estaban puestos desde un principio, y dentro de ellos tengo lo suficiente como para empezar: sobornos a la Administración, gastos sin supervisión, suministros defectuosos, arrogación de atribuciones indebidas, apropiaciones ilícitas… Todo apunta a mucho dinero que no alcanza su destino y quizás algo más. Claro que me ha ayudado. Pero necesitaré encontrar pruebas. —La miró en búsqueda de una improbable respuesta.

—Me matarían, Manuel. Ellos me matarían solamente si supieran que he tenido esta conversación contigo.

—No lo permitiré —afirmó, rotundo, el oficial.

Lola le sonrió con cariño. Ambos se dirigieron a la puerta del local. El trasiego continuaba y el olor a tabaco impregnaba sus ropas. De repente, con la mano ya en el pomo de la puerta, ella se giró súbitamente, como recordando algo.

—Las cuadras, teniente. Comienza por ahí. Los animales. De aquello fue de lo que más hablaron. No lo entendí, pero estoy segura de que allí pasó algo que los enfrentó. Lamento no poder ser de más ayuda, pero…

—¿Pero?

—Pero puedes llamarme siempre que quieras. —Le alargó una pequeña nota con su dirección y un número de teléfono—. Sí; ya lo ves, ¡tengo hasta un teléfono! —se rio, y aquella risa franca despertó en Manuel recuerdos de otras épocas en las que la felicidad lo acompañaba desde el amanecer hasta el ocaso.

La vio andar calle abajo y tras unos segundos ella se volvió para mirarlo mientras se alejaba, regalándole una sonrisa de agradecimiento que Manuel recibió como un soplo de brisa fresca. Y en aquel momento sintió que ese encuentro iba a suponer un cambio total en su vida.

Mientras tanto, en el interior del establecimiento que acababan de abandonar, uno de los camareros se adentró tras la barra y descolgó un auricular. Después de unos segundos de espera apenas pudo escucharse la voz que, apagada por el ruido, solicitaba línea con la Comandancia de Intendencia.

5

Le diremos a Abd-el-Krim que espere

Sidi Dris/Igueriben, 5-7 de junio

Como si se tratara de vacilantes torres negras, las columnas de humo que expulsaban al claro cielo mediterráneo las dos chimeneas del crucero protegido de primera clase Princesa de Asturias se inclinaban hacia poniente conforme la mole de gris acero se acercaba a su destino. A estribor se destacaba el paisaje de una playa coronada en sus alturas por un abrupto acantilado en cuya punta más alta se asentaba la posición de Sidi Dris, pretendido anclaje en la costa del dispositivo español y punta extrema de su flanco derecho, supuesta protección marítima de aquel endeble andamiaje de fortificaciones que jalonaba el avance peninsular en su búsqueda de Alhucemas, corazón del Rif.

Desde el puente de mando, y acompañando al capitán del navío de guerra, el alto comisario de Marruecos, el general Dámaso Berenguer Fusté, máxima autoridad en el protectorado, observaba con sus binoculares los muros de mampostería del recinto, coronados por una doble hilera de sacos terreros. A primera vista no se podían apreciar los daños del ataque sufrido unas horas después de la desgracia de Abarrán, hacía solamente cuatro días. Entonces, los rifeños, crecidos por su éxito, decidieron expulsar a los españoles de la costa y, confiados en su ímpetu, asaltaron desordenadamente el reducto. No contaban con el comandante Benítez, jefe de la posición, quien dirigió la defensa con acierto, resistiendo las acometidas del harka, y que tuvo que retirarse al sufrir severas bajas. El asalto, sin embargo, había dejado al descubierto lo vulnerable de aquel asentamiento, demasiado alejado del campamento general, comunicado con éste únicamente por una senda infame, insuficiente incluso para un simple convoy mulero de aprovisionamiento. Como casi todo el entramado militar de la zona, la localización de aquel lugar no obedecía a ninguna consideración estratégica, más allá de constituir una amenazadora punta de lanza en dirección a Axdir por la costa y protección del flanco derecho

de Annual. Sin aguada cercana y sin acceso directo a la playa que moría a sus pies, todo ello impedía su principal objetivo: ser una base logística apoyada en el aprovisionamiento marítimo. Aquel risco escarpado era un ejemplo más de la locura organizativa de la España alfonsina en el protectorado.

El alto comisario enfocó ahora sus prismáticos hacia el pie de los acantilados. Allí, sobre el lecho pedregoso de una playa sin arena, se distinguía a un grupo de oficiales y jefes entre los que destacaba la poderosa figura del general Manuel Fernández Silvestre. Esperaban la chalupa de respeto que debía enviar en su busca el crucero a fin de traer a bordo al responsable militar de la Comandancia de Melilla. La cita se había concertado para tratar cara a cara la situación creada a raíz de la toma de Abarrán. Tras el cruce de varios telegramas poco claros entre el alto comisario y el comandante general, aquél había decidido que lo más práctico sería mantener una conferencia directa con su subordinado. No iba a ser tarea fácil. El talante de ambos hombres no podía ser más diferente. Amigos desde sus tiempos de la Academia general, Berenguer conocía perfectamente el carácter impulsivo de su camarada. Apasionado y poco reflexivo, militar de valentía probada, Silvestre era partidario de la acción sin demasiadas concesiones a la prudencia. Las cosas se hacían «por cojones» o no se hacían. Y hasta Abarrán, no le había ido mal del todo. Berenguer, sin embargo, meditaba cada paso, consideraba los aspectos políticos de cada movimiento, era calculador y prudente, tanto en lo militar como en sus relaciones con un Gobierno que había confiado en él para unificar la estrategia en las dos zonas del protectorado, la occidental, con cabecera en Tetuán, y la Oriental, en Melilla. Silvestre operaba casi con libertad absoluta en ésta y Berenguer le dejaba hacer, consciente del orgullo de su camarada, herido además por el hecho de que, a pesar de ser más antiguo en el escalafón del generalato, se encontraba, sin embargo, subordinado a quien, más joven que él, detentaba la máxima autoridad en el territorio. Pero para Berenguer la prioridad era la Yebala, la parte occidental, sobre la que tenía grandes planes en marcha. Los incidentes en el Rif eran un engorro, y con aquella entrevista quería hacerse una composición de lugar más clara. Todo parecía estar en calma, pese a los sucesos de los últimos días y no obstante las peticiones continuas de Silvestre en demanda de más refuerzos. Así, antes de tomar cualquier decisión que supusiera paralizar la marcha de las operaciones en la zona occidental, pretendía asegurarse de la realidad militar en la región bajo el mando de su subordinado. No olvidaba su amistad, pero estaba dispuesto a dejar bien claro quién ostentaba el mando. El militar, pero también el político.

Lentamente, las diez calderas del crucero fueron disminuyendo su presión hasta que el buque quedó al pairo frente a la costa.

Simultáneamente se escuchó el ensordecedor ruido de la cadena liberando sus enormes anclas, permitiendo que éstas se asentaran en el lecho marino. El barco quedaba así protegido de cualquier deriva peligrosa, mecida, sin embargo, con fuerza su estructura por el mar de fondo de aquellos días, que había aconsejado destinar para la conferencia a algún navío de mayor porte como aquél, más adecuado que el mucho más ligero de los cañoneros habituales, como el Laya o el del gran yate artillado, el Giralda, utilizado por el alto comisario de forma habitual en sus desplazamientos marítimos. Los cuatro cañones de 140 mm de la banda de estribor apuntaban amenazantes hacia un enemigo inexistente que, sin embargo, hacía pocos días había enseñado sus garras con un zarpazo de aviso.

Berenguer observó la maniobra de arriado de la embarcación que recogería en la playa a Silvestre y su séquito y, tras saludar al capitán, se dirigió hacia popa, donde al costado de estribor ya se estaba preparando la pasarela de acceso a la toldilla. Recibiría allí a su amigo para encerrarse a solas con él a continuación en la cámara de oficiales que el comandante de la nave les había cedido, quizás aliviado al no tener que compartir aquel espacio en una entrevista que, además de insólita, se preveía tensa y compleja.

Mientras esperaba la arribada de la lancha, Berenguer permanecía en pie, erguido, contemplando la costa con la mano izquierda apoyada en el pasamanos y en la derecha aferrando aún sus prismáticos. Acusando ya el deterioro de los años, que marcaba definitivamente un contorno redondeado que había ganado terreno sobre la antaño estilizada figura del, en tiempos, joven y apuesto oficial, el aspecto del alto comisario, sin embargo, aún imponía. Su bigote, delgado, largo, en sus extremos en ligera curva y perfectamente recortado con indisimulada coquetería, camuflaba un rostro de apariencia bonachona en el cual destacaban unos ojos pequeños y astutos que producían en sus interlocutores ocasionales una sensación de incomodidad de la que era plenamente consciente. Sus maneras, habitualmente sosegadas, inducían a sus subordinados a confiarse y menospreciar la firmeza de sus determinaciones. Entre éstas figuraban, de forma predominante, las que afectaban a su propia carrera militar y política. La letal mezcla entre ambas ambiciones era algo que aún ni él mismo habría sido capaz de reconocer ni mucho menos advertir como una rémora que podía acabar con la primera, para anular así a la segunda. Sin embargo, todo iba bien por aquel entonces para tan práctica combinación. Su prestigio de hombre equilibrado, jefe cabal y astuto interlocutor con la clase política le había posibilitado alcanzar aquel puesto de altísima responsabilidad. Sus magníficas relaciones con el monarca habían allanado cualquier otro obstáculo. En aquel año, en

aquellos meses, el general Dámaso Berenguer, alto comisario de Marruecos, detentaba un poder casi absoluto sobre el territorio y bajo su mando sobrevivían, avanzaban, luchaban, vivían y morían los españoles en África.

Nunca le había gustado el mar. Mientras la lancha, bamboleante, se acercaba al buque de guerra donde el alto comisario había decidido que tuviera lugar aquella entrevista, Manuel Fernández Silvestre rumiaba su mala suerte intentando combatir los primeros síntomas de un mareo incipiente. La proa de la pequeña embarcación hendía las olas mientras, en la popa, el comandante general pugnaba por mantener su dignidad, erguido, sabedor de que las miradas, tanto desde el barco como en la propia chalupa, se centraban en él. Y maldecía su suerte, porque se veía obligado a comparecer allí, en el mar, probablemente para no despertar suspicacias en la prensa y no alarmar a la ciudad de Melilla. Allí, precisamente, oculto, como un recordatorio humillante de su fracaso, de su primera derrota en la milicia. Un general español que pierde sus cañones frente a un enemigo desarrapado e inferior en armamento y disciplina. Y lo peor de todo es que estaba convencido de que el alto comisario lo trataría con esa actitud entre paternalista y condescendiente que tanto odiaba en su superior. Superior por capricho, no por méritos. «Por politiqueo», pensaba Damasito, su amigo, sin embargo.

La obra del navío de guerra se ofreció al fin en toda su gigantesca dimensión ante los ojos de Silvestre, conforme la lancha se abarloaba y los marinos lanzaban los cabos para fijarla al costado del buque. Subió por la pasarela con cierta vacilación y pisó al fin la cubierta de la toldilla de popa, donde lo esperaba parte de la tripulación formada, el capitán del barco con sus oficiales y el alto comisario. Saludó con energía a todos y pudo ver entonces la sonrisa de Berenguer, que se dirigió animoso hacia él.

—Manolo… —le dijo a modo de bienvenida cordial, mientras abrazaba a su camarada—.

—Dámaso… —contestó él mientras devolvía el gesto con igual efusión.

—¿Qué tal has hecho el viaje? ¿Vienes desde Annual?

—Ya sabes que sí, mi general —contestó con un punto de infantil rencor—. Y sabes también que el mar no es precisamente mi elemento. Pero aquí estoy, ¿no?

—Efectivamente, aquí estamos. —Berenguer hizo caso omiso de la

observación de su subordinado—. No te preocupes; es un buen barco y así estaremos a salvo de cotilleos y miradas indiscretas.

—¿Por qué? ¿Deberíamos estar preocupados por ello? —apuntó Silvestre con altanería.

—No lo sé; dímelo tú.

El alto comisario no dejaba de sonreír camuflando bajo aquella apariencia de cercanía la incomodidad que anidaba en su interior y que sólo tras un gran esfuerzo conseguía reprimir. Sentía que había tenido que hacer aquel viaje por la imprevisión del comandante general, y en aquellos momentos tenía en mente otras preocupaciones. Su campaña en la Yebala atraía toda su atención, y odiaba distraerse de lo que consideraba el proyecto de avance más importante en Marruecos en aquellos momentos. Según los informes que le llegaban, en parte proporcionados por el propio Silvestre, se hablaba de una situación tranquila en la zona de Melilla. Abarrán habría sido solamente un leve contratiempo. Pero prefería estar seguro. Por eso aquella entrevista. Tomó la iniciativa.

—¿Pasamos a la sala, Manolo? He pedido que nos dejen solos. —Se dirigió al capitán del Princesa de Asturias—: Le agradezco su hospitalidad, comandante. El general y yo tenemos mucho de que hablar. —Y siempre con una sonrisa, tomó amistosamente a Silvestre del codo y, tras devolver los saludos de la oficialidad, entraron en la cámara que había sido dispuesta para aquel encuentro. Fuera, resguardados del sol por el toldo que protegía la cubierta de popa, los ayudantes y escolta del comandante general se dispusieron a entretener la espera con paciencia y algo de incertidumbre.

La cámara de oficiales del Princesa de Asturias era cómoda y espaciosa. Tapizada con listones de madera que le otorgaban cierta distinción marinera de otra época, en las paredes y alternando con los ojos de buey que permitían la iluminación de la estancia, permanecían colgados cuadros de batallas y fotos del buque navegando, en puerto y en el día de su botadura, aportando una tibia calidez de salón burgués sin conseguir en todo caso que el observador abandonara la impresión de que, no obstante esa primera apariencia, se encontraba en un navío de guerra.

Berenguer intentó romper el hielo que de pronto se había instalado en el ambiente una vez cerrada la puerta tras ellos. Señaló uno de los cuadros.

—¿Sabías que la botadura de este barco fue el hazmerreír de todo Cádiz?

Silvestre contempló distraído la fotografía. El buque aparecía en la grada y, frente a su proa, una tarima alojaba a autoridades satisfechas en el momento de ordenar su bautismo en el mar.

—No —contestó sin tratar de disimular su indiferencia.

Berenguer siguió hablando, locuaz, como si se hallaran en una fiesta de sociedad.

—El caso es que el barco, una vez hechos los honores, se deslizó hasta la mitad de la grada… y allí se quedó parado, inmóvil. Ni siquiera llegó a tocar el agua. ¿Qué te parece?

—No me digas. —La impaciencia del comandante general era evidente.

El alto comisario continuó, imperturbable:

—Allí estuvo todo el día, parado. Lo llamaron «el Arrastrao». —Se rio ostentosamente—. Pero al cabo de unos días, cuando ya nadie lo esperaba, retomó el camino donde lo había dejado y se botó él solito. ¡Por supuesto, desde entonces lo llamaron «el Espontáneo»! ¡Estos gaditanos…!

Silvestre miró a su superior sin decir nada. La dureza de su rostro manifestaba bien a las claras que no había venido dispuesto a perder el tiempo. El alto comisario se dio cuenta de que era inútil seguir buscando una cordialidad que no daba muestras de encontrarse por ningún lado en aquellos momentos. Se puso serio de golpe y miró a su subordinado.

—Tú me dirás, Manolo.

—¿Cómo que yo te diré? —se revolvió el aludido.

—Pues eso —decidió ir al grano, sin mayores miramientos—, que llevo ya cuatro días intentando que me expliques qué coño ha sucedido realmente en Abarrán, porque los rumores que me llegan no coinciden con lo que me cuentas en tus telegramas. Por eso estoy aquí, para escucharte y ayudarte en lo posible, así que, sí: tú dirás.

—¿Estás dudando de las cosas que te cuento, Dámaso? Porque lo de los telegramas es un golpe bajo. ¿Me acusas de mentirte?

—¿Tendrías que hacerlo, Manolo? Mi querido amigo, no he venido aquí para discutir contigo —suavizó su tono el alto comisario—, pero necesito saber cuál es la situación, si es o no grave, y, en ese caso, qué necesitarías para sostenerte con garantías. No puedo darte mucho, ya lo sabes.

Silvestre emitió un bufido. Aquellos telegramas. Él sabía que no lo había contado todo. Resultaba demasiado humillante, y en el fondo reconocer el golpe con toda su crudeza significaba reconocer igualmente su error de cálculo. Insistió.

—Te he ido informando puntualmente, Dámaso. Y te he pedido medios, dinero, hombres. Y no tengo respuesta. Nunca la tengo. Aquí me falta lo que a ti te sobra en Tetuán. Lo sabes bien. Y a tu pregunta: estoy preocupado, pero creo que la situación está controlada. No ha vuelto a haber incidentes desde el día uno. Es lo que quieres escuchar, ¿no? Pues es lo que te digo.

—Como te quiero y te conozco bien —terció Berenguer tratando de mantener la calma—, no voy a tomar tus palabras como una insubordinación. No estamos aquí para discutir sobre cuestiones de jerarquía. Pero, ya que has mencionado lo de tenerme informado, te diré algo sobre tus telegramas de estos días. —Abrió una carpeta que tenía preparada encima de la gran mesa que ocupaba la parte central de la sala y sacó unos sobres. Los desdobló y el papel impreso con los textos enviados y recibidos entre ellos quedó expuesto ante su remitente—. Escúchame, Manolo: el uno de junio, conocida ya la ocupación del monte pero ignorante de cualquier otra incidencia al respecto, te felicitaba y te pedía más datos y detalles de futuras operaciones. A ése —señaló uno de los documentos— tú me contestaste escuetamente el mismo día. Según lo que me escribiste, se había producido un asalto de poca importancia y me informabas de que la guarnición se había defendido casi sin bajas. —Silvestre permanecía con la vista fija en uno de los cuadros, escuchando impávido a su superior—. Me resultó extraña tan poca concreción y te pedí nuevamente más detalles y aclaración de algunos puntos dudosos. ¡Me contabas incluso en el mismo telegrama no sé qué de que a un moro amigo le habían incendiado la casa! No entendía nada. Comenzaba a saberse que algo grave había ocurrido, pero dejaste de escribir. ¡Y luego te fuiste, Manolo! Ese mismo día. Sin más. —Hizo un gesto expresivo con la mano, como imitando el despegue de un avión.

—Volví al campamento general nada más enterarme de la noticia de la toma de la posición al regresar a Melilla, el mismo día uno por la noche —objetó Silvestre.

—Ya, y lo entiendo. Hiciste bien, por supuesto, pero, mientras tanto, yo no tenía noticias tuyas, ignoraba qué había pasado realmente y tuve que contactar con el general Navarro en Melilla para saber de ti y de lo que había ocurrido. ¿No te pareció buena idea antes de volver a Annual dejar informado a tu segundo en el mando de lo que había sucedido y de dónde estabas? Él tampoco tenía idea alguna, y yo con el ministro a la chepa, preguntando —sin darse cuenta, Berenguer estaba subiendo el tono de voz y el comandante general se sorprendió. Lejos de aquietarse, incrementó su enfado—, y sin saber qué decirle. ¿Te imaginas la situación?.

—Por tu tono, entiendo que ya no estoy hablando con el amigo y sí con el superior —protestó—. En ese caso, mi general, debo decirte que no hubo tiempo que perder, que salí de inmediato para estar con mis hombres en primera línea, que por otra parte es lo que hace un buen mando con sus soldados.

Berenguer enarcó las cejas, acusando el golpe. Siempre se había comentado que Silvestre era un hombre de campo, de batalla, y que él, en triste y aburrida contraposición, era un jefe de despachos. Las palabras del comandante general no habían sido inocentes. No obstante, se contuvo.

—Tomo nota, Manolo —respondió, seco—. Pero la realidad es que necesitaba saber de ti, y volví a enviar esa misma noche un nuevo telegrama. Si lo recuerdas, creo que estaba bastante claro que me dirigí a ti con una educación que pocos mandos habrían mantenido en estas circunstancias. De hecho, aquí lo dice —le señaló otro de los telegramas—: ni siquiera tenía claro si la posición había caído definitivamente o no. Te preguntaba también por la artillería… Y el tres, ¡hace dos días!, seguías sin contestar a mis preguntas. Me comentaste, eso sí, que se había producido un ataque a Sidi Dris —señaló la posición, invisible desde aquella sala—, pero nada me informabas sobre Abarrán. ¡Y todavía tuve que reiterarte a las siete de la tarde que me contaras algo! —Esgrimía otro telegrama más, agitándolo en el aire—. Dos horas después, Manolo, ¡dos horas!, y tuve que enviarte otro telegrama adicional que igualmente quedó sin contestar. Y solamente al final del día me respondes con cuatro líneas contándome la pérdida de la posición, sin mayores concreciones, y que vas a abrir una investigación. Ni detalle sobre los cañones ni bajas. ¡Nada! Intenté comunicar contigo por radio, sin resultado. Tenía al ministro al borde del colapso, abrumado por los rumores de que algo grave había pasado, y tú cercano a la insubordinación. —Resopló y se dejó caer pesadamente en una de las butacas ubicadas alrededor de la mesa. Silvestre estaba rojo de ira—. ¿Y te sorprendes de que esté

esperando a lo que me tengas que decir? He tenido que movilizar este barco y convocarte para que me lo cuentes todo al detalle y me digas lo que tienes pensado hacer. Así que te escucho, como te decía al principio.

—¿Me hablas de insubordinación? ¿De verdad, Dámaso? —Se levantó, señalando a su superior con el índice, agitado su rostro, hablando ya a gritos—. ¿Insubordinación cuando me he sometido continuamente a tus desaires, a la insuficiencia de tropas, a la negativa de que me des siquiera la décima parte de lo que tienes tú en la zona occidental? ¡Y nunca he protestado! ¡Siempre esperando tu autorización, siempre respetuoso con tu mando y ahora me regañas como a un joven teniente recién salido de la Academia!

—¿Me estás sugiriendo —la voz del alto comisario se escuchó fría y calmada— que no te he atendido siempre que me lo has pedido o que no te he facilitado en todas las ocasiones cuanto realmente necesitabas? Quizás tu orgullo te impedía reconocer que estabas pecando en exceso de atrevimiento. Cuando decidiste cruzar el Amekrán, yo…

—¿Que lo decidí yo, dices? —lo interrumpió—. ¡Tenía tu autorización!

Berenguer estalló.

—¡No, Manolo! ¡No la tenías! Y miré para otro lado cuando me enteré de que ya lo habías hecho. Al igual que he mirado siempre para otro lado cuando, confiado en no sé qué buena estrella, estirabas tus líneas más de la cuenta. ¡Siempre con tus «cadetadas»! ¡Siempre con los cojones encima de la mesa! ¡Siempre con tus arrebatos de gloria, esperando a que todos te admiren y halaguen! ¡Y yo detrás para taparte, simulando que eres un soldado disciplinado que obedece órdenes! ¡Siempre es igual, y ya estoy harto!

Se escucharon unos golpes en la puerta de la sala. Silvestre, de pie cerca de ella, la abrió. En el quicio, casi tímidamente, el capitán del Princesa de Asturias se dirigió al comandante general con aprensión.

—Lamento interrumpirlos —dijo a modo de excusa por aquella irrupción—, pero les pediría que fueran tan amables de rebajar el tono de sus palabras. Se escucha todo aquí fuera y está causando una pésima impresión en la tripulación.

—Gracias, capitán —dijo Berenguer desde su sillón, ya más calmado —. Lo sentimos mucho. No volverá a ocurrir. Transmita mis disculpas a sus oficiales, en nombre del general y en el mío propio. —Miró a

Silvestre. Éste, como sorprendido en falta, súbitamente más tranquilo, asintió.

—Desde luego. Gracias, capitán. —Devolvió el saludo que el marino le dedicó como despedida y cerró de nuevo la puerta.

—Y ahora, Manolo —apuntó con tono neutro el alto comisario, retomando la calma—, ¿qué tal si volvemos a una conversación civilizada y me cuentas en qué situación se encuentran tus líneas?

—De acuerdo —respondió fríamente Silvestre—. Hay poco que contar que probablemente a estas alturas ya no sepas. Decidí cruzar el Amekrán y tomar Abarrán porque entendí que formaba parte del plan que aprobaste para acercarnos a Alhucemas —Berenguer estuvo a punto de decir algo, pero optó por contenerse—, y por eso, tras unos informes que me confirmaron la neutralidad de los de Tensaman, envié al comandante Villar con una guarnición, una batería de montaña y todo el material del que pude disponer para su fortificación. La toma se produjo sin problemas, pero cuando Villar ya estaba de regreso, la posición sufrió un repentino ataque de cientos de harqueños. Beni Urriaguel, Tensaman, un poco de ambas cabilas, no lo sé, la información es confusa. Hubo defección de las tropas nativas y la posición se perdió. Murieron todos los oficiales y regresaron un número de supervivientes aún por determinar. No parece que hubiera mucha lucha, aunque es sorprendente la traición de los regulares. Podía dudar de la policía, pero no de los regulares. Esto me impactó, lo reconozco.

—Y se perdieron los cañones —apuntó, incisivo, el alto comisario.

—Se perdieron los cañones, sí. Yo me hago responsable —asumió Silvestre, serio—. Dámaso: es el mayor borrón de mi carrera. Ningún general español había perdido antes su artillería en África. ¡Ojalá hubiera muerto también yo, allí en aquel monte!

—No digas tonterías, Manolo. Lo hecho hecho está —comentó, condescendiente—. Ahora lo importante es decidir sobre la situación de tus tropas. ¿No queda Annual demasiado en vanguardia, un poco desprotegido? Siempre he pensado que la línea estaba excesivamente avanzada. Me preocupa ahora más que nunca la comunicación con el campamento general. E imagino que los cabileños estarán crecidos, y, por lo que dices, los de Tensaman ya están en abierta rebelión.

—No lo creo. Al menos en lo que yo haya podido comprobar. Los informes, no obstante, son contradictorios. —Berenguer hizo una

mueca de incredulidad—. Recibieron una buena tunda en Sidi Dris el mismo día uno —señaló con el mentón hacia la posición de la costa— y han comprobado que no todo el monte es orégano. —Se dio cuenta al instante de lo inoportuno de su comentario—. En cualquier caso, he decidido proteger el flanco izquierdo del campamento para mayor tranquilidad. Aquí —desenrolló uno de los mapas que había traído—, al sudoeste de Annual. Una loma alta que domina esa zona: Igueriben. He dado órdenes para que se monte allí una posición fortificada, con artillería, que impida el flanqueo del campamento. Para mayor seguridad, como digo. También sobre el Izzumar, otra posición: Intermedia C, para cubrir con su fuego nuestra retaguardia y la comunicación con Ben Tieb por el desfiladero, en apoyo de la batería ya instalada allí.

—Ya veo. —El general se inclinó para observar los puntos que Silvestre le señalaba—. Ya sabes que sigo confiando en tu criterio, Manolo. Tú eres el que está ahí, y conoces mejor que nadie lo que pasa. Mi único consejo es que asientes tu línea, consolides lo ganado y cubras tu retaguardia. Lo demás es cosa tuya. No quiero más disgustos, ¿entendido?

—Entendido, mi general —afirmó con seriedad. No podía evitar la sensación de que su amistad había terminado aquel mismo día, y, aun así, no quería dar por concluida la entrevista; aún no. Por eso se animó a seguir hablando—: Dámaso: necesito que pienses en mis peticiones.

—¿Cuáles de ellas, Manolo? ¿Tienes más?

Silvestre optó por no darse por enterado del sarcasmo. Continuó.

—Ya lo sabes, Dámaso. Dinero para terminar carreteras y adecentar las comunicaciones; más armamento: los cañones están ya al límite de su vida útil; nuevas ametralladoras, porque las Colt ni siquiera funcionan y las Hotchkiss ya no aguantan; munición, ambulancias… Y tropas. Pero de las de verdad: autorízame a constituir una nueva unidad de choque, el Grupo de Regulares de Alhucemas y una nueva bandera de la Legión, que las tienes tú todas.

—¿Un nuevo Grupo de Regulares? —preguntó con sorpresa el alto comisario—. ¿No tenías a la mitad del de Melilla de permiso cuando te visité en abril? —apuntó con ironía.

—No estoy para bromas, Dámaso. Para mí el golpe ha sido muy duro. Tengo confianza, no obstante, pero habrá que esperar antes de seguir

con nuestros planes para llegar a Alhucemas.

—¿Nuestros planes, Manolo?

—¡Sí, Dámaso! ¡Y bien que lo sabes! ¡No me jodas ahora!

Mientras la lancha se acercaba a la playa para desembarcar allí a sus pasajeros, se podía escuchar sobreponiéndose por encima del petardeo del pequeño motor de aquel bote el sordo rumor de las calderas del barco aumentando su presión, preparando el buque para zarpar. Silvestre permanecía sentado en popa mientras la abrupta costa se agrandaba ante sus ojos. La ira contenida en su rostro no pasó desapercibida para su ayudante.

—¿Qué tal ha ido, mi general? —preguntó este con sincera preocupación, sabedor de la confianza que siempre le había regalado su superior.

—¿Que qué tal me ha ido? —respondió airado—. Me ha dicho que me dará una Bandera del Tercio, una sola batería y un miserable tabor de Regulares de Ceuta. ¡Y en septiembre! Como mucho, novecientos hombres y cuatro cañones… ¡¡Y dentro de tres meses!! ¡Valiente mamón! ¡Tres meses! ¡Pues le diremos a Abd-el-Krim que espere!

«Annual-Igueriben. 7 de junio de 1921

Mi querida Cristina:

Te escribo al fin, ahora que ya ha terminado el trabajo y sólo se escucha el silencio de una noche estrellada. Podrían ser las mismas estrellas que estés viendo tú ahora, pero aquí parecen diferentes. Más brillantes, pero más tristes también. Sin ti todo es más triste. En unos minutos comienza mi guardia, y tengo poco tiempo para escribirte estas líneas. ¡Te contaría tantas cosas…! Ahora mismo sólo puedo decirte que me han destacado en una nueva posición cerca del campamento general. La hemos comenzado a instalar hoy sobre una loma que llaman Igueriben, y la verdad es que estoy molido. Ya hemos levantado las tiendas; al menos no dormiremos al raso. Los de Ingenieros han trabajado sin parar desde la madrugada, y mientras lo hacían, colocando sacos, muros y alambradas, en las colinas de enfrente varios moros nos observaban. Pero no tengas miedo, mi querida niña,

porque sólo miraban, nada más. Nuestros cañones les impresionan, y no habrá ningún peligro. Además, estamos sólo a cuatro kilómetros del campamento y desde allí nos cubren con sus fuegos, nos suministran la comida y todo lo que necesitamos. Mañana tengo que salir a comandar un pelotón a la aguada, que está algo lejos, y así transcurrirán mis días, hasta catorce, en los que tendré que estar aquí hasta el relevo, por lo que no te extrañe si te llegan menos cartas, porque no siempre vienen a recogerlas. Te escribiré cada día y las guardaré para enviártelas todas de golpe. ¿Qué tal estás? ¿Ya te cuidas bien? Recuerda que no debes hacer ningún esfuerzo. Déjate mimar por tus padres, que cuando regrese ya tendrás quien lo haga por ellos.

Mi querida niña, mi queridísima Cristina: ¡te echo tanto de menos…! Pero los días pasan rápidamente y cada vez está más cerca el momento en el que pueda volver a abrazarte. Mientras tanto, recibe mil besos de tu marido, de tu capitán, que te quiere con locura.

Tuyo por siempre.

Diego».

6

Las cuadras

Melilla, 8 de junio

Aún no había amanecido sobre Melilla y, sin embargo, una tenue claridad ya comenzaba a intuirse en el pequeño recorte de cielo que Manuel podía vislumbrar desde su cama a través de la ventana. Había vuelto a fumar de manera compulsiva y se fijó al apagar la colilla en que el cenicero se hallaba a rebosar. Se levantó, vestido, como lo había encontrado el sueño al llegar a la pensión la noche anterior, y se dispuso a asearse. Delante del espejo y mientras vertía agua en la jofaina, examinó la imagen que ofrecía su reflejo. El rostro de un hombre prematuramente envejecido, o al menos la constancia fiel del paso del tiempo llegó a él de forma cruda, como una bofetada. De repente se vio a sí mismo como una figura triste que había deambulado por la vida dejando pasar los días dentro de una disciplina autoimpuesta, desde aquel tiempo ya lejano en el que dejó de llorar la muerte de su esposa porque no le quedaban más lágrimas que derramar. No había prestado atención durante los años de servicio en el Ejército a nada que no fuera el escrupuloso cumplimiento de su deber, y así, entre tanto, el placer y la felicidad, las satisfacciones de las pequeñas cosas le habían sido ajenas.

Y mientras tanto, el paso del tiempo hacía mella en su alma, endurecida e indiferente. Sin embargo, aquella mañana, mientras se afeitaba, notaba que algo había cambiado en su interior. Observándose, comprobaba que a la vez que surgía en él un nuevo impulso, un ánimo vital, su aspecto ofrecía el resultado de ese apagón, de ese transcurso inexorable del tiempo. Y se sintió viejo mientras se asombraba de que aquella constatación acudiera ahora a su mente, entremezclada con los recuerdos de un mechón de pelo negro caído sobre la frente, una sonrisa, un roce de piel sobre una mesa de mármol y un adiós callejero amparado en una promesa no expresada de volver a verla.

Apartó aquellos pensamientos como pudo. Notaba rescoldos de un fuego que pretendía apagar, y decidió ocuparse sin más del cumplimiento de su tarea. Debía aprovechar el día que le esperaba por delante en su primera visita a las caballerizas del cuartel de la alcazaba, pero antes debía cumplimentar su informe al ministerio. Desde que había llegado, no había comunicado nada, ni una sola línea. Tampoco había avanzado mucho en su investigación, pero resultaba evidente que tenía que dar noticia no sólo de su presencia allí, sino también de sus primeros pasos. Se secó la cara limpiando en ella los restos de jabón y, aún sin vestir su guerrera, se sentó a la mesa, de cara a la pared decorada con un insulso cuadro de flores ajadas, y abrió su libreta para repasar sus notas.

«Cuadras, ¿sobrecostes?, suministro de medicinas en Docker (investigar); intervención de teniente de Policía indígena, un sobre entregado a judío de casa de préstamos; ¿papel del tte. de la Policía indígena? Discusión, miedo (¿posible entrevista con dueño?. ¿Chantaje? ¿Extorsión? Dos capitanes, Intendencia-Infantería, ¿socios?, discusión, ¿quiénes son? Nuevo "protector" de informante, poderoso, influencias. Investigar cap. Fco. Millán, relación con Tte…».

Dejó de leer. Se quedó mirando el dibujo que de forma rápida había incluido en su momento entre aquellas palabras inconexas. El rostro de Dolores, de Lola, se descubría en trazos sencillos, basados en un recuerdo impreciso, apuntados aquella noche de memoria, intentando que no se olvidara la viveza de una mirada que ahora —se daba perfecta cuenta— lo observaba desde la cuartilla buscando su complicidad.

Apartó su libreta. Debía centrarse en su tarea. Decidió escribir una carta; un telegrama le resultaba poco discreto. Extrajo un folio de su maleta y bajo el encabezamiento del papel oficial del Cuartel de la Montaña, en Madrid, comenzó a escribir su informe. Sería un resumen escueto y conciso.

«En Melilla, a ocho de junio de mil novecientos veintiuno.

C

onfidencial y secreto

Ministerio de la Guerra. Negociado de Marruecos

A/A del Comandante Egea

Informe semanal sobre situación Comandancia de Intendencia, Melilla

Llegado a esta ciudad de Melilla el cinco de los corrientes, tras instalarme, pude mantener entrevista con la informante ese mismo día. Los datos obtenidos no resultaron en exceso detallados, pero el testimonio escuchado me pareció creíble, entendiendo que de él podía deducirse lo suficiente como para sospechar con cierta solvencia de indicios de actividades ilícitas en la citada Comandancia, actividades que me dispongo a investigar a la mayor brevedad. Posible existencia de falsedad en contabilidad y desvío de fondos, aún no acreditada, y sin concretar. No dispongo de mayores datos y no he obtenido pruebas hasta ahora. Durante estos dos días he desarrollado mi trabajo en las dependencias de la Comandancia sin notar actividades anómalas, si bien no he conseguido disponer aún de los diferentes libros de cuentas, lo cual considero del mayor interés al objeto de avanzar en mis averiguaciones, ya que todos los días se guardan en una caja fuerte de acceso restringido al capitán pagador, Francisco Millán García.

Hoy comienzo mi servicio en las caballerizas del cuartel de la alcazaba, mi destino conforme sus órdenes, y donde tengo la esperanza de recabar mayor información. Existen indicios de implicación de oficiales de otras armas.

Informaré en cuanto obtenga datos más concretos.

Teniente Manuel Altamira López

P. D.: Adjunto los recibos justificativos de mis gastos, abonados a cuenta de la suma entregada».

Manuel releyó la carta antes de introducirla en un sobre que entregaría en la oficina de Correos ubicada en la plaza de España. No tenía mucho más que decir, y consideraba que un exceso de palabrería demostraba poca seriedad. Cuando obtuviera información sensible procedería a trasladarla de la manera más concreta y detallada posible. Para dos días que llevaba en la ciudad, entendía que aquello era más que suficiente. Odiaba las acusaciones sin pruebas, y los meros indicios no suponían para él más que inconcreciones que, por supuesto, lo ayudarían, pero, como sabía por experiencia, muchas veces se volatilizaban y quedaban en nada al menor contraste en una investigación rigurosa.

Miró su reloj. Apenas tenía tiempo para terminar de vestirse y acudir al cuartel antes del izado de bandera, a las ocho, así que decidió darse prisa. Bajó de dos en dos las escaleras de la pensión y rechazó con un ademán el ofrecimiento del café que la dueña le tenía reservado. La luz de la mañana, ahora ya deslumbrante, lo obsequió en la calle como un buen augurio. Apuró el paso y, tras abandonar el dédalo de callejuelas con el que ya se había familiarizado en esos días, encaminó sus pasos primero a la oficina de Correos y luego al imponente cuartel de la alcazaba, parte integral de los baluartes defensivos edificados en el siglo xviii para ampliar y mejorar la capacidad de los viejos muros medievales de la ciudad.

Llegó puntual. El izado de bandera lo sorprendió junto a la barrera de entrada y esperó en posición de firmes y saludando, la mano derecha a la gorra, mientras el corneta rompía con las notas del himno la quietud de la mañana. Las presentaciones a la superioridad fueron breves y estuvieron teñidas de una fría indiferencia, y a los pocos minutos ya se encontraba frente a la puerta de una enorme nave ubicada al borde del antiguo foso de la fortaleza. De esta emanaba un hedor que le impactó. Se dispuso a entrar a las caballerizas principales del cuartel.

—Se acostumbrará, mi teniente —escuchó que decía una voz levemente socarrona a sus espaldas. Se giró y vio frente a él a un joven aún imberbe que vestía su uniforme con indolencia, correaje demasiado grande para su pequeña estatura, bonete reglamentario ladeado sobre la cabeza con cierta chulería. Una amplia y franca sonrisa iluminaba su rostro mientras lo saludaba.

—Cabo primero López. ¡A la orden, mi teniente!

Manuel le devolvió el saludo mientras lo observaba entre sorprendido y divertido. El soldado componía la estampa menos marcial que había

visto en su vida militar.

—Descanse, cabo —le dijo, aunque era plenamente consciente de que el infante no asimilaba bien la diferencia entre una posición de firmes y su contraria—. ¿Me decía…?

—Le decía que se acostumbrará al olor, mi teniente. Siempre es así en las cuadras. Las limpian menos de lo que debieran, pero como cuando sopla el Levante, y aquí eso sucede a menudo, se limpia el aire y no molesta entonces a los oficiales, todo sigue igual.

Manuel miró primero al soldado y luego a las caballerizas sucesivamente. Realmente el hedor era insoportable. Una mezcla de excrementos, olor animal y forraje que probablemente habría conocido días de mayor frescor.

—¿Y a ti no te molesta? —inquirió con verdadera curiosidad.

—¡Oh, no! A mí no. Estoy acostumbrado al ganado. En mi pueblo, en Santander, siempre he ayudado a mi padre con las vacas. Y en verano trabajaba desde pequeño en las caballerizas reales en el palacio del rey en la Magdalena. Y vacas o caballos, tanto da —contestó con desparpajo—. Yo aquí me siento un poco como en casa, ¿sabe usted? Pero tengo estudios, no vaya usted a creer. Lo justo, pero sé leer, escribir y contar. Con eso me vale.

Manuel sonrió levemente. Le había caído bien aquel zagal que no levantaría más de dieciocho años. No era normal que con esa edad ya fuera cabo. Señaló su distintivo en la bocamanga.

—¿Cabo ya, tan joven? —le preguntó.

—Pues sí, mi teniente. Aquí nadie sabe más de caballos que yo. —Sonrió abiertamente—. Y si le digo la verdad, aquí tampoco me molesta nadie. No tengo que salir al campo y me alimento razonablemente bien. Como tampoco hago preguntas, obedezco y trabajo mucho, el comandante decidió ascenderme. —Se señaló con orgullo las dos líneas en ángulo que acreditaban su rango.

—Pues bien, cabo, entonces seguramente me podrás ayudar. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Yo no me he acercado en mi vida a un caballo. Al menos a tantos, quiero decir.

—Por supuesto, mi teniente. Y bien contento que va a estar conmigo, porque además soy su asistente —contestó, orgulloso.

—¿Mi asistente? —se extrañó Manuel, verdaderamente sorprendido de que se le hubiera asignado uno—. Bien. Está claro que lo necesitaré. ¿Me enseñas… mi lugar de trabajo? —Le sonrió. Aquel chaval le inspiraba simpatía.

—¡Claro, mi teniente! ¡Sígame! Esas botas no va a mantenerlas limpias mucho tiempo. —Señaló la brillante superficie del calzado reglamentario del oficial.

Entraron en el edificio. A ambos lados de un largo y ancho pasillo tapizado con paja y heno pisoteado se encontraban, en hilera, los cajones en los que se sentía un movimiento leve que, conforme los ojos de Manuel se iban acostumbrando a la penumbra reinante, pudo identificar con el de decenas de animales que, indistintamente, rumiaban, agitaban la cola con parsimonia o cabeceaban intentando espantar a las moscas que parecían ser las dueñas y señoras de aquel extraño reino. El teniente seguía al cabo, indudablemente familiarizado con aquel lugar, y lo escuchaba mientras iba señalando a cada una de las bestias, identificándolas por su nombre.

—Éste es Negro, un buen animal. —Le acarició la cabeza, asomada por encima de la puerta de madera que permanecía asegurada con un cerrojo oxidado—. Aquél se llama Moro, y es el caballo del capitán. Ése siempre tiene buen pienso y cebada a su disposición. —Le guiñó un ojo, simulando complicidad—. Usted ya me entiende.

Manuel contempló aquel hermoso ejemplar. Una cabeza parda con crines casi rubias que los observaba con indiferencia, como siendo consciente de su rango superior en un escalafón imaginario.

—Ese otro es Saltador, pero es viejo ya, y, la verdad, ¿qué quiere que le diga?, saltar lo que se dice saltar, ya no salta mucho. —Avanzó hacia otro portón. No se veía nada en su interior. Manuel acompañó al cabo mientras éste se asomaba. Cambió su expresión cuando observó lo que allí había. Tendido sobre paja mugrienta, un caballo blanco con motas negras en su lomo parecía estar expirando. Respiraba con dificultad y de vez en cuando unos temblores agitaban su cuerpo. Miraba fijamente hacia el tablado que separaba su cajón del contiguo, indiferente a la presencia de aquellos visitantes. Intermitentemente, un resoplido corto y casi inaudible daba fe aún de la vida que poco a poco se le escapaba. El teniente pareció ver una lágrima deslizarse por la mejilla del cabo.

—¿Y éste? —preguntó Manuel.

—Éste es Milano. Y se está muriendo, mi teniente. No creo que pase de hoy. No puedo verlo. ¿No le da a usted pena?

El oficial volvió a observar al animal. Era un bello ejemplar. Había visto morir a seres humanos, en ocasiones con violencia. Su trabajo como policía lo había enfrentado en tiempos a aquel acto definitivo en el que todo se convertía en nada en segundos. Pero la agonía de aquel caballo le impactó. Rodeado de inmundicia y de excrementos sin recoger, el habitáculo ofrecía un espectáculo deprimente. Miró al cabo con cierta reprobación.

—No puedo hacer nada más de lo que hago, mi teniente —se excusó mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Ya se lo digo siempre al capitán, pero creo que no me escucha. Hacen falta más soldados para cuidar todo esto. El forraje no es bueno y a veces los caballos se mueren porque lo que comen les produce larvas en su interior que les acaban generando una úlcera. Pero por aquí nadie viene a interesarse por ellos. —Manuel pudo detectar un gesto de rabia en el soldado—. Y la situación es peor con las mulas. —Señaló una puerta al fondo de la nave—. Se mueren de hambre a decenas.

—¿No llega el alimento? Las mulas son fundamentales, cabo.

—A mí no me lo diga, mi teniente. Esto es lo que hay. —Se encogió de hombros.

—Enséñame más —le ordenó Manuel con gesto serio.

La caseta adyacente a las cuadras se encontraba un tanto desvencijada, pero al menos mantenía cierta limpieza que contrastaba con los lugares que acababan de visitar durante cuatro largas horas, período de tiempo en el que, entre tanto, habían podido asistir finalmente a la muerte de Milano, que descansaba ya de su sufrimiento. La pequeña oficina instalada allí acumulaba carpetas y archivadores que contenían los estadillos de registro de todas las cabezas de ganado, caballos y mulas. Ordenados con meticulosidad, en los apuntes se contabilizaban los suministros de forraje, heno y paja, apuntadas las cantidades y los precios, así como el listado del número de animales, que se repasaba y contabilizaba diariamente. Manuel observó sus botas mientras el cabo López —Arsenio López, le había aclarado aquél— buscaba el estadillo de diario. Efectivamente, el brillo con el que habían amanecido ya no existía, y en su lugar una pasta viscosa parecía haberse adueñado del calzado. Suspiró. Tendría

que acostumbrarse. La visita había sido larga. Los caballos constituían la parte más agradable, pero el recinto de las mulas había sido otra cosa. Hacinadas, escuálidas, aquellas bestias imprescindibles se amontonaban en cuadras insalubres plagadas de moscas. El personal, notoriamente insuficiente, no se mostraba muy preocupado. Con una indolencia que el oficial apuntó mentalmente, se ocupaban de arrojar a los pesebres haces de heno cuyo olor no denotaba su calidad precisamente. Arsenio le acercó finalmente el estadillo y se lo ofreció para su firma.

—Es el parte de hoy. Cuando me lo firme, se lo trasladaré al capitán y vendrán a buscar una copia desde Intendencia.

—¿Una copia? —preguntó intrigado Manuel.

—Sí; la necesitan para contabilidad. Tantas cabezas, tantos kilos de forraje, de paja… Ya sabe —apuntó con cierta reserva en su voz.

—No, cabo. No sé. Seguro que me lo explicas.

—Quiero decir que, como usted es de Intendencia, imaginaba que ya conocía el sistema.

—Soy de Intendencia, cabo, pero en Madrid no hay mulas paseando por la Gran Vía. Los vehículos a motor no necesitan comer —contestó Manuel, y al tiempo se arrepintió de aquel tono desabrido que en cierta manera mostraba a las claras una ignorancia que probablemente su subordinado no entendía.

—Me refiero, mi teniente, a que Intendencia recibe de Madrid el dinero con el que compra cada día lo que los animales necesitan. Tantos animales, tanta comida por jornada. Por eso hay que saber cuántas cabezas hay y por eso se apunta todo. —Asintió satisfecho por haber impartido aquella lección elemental de contabilidad a su superior. Manuel no dijo nada, y simplemente abrió el libro con los estadillos. Leyó el de aquella fecha. A diferencia de la correspondiente a las mulas, la lista de los caballos vivos contenía el nombre de cada uno de ellos. Resultaba significativo el apego del ser humano hacia aquellos animales, símbolo de poder, inteligencia y nobleza, lo que les hacía acreedores de su identificación nominal, distinción antigua que acercaba a hombres y bestias en una relación afectiva que permanecía inalterada a lo largo de los tiempos.

—No has apuntado la muerte de Milano, cabo.

Arsenio lo miró con desconfianza.

—No. No lo he hecho. —El teniente quedó a la espera de mayor aclaración—. En realidad no puedo hacerlo.

—¿Por qué razón, si puede saberse?

—Son órdenes. Siempre se ha hecho así. Si un animal muere, se apunta a final de mes. —Miró a Manuel. Éste mantuvo su atención en el estadillo.

—Acércame el de las mulas, por favor, cabo —le dijo secamente.

El soldado obedeció y depositó en la mesa un grueso volumen de tapas ajadas, desgastadas por su uso.

—Aquí lo tiene. —Quedó a la expectativa.

Manuel estuvo ojeando aquel libro, pasando las páginas una tras otra. De vez en cuando paraba para apuntar cifras y fechas en su libreta. Al cabo de media hora cerró el volumen. Miró a Arsenio.

—¿A quién se entregan las copias de estos estadillos, cabo?

El soldado dudó unos segundos. Contestó, balbuciente:

—Al capitán Millán García. De Intendencia. Envía cada día a un teniente a recogerlos.

El sol del mediodía castigaba con su fuego la Plaza africana, inclemente, mientras Manuel dirigía sus pasos pensativo en dirección al café-bar El Toro. No lo tenía decidido de antemano, pero de alguna manera necesitaba encontrarla. No eran preguntas lo que quería hacer. Simplemente quería verla. Verla con la secreta esperanza de contemplar de nuevo aquella sonrisa, quizás notar de nuevo el fugaz roce de su piel. Lo deseaba, inconsciente, irracionalmente.

Mientras caminaba, el teniente repasaba en su mente lo que habían constatado sus ojos. Al fin tenía algo tangible. Más que una pista, lo que había descubierto era tan obvio, tan burdo, que todavía le costaba trabajo creer que aquellos manejos se llevaran a cabo con tanta transparencia. Las muertes. Eso era. Las muertes de los animales mostraban una inexplicable tendencia a producirse a finales de mes. De repente, sin que nadie se preguntara por ello, cada treintena se contabilizaba un súbito fallecimiento de varias cabezas de ganado, mulas principalmente, mientras que a lo largo del mes no constaba la

muerte de ninguna. Si Intendencia recibía del ministerio un importe por animal y día para destinarlo a su mantenimiento, se ocultaba su baja y se continuaba percibiendo el dinero como si estuvieran vivos. Cuando finalmente se daba el parte mensual, el presupuesto consignaba una nueva entrega para la reposición y vuelta a empezar. Entre tanto, esas pesetas que se recibían por aquellos animales inexistentes desaparecían no se sabía dónde. Pero es que además aquella estafa se redondeaba con las adquisiciones del forraje, la paja y el heno. Lo que había podido comprobar era que desde Madrid se entregaban cantidades alzadas por cabeza y día para la compra en Melilla de estos suministros conforme un listado de precios facilitado por la Comandancia de Intendencia de Melilla. Eran precios que —lo había contrastado— resultaban considerablemente más caros que los que posteriormente se pagaban realmente para su adquisición a proveedores locales, con lo que obviamente disminuía, en consecuencia, su calidad y cantidad. De ahí, el estado deplorable de los animales. Y todo aquello, a plena luz, sin ocultarse. Alguien se estaba lucrando considerablemente a costa del erario público y, no menos importante, con grave merma en el esfuerzo de guerra y en la eficacia operativa del Ejército.

Entró en el local aún con sus pensamientos puestos en aquellas revelaciones. No pudo ver por tanto cómo, desde la distancia, sus pasos eran seguidos desde el acuartelamiento por un hombre uniformado que siguió su camino unos metros alejándose discretamente del establecimiento. El militar encendió un cigarrillo controlando con la mirada el acceso y se dispuso a esperar, indiferente al trasiego de personas que a aquella hora buscaban en la tenue sombra de los edificios un alivio contra el tórrido calor con el que el sol de junio castigaba aquel rincón del Mediterráneo.

No estaba. No vendría ya. Esperó casi una hora sentado a la misma mesa en la que ella lo encontró hacía tan sólo tres días. Apagó lentamente el cigarrillo y apuró, esta vez sí, hasta el final la segunda cerveza que había pedido para acompañar su soledad. Se levantó con cierta sensación de pesadez y se dispuso a regresar, pero, al pasar junto a la barra, se fijó en el teléfono que, anclado a una de las paredes laterales, parecía estar reclamando su atención. Dudó unos instantes y al cabo rescató de su libreta una hoja suelta. En ella, escrito con letra redondeada y vertical, pudo leer su nombre y, junto a él, su número. Se acercó al camarero.

—¿Puedo usarlo? —preguntó intentando mantener un tono indiferente que no delatara el inusual nerviosismo en su voz.

—Sí, si piensa pagarlo… —contestó el empleado con cierta sorna.

Marcó haciendo girar el disco, ahora sí, con determinación. Escuchó la voz de la operadora y le dictó el número. Sonó varias veces hasta que, al fin, alguien descolgó. Pudo oír una voz masculina.

—¿Quién es? —La pregunta, enunciada con voz firme y cortante, denotaba autoridad. Manuel, desconcertado, colgó de inmediato y se quedó mirando el aparato durante unos instantes. Lo despertó de su estupor el camarero, murmurando a sus espaldas.

—Pues sí que ha sido breve —apuntó con sorna mientras continuaba secando vasos.

Manuel le lanzó una mirada asesina y sin perder un segundo más se encaminó hacia la puerta. En la calle, el calor le golpeó con fuerza. Se aflojó un poco el nudo de la corbata y dirigió la vista hacia la acera de enfrente mientras se ajustaba la gorra. Intentó volver a concentrarse en su tarea. Sintió la necesidad de recuperar su estado natural, abandonar esa especie de extraño sentimentalismo que por unos minutos había nublado su mente. Volvió a su ser, avergonzado de haber sucumbido a lo que se afanaba en considerar como una enajenación pasajera, y se centró de nuevo en su trabajo. Ante él se hallaba el establecimiento de crédito Viuda de Samuel Salama, aquél donde había contemplado hacía unos días la discusión entre el que sin duda era el propietario del negocio y el teniente de la Policía indígena con el que se había encontrado en la comandancia, y que ahora se presentaba concurrido. Se decidió al fin y cruzó a grandes zancadas la calle, esquivando por poco un vehículo oficial cuyo conductor hizo patente su enfado con un sonoro bocinazo. Desde el asiento trasero, el pasajero cruzó por unos instantes su mirada con la de Manuel, antes de volver la vista al frente, ajustada su guerrera con lustroso correaje, reluciente el uniforme de comandante general, de regreso de nuevo en la plaza. El teniente no escuchó los vítores a Silvestre que espontáneamente aún resonaban en la calle a su paso cuando entornó la puerta y se acercó a la ventanilla, en esos momentos vacía, que era atendida por un hombre de edad avanzada, tocado con la kipá hebrea. Abordó al empleado sin ningún preámbulo:

—Quisiera abrir un depósito.

El hombre dudó unos instantes, pero ante la visión del uniforme asintió y lentamente, con parsimonia, le acercó una instancia.

—Muy bien, teniente; rellene este papel con sus datos, si es tan

amable. ¿Por cuánto importe constituirá el depósito ?

Dudó. No quería prescindir del dinero que aún le sobraba de lo que le habían entregado en mano en el ministerio. Ingresarlo allí supondría un inconveniente porque tendría que adaptarse a los horarios comerciales, y no resultaría práctico. Se decidió a acometer el asunto directamente. Obedeciendo a una intuición, planteó la cuestión amparándose en el arma a la que pertenecía y su aparente influencia en algunos ámbitos de la Plaza.

—En realidad lo que deseo es hablar con su jefe. Dígale que desde la Comandancia de Intendencia hay interés en aclarar ciertas cuestiones. —Endureció su tono para resultar más convincente—. Y dígale también que no me gusta esperar.

El despacho del director y propietario era frugal en su decoración. Apenas un par de cuadros que recordaban paisajes mediterráneos y un aguafuerte con una panorámica de la ciudad de Jerusalén que presidía la estancia. Sentado en un sillón desgastado, lo miraba con ojos penetrantes el hombre de larga barba al que había visto discutir con aquel teniente. Moisés Benhaim no se levantó cuando entró Manuel. Con un gesto de la mano lo invitó a sentarse frente a él y sin mediar saludo, afrontó la situación con evidente disgusto una vez el oficial se hubo acomodado.

—¿Qué quiere de mí, teniente? ¿No les resulta suficiente con lo que ya les pago? Estoy al día.

Aquellas palabras desconcertaron por un momento a Manuel. No esperaba tal introducción. Aprovechó su oportunidad.

—Creo que se está usted equivocando, señor…

—Benhaim; Moisés Benhaim, dueño y heredero de este establecimiento, como seguramente bien sabe.

—No, no lo sabía. —Compuso un estudiado gesto de sorpresa—. Tengo la impresión de que está usted suponiendo demasiadas cosas, don Moisés. Únicamente vengo a hacerle unas preguntas.

—¿Es usted policía? —Señaló displicentemente el emblema de Intendencia en la guerrera del oficial—. No debería serlo, por lo que parece.

—Lo fui, pero esa es otra historia —contestó tajante intentando contener la desconfianza de su interlocutor.

—Usted dirá entonces, teniente. Si no ha venido a reclamar nada, ya me contará en qué puedo ayudarle.

Manuel decidió ir directamente al grano. Notaba el escepticismo del banquero, y su uniforme y el arma a la que pertenecía no estaban ayudando a disiparlo.

—Estoy investigando un supuesto caso de corrupción dentro del Ejército. Aunque usted no lo crea, algunos nos tomamos muy en serio la honradez de nuestras Fuerzas Armadas —cogió aire—, y, por lo que me acaba de decir hace un momento, igual usted puede aclararme algunas dudas. Le vi el otro día. Discutía con un oficial, y éste le entregó un sobre. Por su cara yo diría que no fue un momento agradable para usted. Sus palabras de ahora me lo confirman. —Le tendió la carta de Lola, decidido a llevar a cabo un golpe de efecto—. Esto llegó al ministerio hace unos días. —Esperó a que la leyera—. Y ahora, ¿podría decirme sobre qué hablaron?

Moisés Benhaim miró a Manuel estudiándolo atentamente. Se notó que por un instante dudó sobre las verdaderas intenciones de aquel hombre que se sentaba frente a él. Finalmente cedió. Le devolvió la carta.

—Solo un inconsciente o un hombre honrado podría atreverse a aparecer ante mí con ese uniforme y hacerme esas preguntas. Suponiendo que sea verdad, suponiendo que efectivamente esa carta sea cierta y que usted haya sido comisionado para investigar esta pocilga…, ¿de verdad quiere saber? —El teniente asintió—. Quizás no le guste lo que pudiera tener que decirle.

Al cabo de una hora, Manuel salió de la oficina. Caminó cabizbajo repasando mentalmente el contenido de la conversación que había tenido lugar en el interior del local. Disponía de nombres, fechas e importes, y el propio Moisés lo había citado para el día siguiente con el fin de proporcionarle las pruebas documentales de todos los pagos forzosos que venía anotando en su contabilidad en concepto de «Gastos», cartas amenazantes, escrituras de hipotecas ficticias para camuflar préstamos cuyo importe ascendía a mucha más cantidad de la documentada y, en definitiva, lo que por ahora necesitaba para acumular lo que, más que indicios, eran ya pruebas incriminatorias de peso. Seguía asombrándose de la absoluta impunidad de aquellos turbios manejos que acontecían sin mucho disimulo, pero estaba satisfecho, y se dirigió con paso firme hacia la pensión. Sin embargo, por encima de aquel éxito aparente, no podía apartar de su cabeza aquella voz cortante contestando al teléfono de Dolores, y sintió una

punzada en su alma como no recordaba haber sentido desde hacía tiempo.

—¡Moisés! ¡Me alegro tanto de verle…! —dijo el hombre mientras se sentaba en el borde del escritorio y encendía un cigarrillo.

—¿Quién le ha dejado entrar? —inquirió con visible enfado el anciano.

—¡Oh! Sus empleados son muy amables. Y eso que ya habían cerrado. Pero los he convencido enseguida de que era importante que hablara con usted. Puedo ser muy persuasivo, como sabe. Aunque quizás esté usted hoy muy cansado. Quizás ya ha hablado demasiado, ¿verdad? —Moisés Benhaim comenzó a sudar, y, sin embargo, no perdió la compostura ante el tono amenazante de aquel individuo.

—¡Salga usted de mi despacho inmediatamente!

—¿O qué? —sonrió burlón el hombre mientras ojeaba algunos legajos depositados en la mesa—. Hace calor hoy, ¿verdad? —Lo miró. Su sonrisa había desaparecido—. Y más que va a hacer.

7

Cenizas

Melilla, 9 de junio

Tardó en desperezarse. Había pasado la tarde del día anterior encerrado en su habitación intentando ordenar toda la información recabada en su comprobación de cifras en el cuartel y en la entrevista con Moisés Benhaim. Sentía que se estaba acercando a algo mucho más importante de lo que había imaginado en un principio, y, pese a la fatiga de una noche tórrida que le había impedido dormir en condiciones, se encontraba animado por la perspectiva de obtener las pruebas que necesitaba para acreditar la red de desfalcos que poco a poco iba reconstruyendo en su mente y anotando en su libreta. El agua fresca de la jofaina terminó de despertarlo.

Se vistió y, tras desayunar copiosamente ante la aprobadora mirada de la dueña de la pensión, salió a la calle decidido a completar su tarea, al menos en un grado mínimo que le permitiera justificar ante el ministerio los gastos de su estancia y obtener ante él mismo la satisfacción para sí del deber cumplido. Había conseguido apartar de su mente, al menos momentáneamente, los recuerdos perturbadores que sentía que lo alejaban del desempeño de su misión, y mientras caminaba por el tinglado del puerto, animado ya en su trasiego comercial y militar, anotaba en su interior los pasos que se disponía a dar durante la mañana. En primer lugar, acudiría al cuartel de la alcazaba para repasar los estadillos y acometer su obligación supervisora y al mediodía se dirigiría a la ciudad, donde había quedado en cita reservada, una vez echado el cierre de su establecimiento bancario, con Moisés Benhaim, quien le proporcionaría al fin la documentación que podría sustentar al menos alguna de las acusaciones que durante su entrevista había vertido contra personas concretas. Después… Después ya vería lo que hacía. Quizás regresar a la Comandancia de Intendencia para intentar hablar con el capitán Millán, sonsacarle, observar sus reacciones. Quizás

pasearía por Melilla disfrutando de unas horas de descanso, o quizás —Manuel se abstrajo por unos instantes— quizás podría verla. Quizás.

Llegó puntual, como siempre, a tiempo para cuadrarse ante el izado de la bandera y se encaminó directamente a las caballerizas. Allí, en la puerta, lo esperaba el cabo López, sonriente, en posición de firmes y saludando con su característica falta de marcialidad. Le devolvió el saludo y la sonrisa.

—¿Qué hay, cabo? —preguntó con una familiaridad que hasta a él mismo le sorprendió. Indudablemente se hallaba de buen humor, y por un instante sopesó la posibilidad de que la perspectiva de un encuentro vespertino de carácter no profesional estuviera influyendo en su ánimo en demasía.

—¡A la orden, mi teniente! ¿Pasamos revista?

La visita resultó rutinaria. Siguiendo las instrucciones de Manuel, las cuadras se habían adecentado un poco. Dos soldados de refuerzo que había podido conseguir de entre una tropa que holgazaneaba la víspera habían contribuido a mejorar el estado de limpieza de aquel edificio. Cuando hubieron contabilizado los animales y supervisado su alimentación, se desplazaron a la pequeña oficina. Manuel se dispuso entonces a repasar de nuevo los estadillos, y mientras le alcanzaba los desgastados volúmenes el cabo se dirigió a él con cierto tono de cordial confidencialidad.

—Ya se habrá enterado usted, ¿no, mi teniente?

—¿Enterado? ¿De qué? —Manuel levantó momentáneamente la vista.

—Todo el cuartel habla de lo mismo esta mañana. Del incendio de ayer.

—¿Qué incendio? —El teniente Altamira siguió estudiando los papeles, ligeramente molesto por aquel inicio de conversación que intuía banal y que lo distraía.

—El incendio en el banco judío —comentó Arsenio como quien informa de la rotura de una puerta o del paso de una tormenta de verano.

Manuel Altamira depositó lentamente en la mesa el libro que tenía entre las manos y miró a su subordinado. El cabo se había dado la

vuelta y trataba ahora de ordenar los legajos que se acumulaban en las vitrinas de un viejo armario. Intentó controlar a duras penas su sorpresa y angustia ante lo que acababa de escuchar, pero su voz lo traicionó.

—López, ¡míreme! —El cabo se dio la vuelta, sorprendido por la dureza de la expresión—. ¿Qué ha ocurrido, concretamente? ¿Cuándo?

Arsenio observó al teniente y comprobó al verlo que la noticia que acababa de darle de modo casual e informal a su superior no resultaba para el oficial un asunto intrascendente. Carraspeó y trató de responder con cuidado.

—Ayer. Por la tarde, al parecer. A veces ocurre en esta ciudad, con el calor y con el viento —titubeó, ligeramente asustado al ver cómo el rostro de Manuel Altamira había cambiado para convertirse en una faz que denotaba tensión y furia—. No sé mucho más, aunque ha sido la comidilla de todos en la ciudad. Han encontrado tres cuerpos dentro. Calcinados. O eso dicen.

Manuel se levantó súbitamente y sin más preguntas se puso su gorra de plato y fue hacia la salida sin decir palabra ante la sorpresa del joven soldado, que asistía estupefacto a aquella reacción extraña y abrupta del oficial. El teniente se giró antes de abandonar la oficina y con gesto serio se dirigió al cántabro:

—Dos copias, Arsenio. No una, sino dos. Para hoy, para mañana y así cada día: quiero que hagas dos copias de cada estadillo. Una la entregarás a ese teniente que viene desde la comandancia. La otra será para mí. Y ni una palabra de esto a nadie. ¿Entendido?

—Entendido, mi teniente —repuso alarmado al tiempo que se cuadraba torpemente—. Hoy mismo tendrá usted su copia.

Manuel se acercó al gentío que aún se agolpaba, curioso, ante los restos humeantes de lo que el día anterior había sido un establecimiento más de entre aquel conglomerado de intereses comerciales y militares que crecían al amparo de la Plaza. El edificio de dos plantas mantenía aún en pie, ennegrecida, la fachada principal. Caída sobre los escombros, la placa que anunciaba la titularidad del negocio aún permitía ver, deshechas por el fuego, las letras que habían recordado durante años el esfuerzo de una familia ahora castigada con el desastre, la ruina y la muerte.

El teniente se fue abriendo paso lentamente entre las decenas de personas que susurraban mientras observaban, morbosos unos y otros de manera indisimuladamente satisfecha, el escenario de la destrucción. Manuel contempló absorto aquel conjunto de ruinas. Ya no se trataba de descubrir y castigar un mero desfalco, una trama corrupta: ahora se enfrentaba a un grupo de asesinos despiadados, y al tomar conciencia de ello sintió que se activaban todos sus mecanismos internos de alerta. Por de pronto, un sentimiento de culpa apareció, fugaz, en su cerebro. Si no hubiera sido por él, aquellos hombres seguirían vivos. Su curiosidad, su celo investigador, poco discreto en aquella ocasión, los puso en peligro, y ahora, como consecuencia de su ingenuidad al no calibrar bien la necesidad de cuidar el secreto y el sigilo, tres hombres habían muerto. Porque no tenía dudas: aquel incendio no había sido algo casual. Era un acto premeditado, calculado con frialdad para eliminar cualquier posible avance en el descubrimiento de pruebas que incriminaran a los partícipes en una trama que —ya era para él una certeza— se extendía de forma mucho más amplia de la que hubiera podido sospechar.

Le quedaba claro también que lo estaban vigilando. Alguien lo había visto entrar en aquel establecimiento el día anterior y, sospechando de que de ahí pudiera surgir alguna evidencia, había decidido actuar de manera expeditiva. Y si lo seguían entonces —probablemente desde su llegada—, también podrían estar haciéndolo ahora. Miró a su alrededor. Los transeúntes se paraban ante las ruinas calcinadas, hacían algún comentario breve y seguían su camino. Protegiendo los escombros, dos soldados de infantería vigilaban que ningún ciudadano se internara entre los restos. Escrutando los rostros que con cierta indiferencia contemplaban aquel escenario, no pudo encontrar, sin embargo, ninguno conocido. Giró la cabeza en dirección al café-bar El Toro. El trasiego de clientes apenas parecía interrumpirse por alguna mirada furtiva, y por un momento tuvo la tentación de acercarse para ver si ella estaba allí. Miró su reloj. Todavía era pronto, y desistió de la idea. Miró de nuevo al edificio en ruinas. Si había allí algo de lo que Moisés le había prometido buscar en sus archivos y entregarle, ahora eran ya todo cenizas.

De repente los vio. En una esquina, alejados de la gente, observando quietos, en silencio, el resultado de aquel desastre. Resultaban inconfundibles con su barba y su kipá, y no apartaban su mirada de los restos. Aquella estampa melancólica y triste conmovió a Manuel. Sintió que la desgracia que ahora aquellos miembros de la comunidad hebrea de Melilla asumían en silencio era también la suya de alguna manera, y tras unos segundos de duda decidió acercarse. Lo recibieron con gesto hosco cuando, sin importarle demasiado las miradas entre

sorprendidas y reprobadoras de la gente, inclinó ante aquellos dos ancianos levemente la cabeza en señal de respeto.

—Shalom —dijo, a modo de saludo. Consideró en aquel instante que al menos les debía un mínimo gesto de cortesía. Los aludidos examinaron ceñudos el uniforme y, tras unos momentos de duda, respondieron con sequedad:

—*Shalom.*

—No saben quién soy —se atrevió Manuel a iniciar una conversación —, pero llegué a conocer a Moisés Benhaim. Lamento mucho su muerte. Únicamente quería trasladarles mi pésame. Él me estaba ayudando y…

—Agradecemos sus condolencias —le cortó el que daba muestras de ser el mayor—, pero no tenemos mucho de lo que hablar. De hecho — lo miró con una mezcla de temor y desprecio—, creo que ya se ha hablado demasiado. Déjennos en paz, al menos para enterrar a nuestros muertos.

Manuel dudó. Su uniforme, el arma a la que pertenecía, todo ello era motivo de recelo y desconfianza. Estaba claro que en aquel extraño y reducido microcosmos todo el mundo asumía una situación de irregularidad cotidiana que él ahora estaba alterando con sus actos, y parecía que con ello rompía el natural devenir de las cosas. Mientras fuera de los contornos de Melilla, a pocas decenas de kilómetros de sus muros, se avanzaba y se combatía, se pasaba hambre y sed y se moría, en la ciudad la vida continuaba aislada en un ciclo de corrupción que nacía precisamente en aquellos avances, en aquellas muertes, y moría allí de nuevo para volver a renacer, negro y podrido, en las cuadras, en el hospital, en los comercios, en sus calles. También en aquella comandancia que actuaba amparada en la desidia protectora —ahora estaba seguro de ello— de autoridades que o bien miraban para otro lado o bien se lucraban de aquel gran negocio. Dinero de sangre. De la de unos soldados que iban al combate casi descalzos, que apenas comían en caliente por falta de previsión logística, que disparaban fusiles descalibrados o que agonizaban en condiciones atroces en los hospitales. Mientras eso ocurría, recogidos tras el cordón de fuertes que aparentaban protegerlos, los habitantes de la ciudad continuaban con sus quehaceres, indiferentes al flujo de aquel dinero que enriquecía a unos pocos y que —aunque todavía no lo sabían— hería de muerte la confianza de un país en su futuro y, en definitiva, en un reinado que, ajeno por desidia a todo ello, languidecía sin remedio.

Se sintió ofuscado. Aquella situación le estaba superando, y trató de contenerse. Tenía que regresar a su habitual frialdad y apartar de él todo pensamiento que le nublara el juicio, y para ello debía tranquilizarse. Analizó brevemente su situación alejando de sí las imágenes de destrucción que se habían quedado grabadas en su retina. ¿Qué había conseguido hasta ahora? ¿Qué pasos debía dar en adelante? En realidad solamente tenía sospechas, confidencias, pero nada que acreditara que lo que intuía fuera real. Creyó que podría obtener certezas ese día, pero sus esperanzas se habían disipado. Se sentía paralizado. Tenía que combatir el pesimismo que se había instalado en su alma, y para ello debía activarse de nuevo. Antiguamente resolvía los asuntos con profesional frialdad, sin que nada ni nadie enturbiara su ánimo. ¿Qué había cambiado? ¿Aquellas muertes? No; había contemplado muchas, y casi siempre violentas. ¿Ella? No podía ser. Él no era así. De eso estaba seguro. O eso creía. Entonces miró instintivamente hacia el café-bar El Toro, abandonándose a la contemplación de una puerta que prometía el acceso a un consuelo que inconscientemente necesitaba. Fue entonces cuando aprovecharon los dos ancianos para desaparecer de su vista, alejándose despacio por la calle a paso lento y cadencioso hasta perderse entre la cotidiana actividad de la urbe.

Para cuando quiso darse cuenta, estaba solo.

—¿Busca a los hebreos? —preguntó súbitamente un hombre que se había acercado hasta él distraídamente. Le sonreía con una mueca entre burlona y despreciativa.

El oficial salió entonces de su ensimismamiento y de alguna manera volvió a su ser. Tuvo una intuición. Quizás solamente sentía la obligación de redimirse. No sabía cómo, pero aquél podía ser un primer paso.

—Sí —respondió sin dudar—. ¿Sabe dónde podría encontrarlos?

—Es fácil de suponer. Entierran esta mañana al banquero y, por lo tanto, se dirigirán hacia su domicilio. No vivía en el barrio judío. Había hecho dinero y aquellas casuchas eran demasiado poco para él. Pero imagino que esto ya lo sabe usted.

—No —repuso Manuel, hosco—, no lo sé.

—Ah, bueno —se asombró aquel individuo—. Pues si tiene interés, el señor Benhaim vivía al final de la calle de Castelar. Siga recto, y es la primera a la derecha. No tiene pérdida. Su casa se encuentra al final.

Está cerca de la subida al cementerio. Allí tienen ellos el suyo, junto a nuestras tumbas, pero separado por un muro. ¡Un muro! ¿Le parece a usted normal?

Pero Manuel ya no lo escuchaba. Siguiendo las indicaciones y dejando atrás a aquel hombre que se encogía de hombros sorprendido por su indiferencia, encaminó sus pasos hacia el domicilio de Moisés Benhaim.

No fue difícil localizarlo. Según se acercaba, pudo ver a decenas de hombres en la calle, apelotonados junto a la puerta de un elegante edificio. De repente, el silencio que todos ellos guardaban se vio roto por unos gritos desgarradores. El oficial se situó en la acera de enfrente y pudo contemplar cómo desde las ventanas varias mujeres se aferraban a las rejas policromadas que encarcelaban vistas y luces, mientras emitían sonoros lamentos y llantos desgarradores que eran acogidos con resignada circunspección por los deudos del fallecido, todos varones, al tiempo que, sobre unas angarillas, un cuerpo, o lo que quedaba de él, cubierto con una manta lujosamente bordada, atravesaba el dintel de la puerta sostenido con dificultad por varios jóvenes enlutados, cubiertos todos ellos por negros sombreros. Se formó ordenadamente un cortejo que rodeó el cadáver y de forma solemne todos comenzaron a andar en dirección a una cuesta que iniciaba su ascensión a unos metros de la residencia. Manuel los siguió a distancia, alertado por las miradas de desconfianza que detectó en varios de los presentes, quienes, ante la visión del uniforme, parecían recriminarle con hostilidad su presencia en aquella celebración.

Llegaron finalmente tras un breve recorrido a la tapia del cementerio judío. En la puerta esperaba el rabino de aquella comunidad, un hombre anciano de larga barba en el que Manuel pudo reconocer a uno de sus interlocutores ante el edificio siniestrado. Junto a él, un sacerdote católico le ofrecía, respetuoso, la mano. Ambos se abrazaron y el religioso se apartó con discreción para permitir así la tranquilidad del rito ajeno. Al teniente no se le pasó por alto aquel gesto. No todo estaba podrido después de todo. Poco a poco el cortejo penetró en el pequeño recinto, tapizado de lápidas clavadas sobre la tierra, como tejas blancas desnudas de decoración, desprovistas del barroquismo que en ocasiones adornaba las tumbas católicas. En el centro, ubicación que quizás resultaba una buscada correspondencia con la posición que ocupaba el fallecido, se había abierto una fosa en la que depositaron el cuerpo envuelto en sus mantos ceremoniales, sin caja, sin ataúd de madera, de la tierra y para la tierra. El teniente, ubicado discretamente junto a la tapia, se quitó la gorra en señal de respeto mientras aquellos hombres comenzaban una serie de cantos y bailes

cogidos de la mano, danzando alrededor del cuerpo aún insepulto al ritmo que marcaba con voz quebrada el rabino, situado al pie de la tumba.

—No se descubra —ordenó una voz que le resultó familiar—. Para ellos es una falta de respeto.

Manuel giró la cabeza. No lo había visto acercarse. El capitán Francisco Millán García lo miraba a los ojos, disfrutando de la sorpresa que le había causado su presencia, manteniendo una sonrisa impostada y desagradable. Manuel tardó en reaccionar.

—Mi capitán —balbució mientras volvía a colocarse la gorra de plato —. ¿Qué hace usted aquí? —se atrevió a soltar una vez recobrada su serenidad.

—Esa es una pregunta incorrecta, teniente. La verdadera cuestión es: ¿qué hace usted aquí?

Manuel dudó. Su inferior empleo lo obligaba a ser prudente. Debía contestar, pero finalmente se atrevió a dar un paso audaz.

—Lo cierto es que probablemente usted ya sepa qué hago aquí, capitán.

Francisco Millán sonrió. Miraba ahora la escena que se desarrollaba frente a ellos. El rabino había arrojado una piedra sobre el cuerpo y, tras él, todos los familiares, amigos y miembros distinguidos de la comunidad hebrea de Melilla se turnaban en fila para arrojar también, cada uno de ellos, su testimonio y despedida última.

—¿No es curioso el rito? No hay madera, y las piedras sepultan un cuerpo sin protección de los gusanos. —Señaló al grupo—. Prefiero nuestra costumbre. La tierra sobre la madera suena bien.

Manuel calló. Intuyó que aquella mención no era casual, pero se abstuvo de apostillar nada. Millán continuó:

—El caso es que, respondiéndole, yo estoy aquí porque Moisés Benhaim era un gran benefactor de nuestra comandancia. Sin duda gracias a sus generosas contribuciones, algunos necesitados en esta ciudad han podido prosperar. Creo que era justo ofrecerle este pequeño homenaje del cuerpo, ¿no cree, teniente? ¿Me responderá ahora a mi pregunta?

Manuel dudó unos instantes. Ya era tarde para rectificar. Se

encontraba expuesto, y sintió que no podía perderse en excusas inventadas ni en evasivas. Decidió contestar con firmeza:

—Ya que lo quiere saber, mi capitán, le diré por qué estoy aquí. Estoy aquí —lo miró fijamente a los ojos— porque hoy han muerto tres inocentes y porque creo que no se trata de un accidente. —Cogió aire —. Estoy aquí porque quiero averiguar qué está pasando en esta ciudad y porque sospecho que alguien ha hecho callar a ese pobre desgraciado. —Señaló con la barbilla hacia el grupo que continuaba el ritual funerario—. Estoy aquí porque creo firmemente que su muerte tiene que ver conmigo y con lo que ese hombre estaba a punto de revelarme.

Millán asintió, manteniendo la mirada fija en el cortejo, que al fin terminaba su ceremonia, callados ya los cánticos, roto el silencio ahora únicamente por las paletadas de tierra que caían sobre el cadáver cubierto de piedras.

—Creo que olvida que soy su superior, teniente… —esperó unos instantes para seguir—, pero sobre todo olvida que en esta ciudad no nos gusta que vengan de fuera para decirnos cómo tienen que hacerse las cosas.

—¿De fuera dice? —Sonrió con amargura Manuel—. Aquí usted es tan de fuera como yo, mi capitán.

—Se equivoca, teniente Altamira, se equivoca. Me da la impresión de que usted no sabe el terreno que pisa. Creo que necesitará usted un cambio de aires. Tanta ociosidad en la Plaza acaba por trastornar a cualquiera, y nadie desea que a un oficial tan competente se le acuse de malgastar su tiempo… o de participar en hechos execrables. —Apoyó la mano derecha en la culata de su pistola. Manuel se dio cuenta en ese momento de que, como era su costumbre, no iba armado. Mantuvo la calma.

—¿Qué insinúa, mi capitán?

—Yo no insinúo nada, teniente, pero se da la circunstancia de que hay personas que lo vieron entrar a última hora de la mañana de ayer en el establecimiento del pobre Benhaim —lo miró, y en sus ojos pudo ver el brillo del odio acompañando aquellas palabras—, y le aseguro que cuando me lo contaron no di crédito a las maledicencias que de manera poco discreta se comentaron sobre usted en la comandancia. Habladurías, sin duda.

Manuel resistió impávido aquella amenaza nada velada. El cortejo

fúnebre ya abandonaba el cementerio y, mientras traspasaban la puerta, alguno de sus componentes lanzaba de soslayo miradas acusadoras a ambos oficiales.

—Entendido, mi capitán. Me tomo muy en serio sus palabras. Parece que es inútil intentar explicarle la realidad de los hechos, ¿verdad? A usted no le importa.

—Al contrario, teniente, al contrario. A mí sólo me importa la realidad de los hechos, no las elucubraciones. Y por eso le espero mañana en la comandancia. Seguro que todo queda aclarado, y hasta es posible que consiga un nuevo destino para usted Ya sabe: nuevas responsabilidades, nuevos cometidos. No quiero que se aburra; usted ya me entiende.

Se dio la vuelta sin mediar más palabra y, dejando sin respuesta a Manuel, siguió con paso firme la cola de la comitiva, cuya visión ya se perdía poco a poco en la lejanía, recortada por un horizonte de mar, cielo y piedra.

El teniente Altamira se quedó pensativo. Trataba de reflexionar con rapidez, de apartar de su mente las negras premoniciones que tras aquellas palabras se agitaban en su interior. Así, mientras contemplaba cómo dos trabajadores completaban en la soledad del cementerio la tarea de dar sepultura a quien por su culpa había tenido un final tan atroz, tomó una decisión.

Entró en el cuartel de la alcazaba sin prestar apenas atención al saludo de la guardia que se refugiaba del calor en el pequeño local que controlaba el acceso a las instalaciones. De inmediato se dirigió hacia la oficina de las caballerizas y, una vez en su interior, buscó con la mirada al cabo López. No lo encontró. En su lugar, un joven soldado ordenaba los estantes con aire distraído.

—¿Arsenio? ¿Dónde está el cabo López, soldado? Tengo que hablar con él urgentemente.

El soldado, sorprendido por la inesperada irrupción del oficial, se cuadró. Manuel devolvió el saludo sin disimular su impaciencia.

—¿López? Vinieron a recogerlo hace unas dos horas, mi teniente. Nuevo destino. Lo mandan al frente. Creo que al campamento general, a Annual, o a Ben Tieb quizás, pero no lo tengo muy claro. Él tampoco estaba seguro. Solamente sé que partía de inmediato asignado a un

escuadrón del Alcántara —añadió tímidamente—. Yo seré su nuevo ayudante por ahora. ¿Desea alguna cosa?

Manuel no pudo reprimir un gesto de disgusto, pero consiguió mantener la compostura. Sentía en su interior que regresaba a él su controlada frialdad, que acudía de nuevo, acuciada por la necesidad, espoleada por la alarma que todo aquello le estaba generando.

—No, gracias, soldado —contestó—. Por ahora no. Aunque… —consiguió parecer natural, intentando quitar importancia a su pregunta— ¿dejó algo para mí el cabo? ¿Algún paquete? ¿Un sobre?

El soldado apenas dudó. Reflexionó un instante y contestó finalmente con determinación, negando con la cabeza:

—No, mi teniente. Apenas tuvimos tiempo para despedirnos. No me dio nada para usted. Lo siento.

Manuel se quedó pensativo durante unos segundos. Si habían llegado hasta allí, si se habían deshecho de su ayudante esa misma mañana, si no habían dudado en matar, la conclusión era clara: se encontraba en peligro. Y no sólo él. Como un relámpago que sacudió su mente, le invadió una certeza: Lola. Ella también. Tenía que avisarla. Cuanto antes. Se dio la vuelta y abrió la puerta con determinación para encaminarse hacia su pensión. Allí tenía su pistola, su reglamentaria Campo-Giro, el arma oficial del Ejército español que nunca había disparado y que nunca portaba consigo. Presintió, sin embargo, que esta vez la iba a necesitar. Antes de traspasar la puerta oyó cómo el asistente lo llamaba. Se giró, con la mano en el pomo de la puerta, impaciente.

—Ahora recuerdo, mi teniente. El cabo sí me comentó que le dijera que ya había hecho las dos copias que le pidió. Solamente eso. Que estuviera tranquilo.

Manuel observó al soldado con impaciencia. No pudo reprimir cierta ansiedad en su pregunta:

—¿Te dijo dónde estaban esas copias?

—No. De eso no me dijo nada. Pero esta mañana desde la Comandancia de Intendencia han recogido un sobre para ellos. Quizás estuvieran allí. Se llevaron también los libros con los estadillos del mes.

—Gracias, soldado. Eso es todo. —Y salió al abrasador calor de aquel

mediodía tórrido reflexionando sobre lo que acababa de escuchar, rumiando su mala suerte y calculando sus próximos pasos.

No quería correr, pero apuró su zancada mientras sus botas resonaban en la leve umbría de las callejuelas de Melilla la vieja encaminándolo hacia la pensión, donde esperaba armarse y afrontar después el destino que aquel día tuviera reservado para él. Y para Lola. Impediría otra muerte. Se sentía lúcido porque, al precipitarse todo, su mente se activaba y volvía a ser el policía que una vez fue, incluso cuando —entonces sí— hizo uso de su arma. También fue por una mujer, pero en aquella ocasión aquel incidente solamente le costó su carrera como inspector. El muerto no fue él, sino el agresor, aquel diputado. Ahora, sin embargo, él estaba directamente implicado, y no permitiría que nadie más muriera por su culpa. Lola no. Nunca.

No pudo ver de dónde había surgido aquella sombra, pero en unos segundos la tuvo encima. Sin tener tiempo a reaccionar, tras aquel recodo cercano ya a su destino, saltó sobre él. Sintió un agudo dolor en el estómago, un frío súbito, una mordedura helada de acero que traspasaba su cuerpo enviando un mensaje de muerte a su cerebro. Instintivamente se llevó las manos al vientre y notó cómo se humedecían al contacto con su sangre mientras la luz se apagaba a su alrededor y únicamente pudo ya escuchar, alejándose de su consciencia, los gritos angustiosos de su patrona pidiendo ayuda desde la ventana, unas pisadas apresuradas y luego, al fin, con el silencio, la oscuridad.

Una hora después, le sobrevino un destello fugaz de vida, una imagen borrosa en la que apenas pudo distinguir, antes de que todo se apagara definitivamente, como un espectro que se desvanecía, la silueta del capitán Millán mientras hablaba con los camilleros de la ambulancia militar y escuchaba cada vez de forma más débil su voz pretendidamente amable.

—No se preocupen. Déjenlo aquí mismo. —Y dirigiéndose a él—: Bienvenido al hospital Docker, teniente Altamira.

8

La loma

Igueriben/Annual, 17 de julio

«Annual, 17 de julio de 1921.

Mi queridísima Cristina:

Te escribo esta carta apresurada, de madrugada, con menos tiempo del que hubiera querido tener para contestar la tuya que leí ayer, al fin en mi tienda del campamento, ya regresado de Igueriben, donde he permanecido tantos días, aislado, sin correo, sin saber de ti.

Y te escribo con tanta prisa porque se está organizando para hoy mismo un convoy para aprovisionar aquella posición. El comandante ha seleccionado dos compañías de Ceriñola, entre otras fuerzas de protección, y la mía será una de ellas. Pero no te preocupes, que mando gente brava y se comportarán como buenos soldados. Algunos son muy jóvenes, eso sí, porque el general decidió hace poco licenciar a la quinta del 18 (una pena, porque ya eran veteranos, y eso hace falta), y han llegado nuevos reclutas algo bisoños, pero nada que tu querido Diego no pueda arreglar. Ya sabes que si me propongo algo, aunque me cueste empezarlo, termino por conseguirlo. Ya sabes también que sobre lo que te cuento en mis cartas debes ser discreta, pero en este caso te pediría que lo fueras aún más. Sé que siempre lo eres, pero no quiero que, por un descuido, en Burgos se hagan ideas equivocadas de la situación o se alarmen. Y, sobre todo, no quiero que te preocupes tú por cosas que te digan o escuches. Así que, si te preguntan, todo bien y ya está.

De todas formas, para que veas que no hay motivo de angustia, te cuento lo que ha venido ocurriendo hasta ahora y lo que vamos a acometer hoy.

El caso es que el mes de junio fue muy tranquilo y únicamente el día 16

tuvimos algún incidente que no te conté en mi última carta pero que ahora viene al caso. El problema es esa posición de Igueriben donde he estado los últimos días. Hay que aprovisionarla continuamente, y es que aunque desde Annual hasta allí hay solamente cuatro kilómetros, para llegar únicamente hay dos caminos. Para que lo puedas comprender, uno va por la derecha, desde aquí, y otro por la izquierda. El camino de la izquierda es mucho más largo y está cortado por barrancos que son muy difíciles de pasar, pero el de la derecha es mejor y hay una senda más transitable, sólo que este camino discurre a lo largo de la base de una loma —que aquí llamamos "loma de los árboles", porque en ella crecen de los pocos árboles que por esta zona puedas ver— que tiene forma de salchicha (no te rías) y que aquel día fue ocupada por algunos moros, y desde entonces abastecer Igueriben se ha vuelto algo más complicado. No mucho, pero no hay quien los saque de ahí (han hecho trincheras incluso), aunque, a decir verdad, no lo hemos intentado demasiado.

Por eso, el mando ha decidido que hoy vamos a desalojarlos definitivamente para que no sigan molestando los aprovisionamientos y además para que en el campamento general podamos beber con tranquilidad, porque nuestra "aguada" está a su alcance. No te preocupes, porque aunque dicen que tienen buena puntería, no aciertan ni una. Verás que va a ser cosa fácil, porque vamos mucha tropa y los regulares y la Policía indígena protegerán nuestros flancos, que ya te he explicado que son los dos lados de nuestro avance, así que nos escoltan desde arriba. Mi compañía irá por la senda, junto al convoy, así que no hay de qué preocuparse.

Cuando hoy regrese te escribiré de nuevo, y así mañana, cuando salga el correo, tendrás las dos cartas, ésta y aquélla en la que te contaré cómo ha luchado tu soldado favorito, historias que algún día relataré a nuestro hijo (o hija, que ya me dices que crees que será niña). A mí me da igual lo que sea, siempre que los dos estéis bien.

Tengo que dejar de escribir ahora, mi querida Cristina. Le daré la carta a Paco, que se queda en el campamento, para que la guarde y la entregue al correo por si no tuviera tiempo de volver a escribirte hoy como te he dicho que haría. Pero ya verás cómo sí. Ya veo cómo empieza a clarear, y tengo que animar a mis soldados.

No dejes de pensar en mí, como yo lo hago todos los días en ti, y en esa criatura que está por venir. Me muero de ganas de verte, mi queridísima Cristina.

Recibe mil besos de tu capitán, de tu esposo, Diego».

—¿Estás seguro de que no la quieres, Diego? —preguntó Paco mientras hacía ademán de abrir la funda de su pistola.

—Capitán García Paredes —le contestó el aludido entonando su empleo y nombre con burla—, es usted muy persistente y hasta diría que un tanto pesado. Mi Campo-Giro está bien, nunca me ha fallado, y además no me van las fantasías antirreglamentarias. —Le guiñó un ojo —. Quédate con tu Astra. Intercambiar armas antes de un combate trae mala suerte; lo sabes, ¿no?

—Lo sé —sonrió mientras volvía a sujetar el enganche para encerrar de nuevo su pistola.

—Además, no sé de dónde la has sacado. Si te viera el comandante, te arrestaría.

—Si me viera el comandante, la querría para él. —Ambos estallaron al unísono en una carcajada que desentonó en el ambiente más bien lúgubre que se percibía en la explanada de tierra, donde la 2ª Compañía del Primer Batallón del Regimiento Ceriñola esperaba formada las órdenes para la marcha.

El capitán Olarte se acercó a sus hombres seguido a cierta distancia de Francisco, quien era consciente de la importancia de que existiera comunión y respeto entre oficial y tropa, sin injerencias ajenas a la Compañía. Por ello se mantuvo aparte. Los sargentos al mando de cada una de las tres secciones ordenaron con voces cortantes y secas, con la mirada y con sus gestos las filas, que intentaban adoptar un aire marcial toscamente aprendido. Seguidamente el suboficial de la primera sección, el sargento Varela, se acercó a dar novedades a Diego, quien, tras recibirlas y ordenar firmes, se dispuso a hablar con aquellos hombres de aspecto tosco todos y asustado algunos. Sobre todo, los que de entre ellos habían llegado hacía solamente unos pocos días y buscaban con la mirada acobardada el amparo de los más veteranos que, con cierto aire de superioridad, pretendían dejar en evidencia la torpeza de los novatos.

Diego los observó atentamente. A varios ya los conocía, y sabía de su valor y abnegación, sobradamente demostrados desde que él se había hecho cargo de la compañía. Estaban los que habían compartido descubiertas, protecciones de aguada e incluso guardias en Igueriben: de José Manuel Varela, el sargento lucense de rostro afilado, nariz ganchuda y pocas pero

firmes palabras, valiente y sufrido, podía fiarse siempre; bajo su mando directo se encuadraban, entre otros, Darío Echegoyen, un gaditano descendiente de repobladores norteños, de tez morena y ojos azules, piel tostada por el sol de Andalucía, de tan alta estatura como cortas pretensiones en la milicia, de verbo fácil y rápido, rozando la insubordinación casi siempre, pero igualmente atento al mando cuando percibía los límites; también en la misma sección, Aníbal García, de Guadalajara, pastor en la Alcarria, fibroso y enjuto, nunca quejoso y dispuesto a cualquier sacrificio que se le pidiera. En la segunda sección, Remigio, el Remi, expresidiario de Toledo por delitos nunca confesados, pendenciero y colérico, y Santiago Ruiz de Campo, alavés que añoraba el duro y frío clima de su ciudad, sudando siempre bajo el inclemente sol del Rif. En la tercera, Andrés Regalt —insistía en que lo llamaran «Andrew»—, un ilerdense esquivo, y Jesús Rodríguez, un aragonés que, por lo que decían, había abandonado el seminario en Huesca por haber dejado preñada a una joven de la que siempre hablaba y de cuya existencia todos dudaban. Gente curtida que debía arropar a los más jóvenes. Soldados a los que las órdenes de la superioridad habían impedido demostrar de lo que eran capaces en un verdadero combate y que habían consentido que el fuego lo afrontaran los regulares y la Policía, aliviados y humillados por ello a un tiempo. A nadie le gusta jugarse el tipo, pensó Diego cuando recordaba las ocasiones en las que los moros a sueldo de España los miraban burlones mientras les decían entre risas «Tú paisa, tú español tranquilo, ya es moro para cuidarte», y aquello sacaba de quicio a sus hombres. Allí estaba toda España, todo un país que luchaba cuando se lo permitían y trataba de no morir si no era necesario hacerlo por una tierra en la que deambulaban tristemente, repletos de sueños inalcanzables.

El capitán Olarte esperó, como era su costumbre, a crear cierta expectación. Paco sonrió. Conocía a su amigo. Si por él fuera, pensó, los tendría a todos durante horas como público cautivo al que tratar de deslumbrar con arengas y un torrente de palabras entre lúcidas y paternales. Pero no era día para ello. La voz del oficial se escuchó clara en aquella mañana que ya despuntaba inclemente en su calidez abrasadora.

—¡Soldados! —comenzó—. A algunos de vosotros os conozco bien pese a que solamente llevemos poco más de un mes juntos. A otros, no tanto. A los que acudís al combate por vez primera, os pido que interioricéis que venís a servir. Es un sacrificio que España os pide. Ella os lo recompensará si lo acometéis con honradez y entrega. A los que ya tenéis experiencia, poco os puedo enseñar. Sed generosos con vuestros camaradas y ellos os responderán con su fidelidad. Tened en cuenta que lo que aprendan de vosotros nos puede salvar a todos si así se diera el caso. ¡Soldados! —continuó—. El mando nos ha encomendado una misión importante. Sabéis que allí a lo lejos —se

giró y señaló en dirección de Igueriben, cuyo promontorio se podía divisar con los primeros rayos del sol— nuestros camaradas necesitan munición, comida y agua. Están allí para protegernos, y nos toca ahora a nosotros protegerlos a ellos. Pero para llegar tenemos que desalojar a esos moros que se han instalado en aquella loma. —Indicó con un ademán las ondulaciones que quedaban a su espalda—. Así que ya sabemos lo que tenemos que hacer. Echadle valor y pronto estaremos de vuelta. Que cada uno cumpla con su deber. Sé que lo haréis. Y por ello… ¡Soldados! ¡Gritad conmigo! ¡¡Viva España!! —La respuesta coral de toda la compañía resonó en la temprana calidez de aquella madrugada de julio como si del patio de armas de un acuartelamiento peninsular se tratara.

Una vez pronunciadas estas palabras, Diego Olarte se dirigió al sargento.

—A discreción, que comprueben sus fusiles y que se fumen un cigarrillo. En cinco minutos bajamos.

—¡A la orden, mi capitán! —contestó enérgico el sargento Varela, mientras Diego se apartaba discretamente para permitir a sus hombres unos breves momentos en los que cada uno pudiera preparar y revisar sus máuseres, hacer acopio de valor, rezar o simplemente apurar la fugaz satisfacción del tabaco para aliviar las tensiones.

Llegaron en correcta formación, a la hora concertada para la reunión de las tropas. La hondonada que servía de punto de conexión entre las tres colinas del campamento general se veía repleta de hombres y bestias y junto a la salida se ordenaba ya el convoy, preparado para iniciar la marcha. Sesenta y siete mulos acarreaban diez cubas de agua, doce cargas de víveres, cuarenta y una cajas de municiones para la artillería de la posición que contenían más de trescientas granadas de metralla, treinta y seis rompedoras y ciento setenta y seis ordinarias y, para la tropa, diez cajas de cartuchos para los máuseres. Protegía aquel abastecimiento imprescindible un conglomerado de unidades: el II Tabor de Regulares, dos compañías del I y los escuadrones 1º y 3º, todos bajo el mando del comandante Francisco Romero, dirigidos en primera línea por el capitán Cebollino von Lindeman. Como apoyo a esta fuerza destinada a librar los combates más duros en los flancos formaban también tres compañías del Regimiento África, dos de Ceriñola —entre las que se encontraba la comandada por Diego Olarte, que ya ocupaba su lugar en la vanguardia del convoy—, una compañía de ametralladoras y la 5ª

batería de montaña, a las órdenes del coronel Marina. Dos compañías más del I Tabor de Regulares cubrirían la retaguardia. Integrados entre todos ellos, protegiendo la munición destinada a los cañones de Igueriben, un pelotón de diecisiete artilleros al mando del teniente Nougués Barrera.

Eran las ocho de la mañana del 17 de julio de 1921 y el convoy, establecido ya el orden de marcha, comenzaba a salir de Annual con el decidido propósito de desalojar al enemigo de la loma de los árboles, mostrar la superioridad militar europea y llevar soporte y auxilio a los hombres de Igueriben. A lo lejos, hacia el sudoeste, aún humeaban los restos de las hogueras que durante la noche habían llamado a la lucha al harka, desde la cumbre del Amesauro.

Durante los veinte primeros minutos todo parecía estar en calma. Las mulas avanzaban perezosamente, agobiadas con su carga mientras los acemileros las azuzaban levemente mirando de reojo hacia las laderas que ya empezaban a formar una escarpadura que encajonaba progresivamente la senda. Únicamente unos disparos aislados y todavía lejanos que comenzaban a escucharse ocasionalmente recordaban la situación de tensa espera bélica que afrontaba el convoy. Las tropas mantenían el orden de marcha previsto, los regulares comenzaban a subir desplegados en guerrilla por las estribaciones de la loma de los árboles, por la derecha y por la colina ubicada a la izquierda del camino. La vanguardia de la columna quedaba protegida por la segunda compañía de Ceriñola, distribuidas sus secciones en dos hileras cubriendo a los animales y su preciada carga. Diego observaba, reconfortado, los pequeños puntos de figuras color garbanzo que aparecían y desaparecían entre peñascos y rocas, agazapados, corriendo a trechos, volviendo a cubrirse tras unos metros cuando, cada vez con más frecuencia, percutían los disparos sobre ellos, para levantarse seguidamente y continuar la progresión desde los flancos. Sintió cierta envidia de la profesionalidad que aquellos hombres demostraban, bien dirigidos, y una vez más lamentó que las directrices impuestas no permitieran a sus soldados acreditar igualmente su valía. Pero, mientras tanto, ellos avanzaban bajo aquella seguridad. No era el momento de discutir planteamientos políticos.

Diego percibió el disparo como un zumbido surcando el aire por encima de su hombro, hasta terminar su trayectoria en un chasquido que atravesó la madera de una de las artolas de transporte, para morder con furia la carne del animal. El soldado que sujetaba el arnés lo soltó, aterrado, cuando el mulo coceó al aire y emitió un sonido agónico, gutural, antes de desplomarse sobre el polvo, lo que hizo que se rompiera en pedazos el

contenido de una de las cajas de munición de fusil, que quedó desparramada por el suelo de una tierra que se tiñó de rojo al instante. Como si se tratara de una señal, desde la loma de los árboles comenzó a vislumbrarse un conjunto de pequeños fogonazos acompañados de un estruendo irregular, pero que para oídos expertos identificaba inmediatamente el característico y seco estampido del fiable Lebel francés adquirido a militares galos y contrabandistas y que surtían de equipamiento mayormente en el harka de Beni Urriaguel y Tensaman. Inmediatamente llegaron los impactos de centenares de disparos que llovieron sobre el convoy. Aterrados, los soldados de la escolta se tiraron al suelo sin devolver el fuego al tiempo que Diego, intentando localizar el origen del paqueo y sin perder un segundo, desenfundó su pistola, quitó el seguro, echó hacia atrás el cierre para alojar un cartucho en la recámara y comenzó a gritar las órdenes mientras a su alrededor otros animales caían emitiendo sonidos de agonía que destrozaban los tímpanos y producían un efecto demoledor en la moral de sus hombres. En la loma, los regulares habían frenado su avance, agazapados entre los arbustos y algunos pequeños troncos de árboles que ofrecían escasa protección, enfrentando los disparos que provenían de unas trincheras excavadas por los rifeños en aquella dura piel de tierra y piedra, camuflados éstos tras pantallas de hierba seca, ocultos hasta entonces a la vista de la tropa. Desde el camino, y al tiempo que el capitán Olarte trataba de mover a sus hombres, Diego pudo ver cómo, en aquellas laderas y tras la primera sorpresa, un oficial que a él le pareció el capitán Cebollino Von Lindeman, en pie, demostrando un valor casi suicida y, pistola en mano, desafiando al fuego que caía inclemente sobre sus soldados, se volvía hacia ellos gritando sus órdenes y acompañándolas con ademanes y gestos de avance. Los regulares, espoleados por el ejemplo de su oficial, se dispusieron a saltar de refugio en refugio disparando por secciones, apoyándose una a la otra y avanzando con lentitud tratando de rebasar los parapetos desde los que se castigaba con saña y puntería al convoy. Aquel impulso proporcionó abajo, en el camino, un leve respiro, y, aprovechándolo, Diego se acercó a la posición del sargento Varela, que intentaba dirigir el incipiente fuego de respuesta de algunos de los soldados de su sección, con poca fortuna, como pudo comprobar en rápida observación.

—¡Varela! —gritó el capitán para hacerse oír entre la confusión—. ¡Tu sección, aquí, con Echegoyen y García entre los novatos! —Señaló a los dos veteranos—. ¡Que dirijan el tiro y los tranquilicen! Yo voy a buscar a la segunda y la tercera mientras me cubrís. A ver si entre todos podemos hacer que esta fila se reordene y los animales continúen. Tenemos que avanzar, o nos van a masacrar aquí mismo.

—¡A la orden, mi capitán! —contestó el suboficial mientras, casi sin terminar de decirlo, ya buscaba a los designados.

Diego esperó a que, comandados por Varela, los soldados de la primera sección empezaran la cobertura y corrió hacia el lado izquierdo de la pista protegiéndose entre los mulos que se removían peligrosamente, coceando al aire, aterrados por los estampidos. Allí permanecían, cuerpo a tierra, las otras dos secciones de la compañía, sin contestar apenas al fuego, atenazados por el nerviosismo, quizás por el miedo, mientras a su alrededor el polvo y las piedras saltaban con el impacto de los proyectiles disparados desde la loma. Se acercó a Remi, que pugnaba por desatascar el cerrojo de su máuser para sacar la vaina de un cartucho encasquillado mientras profería las blasfemias que cabía esperar en tal situación. El expresidiario levantó la vista cuando sintió junto a él al oficial.

—¡Mi capitán! ¡Me cago en la hostia! ¡Puto máuser!

—No blasfemes, Remi. Te necesito ahora. Sereno. Hay que salir de aquí y avanzar. Nos cubren ahora la primera y la cuarta sección. —Señaló al otro lado de la senda, donde sus hombres, ya reorganizados, contestaban de manera más efectiva a la granizada de plomo que estaban recibiendo. Por ahora no había bajas, y los disparos se efectuaban con cierta cadencia, cada vez más regular.

—¿Y qué quiere que haga, mi capitán? ¡Mire a estos imbéciles! ¡Están muertos de miedo! —Y descargó su furia con un manotazo sobre la cabeza de uno de los nuevos reclutas, que permanecía agazapado hecho un ovillo. El bonete de éste salió despedido y Diego pudo ver por un instante lágrimas en sus ojos. De puro terror.

—Para empezar, esta sección se va a levantar mientras la tercera nos cubre. —Y gritó en dirección hacia donde permanecían el resto de sus soldados—: ¡Jesús, Andrés! ¡Rodilla en tierra y fuego de cobertura contra la loma! ¡Ya!

Los reclutas siguieron el ejemplo de los veteranos, y mientras Olarte pugnaba por reorganizar a su compañía protegiendo la columna, apareció tras él, de repente, a caballo, poderoso e imponente, el teniente Nougués Barrera encabezando a sus artilleros para que empujaran, ayudando al ganado a seguir progresando. Ya habían muerto al menos media docena de mulos, blanco predilecto de los rifeños, decididos a impedir a toda costa que los socorros llegaran a Igueriben.

—¡Adelante! ¡Adelante! —les gritó—. ¡Moved esas cargas! ¡Hay que seguir!

Estimulados por las voces de mando y la audacia del oficial, los acemileros comenzaron a tirar de las riendas de un ganado aterrorizado, mientras arreciaban los disparos. Un artillero cayó desplomado por un impacto directo, otro mulo fue herido y, soltándose de las riendas de su guía, comenzó una cabalgada en solitario intentando huir de aquel infierno, arrastrando consigo una carga que se bamboleaba descontrolada sobre su lomo, hasta que su carrera fue frenada en seco por otro disparo que dio con el animal en el suelo.

Diego observó que Jesús Rodríguez y Andreu Regalt, de la 3ª, ya disparaban rodilla en tierra, imitados por sus compañeros, animados por su serenidad. La disciplina, al igual que el pánico, también puede ser contagiosa, pensó Diego. Pronto, las dos secciones que ofrecían su cobertura con descargas cerradas posibilitaron que el capitán Olarte se irguiera y, pistola en mano, distribuyera a sus hombres en ayuda de los artilleros que trataban de impulsar el convoy. Entre tanto, sobre la loma, la lucha se recrudecía. Amparados en los refugios excavados durante los días previos, los rifeños sometían a un duro desgaste a los regulares. Desde el fondo del barranco, Diego podía ver perfectamente cómo caían los hombres comandados por Cebollino von Lindeman, clavados en sus posiciones, allí donde los había fijado el fuego enemigo.

Poco a poco, el Convoy reiniciaba su marcha, y, conforme rebasaba las posiciones de cobertura de las secciones 1ª y 3ª, el capitán Olarte ordenó a la 2ª y 4ª que los sustituyeran. Con rapidez, liderados por Jesús Rodríguez y Andreu Regalt, la 3ª se incorporó y a la carrera ayudaron a empujar el ganado propinando golpes a las pobres bestias, que, ciegas en su terror, no tenían otra opción que la de proseguir su camino. Al alcanzar su nueva posición de cobertura, el soldado Santiago Ruiz de Campo sintió un chasquido en su interior, como de madera quebrada por un tajo certero, seguido de un dolor insoportable. Se llevó la mano al hombro y, al verla empapada de sangre, palideció.

—¡Ay madre! ¡Que me han dado! ¡Me han dado! —Y cayó desplomado, soltando su fusil.

Diego se acercó y gritó al sargento Varela, que ahora intentaba azuzar él también a los mulos:

—¡Varela! ¡Busca a Echegoyen! Que lleve al chaval a retaguardia de la columna y regrese. Es fuerte; podrá con él. ¡Vamos! ¡Vamos!

Pronto, el anteriormente pausado caminar del convoy se convirtió en una

cabalgada cada vez más acelerada, que vestía de audacia lo que no parecía otra cosa que una huida desordenada hacia delante. Al frente de la columna, el teniente Nougués Barrera seguía animando a sus artilleros, algunos de los cuales, celosos guardianes del alimento de sus cañones, se turnaban para acarrear ellos mismos las cajas de munición que se habían desprendido de los mulos mientras miraban impotentes cómo parte de las cubas de agua perdían el preciado líquido, acribilladas a balazos. Por eso no resultó sorprendente que en esas condiciones un disparo proveniente de una trinchera excavada justo al nivel del camino —y que bloqueaba parcialmente el acceso a las primeras estribaciones de Igueriben— alcanzara la montura del oficial. Muerto el caballo en el acto, Nougués se irguió pronto con dignidad y, recogiendo del suelo su pistola, tiznada su frente con una viscosa mezcla de tierra que ya era barro con su sangre, continuó liderando a su gente, desafiante. Habría muerto sin duda de no haber sido porque en ese momento, obedeciendo oportunas órdenes del comandante Romero, las dos Hotchkiss se habían desplegado al fin y, situadas en posición y teniendo en enfilada el obstáculo, despacharon toda la ira y el fuego que aquellas máquinas podían presentar en batalla. Silenciaron pronto la trinchera con su tableteo infernal, pero igualmente, de manera excesivamente temprana, ambas ametralladoras se encasquillaron una tras otra. Diego, que lo había observado todo, maldijo para sus adentros. Siempre ocurría lo mismo. Demasiados años en funcionamiento, demasiado esfuerzo exigido. Sin embargo, aquellos disparos habían sido providenciales. Obcecados en la lucha por la loma, los regulares al menos mantenían a raya a los rifeños, apoyados desde la colina izquierda por una compañía del primer Tabor allí desplegada bajo el mando del capitán Duque, aragonés amigo de Olarte desde que coincidieran en su primer destino precisamente en Zaragoza, y el camino parecía libre. El harka respondía, no obstante, al fuego con disciplina militar, sin desfallecer. A la europea, pensó Diego. Era el momento. Se trataba de un último esfuerzo. Si alcanzaban las estribaciones del empinado promontorio donde se asentaba la posición, podrían llegar a conseguirlo. El calor ya resultaba sofocante a aquella hora y, sin embargo, la cercanía del destino final de la operación permitía olvidar momentáneamente el aplastamiento con el que el sol de África castigaba a hombres y bestias. Así, animado por el ejemplo del oficial de artillería, Olarte gritó a sus soldados:

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Seguid avanzando! ¡Ya falta poco! ¡Primera y cuarta sección! ¡Fuego de cobertura de nuevo contra la loma!

Entonces fue alcanzado uno de los reclutas. El disparo hirió su vientre y la palidez de la muerte se adueñó de su rostro mientras flexionaba lentamente las rodillas hasta caer suavemente sobre la tierra, en la que, a su alrededor, se levantaban pequeñas nubes de polvo ocre

conforme impactaban en el camino las balas rifeñas.

Ante aquella visión, varios soldados de la compañía que aún mostraban las carencias de una insuficiente instrucción arrojaron sus fusiles al suelo y comenzaron a correr despavoridos hacia la retaguardia. Diego apuntó su pistola, amenazador, intentando impedir la deserción, pero dudó unos instantes antes de disparar contra sus propios hombres. En el fondo no podía hacerlo. Abdicaba de su condición de oficial en aquella cuestión. Les dejó correr, sus manos desprovistas de armas, chocando contra los acemileros que seguían empujando a las aterrorizadas mulas, huyendo del negro abismo al que el destino los había enviado, arrancados demasiado pronto de sus hogares y en muchas ocasiones de los brazos de una madre que no ocultaba sus lágrimas y que, al fin, estaba siempre en boca de todos en el momento en el que llegara abruptamente el fin de sus días. Diego los vio caer de repente, uno tras otro, abatidos como conejos. Observó cómo algunos camilleros los recogían y trataban de subir a unas artolas para desplazarlos al campamento y suspiró. Al menos no tendría que lamentar su muerte. Por ahora no, y nunca en su conciencia.

Un estruendo que retumbó por sorpresa apagó todo el crepitar de la fusilería y provocó exclamaciones de júbilo entre los hombres del atormentado convoy. Por fin desde Annual resonaban los reconfortantes estampidos de los Saint Chamond, dejando sentir su poder sobre la loma de los árboles, levantando con sus impactos surtidores de tierra que parecían sepultar por unos instantes los refugios desde los que los soldados eran acosados. También desde Igueriben, contemplada con ansia la lenta evolución de su socorro, apoyaron con su artillería el esfuerzo de las tropas que, en un nuevo impulso y animada por aquella demostración, acometieron con brío los últimos tramos del penoso viaje. Con ellos, sostenidos por los disparos efectuados por los hombres del capitán Duque desde la colina de la izquierda, aparentemente consolidada ya la posición de los regulares en ella, parte de los del capitán Cebollino von Lindeman avanzaron por la cresta de la loma sorteando desde allí el fuego que, pese a todo, aún mantenía vivo el harka. El resto de la tropa, pese a encontrarse fijada en el terreno, protegía, sin embargo, la progresión de sus compañeros en pos de alcanzar al fin la posición asediada, acercándose ya, superado aquel obstáculo, a la empinada elevación desde la que aguardaban expectantes los sitiados.

Aprovechando esta circunstancia, tanto Diego Olarte como el resto de los oficiales al mando de las compañías de infantería de Ceriñola y África avivaron el paso acometiendo a la carrera la subida del peñasco donde se alzaba, desafiante y a un tiempo desvalida en su soledad, la

posición de Igueriben. El calor hacía desfallecer a los hombres en su ascensión, mientras ocasionalmente paraban, se giraban, apuntaban y respondían a los disparos para luego seguir escalando entre piedras y matojos de hierba seca y arbustos requemados, hasta llegar al fin a las alambradas. Los mulos, azuzados con saña por los acemileros, tropezaban, caían abatidos, trotaban con denuedo por las rampas desde las cuales el teniente Nougués Barrera animaba a su gente acarreando él mismo parte de las cajas que, junto con algunas monturas, habían rodado por la pendiente, heridas de muerte éstas ante los disparos que, desde los barrancos que cubrían la entrada ya visible de la reducida fortificación, se dirigían certeros hacia ellas. Diego gritaba en el caos, imposible ya de mantener un cierto orden en la cadencia de fuego, tratando desesperadamente de coronar la cumbre batida en todos sus frentes, y desde la que se apoyaba el avance con descargas centradas en el origen de aquella tormenta de plomo que arreciaba conforme las mulas iban entrando en la posición. Miró hacia atrás antes de acceder a través del recodo abierto en el parapeto defensivo, rebasadas ya las alambradas situadas a escasos metros del muro, empapado de sudor, agotado, y comprobó que, tras él, únicamente tres de sus hombres habían conseguido alcanzar el recinto y se encontraban ya a salvo junto a la guarnición de Igueriben. Con ellos, restos de las otras compañías de infantería europea, los artilleros de Nogués y unas decenas de regulares, con Cebollino von Lindeman al frente, recibidos todos ellos con gritos de júbilo. A lo largo de la pendiente, en un reguero siniestro, yacían animales muertos y agonizantes que, perdida ya su carga, formaban allí donde habían caído un macabro sendero.

Agotado, jadeante y sofocado, Diego Olarte se dejó caer junto a un pequeño murete de piedra ya dentro de la posición. Junto a él, con el rostro demudado y sucio, el soldado Andreu Regalt permanecía sentado, el fusil entre las piernas, la cabeza baja, tratando de recuperar el aliento, convulsionándose su cuerpo mientras pugnaba por buscar el aire que le faltaba. Miró a su alrededor. Igueriben era un espacio reducido, un recinto en forma de pentágono irregular con una sola entrada en recodo orientada hacia el este, protegida por un parapeto que encerraba diez tiendas cónicas separadas de aquél por no más de nueve metros de distancia, lo cual convertía la posición en un lugar incómodo y con poca superficie de maniobra en su interior. Adosadas a uno de sus muros, pequeñas casetas de mampostería hacían las veces de cocinas y cuadras diminutas. Cuatro piezas de artillería se veían ubicadas en el lado oeste apuntando hacia la nada, y, rodeando toda la fortificación, una doble línea de alambradas a una imprudentemente corta distancia del muro. A Diego todo le resultaba

familiar allí excepto la percepción de alarma y miedo que ahora sentía mientras seguía con su mirada el conjunto de rostros desencajados de los soldados, agotados, sudorosos, los labios blancos por la sequedad, aplastados por el esfuerzo y el calor. Tras concederse unos minutos para recuperar mínimamente el aliento, se levantó y se dirigió hacia el pequeño grupo de oficiales que, junto con el comandante Benítez, jefe de la posición, discutían vivamente a la entrada de la tienda de éste, batida ocasionalmente por el fuego enemigo. Allí se recapitulaba sobre la situación. Benítez intentaba convencer al jefe de los Regulares, el capitán Cebollino von Lindeman, de que permaneciera en la posición con los hombres que había liderado, pero éste insistía en que su misión había consistido en proteger al convoy y que era obligado que tratara de regresar al campamento general aprovechando que el resto de sus tropas mantenían aún sus posiciones sobre la loma de los árboles conteniendo a los rifeños. Nougués asentía y Diego permanecía en silencio, sin mover un músculo, preocupado.

—Las mulas deberían quedarse, mi comandante —argumentó—, porque ahora todo va a ser cuestión de rapidez, y entorpecerían la maniobra.

—¿Y qué quiere que hagamos con ellas, capitán? —protestó airado el jefe de la posición—. Aquí no hay sitio ni para guardarlas ni para alimentarlas. Y ya ve en qué estado nos encontramos. Apenas ha llegado alguna cuba sin acribillar, y aunque agradezco el esfuerzo de sus hombres, vendrían bien algunos refuerzos.

—Lo siento, mi comandante, pero tengo mis propias órdenes y debemos regresar —contestó, imperturbable, Cebollino.

Benítez pareció reflexionar. Tenía el aspecto de un bondadoso maestro de escuela, con sus gafas apoyadas en una nariz sobre la que resbalaban por el sudor. Pese a ello, y tal y como ya había demostrado en el combate de Sidi Dris el uno de junio, era un jefe arrojado y valiente, adorado por sus hombres y con un concepto extremo del cumplimiento de su deber. Se alisó con una mano el pelo y suspiró.

—Conforme. Si ésas son sus órdenes, nada tengo que objetar —concluyó ante el asentimiento del resto de la oficialidad—. Pero si tiene que salir, hágalo ya —señaló hacia el exterior—, porque esto se va a convertir en una ratonera esta misma tarde.

Como corroborando aquellas palabras, en ese momento una descarga de fusilería se abatió sobre la fortificación e hirió a un par de soldados y obligó a los mandos a agacharse. Las tiendas estaban batidas ya por

el fuego enemigo y no había tiempo que perder. Cebollino von Lindeman dispuso a sus regulares junto a la entrada mientras que Diego intentaba buscar a sus hombres por el recinto, pegado a la parte interior del parapeto para evitar ser un blanco fácil, distinguido claramente su empleo por la gorra de plato que hacía de él una presa codiciada por los tiradores enemigos. Los halló junto a los cañones, agazapados. Allí estaban Regalt, Remigio y un soldado de la nueva quinta cuyo nombre desconocía.

—De ésta no salimos, mi capitán —apuntó el catalán con palabras apenas inteligibles debido a la sequedad que atenazaba su garganta.

—Claro que salimos, Andreu. —Le palmeó el hombro familiarmente—. Y ahora mismo, además. Seguidme. Volvemos al campamento.

Los tres soldados mostraron una expresión de esperanza y al mismo tiempo de temor ante la perspectiva de un camino de retorno que imaginaban incierto y peligroso, pero aferraron inmediatamente sus máuseres y en cuclillas se encaminaron a paso rápido tras su oficial en busca de la puerta de acceso. Cuando llegaron, Cebollino y sus hombres ya habían salido. A la carrera, perseguidos y concentrado sobre ellos todo el fuego de los rifeños desde los barrancos que batían la posición. Eran tales la potencia y la densidad de los disparos que Diego y sus hombres tuvieron que agazaparse mientras veían caer a los regulares que escapaban a la carrera, descendiendo de la cumbre en dirección al camino, en busca de la protección de sus compañeros.

—Imposible salir ya, Olarte. —Escuchó a sus espaldas la voz de Nougués, agachado como él, viendo el triste espectáculo y asumiendo ya con ello que habrían de permanecer allí, junto con la guarnición. Estaban definitivamente aislados en la posición. Sitiados. Sin posibilidad de escapatoria.

Cae la noche sobre Igueriben. El comandante Benítez, ante la escasez de espacio, ha ordenado que los cuarenta mulos supervivientes del Convoy permanezcan entre las alambradas y el parapeto. Allí están cuando comienza el ataque. Las balas rifeñas apuntan a los animales, que caen aterrorizados, heridos, coceando salvajemente, destrozando con ellos parte de las alambradas sobre las que se desploman con bramidos que incrementan la angustia de los defensores. Como sombras espectrales, los componentes del harka suben por todos los lados de la elevación y ya surgen arrojándose sobre las púas profiriendo invocaciones a la Yihad, disparando, recargando y volviendo a disparar. Desde dentro vuelan en su

dirección las bombas de mano, que estallan en fogonazos que permiten entrever figuras que caen, rostros iracundos que contestan con rabia, y se escuchan las ráfagas de las ametralladoras que hieren la oscuridad con la fugaz luminosidad de las balas trazadoras. La artillería, en la que colabora con su valentía Nougués, dispara con la espoleta a cero. Algunos rifeños alcanzan ya el parapeto, y allí son rechazados a bayonetazos mientras se escuchan los gritos de ánimo de Benítez a sus soldados, a sus «hijos», como los llama. No hay piedad ni cuartel, y desde todos los puntos de la pequeña muralla de piedras los soldados se defienden, agrupados los de Ceriñola bajo el mando de Diego, que trata de dirigir el fuego y vacía su cargador contra las sombras que acometen el asalto. Pero al fin, tras dos horas de angustia y furia, el ataque se rechaza y los fantasmas se retiran colina abajo. En venganza por su intento fallido, el harka dispara ya desde la lejanía de las colinas que rodean el enclave sobre los mulos restantes, que se espantan y desploman hasta no quedar ninguno vivo, porque durante la noche y para dejar de escuchar sus bramidos agonizantes, los españoles los rematan. Pronto, con el calor asfixiante del próximo mediodía, sus cuerpos se hincharán y estallarán en una bomba de excrementos y putrefacción que, junto con la escasez angustiosa de agua, harán insoportable la vida —o lo que queda de ella— en Igueriben.

Agotados, pasada ya la noche en vela, Diego, sus hombres y toda la guarnición asisten al alumbramiento de un nuevo día sobre aquel peñasco enclavado en medio de la nada. La tenue luz del amanecer permite observar las figuras que se mueven deprisa desde las elevaciones próximas a la posición, y en su abatimiento el capitán Olarte sabe desde ese mismo instante que no podrá volver a escribir a su esposa. Ni a nadie. Y es consciente de que en adelante, en los días venideros, serán el hambre, la sed y la muerte sus compañeros más próximos y, quizás y pese a todo, aún la vida. Si Dios quiere. Insha’Alláh.

9

Un alto protector

Melilla, 18 de julio

La luminosidad de la mañana en sus primeras horas; la luz cegadora; la sensación de una leve brisa aún templada y que pronto se convertirá en un asfixiante soplo; la calidez de unos rayos de sol que por unos instantes le hicieron cerrar los ojos y respirar profundamente el aire que, mezclado con el salitre de un mar encrespado por el viento de levante, le hizo sentirse resucitado: todo en su conjunto inspiró en su interior un deseo de vivir. El que durante más de un mes creyó que no volvería a impulsarlo. Todo aquello fue percibido en aquellos momentos y retenido con avaricia por su cerebro y por su corazón. Por eso Manuel Altamira se detuvo durante unos segundos, cerrados sus ojos y disfrutando de aquel instante, al borde de la escalinata que daba a la calle y cerrada ya tras él la puerta del novísimo hospital de la Cruz Roja. Éste estaba situado en un edificio cuyo destino original iba a ser el de una escuela y que, afortunadamente, para el teniente y para otros pacientes, había abierto recientemente sus puertas, atendido por personal civil y religioso especialmente adscrito, lejos del alcance de una administración militar que, ahora ya estaba seguro, contaminaba todo lo que tocaba en aquella Plaza.

Junto al alta médica había recibido una comunicación de la Comandancia de Intendencia trasladándole las órdenes de reincorporación a su puesto de inmediato, así como su nuevo destino, ahora de regreso a aquellas dependencias que conoció en su primer día de estancia en Melilla, lo que revocaba su anterior ubicación en el cuartel de la alcazaba. Llevaba al menos dos semanas consciente. Dos semanas reflexionando sobre todo lo que le había ocurrido y sobre su situación en general. Mientras era atendido por enfermeras de la propia Cruz Roja y por amables monjitas que le mostraban siempre una sonrisa ante su cada vez más evidente mejoría, intentaba rememorar lo sucedido desde que todo se oscureció para él en aquel

estrecho callejón en el que sintió a traición el helado hálito de la muerte. Recordaba, a duras penas, imágenes confusas, entremezcladas con agudos dolores, que le asaltaban en sus breves intervalos de consciencia, mientras llegaban a él rostros inclinados sobre su cuerpo, miradas entre inquisitivas y angustiosas, también frías y amenazadoras, como aquella que aún permanecía grabada en su interior, dirigida por el capitán Millán García cuando traspasaba la puerta del hospital Docker antes de desvanecerse en un sueño del que finalmente había despertado milagrosamente. Tenía nítido en su memoria, sin embargo y por contraste, el recuerdo de una mañana luminosa en la que, al fin, abrió definitivamente los ojos y encontró ante él un ventanal amplio por el que la luz entraba a raudales mientras una enfermera le cambiaba el vendaje que, sucio de sangre seca, le oprimía el vientre, allí donde aquella bayoneta había hecho carne y casi le había robado la vida. Despertó en una estancia que no se correspondía con el oscuro barracón donde él había sido ingresado. Aquel lugar en el que los heridos y enfermos entraban para no salir curados ni física ni espiritualmente. Las sonrisas y los cuidados que recibió en el hospital de la Cruz Roja permanecían en su interior como un reflejo del Paraíso, del cual salía ahora, alejado en su momento del Infierno al que sin quererlo había sido condenado. Durante aquellos días en los que se debatió entre la vida y la muerte, no alcanzó a saber cuál fue la razón o la causa de aquel traslado que sin duda había salvado su vida, aunque había llegado a imaginar quién podía haber estado detrás de aquello. Por hacerlo, quien fuera se estaba jugando la vida, aunque sin duda el haberlo podido conseguir denotaba una protección que al parecer impedía a sus enemigos terminar el trabajo que quedó inconcluso en la calle de San Antón. Porque, de haber permanecido en las insalubres instalaciones del Docker, tan cerca de la comandancia a la que pronto tendría, por otro lado, que volver, tan próximo a aquel capitán que al fin ya sabía de su misión y de su amenaza, ahora no sería nada más que un despojo de carne muerta, sepultado sin acompañamiento ni plegaria alguna en una olvidada tumba sin nombre.

Y, pese a todo, allí estaba. Activo otra vez, lleno de vida, decidido a terminar su trabajo, animado y prevenido pero no acobardado. Diríase que más sabio aún, pero obstinado y terco, como siempre. También lleno de una ira que, en lugar de exteriorizarse, se había acumulado en su interior. Ira contra el entramado de corrupción y delincuencia que infestaba aquel miembro podrido del Arma de Intendencia en Melilla. Pero también enfado contra sí mismo por su falta de prudencia, por su ingenuidad sorprendente y su descuido. En adelante no actuaría tan a la ligera. Sabía ya que su desaparición era en sí

misma un objetivo prioritario para aquéllos a los que desde ese momento perseguiría con saña hasta ser desenmascarados. Pero entre tanto adoptaría las más elementales medidas de precaución. No volverían a cazarlo de esa manera. A él no, y nunca más.

Mientras avanzaba por las calles del centro reflexionando sobre todo ello, apenas pudo percibir que algo había cambiado en el ambiente despreocupado de la ciudad. Había cerrado en su momento los ojos en unos días donde la inconsciente y alegre frivolidad que se respiraba en Melilla se había transformado ahora, ya vuelto a la vida, en un pesado manto de inquietud y nerviosismo, manto que se extendía sobre los numerosos corrillos de gente que espontáneamente se agolpaba alrededor de los vendedores de prensa mientras estos voceaban la salida de la última edición de El telegrama del Rif. En éste se informaba sobre escaramuzas y ataques en la jornada previa, siempre resueltos «con gallardía y efectividad», según el cronista. Pero incluso para los lectores menos avezados, el cambio en la frecuencia de los incidentes y el cada vez mayor espacio que ocupaban, precisamente, en los periódicos resultaban pruebas suficientes para deducir que algo inusual estaba empezando a ocurrir en el frente. Aquel día la letra impresa hablaba de un exitoso convoy de aprovisionamiento a una posición denominada «Igueriben» que, según el reportero, había obtenido «refuerzos y suministros para continuar valientemente su labor de centinela en los abruptos escarpes de las montañas donde proseguía triunfante el avance español». Para tranquilizar aún más a sus lectores, daba noticia de que el comandante general permanecía en la Plaza, lo cual era sin duda señal de que nada grave estaba ocurriendo. Un mando de prestigio y victorioso como Silvestre no habría permanecido allí si la situación no hubiera sido de absoluta normalidad.

Ajeno a estas circunstancias, el teniente Altamira se encaminó a la pensión. En su cerebro se agolpaban ahora las preguntas que, aún sin respuesta, le venían inquietando desde hacía días, días en los que, inmovilizado en su cama del hospital, aún convaleciente, tales cuestiones no le permitían descansar. ¿Conocerían en el ministerio su situación? ¿Se alarmarían ante su falta de noticias? ¿Cómo afrontaría su relación con el capitán Millán, teniendo en cuenta lo sucedido? ¿Daría con la forma de seguir con su investigación ahora que estaba al descubierto? ¿Cómo encontrar pruebas de todo lo averiguado? Al darle el alta le habían devuelto sus objetos personales, su reloj y su cartera, pero no había rastro de su libreta. No le cabía duda alguna de que se la habían sustraído durante su breve estancia en el Docker. No tenía gran trascendencia para su investigación, porque su memoria era buena y recordaba cada anotación, o al menos las más importantes, pero ahora ellos conocían hacia dónde se dirigían sus pesquisas. ¿Qué

podría hacer? No podía ocultarse, porque lo detendrían por deserción y, por tanto, estaba obligado a acudir a la comandancia, pero… ¿con qué ánimo? ¿Qué precauciones tomaría? No tenía duda alguna de quién había ordenado su muerte… y quizás las otras. Lo que desconocía era la razón por la cual aún vivía. Desde luego, su alejamiento del hospital Docker había tenido mucho que ver en su supervivencia, y aquel traslado providencial al hospital de la Cruz Roja solamente podía haber tenido un origen. Hacía tiempo que estaba dando vueltas al asunto y ahora estaba convencido: Dolores. Lola. Era la única persona que, sabedora de su existencia, tenía algún interés en protegerlo. Pero si había sido ella, ¿cómo podía haber obtenido la influencia necesaria para conseguirlo?

Abandonando la calle de O'Donnell, desembocó en la plaza de España, y, sin sorprenderse demasiado por la extraña calma que reinaba en su hasta hacía poco bullicioso tránsito, se encaminó hacia Melilla la vieja. Pasó ante la sede de la Junta de Arbitrios y se detuvo un momento observando el austero edificio oficial. El ajetreo de entradas y salidas llamó brevemente su atención, y tomó buena nota mental de acercarse allí en algún momento, una vez reorganizadas sus ideas, al objeto de averiguar en la medida de lo posible por qué razón esa especie de ayuntamiento irregular dirigido por el segundo general jefe de la Plaza, Navarro, hombre de acreditada honradez, permitía los desmanes y corruptelas que se llevaban a cabo a la vista de todos. Dejando atrás el palacete, una casa cuartel de la Guardia Civil ubicada en sus aledaños y un vetusto mercado que en aquellos momentos mostraba una quietud inusual, franqueó la pequeña puerta de acceso al viejo recinto amurallado y ascendió por los peldaños que lo condujeron finalmente a la plaza de la Constitución. Allí, junto al elegante edificio del Gobierno Militar que presidía la recoleta explanada atalayada y antes de embocar la callejuela por la que enfilaría a su pensión, se fijó por vez primera en un establecimiento comercial cuya entrada permanecía austeramente remarcada por un pequeño cartel que anunciaba el carácter de su negocio. Sobre el dintel podía leerse en modesta tipografía «Banco de Cartagena», y junto a la puerta, un vehículo vigilado por un soldado permanecía estacionado y con el motor en marcha. Le llamó la atención aquel automóvil porque el militar que lo custodiaba lucía en los cuellos el distintivo inconfundible del Arma de Intendencia. El soldado se cuadró y saludó al paso del teniente Altamira. Tras responder al saludo, el oficial se asombró por la existencia de un establecimiento financiero en aquel lugar, separado ya definitivamente del ajetreo comercial que se había desplazado al ensanche melillense y tan cerca de la jefatura militar de la Plaza. Se propuso recordar aquella

ubicación con la vaga idea de averiguar algo más sobre aquel sorprendente nexo y finalmente llegó a la pensión Levante, fatigado por el esfuerzo que había exigido a un cuerpo aún convaleciente.

—¡Señor teniente! ¡Qué alegría verle sano y salvo! —lo saludó con euforia incontenida la dueña de la pensión al verlo entrar por la puerta. La expresividad siguió por la senda de los lamentos—. ¡Y qué disgusto, Dios mío, qué disgusto! Yo creí que se moría allí mismo… ¡Señor, Virgen del amor hermoso, qué mal lo pasé y qué preocupada he estado por usted, señor teniente!

—Gracias —contestó secamente Altamira, abrumado por ese inesperado torrente de efusión mediterránea—. Me gustaría subir a mi habitación a descansar un poco si…

—¡Ay, su habitación, señor teniente! —lo interrumpió la señora llevándose las manos a la cara y aparentando una aflicción que comenzaba a verse acompañada por lágrimas—. Yo ya les dije que no podían subir, que llamaría a la Guardia Civil, pero no pude hacer nada.

Manuel miró a la mujer con severidad. Debería habérselo imaginado.

—¿Que no podían subir quiénes exactamente? —preguntó sin dejar mucho lugar a la imaginación en cuanto a la posible respuesta.

—Unos señores militares, como usted, que me dijeron que eran órdenes de la superioridad, y como yo soy muy respetuosa con la superioridad, pues me dije «Justina, si son órdenes de la superioridad, nada puedes oponer a la superioridad», y entonces tuve que dejarles pasar porque…

—Ya imagino —cortó en seco el oficial—. Por la superioridad.

—Exactamente —respondió, sorprendida, Justina.

—¿Me da la llave, por favor? —concluyó el teniente con cierta impaciencia.

Abandonando el rellano de entrada, Manuel subió con dificultad las escaleras de la pensión. Aún se fatigaba con el esfuerzo, y no quería que se reabriera la herida. Al cabo, accedió a la modesta estancia de la que tan poco había disfrutado y contempló el panorama.

Ante él se desplegaba todo el desorden que cabía esperar tras un registro impulsivo y caótico. El colchón rajado con las plumas

desperdigadas por el suelo, la jofaina rota, su escasa ropa tirada en el armario, cuartillas tapizando la madera y sobre el papel rasgado de la pared, escrita con carboncillo, una frase que era a la vez amenaza y orden:

«Vuélvete a Madrid».

Manuel se sentó al borde de la cama haciendo crujir los muelles del somier y contempló el aviso. No resultaba una sorpresa para él, teniendo en cuenta que habían intentado acabar con su vida, pero sí le confirmó lo cerca que estaba de descubrir el entramado de corrupción que se extendía por la ciudad. O al menos de ser su incómodo testigo. Se levantó y sin grandes esperanzas trató de encontrar su pistola reglamentaria. También había desaparecido. Quedaba claro que mientras había permanecido ingresado en el hospital de la Cruz Roja había gozado de una misteriosa protección, pero sólo entre sus muros. En adelante su vida no valía absolutamente nada. Si desaparecía, apenas supondría el cierre de un expediente más en el Negociado de Marruecos, clausurado más bien con alivio que con indignación o lamento. A nadie tenía ni nadie lo esperaba, ni aquí ni en Madrid, por lo que su muerte pondría punto final de manera gris a una existencia que, sin embargo, habría tenido momentos de felicidad que él mismo se había obstinado en olvidar. Quizás aquella misión le había llegado para recuperar esa sensación de plenitud profesional y personal que un día alcanzó a tener. Quizás.

Se mantuvo un rato más, absorto, mirando a su alrededor, recogiendo luego maquinalmente el desorden. Colgó de nuevo sus camisas y el uniforme limpio y planchado por la solícita dueña y ordenó los papeles sobre la mesa. Rebuscó en esta y en los cajones. No había mucho que hubieran podido llevarse, más allá de la libreta que le habían sustraído en el hospital. Suspiró. Tenía que tomar una determinación. No sabía por dónde continuar, y sentía que el tiempo se le agotaba. Decidió al fin salir a la calle. Se ahogaba en aquella habitación, y no podía hacer nada desde allí. Quizás se acercara a El Toro. Quizás entrara en la Junta de Arbitrios. Propósitos todos sin una intencionalidad concreta, sin la esperanza de seguir algún hilo. La única posibilidad de obtener alguna pista se hallaba probablemente en la propia Comandancia de Intendencia. Allí donde debía regresar al día siguiente y el lugar en el que debería intentar igualmente sobrevivir.

Bajó las escaleras y comprobó con fastidio cómo la dueña de la pensión lo esperaba con evidente curiosidad tras el pequeño mostrador de la entrada.

—Señor teniente —se dirigió a él, solícita—. Se me olvidaba decirle que tengo dos sobres para usted. Uno de ellos me lo trajo un soldado del cuartel de la alcazaba. Me dijo que únicamente se lo entregara a usted en persona. El otro lo trajo ayer mismo una señorita. —Acentuó el tono, evidentemente desaprobador.

Manuel la miró con sorpresa y cierta ansiedad.

—¿Una señorita?

—Sí. También me pidió que me asegurara de dárselo todo a usted en persona —repuso—. El encargo del soldado es éste. —Le tendió un sobre amarillento de considerable tamaño—. No les dije nada a los soldados —añadió en tono cómplice—. El otro es más pequeño.

—Muchas gracias, doña Justina. Dios la bendiga —contestó Manuel mientras cogía, nervioso, ambas cartas—. ¿Puedo usar la sala un momento?

Altamira accedió al pequeño espacio donde se acomodaban en un par de sillones dos de los clientes de la pensión, que leían con avidez las noticias en el consabido El telegrama del Rif. Manuel se acercó a una de las sillas junto a la ventana mientras era observado de reojo por Justina desde el fondo del pasillo, y se dispuso a abrir las cartas. Lo hizo primeramente con la entregada por el cabo López —estaba seguro de que había sido él— rasgando sin miramientos el sobre. Extrajo de su interior un par de cuartillas, copias que aún conservaban restos del papel carbón sobre el que se habían transcrito los estadillos de los establos de los últimos días. Como le había prometido. No hizo solamente una copia. Hizo dos, una para él y otra, la que finalmente entregó a Intendencia. Había cumplido y se las había arreglado para hacérsela llegar. Era una grata sorpresa. Continuó con su inspección. El resto del contenido, para su asombro, eran las hojas originales del libro de registros de los dos meses anteriores. Allí estaban, con signos de haber sido arrancadas de la encuadernación original, conservando los sellos y las firmas de los supervisores. Figuraban todos los apuntes, los precios y las cabezas del ganado. Constaban con regular frecuencia las muertes acumuladas a final de mes, y se acreditaba una sorprendente agrupación de fallecimientos entre los días 30 y 31. Allí estaba todo. Y de los libros originales. Siguió buscando y sus manos extrajeron una pequeña carpeta. Al abrirla comprobó que contenía unos documentos con el encabezamiento oficial del cuartel de la alcazaba.

Comenzó a leerlos. Se trataba de unos certificados firmados por el capitán veterinario que no había visto hasta ahora y cuya existencia, obviamente, desconocía. En ellos se especificaba la muerte de cada caballo de la cuadra, de cada mula, con su fecha y posible causa. Evidentemente, las dataciones de estos certificados no coincidían con las reflejadas en los estadillos. Resultaba sorprendente que algo tan obvio como controlar la supervisión médica del veterinario hubiera escapado de la vigilancia o del conocimiento de los componentes de la trama. Pero había tantas incongruencias en todo aquello, se movían con tal impunidad, que probablemente no lo vieron necesario, o simplemente ni siquiera se lo plantearon.

El caso es que allí tenía al fin una prueba contundente, al menos en lo que respectaba al fraude en la percepción de las partidas presupuestarias que recibía Intendencia. Allí constaban las fechas reales de cada fallecimiento, que dejaban al descubierto la trampa y el desfalco. ¡El bueno de López! Quién lo iba a decir, pensó. Probablemente conocía lo que estaba ocurriendo, y cuando lo informaron sobre su nuevo destino quiso ajustar cuentas y aprovechó la meticulosidad de un oficial veterinario que simplemente hacía su trabajo con eficacia y honradez, cuidando ocasionalmente del estado de los animales y reflejándolo en concienzudos partes internos que posteriormente se habrían perdido en olvidados cajones de no ser por aquel cántabro avispado, atento siempre al bienestar de sus animales.

Manuel se recostó satisfecho en la silla y miró por la ventana tras dejar los papeles en su regazo, pensativo. Hombres buenos, sin tacha. Personas honradas que, en el caso de López, ante la inminencia de un posible cambio en su vida, una alteración quizás fatal, había decidido congraciarse con la justicia. Y aquí, al menos para el cabo, la justicia la encarnaba él, un mísero teniente de edad improbable para el empleo, recién llegado a ese mundo en el que nada cambiaba porque nadie se atrevía a arriesgar su piel. Sonrió y apretó con sus dedos inconscientemente los documentos. Tras guardarlos de nuevo en el sobre, sostuvo la carta que —no lo dudaba— había sido entregada ayer por Lola en persona. Vaciló unos instantes mientras intentaba controlar las palpitaciones que, sin poder evitarlo, se habían acelerado en su interior. La abrió y leyó con avidez.

«Manuel:

Sé que mañana te darán el alta hospitalaria. También sé que te encuentras bien y animado, lo cual me llena de alegría. Tengo que explicarte muchas

cosas, y necesito verte. Probablemente leas esta carta antes de incorporarte de nuevo al servicio. Esta vez es mejor que vengas directamente a mi casa, por discreción. Te dejo mi dirección más abajo, porque imagino que ya no dispones de ella. Te espero a las dos de la tarde, cuando las calles están ya un poco más tranquilas. Ven cuanto antes.

Lola».

Al entrar en el local sintió el alivio del frescor proporcionado por la penumbra en la que se encontraban las dos únicas ventanillas que atendían a la, en esos momentos, inexistente clientela. Las dependencias de aquella oficina del Banco de Cartagena eran austeras, sin concesión alguna al boato que otras entidades bancarias pretendían transmitir a fin de convencer de su solidez financiera. Un hombre joven con recortado bigote y pelo engominado, encorbatado de manera clásica y vistiendo un chaleco totalmente improcedente para el clima de la ciudad, le dirigió una mirada inquisitorial. No obstante, saludó a Manuel con una amabilidad impostada.

—Usted dirá en qué puedo atenderle, teniente.

—Querría contratar una caja de seguridad, si es que tienen disponible ese servicio —comenzó sin mayores preámbulos el oficial.

—Por supuesto que tenemos cajas de seguridad. —El cajero le lanzó una mirada sorprendida y durante unos instantes se quedó mirando el uniforme. Manuel observó que prestaba atención al emblema de Intendencia antes de continuar su exposición—. De hecho, como usted sin duda sabrá, somos la única entidad bancaria, exceptuando la sucursal del Banco de España, que dispone de ese servicio exclusivo.

—Pues no; no lo sabía.

—¿Será usted el único titular? —preguntó como si se tratara de una rutina.

Altamira dudó antes de contestar.

—¿Por qué? ¿Deben ser dos titulares?

El empleado tosió levemente de manera afectada ante la pregunta.

—No, por supuesto que no. Es costumbre… Bueno, ya me entiende.

—No, la verdad, no le entiendo, pero mire: tengo algo de prisa. Usted me dirá dónde tengo que firmar.

—Rellene sus datos y firme aquí. Sacó de un cajón un contrato ya impreso y se lo deslizó suavemente sobre la madera pulida—. Los pagos son mensuales, con un adelanto previo al depósito.

Manuel cumplimentó la información requerida, rubricó el contrato, pagó el importe y se desplazó hasta una salita adyacente donde el empleado, tras abrir un aparatoso candado de la puerta blindada que daba a su vez acceso a una pequeña cámara provista de mesa y silla, extrajo de un armario y de entre otras diez que tapizaban la pared una caja metálica de considerables proporciones que depositó ante él. Le entregó una llave.

—Guárdela bien, teniente. Solo hay una llave por caja para las contrataciones individuales. Por eso le preguntaba si iba a ser usted el único titular. Un titular, una cerradura y una llave por caja; dos titulares, dos cerraduras sincronizadas y dos llaves. Le dejo solo. —Y, sin más, abandonó la estancia mientras el oficial depositaba en la mesa los dos sobres que acababa de recibir en la pensión.

El teniente Altamira miró su reloj. Las dos en punto. Había intentado buscar la sombra de algunos de los edificios de la calle de Canalejas, pero aquel calor húmedo parecía haberse fundido con las paredes de las casas en ese mediodía mediterráneo. Empujó la pesada puerta de madera que le dio acceso a un portal en penumbra ubicado al final de la arteria, en un edificio de tres alturas cuya fachada de tono pastel demostraba, mediante su recargada decoración, que los habitantes de la casa mantenían un nivel de vida acorde con el que se esperaba del resto del vecindario de la zona. Agradeció el contraste inmediato de temperatura, y una vez que sus ojos se hubieron acostumbrado a la escasa luz, comenzó a subir las escaleras hasta la segunda planta.

Recordaba aquellos ojos, aquellos labios. El rostro que ahora lo miraba mientras mantenía la puerta abierta le regaló una franca sonrisa.

—¡Mi teniente! ¡Al fin!

Manuel se quedó parado en el dintel, la gorra de plato en la mano, sintiendo que todo en su interior se removía por un instante. Contempló fugazmente aquella figura menuda que, con un cigarrillo

entre sus dedos, aparecía envuelta ante él en un corto vestido semejante en su ligereza a un camisón de verano. Ella notó su turbación y sostuvo su mirada con cierta picardía. Manuel balbució.

—Doña Lola…

La risa fue sincera y permitió aliviar la tensión que se acumulaba en el oficial.

—¿«Doña Lola»? ¿De verdad, Manuel? —Se apartó—. Anda, pasa, y deja fuera esa rigidez de militarote madrileño —lo riñó con fingido enfado.

Se sentaron en un sofá que presidía una sala confortable en la que, atenuada por unas cortinas corridas, penetraba por un mirador la luz del mediodía.

—¿Te apetece un café, teniente?

—Si es tan amable y no es molestia…, no me vendría mal —contestó, rígido, el oficial.

—¡Oh, por favor! ¡Deja de tratarme de usted! Creo que aunque nos hayamos visto solamente una vez, sobran esas formalidades, Manuel. Y más después de todo lo que te ha pasado.

—Fue… Fuiste tú, ¿verdad? —Altamira decidió dar el paso sin esperar a conocer el motivo de su visita a aquel lugar. Quería saber. El tuteo surgió sin que él hubiera podido reflexionar, automático.

—¿Fui yo? ¿El qué fui? —respondió ella mientras depositaba en una mesa baja un juego de café que ya tenía preparado. Cogió una de las tazas mirando con curiosidad al teniente.

—Fuiste tú quien me sacó de allí. Del Docker.

Lola tardó unos segundos en responder. Bebió un sorbo del café y miró a Manuel a los ojos.

—Sí. Fui yo, Manuel. Recuerda que trabajé en ese hospital, y sabía a lo que te exponías.

—¿Cómo supiste…?

—En esta ciudad todo se sabe, teniente. Y no es algo normal, pese a lo que puedas pensar, que a un teniente de Intendencia lo apuñalen en mitad de la calle, ¿no te parece?

Manuel asintió silencioso. Bebió de su taza y, tras unos segundos de vacilación, se atrevió a preguntar:

—¿Y cómo pudiste hacerlo? Haber trabajado allí imagino que no te da la suficiente autoridad como para imponerte a alguien como Millán.

Lola lo miró muy seria. Se mostraba molesta. No obstante, se repuso rápidamente.

—Deberías mostrar un poco de agradecimiento, Manuel. Ese tono puede estar muy bien en los cuarteles, pero no es propio de un caballero.

—Disculpe…, disculpa, Dolores. Es mi tono. No pretendo ser grosero. Todo lo contrario. Pero me intriga. Yo entré allí para morir… y ahora estoy aquí, contigo, tomando café, vivo gracias a tu intervención. Simplemente tengo curiosidad por saber…, por conocer…

—No fui yo sola, evidentemente —le cortó—. Ya te dije en su día que en esta ciudad hay que saber cómo sobrevivir y mucho más siendo una viuda sin dinero. Te hablé de un protector. A él le debes el estar ahora aquí. Y a mi insistencia.

—Debe de ser un alto protector. —Manuel se sorprendió por el sentimiento que le impulsó a decir aquello. Lola sonrió.

—Estás celoso.

—No; solamente quería saber. Nada más. De todas formas, tú me has dejado una nota. —Se recompuso, nervioso, intentando deshacerse de aquella incómoda sensación que se había instalado en su interior—. ¿Qué es lo que quieres contarme, Dolores?

—Lola, si no te importa. —Se estiró la falda en un gesto de coquetería. El vestido marcaba su figura, y cuando ella levantó la vista sorprendió al oficial mirándola. Se acercó a él y, extendiendo su mano, agarró la del teniente. Éste no la apartó, y dejó que sus dedos se aferraran con calidez a su muñeca—. Vino a visitarme.

—¿Quién vino a visitarte?

—Francisco Millán. Acompañado por uno de sus matones, ese teniente de la Policía indígena tan desagradable.

Manuel no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—Lo conozco. Lo he visto en la comandancia… y en algún otro lugar.

—No me extraña. Es el chico de los recados de Paco. Siempre lo acompaña cuando quiere atemorizar a alguien. Y lo consigue.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Manuel, intrigado y, por el tono de su voz, preocupado. Lola compuso un gesto serio, sin soltar la mano del oficial.

—Se va, Manuel. Paco se va a un nuevo destino en la Península. A final de mes. Creo que a un cuartel de Ciudad Real o algo así, pero con un ascenso a comandante. Es juntero, y ya le iba tocando además.

—¿Un ascenso? —preguntó a su vez Altamira, incrédulo—. ¡Merecería la cárcel!

—Él no quería ese traslado. Y sabe que ha sido cosa mía.

—¿Tuya?

—Bueno, no exactamente —dudó—, pero estaba claro que había que deshacerse de él, ¿no es así? ¿Y qué mejor que alejarlo? Él es el culpable de todo lo que está pasando.

—Sabes bien que él no es el único culpable. Alejándolo sin castigo se le premia, Lola.

—Quizás; pero sin él aquí todo irá mejor. No puede hacer nada contra esta orden, y ahora le entran las prisas. Todo el tinglado que tiene aquí montado… debía acabar. Y ahora se ve obligado a arreglarlo. Limpiarlo, recoger rápidamente los beneficios y partir para siempre, para no volver. Pero está enfadado por verse obligado a abandonar esto, su posición, su poder.

—Ya. E imagino que inquieto por dejar incómodos testigos tras él. Lola, ¿de verdad me estás hablando en serio? Sea quien sea el que lo ordena… ¿cree acaso que toda esta podredumbre va a desaparecer como por ensalmo simplemente por el hecho de que Millán se vaya?

—Lo cree —repuso firmemente Dolores—. Y yo también. Y confío en él.

—Tu protector otra vez, ¿no? —Miró a Lola con cierto reproche—. Podría acusarlo y encausarlo, no ascenderlo. Otros cogerán el relevo y todo seguirá igual. Toda esta gente siempre se sale con la suya y…

—Manuel…

—¿Qué? —El gesto del teniente mostraba su enfado, y no percibió el cambio en el tono de voz de Dolores.

—Tengo miedo.

—No deberías. Parece que estás bien cuidada —contestó desabrido. Enseguida se arrepintió y le apretó la mano con cariño—. No tengas miedo, Lola. Y menos conmigo cerca.

Dolores asintió con una sonrisa triste y le acercó un sobre que se encontraba en un extremo de la mesa.

—Vino a dármela —dijo señalándolo—. Sabe que fui yo. La hallaron en tu pensión.

El teniente observó el papel. La carta de Lola al ministro. Había olvidado que la dejó en su cuarto. Miró a Dolores con tristeza.

—Lo siento, Lola, yo…

—Manuel…

—Habla con tu protector, Lola, habla…

—Manuel…

—Dime.

—Abrázame.

Cuando abrió los ojos fue al fin consciente del tiempo transcurrido. Iluminaba levemente el dormitorio la tenue luz del atardecer. Junto a él, apenas cubierta por una fina sábana de lino, el cuerpo desnudo de Lola respiraba tranquilo, durmiendo en calma tras haberle él cubierto toda su piel de besos que no recordaba haber dado nunca y como nunca tampoco los había recibido. Se sentía vivo de nuevo, y una extraña felicidad dominaba sus pensamientos. Extendió su mano y la acarició, apartando un mechón de pelo de su rostro. Ella se estremeció sin abrir los ojos. Con cuidado, Manuel se levantó y comenzó a vestirse. Mientras lo hacía, observó sobre la mesilla de noche unos papeles desordenados. De entre ellos llamó su atención el reverso de una foto en el cual se podía distinguir con caligrafía elegante una dedicatoria:

«Para mi querida Lola, de tu Manolo, con todo mi amor».

Le dio la vuelta. Ante él, un rostro maduro, mirada adusta, uniforme de gala reflejando la autoridad de quien está acostumbrado a mandar y a ser obedecido, la pechera poblada de condecoraciones y unos bigotes característicos que hacían inconfundible al personaje. Desde aquel retrato hablaba a Dolores el comandante general Manuel Fernández Silvestre.

10

El cerco

Annual/Igueriben, 19 de julio

El coronel Argüelles, jefe al mando provisional del campamento general en ausencia de Silvestre, duda. Ha organizado, a instancias del comandante general, un nuevo convoy para socorrer a Igueriben y lo ha dotado de los elementos más esenciales para aliviar la situación de la posición: agua y petróleo. Agua porque en aquel espolón simplemente ya no queda ni una sola gota. Benítez ha sido claro en sus mensajes a través del heliógrafo: las cubas que alcanzaron la fortificación con el último convoy vinieron todas agujereadas, y el líquido que pudo aprovecharse apenas sirvió para un cuartillo a repartir entre los soldados. El petróleo, para quemar los restos de las mulas que quedaron abandonadas en la posición, entre ésta y la alambrada, muertas todas ya, descompuestos sus restos, expidiendo un olor nauseabundo y pútrido que hace más penoso aún el ya terrible transcurso de los días en aquella roca perdida. Añade Argüelles víveres para tres días, proyectiles para la batería, granadas de mano y munición de fusil. Sabe que va a ser un postrer intento. Sabe también que Annual se la está jugando. La supervivencia de aquellos hombres no es solamente una cuestión de dignidad nacional, de honra de la milicia, sino una necesidad táctica y, sobre todo, un acuciante reto para mantener la moral del ejército asentado en el campamento. Por eso duda. Necesita a todos sus soldados y la mayor parte del ganado que va a enviar para transportar el cargamento. Necesita también la confirmación del general Silvestre. Pronto llega ésta y, con ella, el apremio, la urgencia, la sensación de acarrear con una responsabilidad que no cesará hasta que el coronel Manella, del Alcántara, acuda esa misma tarde para cumplimentar su reglamentario relevo en el mando. Sabe, porque así se lo han confirmado telegráficamente desde la plaza, que el general Navarro, ante la gravedad de los acontecimientos, ha suspendido su permiso en la Península y ya está camino de Melilla. Argüelles desearía haber evitado esta responsabilidad que le angustia,

pero es lo que le toca. Al final resuelve sus dudas y se decide a acometer el esfuerzo con un importante contingente, dotando al nuevo convoy de una potente protección: seis compañías de infantería, regulares y una batería de montaña. Una vez ha adoptado las disposiciones necesarias, da la orden de salida y, tras ella, en la soledad de la tienda que acoge su centro de mando, se persigna, cierra los ojos y reza.

En Igueriben, Diego ha sido convocado a una junta de oficiales, y se acerca a la esquina norte del parapeto, allí donde, a resguardo de los Lebel y máuseres enemigos se celebrará la reunión a instancias del comandante Benítez. Se aproxima al lugar escogido intentando no ofrecer un blanco a los tiradores que desde primeras horas del día han estado sometiendo al reducto a una constante y precisa lluvia de fuego, ante la cual los soldados españoles contestan esporádicamente tratando de ahorrar una munición que comienza a escasear. El sol ya azota inclemente a la guarnición, y se cierne sobre ella el tormento de una jornada en la que se alcanzarán más de cincuenta grados, sin que exista protección o cubrimiento algunos para evitar la tortura de unos rayos abrasadores, ya que las tiendas se encuentran completamente batidas desde las alturas y laderas circundantes.

Cuando llega, busca la protección del muro, que en aquel lugar forma un recodo que permite el encuentro. Sobre la hilera de piedras amontonadas, al igual que el resto de los convocados, intenta descansar la espalda mientras se abotona la guerrera empapada de sudor y suciedad. Piensa en que los soldados deben ver a sus oficiales conservando las formas, lo que ayudará, si es el caso, a que la moral no se resquebraje y las órdenes se cumplan. Allí están todos: además de él, los también capitanes Bulnes y De la Paz Orduña y los tenientes Bustamante, Casado, Castro y Galán, mientras Rodríguez y Sierra se encuentran de guardia en el parapeto junto a los soldados. Nougués también asiste. Algo más alejados, los alféreces Villanova y Ruiz Osuna. Junto a todos ellos, el comandante Benítez. Los mira desde un rostro apesadumbrado pero firme. El sol que lleva tantos días abrasando la posición ha quemado su cara, y sus labios cuarteados denotan el rigor de una sed extrema, que aquel jefe padece al igual que sus hombres. Es un mando respetado y curtido en el combate, y por él sus oficiales están dispuestos a lo que sea. También los soldados a su cargo. Más de doscientos. Lo sabe, como sabe también que no les pediría nada que él no hiciera primero. Su resistencia en Sidi Dris el 2 de junio tras lo de Abarrán lo prueba. Mira a todos como un padre a sus hijos, se quita las gafas de montura redonda y su aspecto aparece

más cansado, las marcas visibles allí donde el metal presiona. Se escuchan unos disparos aislados que son respondidos desde la posición y tras unos segundos les habla con voz grave.

—Caballeros, imagino que no les digo nada que ustedes ya no sepan. —Dirige sus palabras directamente a Nougués y Olarte, aunque todos entienden que les habla al conjunto, a sus oficiales—. La situación es crítica, y no me extenderé en explicar lo que ya ven por sí mismos. —Un estampido resuena corroborando tales palabras. Uno de los cañones tomados en Abarrán afina su puntería.

—No pinta que estalle —apunta Nougués observando la trayectoria fallida del primer proyectil.

—Ya lo hará. Aprenden rápido —responde Benítez, y prosigue—: He transmitido al campamento nuestra situación. Como saben, no tenemos en estos momentos otro medio de comunicación que el heliógrafo, y ya con las primeras luces los he informado de nuestras necesidades: agua y munición. Al parecer, se disponen a enviar un nuevo convoy. Se supone que ya estarán en camino, pero, visto lo que ha ocurrido con el anterior, debemos estar preparados para resistir y apoyar su marcha en la medida de lo posible. No obstante, y esto debe quedar claro para los próximos días, pase lo que pase a partir de ahora, la única opción que no contemplo es la rendición. ¿Lo tienen todos claro? ¡Aquí no se rinde nadie!

Un silencioso asentimiento responde a la pregunta. Lo tienen claro. Todos.

Benítez continúa informando. Les habla de que desde Annual se le asegura que no los dejarán solos, que se espera la llegada inminente del comandante general y que serán socorridos por España, como una madre socorre a sus hijos. Diego está seguro de que, efectivamente, nunca serán dejados a su suerte y que en aquel espolón rocoso se juega el destino de muchos hombres. Por supuesto, y el suyo propio. Conoce su deber, pero no puede ocultarse a sí mismo que el miedo ha encontrado un lugar por donde infiltrarse en su alma. Porque tiene miedo. Lo tiene a morir, pero, más que al hecho en sí de dejar de respirar —sacrificio que da por descontado desde que escogió la milicia como camino que seguir—, lo tiene de no volver a ver a su esposa, a su hijo por nacer; de no disfrutar de los años que esperaba en sus sueños como los más felices de su existencia. Pero quizás sea eso solamente, piensa. Que lo único que se puede obtener, el máximo al que se puede aspirar es a la felicidad de los momentos, la que ahora mismo no existe ni para él ni da muestras de estar próxima para nadie en aquel ejército. Escucha, pues, apesadumbrado, las últimas

palabras del jefe a sus oficiales mientras aumenta el crepitar de unos disparos que ya no son ocasionales y que se ensañan con unos hombres que, pegados al parapeto, intentan responder para hacer ver al enemigo que al menos Igueriben no va a ser una presa fácil.

—Y, sobre todo, cuiden ustedes de su gente. Son su responsabilidad como mandos, y para eso España los formó y educó. Ahora, cumplan con su deber. Buena suerte, y a sus puestos —concluye el comandante.

Diego regresa a su lugar de combate asignado, ubicado en el lado noroeste, junto a la batería dirigida por el capitán De la Paz, quien, auxiliado por un Nougués que parece poseído por una energía demoníaca, ya instruye a su gente para que localice el cañón con el que los rifeños tratan de batir la posición. Cuando Olarte llega, encuentra a sus hombres agazapados, pegados al pequeño muro. Allí están Regalt, Remigio y un joven que los mira con terror, aferrando cada uno su máuser como si se tratara de una prolongación de sus cuerpos. Lo interrogan con la mirada.

—Atentos al horizonte, que arrecia —les da por toda explicación el oficial.

—Eso ya lo vemos sin que nos lo diga, mi capitán —responde Remi con insolencia.

—Las bravuconadas, para los moros, soldado.

—Mejor dígaselo a éste —señala al pobre diablo que intenta pegarse todo lo que puede al veterano—, porque creo que se ha orinado encima al primer disparo.

—Calla de una vez, Remi —le corta Regalt—. Déjalo en paz.

Los disparos de los rifeños interrumpen los reproches. Las balas chocan contra las piedras y los hombres, hasta hacer carne en uno de los artilleros, que cae desplomado. Desde el parapeto, los soldados responden y ya se hace fuego a discreción desde todos los frentes. Las lonas de las tiendas son acribilladas, y en una de ellas los heridos que agonizan sin nadie que pueda atenderlos emiten alaridos que angustian a la guarnición. Pero no hay tiempo para escuchar. Se dispara, se grita para ahuyentar el miedo mientras Benítez anima a sus soldados recorriendo las posiciones, y los vivas a España se entremezclan con los «¡Ay, madre!» de jóvenes que mueren empapando con su sangre el pedregoso suelo de Igueriben. Truenan al fin los cañones de la batería ligera, que ya han localizado el origen del fuego rifeño y se esfuerzan en silenciarlo, pese a lo cual varios impactos alcanzan el interior del recinto, donde se desmoronan las tiendas cónicas

que quedaban aún en pie. Diego no utiliza ahora su pistola; coge uno de los fusiles de un soldado que ha sido herido junto a ellos y dispara tratando de dar ejemplo, viendo cómo los impactos levantan pequeñas polvaredas de tierra hasta que al fin uno de cada tres algún tiro da en el blanco y un harqueño cae, animando con ello a sus hombres, que ya no piensan, al menos en ese momento de ira, en el sol que los abrasa y quema su cuerpo y, con la sed, también su espíritu.

En Annual todo está preparado. Argüelles ha designado al teniente coronel Núñez de Prado, de Regulares, para comandar el convoy. Doce cargas de víveres, cincuenta y tres cubas de agua, ocho latas de petróleo, munición de artillería y granadas de mano es lo que transportan. La protegen seis compañías de fusiles y dos escuadrones de regulares, así como otra compañía de ametralladoras del Regimiento África. Además se incorpora una sección de Ingenieros para intentar reparar las defensas y un médico. Como refuerzo, una compañía más de Ceriñola al frente de la cual se encuentra el capitán Francisco García Paredes, que tiene en su mente la idea de socorrer a su amigo, cueste lo que cueste.

La columna sale amparada por los disparos de la artillería de Annual, que bate con furia la loma de los árboles y provee de moral a los soldados que tienen aún fresco el recuerdo de lo sucedido con el anterior convoy y que ahora se sienten protegidos por la potencia de fuego del campamento general. Sin embargo, ocultos en posiciones camufladas por haces de paja y hierba, fortificados en sus trincheras aspilleradas excavadas en las laderas, los rifeños saben que tienen el control de los accesos a la posición sitiada, y ya desde que los primeros mulos van dejando atrás la relativa seguridad de la alambrada se deja notar su excelente puntería de tiradores pacientes. Al poco, Núñez de Prado es herido en un brazo, aunque se mantiene, sin embargo, erguido en su caballo, protegido por los hombres de Francisco, quienes, desde los laterales del convoy y sobre el camino, responden como pueden al fuego mientras por los flancos los regulares intentan avanzar ascendiendo por la loma. Los del África se despliegan por la izquierda, y Paco comprueba satisfecho que sus soldados responden. Mira de reojo al teniente coronel, empapada ya su guerrera con sangre, y pronto se da cuenta de que no aguantará lo que ya se vislumbra como un combate cerrado, emboscado y reñido. Los cañones han cesado su cobertura porque los hombres ya se encuentran juntos, cuerpo a cuerpo, otra vez en la loma maldita, otra vez en la loma de los árboles.

Pero el convoy no avanza. El paso es angosto y en esta ocasión los rifeños no van a permitir que ninguna carga alcance su destino. El fuego se generaliza y los soldados parecen clavados en sus posiciones por más que los oficiales gritan sus órdenes. Algunos caen cuando se incorporan, ofreciendo un blanco fácil. Paco escucha, agazapado, cómo retumban los cañones de Igueriben. Se lucha también allí, sin tregua, sin pausa y ahora quizás sin esperanza. Vacía su cargador disparando inútilmente hacia ninguna parte, impotente, furioso mientras ve cómo caen algunas de las mulas del convoy, irreemplazables. Anima, no obstante, a sus soldados, que lo miran implorando que los saque de allí. Pero las órdenes son mantenerse y en todo caso esperar los refuerzos que por lo visto se han prometido. Refuerzos… ¿de dónde?, piensa para sí Francisco, si todo está ya en Annual… Y sobre ellos, mientras agotan la munición y mueren los reclutas impregnados de sudor y sangre, el sol azota, implacable, el esfuerzo colonial por no dejar abandonados a sus compañeros sitiados. Por eso, por ese tesón que el orgullo y la disciplina que aún perviven proporciona, el combate se mantiene durante horas. No se ceja, pero tampoco se avanza, y cada vez está más claro que haría falta mucho más ejército para cumplir los sueños que una vez se antojaron realidades sobre una mesa y varios mapas.

De repente algo cambia, y pronto Paco se da cuenta desde la senda de que las cosas no van bien. Primero es un individuo, luego varios más y finalmente son prácticamente todas las compañías de regulares desplegadas en la loma las que comienzan a flaquear. La huida comienza a ser evidente, y Núñez de Prado se desgañita hasta que no puede más y cae del caballo, escapadas ya sus fuerzas por la herida. Francisco puede ver cómo los oficiales se desesperan tratando de contener a sus hombres, que, en el mejor de los casos, disparan al aire y, en alguno no tan excepcional, se revuelven contra sus mandos y, apuntándoles, abandonan y corren en dirección al enemigo portando en sus manos el precioso fusila y su experiencia militar. Saben, porque así lo ha ordenado Abd-el-Krim, que serán bien acogidos, y ya están cansados. Ven hacia dónde, lentamente, se está inclinando el fiel de la balanza y deciden. La defección arrastra a los soldados españoles que avanzaban por la colina de la izquierda cuando detectan que los harqueños pretenden ahora envolverlos ocupando el hueco dejado por los regulares en la derecha, tratando de cortar su retirada al campamento, y entonces, carente de cobertura y ante la amenaza de ser copado, es todo el convoy el que se revuelve y comienza a retroceder. No hay desbandada, pero Francisco, intuyendo el desastre, indica a sus hombres que regresen sobre sus pasos sin perder la cara mientras los acemileros azuzan a sus bestias intentando encontrar el camino más corto hasta la seguridad de Annual. El mando ha ordenado al fin la retirada, y ésta queda resguardada en su repliegue por los zapadores del comandante

Alzuagaray, quienes, sin perder la calma, protegen con un fuego disciplinado la que, de no ser por ellos, se habría convertido en huida descontrolada.

El sol comienza su lento declinar cuando desde Igueriben se distingue a lo lejos la retirada del convoy. Tras varias horas de inútil intento, el esperado socorro abandona y se aleja en busca del frágil amparo de las colinas en las que se asienta el campamento general. En la posición cunde el desánimo, pero no hay tiempo para lamentaciones, ya que el ataque rifeño arrecia. Los hombres que combaten en aquella roca no cejan en la defensa, y los harqueños que en ocasiones llegan a la alambrada caen bajo un fuego desesperado de fusilería y de granadas cuyo número mengua poco a poco. Llueven también sobre el parapeto piedras y latas de conserva que contienen explosivos artesanales mientras se superponen los insultos, los lamentos, los gritos de ánimo y también de rabia. España está en la voz de Benítez cuando la invoca para animar a sus soldados, y Alá se escucha como imprecación, amenaza y rezo, que todo ello envuelve el odio y la muerte que se entremezclan en pocos metros, mientras buscan los hombres el consuelo último cuando algunos caen abatidos en nombre de su patria y otros con el del Supremo Hacedor en sus labios.

De repente, superponiéndose sobre todo aquel estruendo, se escucha una llamada, un grito que es a la vez petición de auxilio y lamento. Lo oye Regalt mientras acerroja su arma tras haber introducido en el máuser el penúltimo de los peines de munición que le quedan. Se gira y tras él ve a Diego, que, situado tras sus hombres, permanece con el rostro sofocado, un rasguño en la frente, tiznada de sudor y sangre, vaciando el cargador de su Campo-Giro, que ya se le ha encasquillado dos veces.

—¡Mi capitán! ¡Alguien nos pide ayuda al otro lado! —Y señala una esquina más allá de la alambrada cuyos restos aplastados apenan constituyen obstáculo y por la que, dado lo empinado de la pendiente, nadie ataca en esos momentos.

Diego Olarte deja de disparar por unos instantes y se agazapa junto al catalán, hurtando su cuerpo a las balas rifeñas mientras trata de escuchar por encima del griterío y las explosiones.

—¿Estás seguro, Andreu? No oigo nada.

—Estoy seguro. —Y tras decirlo, abandona en el suelo su fusil y salta

de repente por encima del parapeto ante la mirada atónita de Diego, que no puede impedir la iniciativa suicida. Sabe que el soldado no desertará, pero no alcanza a entender de dónde saca la fuerza y el ímpetu. También su generosidad.

Son minutos angustiosos en los que Regalt ya no está a la vista desde la posición. El fuego continúa, y parece como si aquel gesto de audacia hubiera sorprendido a los rifeños, que permiten, quizás admirados, quizás simplemente desconcertados, aquel salto lejos de la protección del reducto. Pero, entre tanto, sobre la pequeña guarnición siguen trazando su trayectoria los disparos, que se ceban ahora en los artilleros, afanados en cargar, apuntar y disparar con la espoleta a cero, sacar la vaina candente de la recámara, acarrear otro proyectil, cargar y volver a disparar, y así con la cadencia impuesta por los oficiales mientras disminuye dramáticamente el contenido de las cajas de munición que se apilan junto a las piezas. Para cuando un servidor de los cañones caiga, Nougués, siempre decidido, ha organizado entre los infantes un turno rotativo de reemplazo para acarrear más proyectiles, y desde su posición Diego distingue cómo varios soldados del Ceriñola ceden su fusil a un compañero y se dedican a transportar la pesada pero imprescindible carga. Es justo en ese momento en el que por unos instantes se evade mentalmente de la refriega, cuando sobre su sector arrecia el fuego de forma súbita, y entonces mira por encima del muro y distingue al fin a Regalt, que avanza hacia la seguridad relativa de la posición aguantando a un hombre que viste el inconfundible uniforme de los regulares. Éste arrastra los pies, herido, incapaz de más movimientos, mientras el catalán agarra su mano derecha y con la otra abraza su cintura avanzando impávido ante la lluvia de disparos que, ahora sí, apercibidos, los rifeños lanzan sobre ambos. Diego reacciona y con rapidez ordena que los cubran. No ha tenido tiempo para nada más cuando uno de los soldados que ha visto la escena deja en el suelo el proyectil que acarreaba y sin dudarlo salta el parapeto y corriendo se abalanza sobre el herido y su salvador. Diego lo conoce: es José Manuel Delgado, un leonés bravo y callado que la tarde del 17 había compartido con él, justo tras su accidentada llegada a Igueriben, su ya escasísima ración de agua. Lo recuerda bien porque apenas dudó en aceptar aquel generoso ofrecimiento antes de saber posteriormente que simplemente era el último cazo a disposición del soldado. Por eso quiso conocer algo más de él, héroe anónimo que todavía surgía ocasionalmente en aquella España castigada y pobre y que ahora se lanzaba sin dudar en socorro de sus compañeros, atrayendo sobre sí la muerte que probablemente los habría alcanzado si aquellos disparos no lo hubieran atravesado como dardos invisibles, haciendo que se convulsionara su cuerpo en unos segundos interminables antes de desplomarse sobre las alambradas, para quedar allí atrapado su cadáver como mudo testimonio

de una valentía que ninguna Laureada reconocería jamás. Pero no es sacrificio estéril, porque Regalt consigue llegar y, con la ayuda de Remigio y el propio Diego, entra de nuevo en la posición, depositando sobre el suelo el cuerpo de un sargento de Regulares. Es un hombre del Tabor comandado por Cebollino von Lindeman como protección del convoy del día 17. Probablemente quedó rezagado en la retirada y ha permanecido oculto hasta entonces. Dos días bajo el sol abrasador, sin beber, sin comida, agarrado a ese invisible hilo de vida al que se aferran los seres humanos en su postrer momento. Pide agua con voz apenas audible, pero nada hay para ayudarlo, y es precisamente en ese instante, en el que asisten admirados ante aquella muestra de valentía y resistencia, cuando el soldado Andreu Regalt abre los ojos sorprendido, mirando al infinito mientras se palpa el pecho y contempla sus manos ensangrentadas. Mira a Diego y ante él musita un quedo «Mare de Deu» antes de caer sobre el suelo sin poder impedir que su vida se escape con mortal rapidez por la herida. Y Diego llora. Llora de rabia y de indignación y abraza a su soldado cuando ya es solamente un cuerpo que no verá florecer nunca más los almendros de su pueblo en Lérida.

En Annual, Francisco García Paredes contempla la escena que se desarrolla ante sus ojos. Llueven los reproches entre jefes y oficiales mientras el nuevo comandante del campamento general, el coronel Manella, del Alcántara, asiste impávido y silente a la discusión. Se acusa a los mandos de no haber evitado la defección de los regulares en la loma de los árboles, y los oficiales europeos del Regimiento África apenas contienen su indignación por la retirada a la que se han visto obligados por aquella causa. El capitán de Estado Mayor, Emilio Sabaté, se acerca a Francisco.

—Si los regulares han retrocedido, es que las cosas están muy mal, Paco —le comenta con voz entristecida.

—Y muchos no han regresado —apostilla aquél—. No me gusta nada lo que está pasando. Míralos; discutiendo delante de todo el mundo. Los soldados lo ven, y eso no es bueno.

Sabaté lo mira.

—¿Que no es bueno? Amigo Paco: es catastrófico. No sé a qué espera Manella para hacerlos callar. Esos reproches no sirven de nada. Bueno, sí; sirven a los moros. Abd-el-Krim estará contento. Ha demostrado nuestra impotencia. Y si no somos capaces de imponernos a estos desarrapados, se nos van a subir a las barbas muy pronto.

—Ya lo están haciendo, Emilio; los desarrapados. —Y señala hacia un grupo de hombres que observan desde lejos la escena. De entre ellos destaca la figura de Ben Mizzar, el infante de Regulares al que Diego protegió de la ira descontrolada de un oficial europeo. Ha contemplado atentamente aquel espectáculo lamentable, y, tras dirigir fugazmente su vista hacia los dos capitanes, se da la vuelta y se aleja.

Como si los hubiera escuchado, finalmente el coronel Manella impone su autoridad y la discusión cesa. Manella es hombre cabal, valiente y respetado. Acaba de llegar para relevar en el mando a Argüelles hasta que regrese el general Navarro, ya de camino, y no ha perdido el tiempo. A las puertas del campamento hay preparada una compañía de regulares en la que cada soldado va provisto de cinco o seis cantimploras. Su misión es alcanzar Igueriben con el único propósito de hacer entrar algo de agua, al modo que sea y como sea. Aquel postrer intento será apoyado por cuatro compañías del África y otras dos de ametralladoras. Dos baterías cubrirán la acción.

Pero es inútil. Apenas la fuerza abandona el campamento ya es hostigada con furia, y en no más de ocho minutos la operación queda desbaratada. Francisco García Paredes está convencido ya de que Igueriben está perdida y, con ella, la vida de su amigo Diego. Mira al horizonte, desde donde se escuchan los inconfundibles sonidos de batalla, que se oyen en Annual como los acordes fúnebres para un puñado de españoles que pronto van a morir, abandonados a la vista del ejército que asiste impotente al sacrificio. Y el capitán siente rabia y pena mientras con su mano agarra con fuerza la pequeña cadenita que cuelga sobre su pecho, abrazando la medalla de la Virgen y la llave que penden de ella.

Anochece sobre Igueriben y la furia del ataque parece amainar tras varias horas de combate encarnizado, y lo hace al tiempo en que desde el parapeto se escucha una lejana llamada a la oración por parte de algún muecín que Diego no imagina dónde puede tener cabida en aquel escenario de monte, matojo y piedras. Le consume la sed. Como a toda la guarnición. Desde que llegó hace dos días, el último líquido que ha probado es el que recibió generosamente de aquel soldado que ahora permanece muerto, enganchado su cadáver entre las púas de la alambrada. Sus soldados han apurado ya, como el resto, los últimos sorbos del líquido de las latas de conserva y algunos desfallecen, los labios agrietados, abrasados por el sol que ahora desaparece en el horizonte. No hay sombra bajo la cual guarecerse durante el día, y por la noche el cambio de temperatura descompone a los hombres, que se

adormecen torturados por la agonía de la sed y el desvarío de la insolación. Algunos aprovechan para chupar pequeños guijarros para estimular la salivación. Otro ha sugerido que pueden beberse los orines mezclados con azúcar, y, convencidos, cada uno hace acopio del preciado líquido como puede, pero solamente quien tras el sudor aún guarda en su interior el resto necesario. La colonia de algunos oficiales se reserva para los heridos que se acumulan, desaparecidas las tiendas, junto a la pequeña tapia adoquinada de lo que un día fue un rudimentario cuerpo de guardia junto a la entrada. Nadie hay para atenderlos, y, aunque lo hubiera, tampoco habría con qué. Un cabo telegrafista, ayudante del comandante, ha descubierto varios recipientes con tinta y ha bebido de ellos con avaricia. Ahora se retuerce de dolor entre vómitos que tiñen de negro la tierra pisoteada por alpargatas y botas que lucen costras de sangre como testimonio macabro de la agonía de aquel espolón de piedra que, pese a todo, aún resiste.

Diego mira a su alrededor. De sus hombres ya sólo quedan Remigio, el expresidiario toledano que descansa tumbado junto al parapeto, el fusil apuntando por entre una tosca aspillera, la cabeza sobre el cerrojo, durmiendo de puro agotamiento, y, a su lado, el recluta que apoya su espalda contra las piedras. Se llama Juan, y Diego no sabe ni su apellido ni su origen. Está allí y permanece absorto, la mirada perdida en un horizonte ya oscurecido, musitando palabras que no se escuchan, síntoma de una locura que ya se ha apoderado de su joven espíritu. El cadáver de Regalt ha sido apilado, junto a los demás, en el centro de la posición. Junto a él, el del infante de Regulares por cuya vida Regalt entregó la suya. El olor de los muertos, hinchados sus cuerpos por el sol durante la jornada, es espantoso, y se suma al de los cadáveres putrefactos de los mulos, que ya son carne podrida y fétida. El capitán Olarte cierra los ojos y trata de combatir mentalmente aquel espectáculo terrible y descorazonador. Busca en su memoria y sueña tratando de recordar el rostro de su mujer, Cristina. Consigue verlo, borroso, con una sonrisa, unos labios que —piensa— ya no volverá a besar. Un hijo que no verá. Un cuerpo que no volverá a abrazar. Un alma que no lo acompañará más en su caminar por la vida. Diego le habla, y aún puede escuchar el susurro que le llega como respuesta, acariciando sus oídos con palabras de amor, frases cotidianas de paz en el hogar mientras intenta decirle que ya no le escribirá más y que nunca podrá volver a sentir su presencia en aquellas cartas que le llegaban y que iluminaban sus días cuando podía leer en ellas un «Mi queridísimo Diego» como principio y un «Mil besos» como final. Se angustia, pero ya no tiene más lágrimas que derramar. Tampoco tiene ya miedo. Siente dolor, pero también la serenidad de quien, conociendo su deber y su responsabilidad, sabe que tendrá que enfrentarse a la muerte, como el

resto. Y esa certidumbre lo calma de repente, y se recupera no sin esfuerzo. Dirige su vista hacia la batería ligera. Nougués sigue allí. Lo observa en un momento de descanso apoyado en la rueda de uno de los cañones, la cabeza entre las rodillas, sus manos abrazadas a la nuca, y aquella imagen, mezcla de paz y desolación, le impresiona. Ya no se ven destellos desde Annual, y sabe —se lo ha dicho Benítez a todos— que no hay esperanza para ellos. Sus órdenes son las de resistir, y el comandante ha sido tajante: Igueriben no se rendirá jamás. Así lo han sabido aquellos moros que en un breve alto el fuego se acercaron para trasladar promesas de clemencia si abandonaban la lucha: «Estar bien ahora, españoles; si no, todos muertos». Tras esto, ya saben que no habrá cuartel. Allí, a cuatro kilómetros escasos de Annual, a la vista de aquel ejército que asiste impotente al ocaso de la posición, un pedazo de España agoniza de hambre y de sed. Y Diego piensa que quizás Igueriben es, a fin de cuentas, un reflejo trágico del país que a todos los vio nacer.

Ya es noche cerrada y el capitán Olarte se abandona al sueño. Un sueño breve y profundo del que despertará con los primeros disparos que anunciarán, junto con el alba, la llegada de una nueva jornada en la que al menos podrá mantenerse como orgulloso blasón de aquellos hombres, la realidad de que la posición, pese a todo, aún resiste.

11

Todo el dinero de España

Melilla, 19 de julio

Manuel apuró el cigarrillo y lo aplastó en el cenicero junto con el resto de las colillas de todos los que había fumado desde que se despertó. Ensimismado en sus pensamientos, no se percató de que desde el umbral de la puerta del salón donde llevaba ya dos horas de cavilaciones, Lola lo contemplaba en silencio. Apenas cubierta por un camisón de verano que no le llegaba a las rodillas, encendió también otro cigarrillo y exhaló el humo con calma. No se había peinado, y así, con el pelo alborotado, apoyada en el dintel, componía una imagen de natural sensualidad de la que sin duda era muy consciente. Manuel sintió su presencia y volvió su rostro hacia ella. La miró con intensidad y Dolores detectó al momento el enfado que se deducía de su gesto.

—Estás ahí —dijo Dolores a modo de tímido saludo.

—Buena observación —respondió el teniente, lacónico.

—¿Qué te ocurre, cariño? —preguntó preocupada. Aquella muestra de afecto y cercanía desconcertó por un momento al oficial, aunque pronto se recompuso.

—No me ocurre nada, Lola. Nada al menos que sea de tu incumbencia.

—¿Por qué me hablas así, Manuel? ¿Qué ha pasado?

—Me voy. Simplemente. Había dudado si debía despertarte antes para despedirme, pero veo que no es necesario.

—¿Te vas ya? ¿Por qué?

—Una pregunta absurda. Tengo que trabajar.

—¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? ¿Y lo de esta noche? ¿No ha significado nada para ti?

Manuel guardó silencio durante unos instantes. Sí que había significado. Y mucho. Por primera vez en mucho tiempo se había sentido pleno, querido. Había amado con entrega y sinceridad y había sido amado también. Por eso tardó en contestar, midiendo bien sus palabras. Sentía en su interior un dolor profundo. El de la decepción. Un mal que, acompañado por la humillación, conducía al demonio de los celos.

—No lo sé, Lola. Consúltalo con tu general —respondió cortante.

Dolores se estremeció. Durante unos segundos pareció desconcertada, pero pronto se recompuso. Asintió levemente. Ya no tenía mucho que ocultar.

—La foto. La había olvidado. La has visto.

—La he visto. Pero me alegro por ti. Es, efectivamente, una buena protección. De hecho, vas mejorando. Primero un capitán de infantería, luego un capitán de Intendencia y finalmente todo un general. Y no uno cualquiera. Lo que no entiendo es cómo has podido cometer el error de acostarte con un teniente, vista tu trayectoria.

Los ojos de Lola se humedecieron. Se acercó a Manuel con intención de abrazarlo, pero él se apartó, rechazándola con un ademán inequívoco. Ella se quedó parada, mirándolo.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad?

—No veo que haya mucho que entender. Se trata de prosperar, y me parece que te das buena maña. —Miró a su alrededor, señalando con un leve gesto de sus manos la suntuosidad burguesa de la decoración de la sala—. Lo que no me explico es cómo he podido ser tan idiota.

Lola cambió su expresión. Tras la tristeza que traslucía su rostro, sus facciones se endurecieron. Las lágrimas habían desaparecido.

—Efectivamente; no entiendes nada en absoluto. Y eres además un desagradecido.

Manuel se quedó sorprendido ante aquel ataque. No lo esperaba.

—¿Un desagradecido? —acertó a preguntar—. Es lo último que me faltaba por escuchar.

—Sí; un desagradecido. Le debes la vida. Sin su intervención, tú no habrías escapado con vida del Docker.

—Me alegro por ello. ¿Tuviste que insistir mucho?

—Si tu intención es hacerme daño, lo estás consiguiendo, desde luego. Y, a tu pregunta, te diré que sí; tuve que insistir. Eres importante para mí —musitó en voz baja, mirando al suelo.

—¿Como tu misterioso capitán? ¿Y también como Millán?

—Millán es un cerdo. El otro me quiere.

—Veo que te quiere mucha gente, Lola. Demasiada para mí. Comprenderás que me vaya ahora. Imagino que esta noche tendrás visita, y no querría importunar. Entiendo que están en juego altos intereses, y el comandante general tiene que estar contento para adoptar las decisiones más convenientes para España. No seré yo quien entorpezca tan alta misión.

—Eres muy injusto, Manuel.

—No, no lo soy. Soy realista. Y la realidad ahora es que me has utilizado para entretenerte. No hay mucho más que explicar. —Se acercó a la puerta mientras se calaba la gorra de plato.

—¿Qué va a ser de mí, Manuel? No te vayas ahora, por favor. Anoche me dijiste que no me abandonarías.

—No estás sola. Tienes un poderoso protector. No debes tener miedo, y además me da la impresión de que en realidad sabes cuidarte muy bien. Adiós, Lola. —Y sin más palabras que decir, el teniente Altamira accedió al rellano de la escalera después de cerrar con fuerza la puerta tras de sí. Bajó los peldaños de dos en dos y salió a la claridad cegadora de la calle.

Pidió otra cerveza. Todavía era temprano para beber, pero el calor ya apretaba y necesitaba aclarar sus ideas. Había deambulado por la calle de Canalejas y, tras girar en un recodo, desembocó en la avenida de Alfonso XIII. Casi al llegar a la plaza de España, en una pequeña explanada encontró un lugar en el que decidió hacer un alto y aclarar sus ideas. Necesitaba recapitular, y el café-bar La Peña parecía el sitio idóneo. Ocupaba el edificio —una construcción exenta, de una sola planta— el centro de la intersección de la arteria principal de la ciudad con la calle de

O'Donnell. Se acomodó en una mesa en la terraza, que ya recibía un creciente flujo de clientes, y encendió otro cigarrillo mientras observaba los arcos de las puertas y ventanas del local, remedo de un estilo indefinido entre andalusí y recargado morisco que pretendía emular ante el cliente el origen africano del lugar. Echó un vistazo a la concurrencia y le pareció apreciar una mayor afluencia de parroquianos arremolinados alrededor de quienes habían comprado el periódico en su primera edición. Los rostros asomaban serios por encima de las páginas impresas y se oían voces airadas, mezcladas con graves asentimientos. Acertó a escuchar parcialmente la conversación de dos hombres mayores que tomaron asiento en una mesa cercana. Hablaban de un lugar llamado Igueriben, y aunque no consiguió saber a ciencia cierta cuáles podían ser las novedades, sí pudo oír cómo uno de ellos afirmaba, rotundo, al tiempo que golpeaba los adoquines con su bastón: «El general no lo permitirá nunca». Pensó por un momento en comprar un ejemplar de El telegrama del Rif, pero abandonó rápidamente la idea. Quería concentrarse en los avances de su investigación, ordenar todas las piezas y tomar una decisión. Enfrascarse en las noticias del frente lo distraería, y él tenía una misión que cumplir.

Apuró un sorbo de la cerveza y repasó los últimos acontecimientos intentando no dejarse llevar por lo que él entendía como un sentimentalismo trasnochado. Había vuelto a sufrir cuando se había descuidado, y no estaba dispuesto a consentir que le ocurriera de nuevo. Así pues, recapituló: había conseguido pruebas de la corrupción instalada alrededor del mantenimiento del ganado del Ejército. Esas pruebas eran inapelables, y afortunadamente ahora estaban a buen recaudo. Sin embargo, había mucho más, y sobre eso no tenía nada. Tres personas inocentes habían muerto, seguramente asesinadas, y a él por poco lo matan. Era también consciente de todo lo que ocurría en el suministro de medicamentos y material de hospital en el Docker. Desgraciadamente, en ambos casos no había conseguido documentación o testimonio —más allá del de la propia Lola— que probaran el desfalco y, sobre todo, que incriminaran a los posibles culpables. Los culpables. Estaba claro que el capitán Millán lideraba, aparentemente, una red de corrupción en la Plaza. Esa red abarcaba desde el fraude económico derivado del falseamiento de datos en el ganado, medicamentos y suministros hasta extorsiones en comercios, como parecía desprenderse de la conversación que tuvo con aquel hebreo dueño del establecimiento financiero que desapareció con todas las pruebas incriminatorias dentro. También resultaba evidente que ese misterioso y omnipresente teniente de la Policía indígena desempeñaba en todo el entramado un papel de matón, de brazo ejecutor de las amenazas y posteriores castigos. Pero el capitán Millán no actuaba solo. ¿Quién era ese otro capitán, el de

Infantería, al que Lola no quería identificar? Súbitamente le vino a la mente el recuerdo de la escena que se había desarrollado en su casa hacía solamente un par de horas. Había sido un imbécil por dejarse llevar por sus sentimientos, o eso pensaba, pero, pese a que intentaba apartar de su mente aquel rostro, aquella piel y aquellos labios, no conseguía desprenderse del persistente aroma del que emanaba la felicidad que al menos durante un breve tiempo había podido tener a su alcance.

Suspiró. Recordó la foto del comandante general, ese rostro adusto, esa mirada entre desafiante y bravucona que contrastaba con la delicadeza casi infantil de la dedicatoria. El general Silvestre. ¿Hasta qué punto estaba enterado de toda la corrupción que impregnaba la capital del territorio bajo su mando? ¿Alejar a Millán iba a ser toda su intervención en este asunto? ¿Era ésa su forma de impartir justicia? Le había salvado la vida. Eso era cierto, pero no podía soportar la idea de que ella se abandonara en sus brazos, y al darse cuenta de que de nuevo se nublaba su entendimiento por cuestiones ajenas a su investigación, hizo un esfuerzo por recuperar su habitual cordura.

Pensó en su situación. Desde luego, no podía regresar a la pensión. Allí era vulnerable, ya que al parecer todo el mundo conocía dónde residía, y además el lugar era una auténtica ratonera. Pero ¿a dónde ir? ¿Por dónde recomenzar? Melilla era una ciudad pequeña, y a aquellas horas no habría un solo centro institucional que no supiera de la existencia de un teniente de Intendencia venido de Madrid que metía sus narices en demasiados lugares inconvenientes y que había estado a punto de morir o, para algunos, de recibir su merecido. En principio estaba obligado a acudir a su puesto en la comandancia al día siguiente, pero hacerlo implicaba enfrentarse cara a cara con el propio capitán Millán. No le acobardaba la idea, pero tampoco quería ponérselo tan fácil. Sin embargo, había dos lugares que aún no había visitado a fondo: la propia comandancia y la Junta de Arbitrios. En la primera podía encontrar alguna pista que lo ayudara a obtener pruebas del entramado que, dada la impunidad con la que aparentemente se movían sus líderes, quizás no estuvieran tan escondidas. Con respecto a la Junta, desconocía si allí podía conseguir algo, pero era indudable que de alguna manera tenían que estar al tanto de las fechorías de unos delincuentes que se lucraban a costa de la miseria del soldado que, al parecer, en aquellos momentos y por lo que intuía, moría en los roquedales amarillentos y resecos de esa tierra maldita a donde fluía, aparentemente, todo el dinero de España, para al final perderse, como se perdía irremisiblemente el agua de lluvia en el cauce de un torrente desbocado que arrastrara todo a su paso.

Al final se decidió. Acudiría esa misma tarde a la Comandancia de Intendencia, anticipando su regreso oficial. Afrontaría lo que tuviera que afrontar. A la casa de Lola no podía regresar, no conocía a nadie en Melilla, y ,desde luego, si había algo que encontrar, aquél era el lugar donde buscar. Apuró la bebida, dejó unas cuantas pesetas en la mesa para pagar el servicio y se levantó dispuesto a recorrer el largo paseo hasta el edificio al que llegó por primera vez hacía ya demasiado tiempo, según su propia medida, mientras, tras él, los parroquianos discutían preocupados sobre planes militares, ofensivas y tácticas con la facilidad con la que siempre se pontifica sobre tales cuestiones desde el pequeño y confortable fortín de una mesa de café.

Había llegado ya y seguía sin tener un plan. Reflexionó frente a la puerta de la Comandancia de Intendencia. Allí estaba de nuevo, y por un momento dudó si debía informar al comandante Rafael Gallego sobre los manejos de sus subordinados. Pronto desechó la idea. No tenía forma de probar las acusaciones más graves, y, aunque él personalmente no lo creyera, podía ser que también estuviera comprometido en la trama. Actuaría solo, afrontando directamente lo que viniera. Pero primero debía protegerse convenientemente. Desaparecida su Campo-Giro, necesitaba una nueva pistola, y como primera medida decidió encaminarse a la armería de la comandancia para proveerse de nuevo material. Ya pasaban de las cinco de la tarde, y, pese a ello, el calor seguía apretando. Por eso sintió un considerable alivio cuando accedió al interior de la estructura de hormigón en la que, alejada una decena de metros del edificio principal, se almacenaba el armamento que debía distribuirse, entre otros cuerpos, al personal del de Intendencia. La ausencia de ventanas y el grosor de sus paredes dotaban a la estructura de una temperatura mucho más estable y fresca que la del exterior. El centinela de la puerta se cuadró y le dejó pasar. Allí dentro, en una pequeña antesala, aburrido tras una sencilla mesa que precisaba urgentemente una buena capa de barniz, sesteaba un sargento que se puso en pie aparatosamente cuando Manuel carraspeó para llamar su atención.

—¡A la orden, mi teniente! —vociferó, como si hubiera estallado un obús junto a él. Manuel enseguida adivinó que el suboficial estaba sordo como una tapia.

—Descanse, sargento —dijo elevando la voz—. Venía únicamente a retirar una pistola. La anterior se ha estropeado.

—Ya veo. —Le hizo un guiño—. Querrá de las nuevas, ¿no?

—¿Las nuevas? No sé. La que tenga disponible. Y dos cargadores.

—No se preocupe, mi teniente. —Abrió un cajón, del que sacó un enorme manojo de llaves—. Para Intendencia, lo mejor de lo mejor. Ha llegado una nueva remesa de Astras, cosa fina. Ni el comandante general tiene una igual.

—¿Una Astra? ¿Pero de dónde la saca? —Enseguida se arrepintió de la pregunta—. Quiero decir: ¿ya están disponibles?

El sargento lo miró con cierta desconfianza. Era evidente que prácticamente dormía en su gruta y permanecía ajeno a cualquier novedad del exterior. Como una especie de ermitaño armado. Desde luego, no lo conocía.

—¿Es usted nuevo? Seguramente sí. Por eso no sabe que solamente se suministran estas pistolas a esta comandancia. Usted ya me entiende. —Volvió a guiñarle el ojo, como para asegurarse de que el oficial comprendía a qué se refería.

—Por supuesto, sargento. Deme lo que tenga.

Manuel vio cómo el suboficial, dejando abierta la puerta blindada tras él, se perdía en el interior de la armería. Esperó unos minutos y al cabo aquél regresó bamboleándose y puso sobre la mesa un flamante modelo de la pistola fabricada en Guernica, junto con dos cargadores.

—Aquí la tiene, teniente: una Astra 400 nuevecita, con dos cargadores, y le doy cuatro cajas de cartuchos del nueve largo como regalo —dijo satisfecho, como si acabara de hacer una buena venta.

—Gracias, sargento. —Manuel sopesó el arma, todavía grasienta, sin estrenar—. Dígame dónde firmo la retirada de la pistola y también de la munición.

—¿Firmar? —El suboficial lo miró extrañado—. No hay nada que firmar, mi teniente. Se lo lleva y listo.

El oficial reflexionó con rapidez y tuvo una intuición.

—Gracias, sargento; ¿qué se debe, por las molestias?

—Oh; no se preocupe. —El suboficial respiró aliviado—. Por ser usted, se lo dejo todo en cincuenta pesetas. ¡Y es una ganga! A no ser que…

—No, no; me parece perfecto. —Sacó sin dudar su cartera.

Afortunadamente había tenido la precaución de guardar los fondos del ministerio allí, y nadie había hurgado en ella hasta que se la devolvieron en el hospital. Pensó en cómo explicaría aquel gasto en el negociado, pero esta era una cuestión que en aquellos momentos le preocupaba muy poco. El Ejército no suministraba oficialmente aquellas armas, y, si lo hacía, las facilitaba con cuentagotas como prueba, y eran, por ello, al ser un lujo caro y excepcional, codiciadas por cualquier general. Allí, sin embargo, se vendían a clientes satisfechos. Cómo se conseguían y cómo repartían aquellas ganancias era harina de otro costal, pero quedaba claro que en aquella comandancia todo, absolutamente todo, estaba en venta.

Se dispuso a salir al exterior, pero tras él el sargento llamó su atención a gritos.

—¡Mi teniente! ¿Sería usted tan amable de hacerme un favor? —Manuel se giró, dispuesto a escucharlo tras la sorprendente pregunta—. No puedo salir de aquí dejando sola la armería. ¿Va usted a ver al capitán Millán?

El oficial no lo dudó.

—Seguramente sí, ¿por qué?

—¿Le podría decir, cuando regrese de Zeluán, que se ha dejado aquí dos de las cajas de máuseres olvidadas? No quiero líos luego.

—Por supuesto… ¿En Zeluán dice, sargento?

—Sí; se fue hace dos horas con el teniente Aguado, el de la Policía indígena. Imagino que vendrán mañana, y no quiero que se enfade. Siempre le digo que cuente bien las cajas que tiene comprometidas, pero nunca me hace caso.

Sentado a la sombra del pequeño tejadillo de un cobertizo abandonado junto al depósito de armas, el teniente Altamira contempló su nueva y flamante pistola reflexionando sobre la escena en la que acababa de participar. Aquel sargento parlanchín le había facilitado la decisión sobre los próximos pasos que dar. Estaba claro que el capitán Millán estaba apurando sus últimos días para terminar sus negocios pendientes, hacer caja y volar posteriormente. ¿Pero armas? ¿También? ¿Y para quién? No quería creer lo que las evidencias mostraban, y trató de alejar de él la sospecha de que aquellos fusiles eran vendidos a terceros. ¿A los rifeños?

Reflexionando sobre ello, no veía otra alternativa. Y si efectivamente aquello era cierto, la realidad ante la que se encontraba sobrepasaba con mucho todos sus temores. Dentro del amplio espectro de actividades criminales que al parecer se desarrollaban en la comandancia, por lo visto también prosperaba el tráfico de armas, pero con una particularidad: aquellos fusiles se le escamoteaban al Ejército y terminaban en manos de hombres que los empuñarían para matar españoles. Y se llevaba a cabo de la misma manera en la que se hacía todo allí, a la luz del día; del mismo modo en el que a él le habían vendido tranquilamente un arma aún no reglamentaria, con la codicia transparente de quien se cree impune porque ha asumido que allí aquello es más que nada un pecado venial.

Guardó la pistola en su funda una vez cargada y se levantó. Iría a Zeluán tras la pista del capitán y lo haría en ese mismo momento. A fin de cuentas, tampoco tenía un lugar seguro para dormir y nadie lo esperaba en sitio alguno. Estaba ante una oportunidad —si sus sospechas eran ciertas y se confirmaban— para poder dar un gran salto en su investigación. Tomada la decisión, no permaneció mucho tiempo sentado. Miró a su alrededor y se dirigió al parque móvil. Tendría que darse prisa.

El cabo que vigilaba indolentemente los tres vehículos que permanecían expuestos al sol del atardecer no le hizo demasiadas preguntas cuando el teniente Altamira le ordenó que preparara para él uno de los viejos Ford aparcados. Le bastó decir que tenía que entregar una nota urgente al capitán Millán, que había salido para Zeluán y el soldado le entregó las llaves del vehículo con indiferencia. Desde luego, pensó, es Millán quien manda aquí realmente. Y a nadie le importa.

Zeluán se hallaba a veinticuatro kilómetros al sudoeste de Melilla por una vieja carretera sin asfaltar. Había que atravesar primero la villa de Nador, ubicada junto a la Mar Chica, y luego seguir en dirección a Monte Arruit. O así se lo había indicado el cabo. Hora y media más o menos. Mientras circulaba tratando de esquivar los baches del camino, recapituló. No sabía muy bien ni dónde buscar ni qué hacer una vez alcanzado el poblado. Desde luego, tendría que ir con cuidado. Millán no estaba solo; lo acompañaba ese teniente cuyo nombre al menos ahora sabía: Aguado. Que era peligroso no lo dudaba. Estaba además seguro de que él había sido el hombre que había intentado matarlo en aquel callejón. Tampoco tenía duda sobre su responsabilidad en el incendio y en el asesinato del banquero judío y sus empleados. Debería extremar, por tanto, sus precauciones. Ya tenía experiencia en su vida anterior de tratar con maleantes, pero esto no eran las calles de Madrid, territorio conocido. Aquí se encontraba en inferioridad de

condiciones.

Media hora más tarde, habiendo dejado tras él y a su derecha el imponente macizo del Gurugú, mole omnipresente que dominaba la Plaza y los alrededores, y mientras intentaba que el viejo Ford se desplazara a una velocidad razonable a través de las rectilíneas calles de Nador, Manuel observó cómo algunos habitantes de la pequeña localidad costera seguían la trayectoria del vehículo, cesando momentáneamente las conversaciones que mantenían en pequeños grupos a las puertas de sus casas. Sintió sobre sí el peso de aquellos silencios de los naturales del lugar que ni lejanamente podían interpretarse como amistosos. Apenas se veían colonos españoles, y únicamente atisbó a una pareja de la Guardia Civil que patrullaba, fusil terciado, por la polvorienta avenida principal a la altura de la enorme mole de la iglesia, cuyas torres se elevaban por encima del resto de las construcciones, encaladas y de una planta, que daban al poblado un aspecto que le recordó vagamente a alguna localidad de la costa levantina en España. El aire del atardecer se convertía, conforme avanzaba el ocaso, en una pesada, calurosa y apelmazada mezcla de salitre y tierra que le dificultaba la respiración. Humedad y sequedad a un tiempo, la primera por causa de la tranquila laguna marítima que era la Mar Chica, conectada con el Mediterráneo por una única abertura sobre la lengua de tierra que la cerraba en su orilla oriental, y la segunda, por el polvo que se levantaba ocasionalmente en aquellas calles al paso de cualquier vehículo o carromato. Cuando dejó atrás la población, ya estaba anocheciendo y los faros del coche apenas conseguían alumbrar los contornos de un camino que, con la oscuridad, se volvía amenazador y peligroso.

Llegó al fin a Zeluán sin un plan predeterminado. Cerca del núcleo de la población, antes de alcanzar el casco urbano y sobre una loma, junto a la pequeña pista de un aeródromo desprovisto de más instalaciones que un par de casetas y varias tiendas cónicas, languidecían los seis únicos aviones que la incipiente Fuerza Aérea española tenía destinados en la Comandancia de Melilla. Los pilotos pernoctaban en la Plaza, y cuando las luces del Ford alumbraron el pequeño cartel indicador que avisaba de la desviación que había que tomar para acceder a la pista, a Manuel le pareció que estaba ante un escenario irreal, por puro abandono. Nadie custodiaba los aparatos sobre los que se basaba el poder aéreo del Ejército en aquella zona, y el oficial apenas vislumbró en una lejanía envuelta ya en penumbra una de las modestas edificaciones construidas junto a la pista, y en su interior, una tenue luz que aportaba al conjunto un ambiente fantasmal. No se veía a nadie en las cercanías, a excepción de un centinela que apuraba su guardia en una caseta desvencijada situada

en una pequeña elevación junto al cruce de caminos. Parado ante la encrucijada, con el motor al ralentí y sin una idea fija de a dónde ir, Manuel estuvo tentado de continuar su camino, pero le vino a la cabeza la certeza de que desde aquel puesto podían controlarse todos los vehículos que fueran por la carretera hacia la población, y, en consecuencia, también podía ser un buen lugar para hacer algunas preguntas. En todo caso resultaba preferible no hacerse notar demasiado, cosa que sin duda habría ocurrido de haber entrado en Zeluán directamente, dirigiéndose a la antigua alcazaba, una edificación fortificada del siglo xvii circunvalada por viejas murallas de piedra, ladrillo y adobe donde se encontraba asentada la guarnición. Pensó que sin duda un capitán de Intendencia corrupto y su matarife de la Policía indígena serían más conocidos en la fortaleza que en aquel campo apartado, territorio exclusivo de aviadores e infantes aislados.

No lo vio venir hasta que prácticamente lo tuvo encima. El ruido de su propio motor había ocultado el del camión del Ejército que, con las luces apagadas, dobló el recodo de la carretera a unos metros enfrente de donde se hallaba parado. El brusco frenazo que el conductor se vio obligado a hacer para esquivar el coche del teniente Altamira hizo que derraparan sus ruedas traseras, sin que pudiera evitar que el eje posterior del vehículo se desplazara y, con la inercia del movimiento, el camión trastabillara lentamente hasta volcar sobre el terraplén que elevaba el camino en aquel sector. Como consecuencia del accidente, del desvencijado volquete del vehículo salieron despedidas varias cajas de madera que se rompieron en pedazos al golpear contra las rocas, mostrando de esa forma que estaban vacías. De inmediato se oyeron las maldiciones que desde la cabina profirieron sus ocupantes, pasado ya el primer aturdimiento. Los faros del viejo Ford alumbraron entonces la escena. Manuel vio bajar del camión accidentado a un oficial manchado de tierra y con algunos rasguños y al soldado conductor, que pudo salir del amasijo de hierro a duras penas, pero sin heridas.

Distinguió inmediatamente al teniente Aguado. El oficial se encaminaba hacia él, cegado por los focos, mientras se sacudía de polvo el uniforme. Superada su sorpresa, de forma instintiva Manuel apoyó su mano derecha en la abotonadura de la funda de su pistola, desabrochándola.

—¿Quién ha sido el imbécil que…? —Aguado se calló al instante cuando, cerca ya del que consideraba causante del accidente, reconoció al teniente Altamira.

—¿Está hablando de mí, teniente? —le respondió Manuel mientras mantenía su mano sobre la culata de la Astra, ya al descubierto. Al oficial de la Policía indígena no le pasó desapercibido el detalle. Una sonrisa se dibujó en su rostro, y consiguió controlar con ese gesto la primera reacción de absoluta estupefacción ante aquel inesperado encuentro.

—Vaya, vaya. El teniente metomentodo de nuevo. Decididamente, Altamira, eres todo un incordio. —Miró de reojo cómo el centinela que vigilaba el aeródromo se acercaba alarmado por el incidente y decidió suavizar su tono al tiempo que le hacía un gesto de calma al soldado conductor, un rifeño enrolado en la Policía que ya hacía ademán de empuñar el fusil que había rescatado rápidamente de la cabina.

Manuel estudió la situación con frialdad. El motor de su Ford seguía ronroneando y los faros alumbraban el camión accidentado y su carga de cajas de armamento vacías, que se encontraban desperdigadas por el terraplén. La presencia del centinela, que observaba con curiosidad el estado del vehículo, le daba cierta seguridad, pero, pese a ello, no quitaba ojo de los hombres que ahora se acercaban con cautela.

—¿Dónde está el capitán Millán? —preguntó sin contestar a la provocación del oficial de la Policía indígena—. Se supone que no das un paso sin que te lo ordene tu amo.

Aguado sonrió, pero sus ojos delataban la furia contenida contra la que luchaba para evitar darle rienda suelta a la evidente necesidad que tenía de contestarle con algo más que palabras.

—¿El capitán? ¡Ah! En la comandancia, por supuesto —contestó con descaro—. Está deseando verte, Altamira. Tengo el encargo de decirte que te espera cuando tengas a bien reincorporarte a tu puesto. Por cierto, ¿qué tal tu herida? He oído que te dejaste atrapar como un principiante y que chillaste como un cerdo. ¿Es cierto?

Manuel hizo caso omiso de la provocación y, señalando las cajas rotas en el suelo, se dirigió con voz firme a Aguado.

—Tendrás mucho que explicar cuando haga mi informe sobre el contenido de esas cajas y su destino. Y sobre tu viaje. A estas horas, oculto, sin luces. Me da la impresión de que no estás precisamente en misión oficial.

El teniente soltó una carcajada.

—¿Esas cajas? Avituallamiento militar de la alcazaba. Ellos te lo podrán confirmar. Andan las cosas un poco revueltas, ¿verdad? Toda precaución es poca, y es importante renovar el armamento. Todo está en los libros.

—Seguro que alguien te cubrirá, Aguado, pero al final, más pronto que tarde, nadie te salvará de que pagues por tus crímenes. Ni a ti ni a Millán. Os espera la cárcel o el pelotón de fusilamiento. Y ahí sí que renuevan el armamento. Me encargaré de ello personalmente.

—Lo dudo, Altamira. Lo dudo mucho. De hecho, creo que el que tiene que andar con cuidado eres tú. Se habla en Melilla sobre la identidad de la última persona con la que estuvo el judío ése que murió, y hay gente que empieza a rumorear sobre un teniente viejo que ha venido de Madrid. No sé, pero me parece que andas metido en un buen lío. Tengo curiosidad por ver cómo sales de ésta.

El centinela observaba la escena con cara de incredulidad, sin saber cómo reaccionar ante la evidente tensión que se desprendía de aquellas palabras. Fue Manuel el que, impertérrito, cambió de tema.

—Eso ya lo veremos. Regreso ahora mismo a Melilla a informar. —Se acercó al vehículo, dispuesto a montar en él—. Estoy seguro de que mañana podrás explicar al comandante la razón de por qué te encuentras a estas horas en Zeluán con esas cajas. —Aguado dio un paso interponiéndose entre Manuel y su coche; el policía indígena le apuntó con el máuser.

—No lo creo, Altamira. —Apoyó el brazo en la puerta, impidiendo que la abriera—. De hecho, voy a pedirte el favor de que me cedas tu Ford para regresar. —Se dirigió de inmediato al policía que lo acompañaba —. ¡Ahmed! Baja el fusil y trae la caja. No va a hacer falta defenderse, porque el teniente va a colaborar.

Manuel comenzó a desenfundar su pistola con calma ante aquellas palabras, pero, sin que pudiera terminar el gesto, Aguado extrajo también su arma al mismo tiempo que sacaba de su bolsillo un documento y se lo mostraba al centinela, que cada vez se encontraba más nervioso ante esa extraña situación.

—Mi teniente… Yo… —dijo el soldado sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Mira esto, chaval. —Le puso el documento ante sus ojos—. Un salvoconducto con la firma del capitán Millán y la autorización del comandante. Vale para todo tipo de desplazamiento por la zona.

Prioridad sobre cualquier otra consideración. Y ahora ¿podrías indicarle amablemente a este oficial —señaló a Manuel con la pistola — que deje de entorpecer el desarrollo de nuestra misión? Confiscamos este coche por necesidades del servicio. ¡Vamos, Ahmed! ¡Date prisa!

El aludido ya llegaba acarreando una caja metálica cuyo peso quedó constatado cuando la vieja suspensión del Ford crujió al dejarla caer el rifeño sobre sus asientos traseros.

—El resultado de la venta, supongo… —Mantuvo Manuel el arma aferrada a su mano, apuntando al suelo, el brazo caído, inmóvil pero amenazador.

—Obras de caridad, teniente. Solamente eso; obras de caridad en favor de los necesitados —le soltó, acompañando su respuesta con una risotada, como sintiéndose impune mientras ocupaba el asiento del copiloto sin soltar su pistola.

Altamira en ese momento ya supo que no iba a poder impedir aquella fuga; no ante el centinela y menos con esa orden firmada por el comandante. El marroquí se puso al volante y comenzó a maniobrar para dar la vuelta y poner rumbo a Melilla

—A todo cerdo le llega su san Martín, Aguado —le dijo Manuel cuando se apartó del camino, rabioso, mientras el oficial de la Policía lo miraba burlón, satisfecho de aquella humillación.

—Es de mal gusto mencionar el cerdo ante Ahmed, teniente. —El aludido sonrió mostrando un par de dientes de oro en su boca, divertido ante la ocurrencia de su oficial—. Nos tenemos que llevar bien con ellos, ¿verdad? Es rentable para todos. Nos veremos pronto, Altamira. Eso tenlo por seguro.

—Te estaré esperando. —Pero ya no lo oyó, porque el ruido del motor ahogó sus palabras, dejándolo allí, impotente y furioso mientras contemplaba cómo el vehículo se perdía en la negrura de la noche, con la única compañía de un soldado que aún no alcanzaba a comprender bien la escena que se había desarrollado ante sus ojos.

12

Sobre un polvorín

Zeluán/Melilla, 20-21 de julio

Primeramente sonó como una pequeña explosión. Poco a poco, en ese breve intervalo entre el sueño y la realidad, pudo distinguir claramente el ruido persistente de un motor que aumentaba sus revoluciones hasta convertirse en un sonido regular y en cierto modo tranquilizador. Había dormido profundamente, y aquel viejo jergón que el sargento de guardia del aeródromo le había proporcionado para pasar la noche en el pequeño cobertizo donde se acumulaban repuestos y maquinaria en reparación no era la peor cama en la que había estado. Se rozó el rostro con la mano y notó la áspera piel sin afeitar y un leve malestar en el vientre, producto de la herida que, aunque curada, todavía le recordaba su presencia con dolores ocasionales. Cuando salió al exterior, apenas amanecían las primeras luces del alba. Junto a los rudimentarios hangares construidos con lonas de tienda entrelazadas, se hallaba dispuesto para dirigirse a la cabecera de la pista uno de los tres bombarderos De Havilland que se encontraban destinados en la base. En el biplano tomaban asiento piloto y ametrallador, abrigados, pese a que ya se insinuaba otra jornada de calor tórrido, con sus respectivos buzos de cuero, capucha con orejeras y gafas que pronto quedarían ennegrecidas por el humo y aceite de un motor que incrementaba su potencia conforme el aparato se desplazaba. Tras la aeronave, alineados en fila, quedaban los cinco aviones restantes, incluyendo, además de otros dos equivalentes al que ahora se aprestaba a despegar, tres viejos Bristol que parecían tristes pájaros metálicos, enmudecidos por la ausencia de pilotos que los devolvieran a la vida.

Manuel permaneció parado, observando el desplazamiento del aparato, clavado al comienzo de la pista, su hélice revolucionada, esperando el comienzo de su carrera en pos de esa libertad que se presume a todo ingenio volador cuando al fin están en su elemento.

Unos pasos por delante de él, un oficial de altura considerable le daba la espalda. También él se hallaba absorto en la contemplación del biplano. Por fin, éste empezó a rodar, y fue adquiriendo mayor velocidad a cada segundo, brincando ocasionalmente sobre la irregular superficie de tierra prensada y hierba seca mientras pugnaba por elevarse, primero con pequeños saltos y al fin cogiendo altura en un impulso definitivo, al tiempo que el piloto saludaba con la mano y era correspondido por el militar. Tras unos minutos, el bombardero, poniendo rumbo hacia el noroeste, se convirtió en un punto lejano que se fundió con la neblina del amanecer. Fue entonces cuando el oficial se dio la vuelta, cabizbajo, dando pequeñas chupadas a la pipa que portaba en su mano derecha, la izquierda a su espalda, y echó a andar a grandes zancadas hacia las casetas que hacían las veces de oficina y depósito. Levantó la cabeza levemente y en ese instante reparó en la presencia del teniente Altamira. Éste se cuadró cuando comprobó la graduación.

—¡A la orden, mi capitán!

—Vaya. Por fin ha despertado —le dijo como saludo, con una sonrisa entre jocosa y paternal.

Manuel reparó al instante en que el oficial pertenecía al cuerpo de Sanidad militar. Se extrañó. ¿Un médico en un campo de aviación? Lo miró. Efectivamente, su primera impresión no había sido engañosa, puesto que aquel hombre probablemente se acercaría al metro noventa de altura. Sus facciones, endurecidas por el sol, daban al capitán García de Salazar un aspecto entre venerable y aristocrático, quizás por su delgadez estilizada, su bigote negro recortado de forma impecable, su nariz prominente y perfectamente recta en su tabique o quizás simplemente por sus ademanes o por aquella pipa que seguía chupando mientras lo observaba con detenimiento y que parecía el complemento perfecto para un apellido tan apropiado.

—Teniente Manuel Altamira —se presentó—. Sé que le sorprenderá mi presencia aquí, pero puedo explicárselo —comenzó, circunspecto.

—No se preocupe, teniente. De algo me han informado. Por lo visto, tuvo usted ayer por la noche un incidente que podríamos calificar como… desagradable. Ésa es al menos la impresión que me ha trasladado el soldado que se encontraba de guardia. Espero que haya dormido bien. Este lugar no es gran cosa, como ve. Al menos para un oficial de Intendencia, claro. Probablemente esté usted acostumbrado a otras comodidades.

Lo dijo con una leve mueca burlona que Manuel detectó al instante. Siempre esa fama por delante. Nunca se resignaría a ello. Decidió, como siempre, ir directo al grano y no entretenerse con mayores preámbulos.

—He dormido en sitios peores, mi capitán. Puedo asegurárselo. No obstante, y aun a riesgo de importunarle, me gustaría pedirle un favor, si estuviera en su mano.

El oficial no le contestó; se giró señalando hacia el noroeste con la mano en la que sostenía la pipa.

—¿Sabe hacia dónde vuela? —Lanzó la pregunta casi con melancolía. Manuel no tuvo tiempo para contestar—. Hacia Igueriben, ese enclave perdido de la mano de Dios. Parece que nadie en este país está prestando atención a la tragedia que se representa ante sus ojos. O más bien su preámbulo. Va a intentar ayudar algo y a comprobar si aún siguen vivos sus defensores, pero poco va a poder hacer con esas cuatro bombitas que lleva. Con suerte, si consigue regresar indemne. Esos moros disparan bien. Un solo avión… —Miró hacia el resto de los aparatos, parados, silentes, y suspiró—. ¿Me decía, teniente?

—Discúlpeme, mi capitán, pero necesito regresar a Melilla de inmediato. Un asunto oficial —mintió relativamente—. ¿Hay alguna posibilidad de…?

No terminó la frase.

—Lamentablemente, teniente, no va a ser posible. Al menos hoy. Como verá, aquí disponemos de un solo vehículo que utilizo personalmente para mis visitas médicas por la zona, y hasta mañana no termina mi tiempo de guarnición en Zeluán. Entonces, si lo tiene a bien, tendré mucho gusto en volver con usted a Melilla. Pero no antes. Mientras tanto, ¿por qué no me acompaña dentro y comemos algo? Estará hambriento. Y así me cuenta por qué estaba usted por este secarral a esas horas ayer por la noche.

—A la orden, mi capitán. Lo cierto es que no he comido nada desde ayer al mediodía —contestó Manuel un tanto asombrado por la afabilidad de aquel oficial.

—Y, por favor, no sea tan ceremonioso, teniente. No hace falta que se cuadre usted cada vez que le pregunto algo. Venga; vayamos dentro. En pocas horas hará ya un calor de mil diablos, y mientras el comandante esté volando y no regrese, éste es mi territorio.

Sobre la única mesa que casi completaba el escueto mobiliario del blocao de mampostería y madera en el que se encontraban, destacaba una gran fuente rebosante de panecillos e higos y una botella ya comenzada de coñac. El capitán García de Salazar cogió dos vasos de una alacena y le ofreció uno a Manuel.

—¿Se sirve usted, teniente?

Altamira miró alternativamente a su reloj y a la bebida. Respondió, no sin cierto azoramiento:

—No, gracias, mi capitán. Demasiado pronto para mí.

El oficial se sentó, depositó cuidadosamente su pipa en un pequeño plato y se sirvió un generoso trago.

—Hace bien, teniente…

—Altamira; teniente Altamira.

—¡Ah, sí! Hace bien, Altamira. Éstos son vicios que no hay que adquirir, a ser posible. Por desgracia aquí del vicio se hace virtud con demasiada frecuencia. Pero dígame, ahora que estamos tranquilos…, tengo curiosidad: ¿qué le trae por aquí? ¿Es cierta esa misión oficial de la que hablaba antes?

Manuel dudó. Observó detenidamente a su interlocutor. Había algo en él que le inspiraba confianza, y, sin embargo, ya había cometido demasiados errores por causa de aquellas intuiciones. Decidió desviar el tema antes de estar completamente seguro de que podía hablar con franqueza con aquel oficial de aspecto despreocupado y señorial.

—Permítame antes, mi capitán, que le haga yo a usted una pregunta, si no lo considera excesivo atrevimiento. —García de Salazar se bebió de un trago el coñac de su copa y se sirvió otra—. ¿Qué hace un oficial de Sanidad destinado en un campo de aviación? No acabo de entenderlo.

—Vaya; parece usted gallego —contestó sonriente—. Pero es una buena pregunta, ¿verdad? ¿Qué hago yo aquí? —Manuel vio cómo, por un momento, el capitán vacilaba mientras miraba con aparente atención el líquido cobrizo que bailoteaba en su copa—. ¿Qué hago yo aquí?

—No querría incomodarle…

—¡Bah! ¡Qué más da ya! ¿De verdad no quiere usted servirse? —Manuel denegó su ofrecimiento con la cabeza—. Bueno; uno de los dos debe tener la mente despejada. Pero me sorprende esa pregunta en alguien como usted.

—¿Alguien como yo?

—Intendencia.

—Intendencia. Ya. No es el arma de más prestigio en esta plaza, por lo que he podido comprobar.

El capitán esbozó una mueca de asombro y miró intensamente a Manuel mientras se preparaba con calma, mecánicamente, una nueva pipa.

—¿Y le sorprende? Todavía quedan almas sencillas en el Ejército. ¿De dónde ha salido usted?

—De Madrid —respondió Altamira de manera ingenua ante una pregunta que no estaba destinada exactamente a averiguar su origen—. No llevo aquí ni dos meses, aunque me ha servido para aprender bastante.

—Ya imagino, ya. —Dio dos chupadas a su pipa y pareció sentirse satisfecho. Un fuerte olor dulzón invadió de repente la estancia mientras el humo trazaba caprichosas figuras que se mantuvieron en el aire, en suspensión.

—¿Qué sabe usted del capitán Millán, de la Comandancia de Intendencia de Melilla? —quiso saber Manuel, de repente, apartando bruscamente al médico militar de su abstracción.

García de Salazar miró fijamente a Altamira y tras dar una nueva calada a su pipa, se tomó unos segundos antes de contestar:

—Vaya. Es usted un hombre directo, teniente. ¿Siempre inicia así sus conversaciones? —Se rio—. Mejor le contaré primero qué hago yo aquí, contestando a su primera pregunta, y quizás así pueda encontrar usted la respuesta a la segunda.

Manuel asintió.

—Como usted quiera, capitán. Creo que por ahora tengo tiempo.

—Yo no estaría tan seguro, pero en fin… —Se sirvió otra copa y paladeó el coñac con deleite antes de hablar—. Vivimos en un lugar complicado, teniente. Probablemente, y por lo poco que intuyo, por su presencia aquí, por sus preguntas, usted ya se está dando cuenta. Es un reflejo de esta España nuestra en la época que nos ha tocado vivir. Yo elegí este destino, Melilla, porque siempre he pensado que esta profesión nos exige acudir a donde más se nos puede necesitar; ¿no está usted de acuerdo, Altamira?

Manuel dudó. Desde luego su empleo no era vocacional. Recordó por un momento circunstancias de su vida que no le apetecía rememorar.

—Probablemente mi opinión no le interese demasiado ahora, mi capitán —zanjó.

—¿Ah? Bueno. Como usted quiera. Prosigo entonces. Como le decía, vine aquí buscando un sentido a mi elección profesional. Soy médico por vocación y militar por tradición familiar. El hospital Docker se antojaba un destino mejor que cualquier otro: contacto directo con heridas de guerra, soldados a los que ofrecer mi pericia, ayudar a mi país de mejor forma que curando una gonorrea contraída en una ciudad de provincias de la Península…

—Entiendo.

—Con esa ilusión me vine… hasta que me topé con la realidad. Y con la forma de hacer las cosas que ha convertido este lugar en un cáncer para la patria. ¡El hospital Docker! Un lugar infecto. ¿Lo conoce usted?

—He oído hablar de él, sí —se evadió Manuel.

—Pues debería, perteneciendo a esa arma. —Señaló su distintivo—. No obstante, usted es nuevo aquí. No le culpo por su ignorancia. Conocerá, sin embargo, cómo funciona el asunto. La Sanidad militar se mancha, trabaja, se desloma, no duerme, opera, cura, sana… con lo que puede. Con lo que Intendencia compra, adquiere, suministra y decide. Ellos gestionan, nosotros trabajamos. Un sistema absurdo. O quizás no lo sería si algunas personas no hubieran encontrado en ese entramado la mejor forma para pagarse un sobresueldo; en ocasiones un muy generoso sobresueldo diría yo.

»Le explico: cada paciente, cada soldado ingresado le cuesta al Estado un potosí. Con ese importe, desembolsado puntualmente a costa de presupuestos desorbitados, Intendencia teóricamente se encarga de la compra de medicamentos, ropa de cama, contratación de limpieza y

desinfección, material sanitario y mantenimiento. Sin embargo, cuando el dinero llega, se aparta una porción importante que acaba en determinados bolsillos y con el restante se adquieren los productos que luego incluso se revenden a precios mayores, lo que hace que así nuevamente aumente la ganancia. Yo mismo he llegado a averiguar que se han comprado medicinas para uso del hospital que posteriormente se recolocan con sobreprecio a los farmacéuticos, y que se administra finalmente a los enfermos tintura de yodo como sustitutivo de lo que no se obtiene. Cuando denuncié este caso al poco de llegar a mi destino, el inspector de Sanidad militar me miró como las vacas al tren antes de continuar con sus visitas a las tertulias de los cafés de la ciudad. A partir de ahí no dejé de meterme en problemas. Denuncié que las camas se pintaban de gris oscuro deliberadamente para disimular la suciedad y que las sábanas se compraban específicamente de color amarillo y no blanco, por el mismo motivo. Incluso llegué a ver situaciones en las que por costumbre y desidia las perolas donde se servía el rancho a los enfermos se depositaban, sucias, junto a las letrinas. No sé cómo, de milagro, no se extendió alguna epidemia de cólera.

García de Salazar hablaba sin pasión, como quien cuenta una historia lejana de un país extraño. Vació de nuevo la pipa.

—Tomaré un trago ahora, si me lo permite, capitán —apuntó Manuel, deseoso de seguir escuchando y confiado en que el alcohol continuara excitando el desahogo del oficial.

—Claro, teniente. Sírvase usted mismo. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Las denuncias. Mis problemas. En esa comandancia de Intendencia no manda quien debe, sino quien realmente lo controla todo.

—¿Millán?

—Millán; sí. Lo que no alcanzaba entonces a comprender bien es cómo se le consentía hacer y deshacer a su antojo. Aún sigo sin entenderlo. En Melilla todo el mundo sabe, pero nadie actúa. Se tolera. Mucha gente vive de ello y la ciudad bulle porque circula el dinero. Y el juego, amigo mío, el juego; un verdadero cáncer, destructor de conciencias y ogro insaciable que precisa de grandes capitales, los que se buscan de forma ansiosa y tienen su inevitable consecuencia en estas corrupciones que a su vez surgen porque el alma de los hombres es como es. Y con el juego, la prostitución, las queridas, el lujo y la ostentación; y más deudas. Y para mantener todo eso, conciencias bien regadas con más sobornos y sobre todo ello una Junta de Arbitrios podrida que los consiente.

—¿Y los mandos? ¿Los jefes? —preguntó Manuel intentando aprovechar al máximo aquellas confidencias. Llenó de nuevo ambos vasos.

—Gracias, teniente. ¿Los mandos? Bueno —reflexionó García de Salazar—, hay de todo. Están los que se han dejado corromper, están también los que no quieren saber nada pero miran a otro lado y los que no se enteran, como el comandante Rafael Gallego, al mando de Intendencia en la Plaza. Buen hombre, pero dominado por la labia de Millán, en quien sorprendentemente confía ciegamente.

—¿Y Navarro? ¿Y Silvestre?

García de Salazar miró su copa. Tardó en contestar.

—No lo sé; personalmente creo que son hombres de honor. Solo se fijan en lo militar y entienden que tales cuestiones no les competen. Viven por y para la milicia en el sentido tradicional, o ésa es mi impresión. Navarro está al frente de la Junta de Arbitrios y lo enredan con papeleo que dudo que estudie antes de firmar. Me consta su elevado sentido del deber, pero fallan a sus hombres considerando esas cuestiones como algo ajeno a su mando. Y Silvestre… El comandante general tiene fama de hombre honrado. Es viudo y tiene éxito entre el público femenino, usted ya me entiende… —García de Salazar no pudo ver cómo se contraía el gesto en el rostro de Manuel —, y por ello es popular como una figura casi de otra época. Yo apenas lo he tratado, pero puedo constatar que sus hombres lo adoran. Sinceramente, no creo que ni se pare a pensar en qué sucede en Melilla, ni en el ejército por debajo de él. Vive como en una novela llena de hechos heroicos, bravuconadas, gloria y honor. Y lo pagará caro algún día, me temo. Hay también mandos que lo tienen muy engañado. Por ejemplo, ese impresentable coronel Araujo, que cuando no está jugando en el casino militar o cortejando a sus queridas, asienta sus posaderas ocasionalmente en Dar Quebdani, guarnición importante que supuestamente protege el flanco derecho de las posiciones del general. Un personaje cobarde y petulante. Juntero, por supuesto. ¡Y se supone que de él depende la seguridad de la retaguardia! Que Dios nos asista. Pero hasta este momento Silvestre ha tenido suerte, aunque lo que yo estoy viendo por aquí me hace temer lo peor.

—¿Por qué, capitán? ¿Qué es lo que ocurre fuera de la plaza? Precisamente estoy aquí ahora porque vine siguiendo la pista de Millán. Un trayecto sorprendente a horas inusuales para el servicio. Y usted está aquí ahora también y me está contando todo esto. ¿Por qué

no insistió? ¿Por qué no ha contado lo que ha visto a sus superiores?

—Buena pregunta, teniente. ¿Por qué? Porque en el fondo fui un cobarde. Mis primeras quejas no surtieron efecto. Luego comencé a recibir amenazas veladas, no tanto físicas como de un regreso forzoso a la Península. Y decidí dar yo el paso antes de que «me lo dieran». Pedí salir de la Plaza y rápidamente me destinaron a Zeluán. Primeramente a la alcazaba, pero como en el aeródromo andaban escasos de oficiales, me trasladaron aquí. Y ya ve usted el sinsentido: un médico entre pilotos.

—¿Y el resto? Los pilotos, quiero decir. Usted me ha dicho antes que el avión que hemos visto despegar vuela en misión de combate. ¿Y estos aviones en tierra? ¿Quién los pilota? ¿Por qué no ayudan?

García de Salazar lo miró, y en su rostro Manuel pudo comprobar cómo un leve destello de amargura ensombrecía su cara por unos instantes.

—Ese es otro problema, teniente. Increíblemente, el mando de esta modesta fuerza aérea depende directamente del comandante general, cual virrey que cree ser. Pero me da la impresión de que, como orgulloso miembro del Arma de Caballería, observa con cierta condescendencia displicente estos inventos aparentemente poco nobles en el arte de la guerra. Ya sabe: batallar sin mancharse, en la distancia, lejos de bayonetas, espadas y cargas. Y se equivoca, por supuesto. Pero, de conformidad con esa creencia, deja a los pilotos dormir en la plaza, y éstos, acostumbrados a la comodidad y los placeres que les ofrece la ciudad, hacen de la guerra una especie de sport. Vienen cuando quieren, y si se encuentran con ánimos. Hoy tendrían que estar volando los seis aviones en apoyo de nuestros soldados. Como ve, solamente ha despegado uno. Los otros están ahí, de adorno. El comandante de la base es el que más en serio se lo toma. Él está volando hoy, pero no ordena tampoco a sus hombres que lo acompañen. Un caos. Pero bueno; yo procuro no meterme en el «negociado» de otros. Casi estoy aquí como observador.

—Un observador muy atento, si me lo permite, mi capitán. Y además de observar, entiendo que su labor como médico le dará algún conocimiento sobre la zona, sobre lo que ocurre, sobre el capitán Millán, sobre algunos componentes de la Policía indígena con los que precisamente ayer tuve un… altercado.

García de Salazar sonrió levemente.

—¡Ah, sí! El altercado de ayer. Aguado, ¿verdad? No me sorprendería. Es uno de los habituales por aquí. El perro de presa de Millán. Todos lo conocen. Y lo temen.

—Aguado, sí; el teniente Aguado —confirmó, impresionado, Manuel.

—Hay muchas cosas que me parece que usted todavía no sabe, Altamira.

—Estoy deseando que me ilustre, capitán.

Y el capitán García de Salazar abrió de par en par, al fin, las compuertas de su conciencia. Y le contó todo lo que había visto. Contó cómo cada semana tenía que atender a pacientes de los poblados y aduares cercanos, ancianos y niños a los que intentaba acercar los avances de la medicina europea, pero también a mujeres jóvenes, adolescentes, que, superados los recelos de sus padres, aceptaban ser curadas del dolor físico y moral que padecían como consecuencia de ocasionales correrías en las que miembros de la Policía indígena, amparados en la cobertura de la manada, como lobos hambrientos y en muchas ocasiones guiados por sus oficiales europeos, primeros partícipes en el botín, asaltaban las casas, robaban y violaban impunemente, convencidos del silencio aterrado que las amenazas procuraban en aquellas gentes en las que crecía el odio lenta pero inexorablemente. Aguado había resultado ser un entusiasta partícipe en aquellas razzias, llevadas a cabo como colofón de fecundas transacciones armamentísticas y exacciones monetarias o en especie. Le habló también de que no todos los mandos de la Policía indígena eran así. Había oficiales que procuraban aprender el idioma y mantener la disciplina entre los componentes de aquella unidad, pero la mayoría se acercaban a ese puesto sin el menor interés, con el deseo de aprovechar aquella impunidad o, acaso, con la esperanza de retornar pronto a un destino en la plaza que les permitiera olvidar aquel campo árido y pobre. García de Salazar dejó bien claro, no obstante, que el coronel Morales, jefe máximo de la Policía indígena, era para él el más preclaro e íntegro jefe que había encontrado en aquel destino. Conocedor del idioma y de varias de sus variantes, conciliador, inteligente y capaz, era sin duda el mejor consejero, a su juicio, que tenía Silvestre. Convencido de lo necesario de la existencia del cuerpo de Policía indígena, el capitán García de Salazar estaba seguro de que Morales hacía lo que podía para corregir aquellos desmanes, y así lo proclamó de forma insistente mientras finalmente encendía de nuevo su pipa, acabada ya entre ambos la bebida que los había acompañado.

—¿Sabe cuál es el problema al que nos enfrentamos, teniente? —La pregunta tenía aroma de conclusión final—. No entendemos el carácter rifeño. Los miramos a todos por igual; creemos que cada uno

de esos moros que vemos alrededor de la plaza obedecen todos a un mismo patrón que podemos implantarles, además. Pero no es así. Sí es verdad que se rigen por unos códigos comunes, muchas veces de un salvajismo atroz, pero sus límites son los de su clan. Fuera de él, no entienden muy bien de lealtades más allá de las que se imponen por el que resulta vencedor en un combate. Y así, aislados cada uno en sus cabilas, atienden y obedecen a quien les inspira poder y victoria. ¿Lo hacemos nosotros?

»Por ahora sí, y se aprovechan bien de ello, sobre todo sus jefes, que reciben abundantes ingresos a cuenta de los presupuestos para mantener sumisiones que no se han impuesto por las armas, pero todo eso empieza a desmoronarse. Estamos asentados en posiciones aisladas que aparentemente dominan el territorio, pero porque ellos lo consienten. Los de por aquí ya comienzan a escuchar los ecos bélicos de los Beni Urriaguel de Alhucemas. Este poblado de Zeluán se encuentra situado en plena cabila de los Beni Bu Ifrur, aparentemente sumisos y sometidos a España, pero si extiende la vista unos kilómetros más allá, están los Ulad Setut o los Beni Sidel, más al norte, y no sé qué pensar de sus lealtades tan pomposamente proclamadas mientras se nutren de los fusiles que elementos corrompidos les proporcionan. Los nuestros, pero también los franceses, que les venden sus Lebel, muy codiciados, «Arbaia» los llaman los moros, encantados los galos de hacernos la puñeta, como siempre. Por ahora, las cabilas en rebelión se antojan remotas.

»Pero Alhucemas y Annual no están tan lejos, y la influencia de Abd-el-Krim empieza a ser poderosa. Ya lo ven como un auténtico caudillo, y si finalmente Igueriben cae, me temo lo peor. Las demás tribus se le unirán poco a poco. Los Tensaman, que ya están en abierta rebeldía, por lo que parece, los Tafersit, los Beni Said. Todos, al frente y en nuestra retaguardia, están esperando a que nos tambaleemos ligeramente. Y si eso ocurre, todo el Rif arderá, porque por muy amigos que se muestren, quien más quien menos guarda algún rencor oculto, ganas de revancha o simplemente codicia y sobre todo ansias de congraciarse con un hipotético vencedor. Y esos odios y ambiciones saldrán y se destaparán con virulencia contra nosotros cuando comencemos a dar muestras de debilidad. Me temo que eso ya está ocurriendo. Los Aguado, los Millán lo único que están haciendo es socavar con sus crímenes el terreno en el que se asientan débilmente todas nuestras posiciones. Nos movemos sobre un auténtico polvorín —apuró la copa—, y, en fin, mi querido Altamira, creo que ya he hablado demasiado.

Como si se tratara de una escena de teatro en la que la tramoya actúa en el momento álgido de la obra, ofreciendo al espectador el

acompañamiento final a una palabras decisivas o el colofón de un monólogo brillante, el inconfundible sonido de un motor renqueante irrumpió de repente en la pequeña sala. Regresaba el avión, cumplida ya su misión de combate. Ambos oficiales se levantaron al unísono y salieron al exterior, justo a tiempo de contemplar, acariciado por la luz deslumbrante de la mañana, al De Havilland mientras enfilaba la pista de aterrizaje, cabeceando indeciso. Observaron cómo el aparato corregía levemente su rumbo y, tras tocar puntualmente tierra en dos ocasiones en las que pareció que volvía a remontar el vuelo, finalmente consiguió rodar por la estrecha explanada del aeródromo hasta que, al cabo, giró lentamente y enfiló hacia el lugar donde se hallaban, al pie de la estructura que cobijaba los hangares de lona, enseñando las heridas recibidas en su fuselaje, acribillado con pequeñas perforaciones que mostraban su vulnerabilidad ante los centenares de fusiles que habían dirigido contra la aeronave sus disparos, afortunadamente sin graves consecuencias. Justo cuando el capitán García de Salazar comenzó a acercarse al avión, que ya había frenado su andadura, Manuel no quiso desaprovechar su oportunidad, quizás la última para conseguir algo productivo de aquella confesión a la que había asistido asombrado y sin apenas necesidad de haber formulado demasiadas preguntas.

—Mi capitán —dijo, atreviéndose a agarrarlo de la manga para detener su paso. El aludido se giró sorprendido—. ¿Firmaría una declaración jurada con todo lo que me ha contado? Todos queremos que las cosas cambien. Es su oportunidad. También la mía.

García de Salazar lo miró. El ruido del motor ya cesaba en pequeños estertores mientras la hélice disminuía sus revoluciones y un solitario mecánico salido de ninguna parte se acercaba a calzar las ruedas del tren de aterrizaje. El capitán sonrió al teniente.

—Sí; la firmaría. Parece usted hombre de bien. De hecho, es el único que he encontrado en estos años lo suficientemente interesado en estas historias, en arreglar algo, en escucharme, simplemente. No sé el tiempo que me queda, que nos queda, pero me gustaría que mi estancia aquí no se diluya en la nada. No quiero que mi nombre quede sumergido anónimamente en esta ciénaga. Ahora bien, teniente —sonrió de nuevo, y en la amplitud de su sonrisa pudo ver Manuel la sinceridad de su propósito—, no pretenderá que redacte yo todo lo que le he contado, ¿verdad? Quédese con nosotros esta tarde, haga su trabajo y mañana le llevo de regreso a Melilla con lo que necesita. Espero que haga algo de provecho con todo ello. Y ahora veamos qué nos cuenta el comandante.

Todavía no había amanecido sobre Zeluán aquel 21 de julio cuando el coche asignado al aeródromo, conducido por el capitán García de Salazar, comenzó a enfilar la carretera en dirección a la Plaza. Manuel respetó durante todo el trayecto el silencio empecinado que guardaba el oficial, en claro contraste con su locuacidad del día anterior. Había trabajado durante toda la tarde para tener a punto con el máximo detalle que le fue posible el texto que, finalmente, y con algunas acotaciones y correcciones menores, el capitán firmó bajo juramento expreso. Allí estaba todo, con datos, nombres, hechos, y lo llevaba aferrado en su mano en una pequeña carpeta que pondría pronto a buen recaudo como el preciado tesoro que era. Ahora aquel médico encaminaba el vehículo hacia Melilla mientras mantenía su gesto de severa preocupación. Los informes de vuelo del comandante de la base resultaron dramáticos en extremo, y a ellos asistió sin intervenir mientras escuchaba cómo, de acuerdo con lo relatado por el piloto, la posición de Igueriben estaba perdida. Entonces pudo enterarse de que el aparato apenas pudo sobrevolar el cerro sobre el que se combatía con denuedo, mientras en Annual las tropas permanecían encerradas, acribillado el avión a balazos cuando intentó arrojar sus bombas sobre el enjambre de rifeños que se agolpaban alrededor de aquella cumbre desgraciada, desde la que algunos soldados le hacían señas desesperadas. Asistió a la rabia con la que el comandante desahogaba su impotencia e indignación al no contar con más aeronaves, con la desidia y la molicie de los pilotos que probablemente aún dormían en sus camas de la ciudad mientras el Rif ardía sin remedio.

Abrumado por aquellas imágenes e impresionado por el silencio del capitán durante todo el trayecto, contempló con calma las primeras edificaciones de una Melilla aún dormida, mientras las piedras de sus edificios se dejaban clarear por los primeros rayos de sol de una mañana en la que algunos morían y otros pretendían continuar con su vida como si nada estuviera ocurriendo. Al cabo de unos minutos, entre calles vacías el vehículo se acercó a las inmediaciones del puerto. El capitán frenó el viejo Ford y habló finalmente sin dejar de mirar al frente, aferradas sus manos al volante.

—Aquí le dejo, teniente. Yo tengo que arreglar algunos asuntos personales que, me temo, son ineludibles, y debo acudir también al hospital de la Cruz Roja. Me piden horas de quirófano, y de vez en cuando las regalo. —Sonrió al fin—. Le deseo mucha suerte. La va a necesitar. Todos la vamos a necesitar. Tenga cuidado, Altamira. Ellos no van a parar hasta dar con usted. Ya los ha molestado bastante. —Y señalando la carpeta que Manuel apretaba contra su pecho—: Eso que

lleva ahí no debe caer en manos inapropiadas. Espero que sea consciente de ello.

—No se preocupe, mi capitán. Lo cuidaré bien. Sé lo que tengo que hacer.

—Eso espero. Adiós, Altamira. En realidad ha sido usted un regalo del cielo para mí. No deje que todo esto le transforme.

Aún con aquellas últimas palabras resonando en su interior, Manuel vio cómo se alejaba el vehículo conducido por aquel hombre que, bajo una apariencia de imperturbabilidad, alojaba, sin embargo, un alma torturada a la que, quizás, y sólo quizás, su presencia fortuita en la base había contribuido a aliviar con aquella confesión no buscada, fruto de la incontrolada mezcla entre el alcohol y una conciencia deseosa de hallar su liberación.

Pasó la hora que aún restaba hasta la apertura de la sucursal del Banco de Cartagena deambulando, solitario, por los estrechos callejones de Melilla la vieja, atento a cada recodo, sin saber bien dónde podría pasar los siguientes días, mientras se agolpaban en su cabeza ideas, algunas descabelladas, otras simples ensoñaciones. No podía volver a la pensión ni tampoco a la comandancia, al menos si no estaba seguro de lo que iba a encontrar allí. Aguado ya estaría buscándolo, y no le habría extrañado que Millán hubiera preparado el terreno para deshacerse de él antes de viajar a su nuevo destino. ¿Y Lola? Su recuerdo, su papel en todo aquel lodazal, su valentía al tratar de enfrentarse a ello, al tratar de rebelarse contra la podredumbre, conseguía aún emocionarle pese a todo lo ocurrido. O quizás no solamente era eso. Quizás, pese a todo, él seguía obsesionado. Sus sentimientos pugnaban por apartar la imagen de aquel comandante general erguido en su pedestal enmarcado, la rabia, los celos. Consiguió, sin embargo, centrarse. Ya era la hora, y mientras observaba cómo un empleado del banco pugnaba con un manojo de llaves para intentar abrir el cerrojo de la puerta del establecimiento, decidió lo que haría. No le importaba ya demasiado su seguridad. Al menos como para nublar definitivamente su entendimiento. Su misión iba a concluir en breve, y había reunido pruebas suficientes para que pudiera abrirse y culminar con éxito un expediente criminal que sin duda supondría un gran escándalo, pero aún tenía alguna cuenta personal que saldar, y no estaba dispuesto a dejarlo todo en manos de un tribunal militar.

El cajero se asombró cuando lo vio aparecer en el quicio de la puerta. Lo reconoció al instante.

—¡Teniente Altamira! Muy madrugador le veo esta mañana.

Manuel se sorprendió. Solo lo había visto una vez, pero estaba claro que en aquella ciudad su rostro se había vuelto muy popular, bien que a su pesar.

—Buenos días —cortó secamente—. Querría acceder a mi caja de seguridad, por favor —le dijo con gesto que no admitía duda sobre su escaso entusiasmo por iniciar una conversación en aquel momento.

—Desde luego, desde luego —repuso el azorado empleado—. ¿Ha traído usted la llave, teniente?

—Aquí la tengo. —Le mostró la cadena que llevaba al cuello con un pequeño llavín colgado de ella.

—¡Ah! Perfecto. Como ya le dije ayer a su capitán, las llaves únicas son para las cajas individuales. Y siempre hay que tenerlas encima, por si acaso. Yo no puedo permitir el acceso a cajas dobles sin las dos llaves. Usted ya me entiende. Ni aunque quisiera. No podría.

—¿Mi capitán?

—El capitán Millán. Ayer anduvo por aquí.

Un silencio espeso y trágico parecía dominar a las decenas de personas que contemplaban asombradas el extraño desfile que transitaba a aquella temprana hora a lo largo de la avenida de Alfonso XIII. Encabezado por un vehículo oficial del Ejército de Tierra, un abigarrado conjunto de soldados procedentes de todas las Armas desfilaba torpemente en dirección a la plaza de España. Desde allí, Manuel observó sobrecogido los rostros de aquellos hombres, jóvenes reemplazos en su mayoría, que tenían el aspecto de no haber cogido un fusil durante todo su período en la milicia. Intentaban mantener el paso aquéllos que la víspera habían sido arrancados de sus destinos como oficinistas y ayudantes, pero también albañiles, encofradores, pintores, chóferes o asistentes domésticos al servicio de una oficialidad que así disponía de mano de obra gratuita a cargo del erario público. Al frente, erguido en la parte posterior de su vehículo de mando, distinguió la inconfundible figura del general Fernández Silvestre. Manuel comprendió enseguida que algo grave estaba ocurriendo si el comandante general se dirigía al frente a aquella hora y al mando de esa tropa de la que poco o nada cabía esperar en el ámbito combativo. Eran los últimos soldados disponibles. Las reservas

en las que toda capacidad de maniobra se agotaba. Melilla no tenía ya quien le cubriera las espaldas, y esta constatación hizo que Manuel asumiera como propio el silencio aterrado de aquellos transeúntes que, sorprendidos, asistían al triste cortejo que abandonaba de forma casi oculta la ciudad.

Llamó a la puerta insistentemente. Al final, tras un pequeño titubeo y a través de un resquicio por el que pudo entrever unos ojos asustados e inquietos, tuvo el paso franco. Frente a él, Lola, aún impactada por la sorpresa, se lanzó a abrazarlo con tanta fuerza que el teniente se tambaleó bajo el dintel.

—¡Manuel! ¿Qué haces aquí?

Altamira aceptó la sorpresa casi como un cumplido. De alguna manera no se había podido resistir al deseo de volver a verla, ahora que estaba seguro de encontrarla sola, y por ello aún se asombraba de la contradicción entre sus propósitos formalmente asumidos y aquellos impulsos que le arrebataban su habitual cordura. Entró en el piso y ambos se sentaron en el sofá de la sala. El teniente percibió en el ambiente que la suya no había sido la única compañía masculina en ese tiempo.

—Ha estado aquí, ¿verdad?

—Manuel…

—No te preocupes, no me importa. No tanto, al menos.

—Se ha ido; hace unas horas, de madrugada.

—Lo he visto. Al frente de unos soldados muy poco marciales, por cierto.

—Estoy preocupada por él. Sé que te molesta, pero es la verdad. ¡Es tan vulnerable! A veces se comporta como un niño grande, pero esta vez…

—¿Esta vez?

—Esta vez lo he visto verdaderamente angustiado. Algo grave está ocurriendo, Manuel. Cuando se ha ido esta mañana he tenido la sensación de que se estaba despidiendo para siempre.

—Probablemente lo vuelvas a ver, no sufras por eso —repuso Altamira ligeramente molesto.

—No seas así. A estas alturas deberías haber aprendido a interpretarme.

—De acuerdo. —Manuel no quería enredarse en una conversación que acabara por hacerle daño. Quería disfrutar de ese momento, y, sin embargo, Lola continuó hablando sobre el comandante general. Manuel se dispuso a escuchar con fastidio. No quería saber nada ni de la guerra ni de los crímenes que perseguía, sino solamente disfrutar de un pequeño intervalo de paz. No le fue posible. Lola se levantó y regresó con un paquete. Desanudó el cordel que sujetaba los sobres que, apilados, formaban una extensa colección de cartas.

—¿Cartas del general? —preguntó Manuel ligeramente molesto.

—Sí; son las cartas que le he escrito desde que nos conocemos. En contestación a las suyas. Es un hombre apasionado. Me las ha entregado como si estuviera convencido de que no va a volver. Me las ha dado para que nunca caigan en manos que puedan utilizarlas para hacerme daño.

—O hacerle daño a él si las encontraran.

—¡Manuel! —le reprendió—. Es un caballero y por eso me las devuelve, pero a estas alturas deberías saber ya a quién quiero.

El teniente guardó silencio aparentando cierto escepticismo ante aquella afirmación, mientras observaba cómo Lola entresacaba de un sobre un telegrama de apariencia oficial. Se lo tendió.

—También me dio esto. Me dijo que lo guardara y que, si no regresaba, lo destruyera. ¿Qué crees que puede significar? Mira el remitente.

Manuel cogió el documento y leyó. Bajo el encabezamiento oficial de la Casa Real, el texto lo dejó sorprendido. Estaba fechado a finales de mayo, la víspera de Abarrán:

«¡Olé los hombres!

El 25 te espero.

Alfonso XIII».

13

Doce cargas

Igueriben/Annual, 21 de julio

Diego Olarte está mirando las peladuras de patata que tanto a él como a los hombres de su sector se les han repartido junto al parapeto. Tras unos instantes en los que sus ojos se pierden, extraviados, en la inmensidad de un horizonte que clarea, se las acerca a la boca y las chupa con avidez intentando extraer de ellas algún tipo de líquido que le permita mantener siquiera el habla, ya que las fuerzas hace días que mueren, junto con su ánimo. Porque son ya cuatro jornadas sin beber, asfixiados todos los defensores en un hedor pútrido que proviene de los cadáveres atrapados en la alambrada, donde mulos despanzurrados por el calor componen un paisaje siniestro que ya ni siquiera es capaz de conmoverle. Ni a él ni a ninguno de los soldados que permanecen pegados a las piedras que, pese a todo, continúan defendiendo de los ataques rifeños se les ha terminado del todo la esperanza. Ésta permanece menguada, pero aún existe, y se ha incrementado desde que ayer aquel avión sobrevolara el cerro y arrojara un par de bombas sobre la colina donde están asentados los cañones capturados en Abarrán, que ahora les hacen fuego de continuo. Nada hubo de resultado práctico, pero aquella señal de que se les recordaba reavivó de nuevo y momentáneamente el ánimo para seguir respondiendo a los ataques entre un caos de tiendas desmoronadas, cadáveres apilados, gritos de dolor y agonía en los heridos, resistiendo todos pese al tormento de la sed. La locura no ha llegado aún a Diego, puesto que el comandante Benítez, con una energía sobrehumana, no ceja en el empeño de desplazarse a lo largo del parapeto animando a sus hombres, y esto le recuerda su deber. La imagen de Cristina lo impulsa igualmente para no abandonarse, pero son los hombres que comanda en aquel sector los que aún le permiten mantener cierta cordura. Sin él, ellos quizás podrían sobrevivir. Pero sin ellos, él no podría. Aquellos soldados le recuerdan su responsabilidad, y eso lo mantiene alerta.

Escucha de nuevo el inconfundible sonido que cada mañana saluda de forma siniestra a los defensores atrapados. Un silbido al principio, un aullido conforme el proyectil se acerca y estalla —como casi siempre desde hace dos días— en el interior del recinto, donde provoca nuevos lamentos de quienes aún tienen algo que lamentar. El impacto despierta a los artilleros que tratan de hacer fuego de contrabatería, de nuevo inútilmente. Queda ya poca munición, y los cañones enmudecen a la espera de ser útiles contra los ataques que cada vez son más osados, vuelta a la espoleta a cero y metralla para desgarrar la carne, como en el intento de asalto que sufrieron ayer a última hora, y del que dan testimonio trágico los miembros dispersos de los cuerpos de aquellos rifeños que se atrevieron a traspasar los restos de las alambradas ya tumbadas en el suelo, rechazado cuando las últimas bombas de mano volaron por encima del parapeto y estallaron sobre aquel enemigo tenaz, fanático y obstinado.

De repente, se escucha también un lejano estruendo de fusilería. Algo ocurre en las cercanías de Annual que hace que todos los defensores traten de aguzar el oído. Pronto llega Benítez con un mensaje de ánimo. El heliógrafo lo ha transmitido con las primeras luces. Desde el campamento general se prepara una fuerte expedición de rescate. Ya no se trata solamente de un convoy. Se va a empeñar en la lucha un potente contingente destinado a levantar el asedio y sacarlos de allí. España no los abandona, y con estas noticias se recobran los ánimos, se escuchan vivas y se eleva la maltrecha moral. Diego palmea la espalda de Remigio, que, desde su rostro reseco, quemado por el sol, esboza una tímida sonrisa sin dejar de perder de vista el ángulo que protege con su fusil. El joven soldado que se sitúa a su lado —Juan— no sonríe ya. Tiene sobre él la mueca premonitoria de una muerte cercana. No habla, no parece siquiera ver nada, y el capitán Olarte no puede evitar sentir la angustia que aquella máscara funeraria transmite.

Acodado sobre un pequeño murete de piedra que refuerza el reducto de la colina donde se asienta la principal batería de Annual, el capitán Francisco García Paredes mira con sus prismáticos las primeras evoluciones de la fuerza que se ha organizado para rescatar a los hombres de Igueriben. Tres mil hombres, más de la mitad de la guarnición del campamento, se dividen en dos columnas que atacarán de forma separada, una de ellas tratando de tomar al asalto la maldita loma de los árboles, que comandará el coronel Morales, al mando de su Policía y de gente del San Fernando, y otra que afrontará por la izquierda el conato de romper el cerco, dirigida por Manella, con

regulares, elementos del África y algunos ingenieros. En medio de todos ellos, un pequeño convoy al mando del teniente coronel Marina, que intentaría entrar y rescatar a los hombres de la posición. Cerca del lugar que ocupa el capitán puede verse al general Navarro, recién llegado de la Península y ya al mando de todos aquellos soldados, contemplando el despliegue. Se dice que Silvestre está en camino con refuerzos, pero nada se sabe de cierto en ello. Todos observan, silentes, expectantes, la marcha de aquella última esperanza, la que impone la dignidad y el honor. Paco desvía su mirada hacia Izzumar, que asoma a lo lejos, una masa entre ocre y gris hacia la que se encamina una batería de montaña —la 5ª— para proporcionar fuego de artillería desde alturas que puedan ofrecer desenfiladas que permitan castigar el flanco de los rifeños.

Mientras esto sucede, todos los cañones —las cinco baterías de Annual— tratan de abrir brecha en las posiciones enemigas, y el capitán García Paredes comprueba que los impactos apenas levantan algo de tierra sobre las trincheras defendidas por los cabileños, que escapan de la metralla encerrados en sus cuevas excavadas en la roca. Deja de mirar por sus prismáticos y suspira. Le ha correspondido quedarse en el campamento al mando de su compañía, porque alguien tiene que proteger todo aquello. Piensa, sin embargo, si Diego habría aceptado, como él, permanecer allí sin combatir, y aunque siente angustia por no poder ayudarlo, tampoco sabe si su amigo aún estará vivo. Reconoce para sí que, ante esa falta de certeza, no tiene el suficiente ánimo como para arriesgarse —en el mejor de los casos— a quedar encerrado en aquel peñasco al que parece que no hay forma humana de socorrer. No es un cobarde, pero dosifica con racionalidad sus esfuerzos. Si hay que morir, ésa debería ser la última opción, no una de ellas, y aprecia su vida. Luchará, por supuesto —siempre lo ha hecho—, pero no quiere tentar a la suerte innecesariamente. Sabe que Diego no es así; es impetuoso y romántico, mide sus actos lo justo y considera las consecuencias cuando ya se han producido. Por eso, si sigue con vida, lo cierto es que tampoco puede ya hacer nada al respecto. Yo sí estoy vivo, piensa. Y siente lástima. Y alivio.

Echa un vistazo de nuevo hacia el general Navarro, que en pie, rodeado de su Estado Mayor, transmite continuamente órdenes a los mensajeros que se encuentran a su disposición. Algunas dirigidas a los soldados que avanzan, otras a los telegrafistas que manejan el heliógrafo situado a escasos metros. El fuego se recrudece y Paco vuelve a mirar angustiado. Puede ver cómo, por la derecha del avance, la policía indígena permanece clavada en el suelo, en las estribaciones de la colina, mientras llueve hierro, piedra y plomo sobre ella y piensa que otra vez va a ocurrir lo mismo que sucedió con el anterior intento de socorro. Enfoca de nuevo y comprueba cómo

caen algunos oficiales y duda si, en algún caso, por la forma de ser abatidos, los disparos no vienen de entre sus propias filas. Mientras piensa en ello con creciente desconcierto, se escuchan a su espalda unos gritos y se gira con curiosidad. Una imponente figura se encamina a paso firme hacia el lugar donde se encuentra Navarro. Silvestre ha llegado a Annual.

Desde el parapeto de Igueriben se puede apreciar cómo el esfuerzo de las tropas de socorro comienza a declinar. Al principio no quiere creerse; nadie piensa que aquel impulso pueda decaer, pero pronto se confirman las primeras impresiones cuando, al tiempo en el que con desesperación comprueban cómo los soldados permanecen fijados en sus posiciones, se recrudecen los disparos sobre el espolón que defienden. Diego siente que sus ojos pugnan por expulsar las lágrimas de rabia que nota crecer en su interior, pero no hay líquidos que fluyan ya por su cuerpo, y su angustia se transforma en una mueca seca y árida de la que apenas sale un gemido. Dispara ahora contra los harqueños que se abalanzan de nuevo, incansables, buscando con furia el exterminio que ya presienten, mientras reciben el impacto de la metralla que se ceba en su carne, desgarrándola en mil pedazos. Y tiembla de ira el comandante Benítez cuando ordena transmitir las señales al campamento, poniendo en su haz de luz intermitente las palabras que todo el mundo siente: «Parece mentira que dejéis morir a vuestros hermanos, a un puñado de españoles que han sabido sacrificarse delante de vosotros».

En Annual se recibe aquel duro reproche con vergüenza e impotencia, y es ahora cuando Silvestre ordena, herido en su orgullo, que formen los escuadrones que restan y se fuerce una carga con todo lo que tiene. Paco asiste sorprendido a la escena que se desarrolla ante sus ojos al ver cómo los ayudantes del general tienen que disuadirlo de que prosiga con aquella maniobra que dejaría inerme y abandonado el campamento. El comandante general gesticula, golpea con su bastón el suelo, insiste en su idea y él mismo quiere dirigir la carga, pero poco a poco vuelve a templar sus nervios cuando se da cuenta de que los soldados cercanos lo observan asustados; además, el efecto de aquella descomposición hunde aún más los ya decaídos ánimos. Vuelve a mirar entonces por sus prismáticos y comprueba que, efectivamente, los regulares retroceden y la policía comienza a revolverse contra sus mandos. La tropa española flaquea igualmente tras ellos. Manella y Morales son conscientes de que la fuerza ha agotado su moral y se ven obligados a comandar el repliegue para que

no se convierta en una desbandada. Desde allí, Paco enfoca los binoculares en dirección a Igueriben, sobre la que parece estar cayendo una tormenta destructora, puesto que sólo ve nubes de humo acompañadas por estallidos intermitentes. Tras él, retumban también los cañones de Annual intentando proteger la retirada que poco a poco arrastra, como el reflujo de una marea, a todos los hombres que ahora sólo buscan de nuevo el amparo de las tres colinas desde las que él asiste, impotente, a la debacle.

—¡No me lo puedo creer, capitán! ¡Esos cabrones nos van a dejar solos! —Es Remi quien explota de rabia cuando comprueba que la vanguardia de las columnas de socorro se ha dado la vuelta a unos quinientos metros de la posición.

Diego recupera el control de sí mismo una vez ha asumido la decepción y trata de calmar a su gente, aunque sus palabras suenan vacías y sin convicción.

—¡No perdáis el ánimo! ¡Lo volverán a intentar! No nos van a dejar morir aquí. No pueden.

—Lo harán; lo están haciendo ya —masculla Remigio mientras apunta, dispara, acerroja, carga y vuelve a disparar.

Una potente explosión se deja sentir de repente en el interior del recinto y tras unos primeros momentos en los que, aturdido, Diego intenta regresar a su ser, puede contemplar cómo Juan, el soldado que aún permanecía agazapado, ha finalizado abruptamente su horror y descansa sobre el parapeto, con la cara destrozada por un trozo de metralla, apoyada en las piedras que se tiñen de rojo. Sobre el uniforme del capitán Olarte, desteñido y sucio, se mezclan la tierra y la sangre del joven, y Diego se encarama como un poseso, con los labios blanquecinos destilando una espuma que es de rabia homicida y sed, y dispara hasta vaciar su cargador. Solo le queda munición para dos más, y, pese a todo, aún es consciente de que debe conservar algún cartucho, quizás para sí mismo, y tras hacer blanco en dos asaltantes, ralentiza la cadencia de su fuego. Una bala, un moro, piensa. No puede ver, por tanto, desde su posición cómo tres harqueños han alcanzado uno de los cañones, y allí mueren apuñalados por las bayonetas que se clavan en sus cuerpos mientras uno de ellos exhala su último aliento abrazado a la cureña, desgarrada su chilaba parda por las cuchilladas recibidas. Es Nougués quien arranca a culatazos, fracturándolos, los dedos del rifeño, aferrados al acero con las últimas fuerzas que proporciona la muerte antes de apoderarse de los

hombres.

Silvestre deja de observar el campo de batalla y mira hacia el suelo. Piensa, abstraído, en que sus botas están sucias. Parece que el desánimo, o quizás la consciencia de la catástrofe, en ciernes lo atenaza. Levanta la vista y ya no hay expresión de furia en sus ojos.

—¡Felipe! —Llama al general Navarro por su nombre de pila—. Te vas a Melilla. Ahora mismo.

—Mi general… Yo me quedo contigo —responde el aludido.

Silvestre dedica unos instantes de agradecimiento a su segundo, un breve momento que se refleja en su mirada. Niega con la cabeza.

—Te vas, y te vas ya. Necesito que me organices aquello. Que el Alcántara se despliegue en Ben Tieb y Dar Drius, por si acaso —duda —. La caballería. Quizás sólo nos quede eso.

—Mi general. Yo…

—¡Yo ordeno y tú obedeces! —El golpe del bastón sobre la roca resuena en medio del silencio expectante del Estado Mayor del comandante general, acompañando aquellas palabras. Paco ve cómo ambos generales se abrazan y se saludan.

—Dile a mi madre que la quiero, Felipe.

Nadie ve las lágrimas que están a punto de desbordarse por el rostro del comandante general porque éste las reprime en el último momento. Navarro ya se aleja para dejar tras de sí a los jefes y oficiales que, mudos y aterrados ven cómo, poco a poco, el edificio que penosamente han ido construyendo a lo largo de los últimos años se tambalea. La Comandancia de Melilla está a punto de derrumbarse.

—¿Cómo vas de munición, Olarte? —No ha visto a Benítez, que se ha acercado hasta él desafiando al fuego que cae sobre ellos desde todos los flancos.

—Mal, mi comandante. No creo que tengamos ni para una hora de combate. —Le cuesta hablar. Apenas articula bien las palabras por la sequedad en su boca. Nota también que los efectos de una incipiente

insolación le dificultan el pensar con claridad. Recibe en cambio una sonrisa y una palmada de ánimo y lo ve alejarse hacia la batería con calma. Desde su puesto, Diego observa cómo el mando de los artilleros, De la Paz Orduña, niega con la cabeza ante probablemente la misma pregunta que le ha hecho a él. Luego, Benítez se dirige al único cabo telegrafista que aún queda vivo y le dicta unas órdenes que éste se dispone a cumplir, gateando hacia el heliógrafo, que permanece cubierto por unos sacos terreros apilados a su alrededor.

Desde Annual pueden verse los destellos. Todos, jefes y oficiales, desvían la mirada hacia aquellas luces intermitentes que destacan entre nubes de tierra y humo intentando comunicar con el campamento. Junto al comandante general, dos hombres van traduciendo el mensaje:

«Sólo quedan doce cargas de cañón, que empezaremos a disparar para rechazar el asalto. Contadlas y, al duodécimo disparo, fuego sobre nosotros, pues moros y españoles estaremos envueltos en la posición».

Diego se ha acercado a los restos de las tiendas que yacen acribilladas en el suelo tras las baterías. Ha sido convocado junto con otros oficiales por el comandante Julio Benítez, quien acaba de recibir autorización de Annual para evacuar la posición, dada la manifiesta impotencia del Ejército para rescatar a aquellos cien hombres que, de los casi trescientos de la guarnición original, aún resisten. Tiene tiempo para escuchar el desesperado plan que se ha previsto para intentar hacer una salida. Se establece un orden en el que se le asigna en la vanguardia, que irá al mando del capitán Bulnes, por pertenecer éste a la guarnición. Si él cae, lo sustituirá. Los flancos protegerán al grueso de la fuerza, que, al mando precisamente de Benítez, custodiará y amparará a los heridos. Paz Orduña, junto con Nougués, se encargará de disparar las piezas hasta agotar las cargas anunciadas, y tras desmontar los cierres de los cañones para dejarlos inutilizados, cubrirán la retaguardia. Es un plan desesperado, y Diego sabe que ni el propio comandante confía en que pueda salir bien. Cuando comienza a escuchar las descargas, cuenta para sus adentros los disparos de la artillería: «Uno, dos…». Avisa con un gesto a Remi, que acude junto a él agazapado, esquivando las balas que arrecian sobre el recinto. «Tres, cuatro…». Los Schneider de 75 milímetros escupen fuego alternativamente mientras los harqueños, alertados de un movimiento

inusual, se lanzan al asalto definitivo gritando. «Siete, ocho…». Las explosiones de metralla revientan cuerpos, y los rifeños que no resultan alcanzados están ya encaramándose al parapeto desde donde los soldados que ya se aprestaban a salir intentan resistir. «Once y doce…». Nougués muere entonces, abatido junto a las piezas que ha servido, justo cuando el último proyectil disponible riega de muerte el frente que ya no existe, que ya es una masa de combatientes que se apelotonan, tratando de escapar los más próximos a la salida, protegiendo a éstos los que aún han tenido tiempo para desmontar los cierres de sus piezas. Diego ve caer al comandante Benítez, rematado en el suelo a culatazos tras haber vaciado contra el harka el cargador de su pistola defendiendo a su gente y comienza a correr en pos de Bulnes, que anima a sus hombres, que ya han saltado y escapan ladera abajo en dirección hacia un barranco que promete cierta protección. Llueve un fuego desordenado sobre los fugitivos. Pese a ello, Diego consigue detenerse unos instantes en la atropellada huida y recordando quién es y quién debe ser, con el fusil de uno de los muertos se gira, pone rodilla en tierra y vacía el peine de cinco cartuchos del máuser. Animados por su ejemplo, tres soldados más se sitúan cerca de él y disparan hasta agotar también su munición. No queda más, pero aquel alarde desesperado contiene durante unos instantes el fuego que reciben. Unos metros más arriba, Igueriben ya ha sido arrasada por una riada de rifeños que gritan salvajemente, mezclándose su júbilo y furia con el desgarro agónico de quienes no han tenido tiempo de salir y son ahora rematados, mutilados y pisoteados por una rabia homicida que se ha incrementado ante la resistencia mostrada. Los heridos no han tenido ninguna oportunidad y son acuchillados en el suelo, donde los encuentran, deshidratados, cuerpos envueltos en vendas hechas con jirones de sus propios uniformes de paño, muertos en vida que en cualquier caso fallecían cada día sin poder ser atendidos. Tampoco los mandos asignados a los flancos y a la retaguardia sobreviven. Todos han muerto, algunos, ante el desastre, por su propia mano. Solamente un puñado de hombres encabezados por Bulnes continúan su carrera desesperada, apercibidos los moros, que les disparan nuevamente. Cae aquél de un impacto en la espalda y su cuerpo rueda por la pendiente del barranco hasta quedar enredado en unos matojos resecos. Diego lo ha visto y sabe que ahora él está al mando, pero no hay nada que mandar porque todos corren, alocados, febriles, con la última fuerza de la desesperación, la del miedo a una muerte peor incluso que la vida durante aquel infierno. Y mientras avanzan, tropiezan, se levantan y se alejan, sin armas ya que puedan estorbar su marcha, se escuchan los impactos de las granadas rompedoras que caen sobre la posición, cumpliendo así el último deseo de Benítez. Annual dispara y destroza a los harqueños que intentan saquear lo poco que aún puede servir en aquel lugar que ha sido reducto, avanzadilla, centinela y ahora es cementerio calcinado por el sol, túmulo de piedra para

españoles valientes.

Desde el campamento general se asiste en silencio a la masacre. No es solamente la impotencia de los mandos la que impone un fúnebre silencio. Es una visión tenebrosa del futuro la que se está asentando en la tropa, que observa aterrada el angustioso final de sus hermanos. Desde el reducto donde las baterías de Annual siguen disparando sobre la posición abandonada, el capitán García Paredes trata de buscar, entre una multitud de pequeñas figuras que se mueven en aparente desconcierto, alguna señal que lo ayude a identificar a Diego. Ajusta los binoculares y enfoca en varias direcciones, pero es inútil. Únicamente ve cómo caen, una tras otra, decenas de soldados que, desperdigados por las laderas, corren en dirección a la seguridad del campamento, acosados, perseguidos por una turba enfurecida que los caza como conejos y descarga su ira con aquéllos que finalmente se desmoronan. Paco lamenta la suerte de aquellos desgraciados y se cuestiona si por alguna razón él se ha merecido estar allí, a salvo de aquella carnicería. La muerte ha rondado todos aquellos escenarios por los que ha transitado y, sin embargo, su vida parece no haberse visto afectada en exceso. ¿Estará esperando el destino el momento propicio para ajustar cuentas?, se pregunta para sí. Deja de mirar unos instantes. No se ha percatado de que, junto a él, un hombre de corta estatura, rostro curtido pero gesto afable a un tiempo, con apariencia de abuelo cálido y comprensivo, asienta en una hendidura su bota manchada en la reciente acción y así, con la pierna flexionada, componiendo una figura de autoridad, observa el desgraciado panorama a través de sus prismáticos. Ve Paco en la bocamanga del uniforme la solitaria estrella de ocho puntas que identifica a aquella figura como coronel y se cuadra de inmediato. Está solo. Más arriba, junto a los cañones, Silvestre discute con sus jefes y oficiales de confianza. Se han acercado a la batería por ser aquél el lugar con mejor perspectiva sobre la llanura, pero mientras los demás forman un corro alrededor del alterado general, el coronel ha preferido abstraerse y concentrar su esfuerzo en seguir las evoluciones de aquellos restos de guarnición que pugnan por escapar. Hay algo obsceno en todo esto, piensa Paco. Y cuando se refiere a «todo esto» quiere decir todo lo que está viviendo desde que puso un pie en África. No se siente especialmente orgulloso de muchas de las cosas que ha hecho, pero quizás el encontrarse allí, en esos momentos trágicos, tras aquellos muros, mientras ante él sus compañeros mueren, es algo que le repugna. Porque siente que siempre se puede hacer algo más y él ha buscado en todo momento el camino más fácil: él es un superviviente ante todo.

Lo saca de sus cavilaciones el coronel Morales cuando deja de mirar por sus prismáticos y habla, sin mirarlo. Ambos están solos. Mando y

subordinado en una intimidad inusual. Paco no conoce al jefe de la Policía indígena personalmente, pero de él únicamente ha escuchado buenas palabras. Acaba de regresar de su fallida misión de auxilio y se le nota agotado, pero firme.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —acierta a decir Morales.

—¿Mi coronel?

—Hablaba para mí, capitán. No se preocupe.

—A la orden de usía, mi coronel. No quiero parecerle irrespetuoso, pero es una buena pregunta.

Morales lo mira, sorprendido. Reflexiona unos segundos.

—¿Y qué piensa al respecto? ¿Tiene alguna respuesta?

Paco duda. Quizás se ha excedido en su espontánea apreciación. No está acostumbrado a explayarse con sinceridad y mucho menos con un mando superior, pero de alguna manera siente que allí, en aquel lugar, en ese preciso momento, es lo que procede.

—Lo que pienso, mi coronel, si me permite decirlo, es que nunca debimos estar aquí. Me refiero aquí, en Annual. Tan lejos. Esto es una ratonera, militar… y política, perdone que se lo diga, y usía estará en su derecho de arrestarme por ello. Pero lo es, se mire por donde se mire. —Señala los montes circundantes y el lejano embudo del Izzumar—. Entiendo que para todo hay alguna razón lógica, pero en este caso no acabo de verla, sinceramente. ¿Qué hacemos aquí, rodeados de toda esta gente que nos odia? Lo que está ocurriendo ahora con aquellos desgraciados de Igueriben nos puede pasar a nosotros cualquier día. Sobre todo si dejamos ver que los tememos. Entonces, si notan el miedo, se lanzarán sobre todos como están haciendo ahora con nuestros camaradas.

Morales asiente en silencio mirando hacia el horizonte, donde los disparos se recrudecen. Vuelve a empuñar sus binoculares y luego, como si hubiera tomado una decisión, mira a Paco de nuevo.

—Capitán. Esta noche querría que usted me acompañara en el consejo que ha convocado el comandante general en su tienda. A las nueve. Como mi ayudante. ¿De acuerdo?

—¿Yo? Pero…, mi coronel, ¿por qué yo?

Morales ya se encamina hacia el grupo de jefes. Ha visto bastante. No obstante, se para y se gira levemente hacia Paco. Lo justo para mirarlo a los ojos. Su semblante refleja una resignada tristeza.

—Necesito testigos de lo que pueda ocurrir en esa junta. Testigos valientes y sinceros.

El capitán asiente, cabizbajo, mientras el coronel se aleja. Quizás se equivoque, piensa. Lo suyo nunca ha sido la sinceridad.

No sabe dónde está, y la cabeza le da vueltas. Diego siente que las fuerzas lo abandonan. Ya lo han hecho en realidad, pero él aún se mantiene en pie gracias a algún impulso poderoso e incomprensible. No puede hablar porque la sequedad de su garganta le impide incluso abrir la mandíbula. Dobla las rodillas contra el suelo y aún puede ver cómo se acerca a él una figura que le apunta con un fusil. Viste chilaba parda y su rostro muestra el color oscuro y curtido de un hombre que ha nacido y ha vivido castigado por el sol y el frío de miles de días y de noches. Levanta su mano, en la que aún empuña su Campo-Giro, y aprieta el gatillo. Solamente escucha el sonido metálico del percutor golpeando el vacío, quizás por un cartucho encasquillado en la recámara, y siente que todo se nubla a su alrededor mientras, desde las profundidades del abismo por el que se precipita, cree oír un disparo y una voz que lo llama.

Van llegando. Los supervivientes. Como espectros, profiriendo algunos alaridos de locura e implorando —los que aún articulan palabra— agua. Alrededor de la entrada del campamento general, primero los soldados de guardia y luego los sanitarios los van recogiendo en sus camillas. No son más de una treintena los que han conseguido sobrevivir. Pero el precio es muy alto: contra todos los consejos y advertencias, varios de ellos aferran con avidez los tazones con agua que se intenta que apuren poco a poco y al cabo, tras beber sin medida, sus cuerpos no resisten el contraste y se convulsionan entre gritos y espasmos que terminan con aquéllos que han desoído las advertencias sobre una agonía espantosa. Alrededor de esas figuras trágicas se van acercando soldados que observan angustiados la terrible escena, aquélla que sus mandos no han sido capaces de evitar, y Paco, que ha podido aproximarse, nota cómo la moral se hunde. Lo ve en los rostros de los reclutas, que reflejan en ellos el horror que presencian mientras arrastran hacia la tienda-hospital a aquellos hombres hundidos, quebrados por la sed, el sol y el hambre, presos algunos de la locura que se

deja ver en el extravío de sus rostros y gestos. Soldados lisiados para siempre en cuerpo y alma. Y regresa hacia su compañía mirando los corrillos que cesan sus conversaciones cuando pasa junto a ellos. Lo miran, saludan y siguen relatando lo que unos han visto y otros cuentan, en historias que pronto se extienden por el campamento. Paco percibe el miedo y sabe que éste, si no se controla, puede terminar en pánico. Harán falta buenos oficiales para reconducir todo, piensa. Por otro lado, lo ha comprobado: Diego no está entre los supervivientes, y, de repente, ante esta realidad, siente un gran vacío y, para su sorpresa, empieza a ser consciente de algo que le angustia. Un pensamiento perturbador que añade inquietud a la que ya carga sobre sí. Y es que ante la ausencia del amigo, del camarada a quien no ha podido o no ha querido ayudar, comienza a percibir en su interior la constatación de su enorme soledad, la certeza de la sordidez y superficialidad de la vida que ha llevado hasta entonces. Abrumado por esa sensación, dirige sus pasos hacia la parte de la colina donde se asienta la tienda del comandante general.

Cae la oscuridad sobre el valle y con las últimas luces apenas pueden distinguirse ya las columnas de humo que, tras la victoria, llaman a la guerra santa en cada monte, en cada aduar y en cada cabila, bajo la promesa de botín y revancha, en la tierra o en el cielo. Y mientras el harka se agiganta y crece, se puede escuchar a lo lejos la voz de un muecín y el silencio premonitorio de las aves ausentes.

Se acerca la noche, pero nadie duerme ni dormirá hoy en Annual.

14

Los muertos que dejamos atrás

Annual, 21-22 de julio

Cuando el capitán Francisco García Paredes se acercó a la tienda del general Silvestre, el coronel Morales esperaba fuera, fumando con parsimonia, ensimismado, mirando al suelo sumido en sus pensamientos. Al fin, alertado por la presencia del oficial, levantó la vista, esbozó una leve sonrisa, apagó el cigarrillo con la bota y devolvió el saludo. Echó una ojeada a su alrededor. El sol aún no había desaparecido del todo, pero ya anunciaba el inmediato ocaso con la luminosidad ocre característica de aquella tierra apagada y deslumbrante a la vez.

—Capitán —se dirigió, afable, a su subordinado—, es la hora. ¿Me acompaña?

Paco asintió como única respuesta y siguió al jefe cuando entró en aquel puesto de mando desde el que se tomaban decisiones que afectaban a tantos miles de hombres. En su interior pudo observar un espartano catre militar, una mesa sobre la que se encontraba desplegado un enorme mapa que supuso que era el correspondiente a la zona de Annual, cuatro sillas de tijera y un rústico baúl en el que el comandante general guardaba las escasas pertenencias que lo acompañaban durante las campañas. Alrededor de la mesa, de pie y charlando entre ellos con voz queda y gesto serio, todos los mandos del Ejército. Pudo distinguir al coronel Manella, del Alcántara, jefe de la circunscripción; los tenientes coroneles Pérez Ortiz, del San Fernando, y Marina, del Ceriñola; los comandantes Écija, del grupo de Artillería, y Alzuagaray, jefe del sector de Ingenieros. También estaba presente el capitán Sabaté, jefe del Estado Mayor de la columna, a quien saludó con una leve inclinación de cabeza. Iluminaban la estancia tres candiles que proporcionaban con su tenue luz una ambientación espectral que se correspondía con la escena de tragedia que al parecer allí se iba a representar. Todos, al fin, esperaban al

comandante general para dar comienzo a la reunión a la que habían sido convocados y que se intuía clave para el devenir de los acontecimientos. El capitán García Paredes se sintió intimidado. Aún no sabía bien qué era lo que hacía allí y qué esperaba el coronel Morales de él. No obstante, intentó guardar cierta circunspección y, tratando de apartarse del grupo, se situó en un segundo plano, pegado a la lona de la tienda. No habían transcurrido más de un par de minutos cuando la tela que cubría la entrada se abrió, para dar paso a la imponente figura del general Silvestre. Entró con paso decidido y gesto serio, su bastón en la mano, el fajín rojo anudado a la cintura, saludando a todos con un seco «Buenas noches» que fue correspondido de forma desigual por los presentes. Ocupó la cabecera de la mesa, desde la que contempló durante unos segundos a sus subordinados. Se fijó brevemente en Paco.

—¿Y éste? —preguntó desabrido.

Morales contestó de inmediato.

—Mi general, yo le he pedido que me acompañe. Creo que es importante que alguien tome nota de lo que se va a decir hoy aquí. Actúa en calidad de mi ayudante.

Silvestre frunció el ceño, pero tras hacer un leve gesto de desinterés con una mano, pasó a centrarse en el objeto de aquel cónclave.

—Señores, no los entretendré; los he convocado de urgencia porque necesito conocer su parecer. Desde luego, sobre lo que haya de venir yo tengo la última palabra, pero me interesa conocer su opinión. No me andaré con rodeos. La situación es sumamente grave, como no se le escapa a nadie. Después de los acontecimientos de hoy, podría afirmar que estamos rodeados, o al menos lo estaremos en las próximas horas si estos moros deciden cortar nuestro cordón umbilical, la pista hacia el Izzumar, después de sus recientes éxitos. Ante esta situación, ¿qué debemos hacer? ¿Resistir aquí o preparar nuestra retirada ahora que aún podemos escapar? Los escucho, caballeros.

Aquellas palabras cayeron como una losa sobre los presentes. Aturdidos por la franqueza de su comandante en jefe, nadie dio muestras de reaccionar. Por tanto, tras unos segundos de silencio, Silvestre retomó su parlamento.

—Manella —se dirigió al coronel con tono amable—, dinos, por favor, con qué fuerzas contamos en el campamento. Aquí y ahora.

El coronel reflexionó unos instantes antes de responder. Conocía bien las tropas que se asentaban en el campamento. No obstante, como si hubiera previsto aquella pregunta, sacó de un bolsillo de su guerrera un pequeño estadillo y se dispuso a leerlo.

—Mi general; tengo aquí el último parte de la fuerza. Si estos datos son correctos, y no dudo de ello, actualmente disponemos en Annual de cinco compañías de fusiles y una de ametralladoras del Ceriñola —miró a Marina, que detentaba su mando—; otras cuatro compañías de fusiles y una de ametralladoras, pero esta vez del Regimiento África; cinco más de fusiles y una de ametralladoras del San Fernando, el grupo de regulares, con tres tabores de infantería, el de caballería y su compañía de ametralladoras. De artillería, la segunda batería ligera y la segunda, tercera y cuarta de Montaña. La primera, segunda, cuarta y quinta compañías de Zapadores, más los elementos de Telégrafos, de red y de radio. También la segunda, quinta, sexta y séptima compañías de Intendencia, tres secciones de Sanidad y las mías de Policía quinta, sexta, octava, décima, undécima y decimotercera, casi ninguna al completo. En total, aproximadamente poco más de cinco mil hombres. Sobreviven mil setecientas noventa y seis cabezas de ganado.

Un silencio expectante acompañó aquel exhaustivo parte. Todos miraban al comandante general, que había escuchado los datos mientras estudiaba el mapa de la circunscripción, apoyadas ambas manos sobre la mesa. Sin levantar la vista, preguntó:

—¿Suficiente para resistir hasta que lleguen refuerzos?

—Suficiente. —Manella asintió convencido.

—¿Coronel Morales? —Se dirigió hacia el jefe, quien, tras mirar detenidamente al rostro de todos, contestó con determinación.

—Debemos quedarnos, mi general. Tenemos fuerza suficiente para resistir durante días. No creo que el harka pueda reunir un contingente tan grande como para atreverse a asaltar el campamento con una fuerza parapetada y con artillería. Sé que no es la posición ideal, pero una retirada ahora me temo que podría ser una catástrofe. —Suspiró—. Las retiradas siempre se toman como signo de debilidad. Y más tratándose de los rifeños. Ya sabe: respetan al fuerte… o al que aparenta serlo. Abd-el-Krim aún necesita tiempo para que todas las cabilas lo sigan. No creo que todavía tengamos que enfrentarnos a un levantamiento general. Es cierto que la victoria en Igueriben ha podido reafirmar su liderazgo, pero todavía somos fuertes. Y además, en caso de abandonar está la moral…

—Sí; la moral —lo interrumpió Silvestre—. Ya lo he visto. Todos esos espectros que han regresado de Igueriben han causado un pésimo efecto en la tropa. Soy consciente de ello. El problema son los víveres. Por lo que sé, tenemos raciones para al menos cuatro días; más si contamos con el ganado. El agua tendrá que pelearse, desde luego. ¿Munición?

—Al menos doscientas cargas por batería, mi general —contestó Écija —. Insuficiente para más de un combate intenso.

Silvestre escuchó concentrándose de nuevo en el mapa. Paco pensó entonces que el comandante general miraba aquellos planos sin fijarse realmente en los detalles, absorto en sus propios pensamientos. Comenzó a notarlo dubitativo.

—Señores: esta tarde he enviado un telegrama al alto comisario solicitándole que la escuadra se apreste para efectuar un bombardeo de distracción sobre Alhucemas, un amago de desembarco que nos permita desviar la atención del harka. Mi primera intención ha sido la de ordenar al coronel Araujo que la guarnición de Dar Quebdani avance hasta Sidi Dris, en la costa y desde allí acuda hasta Annual para facilitar con su apoyo una retirada directa hacia el mar, pero desgraciadamente los informes que he recibido aconsejan no adoptar esa decisión. Se me dice que el camino es impracticable para las baterías y vehículos.

Paco se sorprendió ante lo que escuchaba. ¿Ahora se daba cuenta el general de que aquel camino hacia el mar era un infierno entre barrancos? Por un momento se lamentó de estar allí presente, comprobando en persona en manos de quién estaba el Ejército. Quizás aquel ímpetu había sido bueno para el combate en la guerra de Cuba, en la manigua, pero era evidente que la improvisación y la ausencia de toda previsión estratégica por parte del alto mando los habían conducido hasta aquella situación.

—Mi general… —comenzó a hablar Manella.

—Un momento, coronel. No he terminado —lo interrumpió con brusquedad Silvestre, alzando la mano—. Conozco su punto de vista. También he pedido que se envíen a Melilla todos los refuerzos que desde Ceuta sean capaces de reunir: la Legión y regulares, principalmente. Como comprenderán, espero que todas estas peticiones encuentren rápida respuesta tanto en el general Berenguer como en el ministerio. Igualmente he solicitado municiones y he pedido que se envíe un batallón de ferrocarriles para tender una vía

que prolongue la actual desde Tistutin hasta Ben Tieb. Sería algo importante para reforzar nuestras comunicaciones.

Todos, jefes y oficiales, se miraron entre ellos. Paco pudo ver las caras de estupefacción en los presentes ante aquellas palabras que denotaban la pérdida del sentido de la realidad del comandante general. Solicitar en aquellos momentos un batallón de ferrocarriles para tender una línea estaba totalmente fuera de lugar. Aquélla era tarea para meses, y todos intuían que solamente les quedaban horas. El nerviosismo comenzó a extenderse entre aquellos hombres que comprobaban entonces que su general divagaba en momentos en los que era más necesario que nunca mantener la cabeza fría y la mente clara.

Morales tomó de nuevo la palabra.

—Mi general —comenzó con voz que a duras penas conseguía contener su indignación—. Con todos los respetos, no es momento para pensar en ferrocarriles. Es necesario tomar una decisión realista, aquí y ahora. Yo voto por quedarnos, pero si los informes sobre munición son ciertos —miró a Écija, que asintió—, puede que sea necesario forzar la retirada. Aunque quizás no salgamos vivos si no se planifica adecuadamente. Esto debe quedar claro.

Todos expusieron su parecer entonces, y apenas hubo discusión. La única opción para la mayoría de los presentes, habida cuenta del estado de la munición y víveres, pareció ser la retirada, y así lo manifestaron abiertamente.

—¡Con todo respeto, mi general, me opongo a abandonar el campamento! —saltó furibundo Manella cuando comprobó que todos estaban de acuerdo en retirarse—. El honor exige que resistamos aquí. Y no sólo el honor. ¿No hemos comprobado cómo están los hombres después de lo de Igueriben? ¿De verdad queremos afrontar una retirada con el ánimo que todos hemos visto en los soldados durante el día de hoy?

Se produjo un silencio incómodo. Todos miraban a Silvestre. Al fin, éste habló, terminante. Había tomado una decisión.

—Señores: ya está decidido. Nos vamos. Comprendo, coronel —miró a Manella con dureza—, su punto de vista, pero no lo comparto, y aquí las decisiones finales son de mi exclusiva responsabilidad. No podemos permitir que Annual se convierta en un Igueriben a lo grande si nos cortan la retirada por Izzumar. Y existe esa posibilidad.

Entiendo que puede costarnos caro. Quizás cerca de mil hombres —dijo con frialdad—, pero si conseguimos alcanzar Drius, podremos resistir allí hasta que lleguen los refuerzos que nos envíe el alto comisario desde la otra zona. Calculo siete u ocho días hasta que desembarquen en la Plaza. Disponemos además del Regimiento Alcántara, al que ya he cursado órdenes de que avance hasta Ben Tieb para proteger a la columna. Es lo único que nos queda. No obstante, tengan en cuenta que podremos ir recogiendo a los soldados de las posiciones según avancemos, y éstos suplirán las posibles bajas. ¡Está decidido! —afirmó, tajante, levantando la cabeza. Se dirigió a García Paredes ante el asombro de todos: Apunte esto, capitán: yo asumo toda la responsabilidad. Dispongan lo necesario para la marcha. Los convoco a otra reunión al alba, a las cinco de la mañana, para determinar los planes de formación de la columna. Sean discretos y procuren descansar. Mañana será un día duro.

Cuando abrió los ojos, Diego apenas pudo distinguir el rostro que le hablaba. Escuchaba las palabras, pero no conseguía entenderlas. Al fin, reconoció a Remigio, que le susurraba intentando no levantar la voz.

—Mi capitán; despierte, mi capitán…

Olarte fue entonces consciente de dónde se encontraba. Bajo una gran losa de piedra caliza rodeada de matojos que ocultaban su presencia, ambos hombres permanecían agazapados, escondidos en un lugar indeterminado entre Igueriben, Annual e Izzumar. La noche, envuelta en una media luna premonitoria, apenas permitía vislumbrar los contornos, y cuando sus ojos pudieron acostumbrarse a la oscuridad, tomó poco a poco consciencia de la situación. Trató de articular alguna palabra, pero nada salía de su garganta, acartonada y reseca. Sentía en su interior el calor de una fiebre intensa y sus huesos parecían estar rompiéndose en mil pedazos. Apenas pudo balbucir, sobreponiéndose al dolor.

—¿Remi?

—Soy yo, sí, capitán Olarte. Soy Remi. Pero no intente hablar. —Al soldado le costaba también componer las palabras. Ambos era como fantasmas que hubieran escapado de una tumba excavada en tierra.

—¿Dónde estamos? —El oficial trató de incorporarse levemente.

—Hemos huido del infierno —contestó Remigio—. Al menos por

ahora. Tenemos que movernos, mi capitán. Durante la noche es mejor. Antes de que amanezca. Hay moros por todas partes. ¿Puede levantarse? Le ayudo.

Diego consiguió a duras penas hacer que sus piernas lo obedecieran. Notaba cómo su cuerpo apenas atendía las órdenes que su cerebro trataba de transmitirle. Finalmente, apoyado en el soldado, sirviendo él también de soporte, abandonaron poco a poco la oquedad en la que habían encontrado un provisional refugio. Mirando alrededor con cautela, avanzaron lentamente para hallar el amparo de la noche.

—Recuerdo a un moro… —comenzó a hablar el capitán con dificultad.

—No hable, no haga esfuerzo —le cortó el expresidiario—. Ese moro ya no está. Por suerte para usted, el que sí estaba era yo. —Señaló con una mano en una dirección imprecisa en la que se recortaba contra el cielo estrellado una cresta de contornos difusos—. Creo que deberíamos encaminarnos hacia allí. Desde luego, no podemos volver al campamento general. Aquello ahora estará infestado de todos estos hijos de puta.

Diego miró hacia donde le indicaba. Reconoció la silueta.

—¿Izzumar?

—Si usted lo dice… —contestó Remigio encogiéndose de hombros—. Yo sólo quiero salir de aquí. Esto es peor que la cárcel. Si aquello es Izzumar, será la puerta para escapar. Además, quizás allí podamos beber.

Cuando el capitán García Paredes llegó al lugar donde se asentaba su compañía, encontró a todos sus soldados en corro, fuera de las tiendas donde deberían haber estado durmiendo. Hablaban entre ellos. Detectó inmediatamente la preocupación y el desasosiego de aquellos hombres y decidió cortar por lo sano.

—¡Sargento! —se dirigió al suboficial que, apartado del grupo, intentaba escudriñar el horizonte en búsqueda de invisibles enemigos —. ¡Forme a los hombres de inmediato!

Los soldados, espoleados por los gritos de mando, se apelotonaron torpemente en tres filas mientras Paco los observaba, algunos asustados, otros nerviosos, ninguno indiferente ante lo que intuían que

estaba sucediendo a la vista de los acontecimientos de aquel día. Una vez formados, les habló. Trató de transmitir algo de confianza.

—¡Soldados! —Los hombres miraron a su capitán, expectantes—. Sé que estáis preocupados. Yo también lo estoy, pero no tanto como para no estar también convencido de que, mirando la fuerza de la que disponemos, nada serio va a ocurrir. —Tomó aire y decidió dejar a un lado la discreción que se le había ordenado—. Nada va a ocurrir porque me habéis demostrado antes y de forma sobrada que, si obedecéis con disciplina, todo funciona. Pronto estaremos en casa. Todos. Y para ello el mando ha decidido que evacuaremos el campamento y nos retiraremos a posiciones más defendibles. No es una mala idea. Dar Drius tiene buenas instalaciones y agua cercana, y desde allí esperaremos a que la Legión refuerce la línea —sonrió—, aunque yo sé que no necesitamos a esos engreídos para mantener a raya a cuatro moros, ¿verdad? —Los soldados se relajaron. Algunos asintieron. El capitán García Paredes continuó—: Si contemplamos la mínima disciplina, todo irá bien, insisto. Os lo aseguro. Atentos siempre a mi mando. No perdáis la cara al enemigo si es que hay que darla, disparad cuando se os mande y avanzad cuando se os diga manteniendo el orden de marcha. Por escuadras, por secciones, como se indique. Ahora, descansad un poco. A primera hora, todos en pie, con el armamento y bien municionados. Coged sólo lo imprescindible. Pronto habrá pasado todo. ¡Soldados! ¡Gritad conmigo! ¡Viva España! —Un «¡Viva!» seco, sonoro, sacudió la quietud de la noche. Paco asintió satisfecho—. Sargento: que rompan filas.

La bandera gualdrapeaba con el cálido viento de Levante que acompañaba el alba de aquella mañana que, como siempre, anunciaba un día abrasador. La visión de los colores que presidían las cuatro bocas de fuego que desde la posición del Izzumar apuntaban hacia la llanura de Annual reconfortó a los dos supervivientes de Igueriben. Habían llegado al límite de sus fuerzas, agotados, quebrados por la sed, desarmados y carentes de ánimo para continuar más allá de aquel parapeto que teóricamente protegía desde aquel paso el punto neurálgico del campamento, la llave de su puerta con el resto del territorio. Izzumar era el nexo de unión con la supervivencia, la cotidiana y ahora la única que podía esperarse para todos en aquellas horas excepcionales. Al ver a aquellos hombres, el soldado que permanecía destacado en la avanzadilla dio la alerta. Al poco, Diego y Remigio fueron conducidos por algunos hombres de la guarnición hacia una de las tiendas. Allí, bajo su cobijo, pudieron beber al fin, poco a poco, intentando contener uno de los artilleros el ansia con la

que los labios agrietados de aquellos despojos humanos trataban de buscar el líquido que no probaban desde hacía tantos días. Cuando al fin sintieron que —siquiera levemente— sus fuerzas regresaban, se dejaron caer en los catres en los que habían depositado sus cuerpos y cerraron los ojos para adentrarse en un profundo sueño.

—¡Nos quedamos! ¡El general ha ordenado cancelar la salida! ¡Nos quedamos!

A Paco aquel aviso lo pilló por sorpresa. Trataba de descansar en la tienda que compartía con otros oficiales, tras haber municionado y a la espera de recibir las órdenes para su compañía, ya formada en el exterior, cuando la noticia los sobresaltó a todos. El teniente que se lo comunicó no le dio más explicación que la de que, al parecer, se había celebrado una nueva reunión con el comandante general y que éste había dicho a los mandos que esperaba refuerzos desde el mar, que vendrían desde Sidi Dris o Afrau, y que se anulaban las órdenes de marcha. Eran ya las nueve y media y el sol comenzaba a castigar con su fuerza habitual las tres colinas de Annual, en las que el desconcierto iba en aumento ante aquellas órdenes contradictorias y conocidas sólo por parte de los mandos. El capitán García Paredes se indignó. Aquellas vacilaciones no eran buenas para la moral. Salió de inmediato de su tienda y pudo contemplar el espectáculo de sus soldados protestando a viva voz. Acalló las murmuraciones con una orden de silencio que fue obedecida a regañadientes. Seguía esperando órdenes concretas.

Pasadas dos horas, Paco continuaba aguardando al pie de su tienda sin tener noticias del mando. Si era cierto que finalmente se quedaban, nada se había ordenado sobre la distribución de los hombres en el parapeto. Había oído, eso sí, que se había organizado un servicio de aguada para esa mañana, lo cual era signo inequívoco de la voluntad de resistir en el campamento, pero nada más se le había comunicado. De pie ante sus hombres, observó entonces cómo un sargento subía corriendo la colina. Se mostraba excitado y hacía ademanes nerviosos con las manos.

—¡Vienen los moros! ¡Son miles! ¡Nos vamos! ¡Nuevas órdenes! ¡Nos vamos ya!

—¿Cómo que nos vamos? —Paco detuvo al gesticulante suboficial—. ¡Cálmese, sargento! ¿No ve que está asustando a mis hombres? ¡Guarde la compostura. —Miró hacia las colinas que rodeaban el

asentamiento—. Yo no veo a nadie.

El subordinado se zafó del oficial y señaló el sendero que se dirigía hacia la entrada principal del campamento.

—¡Ya están saliendo, mi capitán! Tendría que llevar a sus soldados a la entrada para evacuar.

—¿Sin orden de marcha? ¿Sin nada? —García Paredes sintió cómo se incrementaba su indignación. Miró a sus hombres. Estaban confusos, y percibió que el miedo ante la mención de un ataque los paralizaba. Intentó actuar con naturalidad, conteniendo su enfado.

—Soldados… —Se acercó a su compañía, que se agrupó ante la llamada de su oficial—. Por lo visto, finalmente nos vamos de aquí. Ahora. Lo haremos como ya os he ordenado. Nadie saldrá de la formación. ¡En columna de a tres y con calma hacia la salida! Al que vea que abandona o rompe el paso le pego yo mismo un tiro.

Las barreras de alambre se habían retirado ya para permitir el paso de los primeros vehículos, que avanzaban a toda velocidad encarando la llanura que separaba el campamento de las primeras rampas del Izzumar. Primero, las pocas ambulancias que quedaban, cargadas de heridos, luego algunos coches rápidos y, tras ellos, diferentes compañías, algunas aparentemente sin sus mandos al frente, probablemente por no haber tenido tiempo de alcanzar sus unidades, dadas la sorpresa y urgencia de los planes de evacuación.

Había corrido ya el rumor de un inminente ataque por parte de miles de rifeños, y en ese momento comenzaron a escucharse disparos, justo cuando el capitán García Paredes se acercaba con su gente al embudo en que aquella salida se había convertido. Éste pudo ver, situados sobre un pequeño altozano, al general Silvestre y a los coroneles Morales y Manella observando el comienzo de aquella atropellada retirada. No entendió por qué estaban ahí parados, sin guiar a los hombres que ahora trataban de acelerar su salida, apelotonados, esperando su turno, si es que había alguno establecido. Cerca de él, y mientras aguardaba a que algún mando le indicara cuál iba a ser el cometido de sus soldados y su posición en la columna, pudo ver a una compañía de regulares que se disponía a comenzar su andadura. Se fijó especialmente en uno de los indígenas y lo identificó de inmediato como aquel soldado, Ben Mizzar, al que Diego ayudó hacía ya tanto tiempo. Vio cómo contemplaba impertérrito la desoladora escena que se estaba produciendo ante sus ojos. Parecía haberse asentado en él y en sus compañeros del tabor una peligrosa indiferencia ante la suerte

de aquellos europeos. Paco se inquietó. No le gustaba aquella actitud distante. Intentó entonces encontrar con la mirada algún indicio del ataque que aquel sargento le había anunciado de forma tan poco discreta, pero, pese a un esporádico paqueo que podía escucharse de forma espaciada, no vio nada, y comenzó a preguntarse si en realidad era razonable aquella retirada en aquellas condiciones de peligro más bien imaginario. No parecía existir asalto alguno, y, sin embargo, las tropas, contaminadas por todo tipo de rumores, se hallaban a las puertas del pánico que las noticias, más ficticias que reales, habían generado. No entendía que una guarnición de cinco mil hombres fuertemente armados abandonara su asentamiento de aquella manera frente a unos rifeños por ahora invisibles que, aunque eran buenos combatientes, como había advertido Morales, no podrían afrontar la potencia de fuego europea si era dirigida eficazmente por sus oficiales. Trató de dar con algún mando que le proveyera de órdenes, pero allí nadie daba muestras de saber lo que estaba haciendo. Al fin, harto, paró un vehículo que intentaba abrirse paso entre sus hombres a base de bocinazos. Ocupaba el asiento del copiloto un comandante de artillería.

—¡A la orden, mi comandante! —abordó el capitán con tono firme al superior, dispuesto a que alguien lo atendiera—. ¿Cuáles son las órdenes? ¿Cómo está establecida la marcha?

El comandante lo miró con un destello de ira en sus ojos.

—¡Apártese del camino, capitán!

Paco, enfurecido, observó que en el asiento trasero se apilaba una enorme maleta, y dedujo inmediatamente que el jefe se llevaba con él todos sus enseres privados.

—¿Dónde están sus cañones, mi comandante? —preguntó indignado. Paco conseguía contenerse a duras penas—. ¿Dónde están sus hombres?

Aquella pregunta y el tono utilizado cambiaron la expresión del rostro del interpelado.

—¿Cómo se atreve? ¡Tengo órdenes! ¡Apártese, capitán, o haré que le arresten!

El capitán García Paredes dio un paso atrás. Aquella situación le resultaba inadmisible. Intentó dominarse mientras el vehículo enfilaba de nuevo la salida obligando a los soldados a apartarse a su paso. Miró a sus hombres, que asistían a aquel enfrentamiento con ansiedad

creciente, y se dio cuenta de que tenía que hacer algo nuevamente. Sin dejarse arrastrar por la ira que sentía, se acercó a ellos y se dispuso a evitar la desbandada que presentía que podía ocurrir si no intervenía.

—¡Soldados! —comenzó, elevando la voz para que se le escuchara entre el ruido del caos que se estaba produciendo—. Saldremos ahora. No esperaremos más. En vanguardia la primera sección, segunda al centro, tercera en retaguardia, cuarta en dos pelotones por los flancos. Avanzamos y, a mi señal, por secciones, se abre fuego si es necesario. Mientras no lo sea, todos conmigo —desenfundó su Astra—, y al que chaquetee lo mato, ¿entendido?

Consiguieron dirigirse a la salida, dejando paso previamente a varias piezas de artillería que, arrastradas por los caballos del tiro, enganchaban también los armones a una velocidad inapropiada, haciendo que se tambalearan. Sobre ellos, apelotonados, varios artilleros que habían arrojado sus fusiles para aligerar la marcha. Mientras traspasaban la entrada principal, pudo ver cómo el coronel Manella se apartaba de Morales y Silvestre a gritos. Consiguió oír cómo decía que él se había mantenido siempre en la opción de quedarse y que si era necesario se pegaría un tiro allí mismo. Cuando lo escuchó, Paco no pudo más. Cualquier atisbo de respeto a sus superiores estaba desapareciendo por momentos.

—¡Mi coronel, por favor! ¡Los soldados le están oyendo!

Manella miró sorprendido a aquel oficial inferior que lo increpaba.

—¿Y cree, capitán, que eso ahora tiene alguna importancia?

Y sin decir nada más, se dio la vuelta y se alejó de allí. Entre tanto, Silvestre permanecía en pie observando con gesto ausente la estampida de hombres, cañones y bestias que abandonaban ante él el campamento. Se daba golpes con una fusta en las perneras de sus pantalones. Parecía mascullar algo para sus adentros, e incluso el capitán creyó escuchar, antes de alejarse de la entrada, cómo gritaba a las tropas en desbandada.

—¡Corred, corred, soldaditos! ¿Creéis que así os salvaréis?

Luego dejó de verlo, justo al tiempo en que tanto Manella como Morales subían a sus caballos y, seguidos de sus asistentes, emprendían la marcha en dirección al Izzumar. Mientras, el capitán Sabaté, jefe del Estado Mayor de Silvestre, vio cómo el general se dirigía hacia su tienda. El oficial se encaminaba a la salida tras haber supervisado cómo los hombres encargados de la radio cumplían con

las órdenes de destrozarla a hachazos. Se angustió al contemplar la imponente y solitaria figura del comandante general y lo siguió con la mirada. Silvestre caminaba mirando al suelo, las manos a la espalda, indiferente, abstraído. Justo antes de entrar en su tienda, levantó la cabeza y contempló el campamento ya vacío, sembrado de equipajes tirados, vehículos inutilizados y munición abandonada. Todo un ejército —su ejército— había desalojado en tropel el campamento en solo media hora, abandonando tras de sí cualquier atisbo de orden y disciplina. La que él tanto había tratado de inculcar, la que sentía que había guiado su vida. Luego cerró los ojos y penetró en su puesto de mando.

Cuando Sabaté reanudó su camino, escuchó un disparo aislado y cerró los ojos. Aquella detonación simbolizaba el fracaso de todo, el derrumbe de la Comandancia de Melilla, la pérdida de lo conseguido, si era algo. Con aquella muerte se abría paso entre miles de soldados sin mando el fantasma de la derrota y la desesperación.

El capitán García Paredes ordenó a sus hombres cerrar más la formación de marcha y apartarse de la pista. Por ella no avanzaba un ejército, sino que huía una horda. Pudo ver con alarma cómo, en algunos casos, varios soldados arrojaban sus fusiles para aliviarse de estorbo en su loca carrera. Comenzaron a arreciar los disparos que provenían de las laderas circundantes. Los rifeños, sorprendidos por aquella salida inesperada, apenas podían creer lo que veían, y poco a poco fueron apostándose en las posiciones más cómodas para disparar impunemente a la masa que, desprovista de toda dirección, sólo tenía en mente un objetivo: alcanzar y superar el Izzumar. Francisco García Paredes miró a su gente. Por ahora aguantaban y seguían un razonable ritmo de marcha, ordenado y manteniendo la formación establecida. Cuando intentó aguzar la vista en dirección a las colinas que flanqueaban el paso de la columna, pudo ver cómo la Policía indígena se desplegaba en guerrilla. Aquello le reconfortó momentáneamente por lo que suponía de lógica militar elemental. Sin embargo, esa sensación de alivio pronto desapareció cuando se apercibió de que esos mismos policías de repente se daban la vuelta y encauzaban su fuego contra la aterrorizada masa. Aquella defección hizo que muchos de los soldados aceleraran su paso, casi a la carrera, estimulados por el pésimo ejemplo de algunos oficiales que, viéndolo todo perdido, desistieron de dirigir a sus hombres y, pistola en mano, amenazando a quien osara oponerse, cortaban algunos las cinchas de los caballos que tiraban de las piezas de artillería para montar en ellos y cabalgar en busca de su propia salvación. Hubo otros que se deshicieron de sus guerreras y gorras de plato, soldados que arrojaron de sus artolas a los heridos y montaron a lomos de las mulas, azuzando su marcha,

luchando por abrirse un hueco entre los cañones que quedaban abandonados, varados como barcos encallados en tierra. No había contención ni medida. Las órdenes no existían. Únicamente se escuchaban gritos, esporádicos disparos e imprecaciones. Los que huían no miraban atrás, ni siquiera cuando sus propios mandos amenazaban con dispararles. Ante aquellas escenas, Paco levantó la mano en la que empuñaba su pistola y gritó a sus soldados:

—¿Veis esto? No dudaré en usarla. ¡Yo no soy un oficial indigno, y, si morimos, morimos todos! Atentos siempre a mi mando. ¡Solo saldremos de ésta si permanecemos unidos, así que olvidad lo que estéis viendo y continuad!

Las primeras detonaciones despertaron a Diego. Se sentía nuevamente con fuerzas, al menos con las suficientes como para incorporarse del lecho y salir al exterior de la tienda en la que él y Remi habían podido descansar unas horas. Se acercó al parapeto formado por toscas piedras apiladas. Allí permanecían los oficiales de la posición de Izzumar, observando lo que ocurría en la llanura con sus prismáticos. Aguzó la vista y lo que contempló hizo que se le encogiera el alma. Como un rebaño apelotonado, una masa de hombres, cañones y animales corría de forma desordenada por la pista que conducía hacia el paso que desde allí se defendía con una artillería que permanecía muda. Diego, confundido, se dirigió al capitán Joaquín Pérez Valdivia, al mando de los cuatro Saint Chamond de 7,5 que constituían la batería.

—¿Qué está ocurriendo, Joaquín?

—Compruébalo tú mismo —le contestó, escueto, el oficial tendiéndole los prismáticos.

Y Diego enfocó las lentes en dirección a la llanura. Ante sus ojos se desarrollaba una escena de desbandada, de caos. Mezclados con el polvo que habían levantado a su paso los vehículos que ya comenzaban a subir las estribaciones del puerto, una masa de hombres avanzaba en dirección al Izzumar sin guardar ningún tipo de formación, mezcladas las unidades sin orden ni concierto. En definitiva, un grupo que ya no era ejército, sino seres en su mayoría asustados que trataban de escapar de un acoso que sólo en aquel momento comenzaba a materializarse de manera sistemática. Olarte miró los flancos: animados por aquella huida, un cada vez más numeroso grupo de rifeños se unía a los policías indígenas que se

habían revuelto contra sus hasta hace poco compañeros y disparaban sobre una masa que apenas se defendía. Desolado, Diego devolvió los prismáticos a Pérez Valdivia.

—Habría que protegerlos, Joaquín. ¿Y los cañones?

El capitán de artillería lo miró con dureza.

—¿Y contra qué o quiénes disparamos? —le contestó—. Mira bien: todos dispersos, y todavía no se aprecian enemigos de forma visible. Al menos como para concentrar el fuego. Eso sí, conforme transcurran las horas esto va a ser un infierno de harqueños. Además, no tengo órdenes.

Un sonido de motor interrumpió la conversación, justo cuando Diego iba a objetar sobre esa supuesta falta de instrucciones superiores. Le resultó una excusa sin fundamento. Si aquellos cañones tenían sentido era precisamente para proteger una posible retirada y cerrar el acceso al Izzumar al enemigo. Acompañó, sin embargo, no sin dificultad, al jefe de la posición, que, habiéndolo dejado con la palabra en la boca, se dirigía a buen paso hacia el coche que había sido parado por los hombres de la avanzadilla, ubicada cerca de la pista.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó con tono desabrido el capitán Pérez Valdivia, antes de percatarse de que en el asiento trasero viajaba quien parecía un alto mando que no pudo identificar, porque no pudo ver los distintivos de su rango al estar ocultas las bocamangas por una maleta que llevaba sobre sus rodillas. Creyó reconocer, sin embargo, al alférez que ocupaba el asiento del copiloto y, además del conductor, a un capitán que compartía el reducido espacio. Se cuadró instintivamente, pero siguió al pie del camino esperando una respuesta.

—¿No ve que tenemos prisa, estúpido? ¡Apártese! ¡Es una orden! ¿No se da cuenta de que el ejército se retira? —le espetó una voz ronca desde el interior del vehículo.

El capitán no se amilanó.

—Con todo respeto: solamente estoy preguntando qué es lo que está ocurriendo. Carezco de órdenes precisamente, y si el ejército se retira del campamento, querría saber cuáles son las que el comandante general ha previsto para esta posición.

—El comandante general ha muerto —contestó la voz con dureza—. Así que abra paso inmediatamente y recoja a su gente para reunirse

con el grueso de la tropa en Dar Drius. ¿No quería órdenes? ¡Pues ya las tiene! Y ahora ¡apártese de una vez!

Ambos, Olarte y Pérez Valdivia, impresionados por aquella información, se hicieron a un lado para permitir el paso del vehículo, que prosiguió su camino levantando una polvareda. Permanecieron mirando cómo se perdía entre los vericuetos de las rampas que se adentraban entre los barrancos de aquel entramado montañoso.

—¿Has visto quién era el copiloto? —Pérez Valdivia dirigió la cuestión a Diego mientras mantenía su vista fija aún en el automóvil.

—No; ¿quién era?

—El hijo del comandante general. «Tolete» lo llamaban. Alférez de caballería —dijo, negando con la cabeza—. ¡Qué vergüenza! He reconocido también al capitán Carrasco.

—Y si Silvestre ha muerto, ¿quién comanda a toda esa gente? —quiso saber Diego mientras señalaba hacia la llanura.

Por toda respuesta, el capitán Pérez Valdivia se encogió de hombros.

—Yo ya tengo mis órdenes. Nos vamos también, Olarte. Nos llevamos los cierres de los cañones y nos marchamos a Drius. Aquí ya no hacemos nada.

Diego lo cogió del brazo.

—¿Cómo que no hacemos nada? ¿Te vas a ir? ¿Así? ¿Sin más?

El capitán se zafó con brusquedad.

—¡Ya has visto cómo están las cosas! ¡Quédate si quieres, pero mi gente y yo nos vamos! —Y se alejó a la carrera en busca de sus artilleros para inutilizar la batería y seguir camino hasta Dar Drius. Paró un instante, se volvió y le gritó desde la distancia—. ¡Y si el general ha muerto, y no creo que haya sido por disparo ajeno, es que las cosas están muy mal! ¡Hay que largarse de aquí cuanto antes!

Diego permaneció parado al borde del camino intentando digerir todo aquello. Cuando creía que se había librado de la muerte, cuando pensaba que, al fin, tras batirse hasta la extenuación, tras ver caer a tanta gente, a tantos soldados que pagaron cara su valentía y disciplina, y que podría tener cierta paz, debía ahora enfrentarse al impredecible derrumbe de todo aquello por lo que había luchado.

Mientras tanto, Remi se había acercado y contemplaba la escena a prudente distancia.

—¡Cuidado, mi capitán!

Apenas pudo advertirle Remigio de la llegada a un trote desbocado de un caballo sin ensillar, montado por un teniente de artillería que pasó sin mediar palabra entre ellos, levantando una gran polvareda. Era obvio que la montura pertenecía a un tiro que habría debido estar enganchado a uno de los cañones evacuados de Annual.

—¡Se larga! ¡No tiene vergüenza! —le gritó indignado Remi—. ¿Y tus hombres? ¿Dónde están tus hombres, cobarde?

Tras aquel jinete, siguió una batería de montaña y una compañía de Intendencia, ambas unidades, no obstante, marchando en buen orden. Igualmente se alejaron de allí sin detenerse, descendiendo hacia los barrancos sin perder la formación, conservando los artilleros, al menos cuatro de los seis cañones que aún habían podido escapar, de la veintena que salieron del campamento, ahora abandonados en el trayecto hacia Izzumar. Pese a aquellas muestras de aparente disciplina, Diego no se hizo ilusiones. No tenía sentido el paso de aquellas tropas dispersas. El grueso del ejército —intuía— aún estaba por aparecer, y desde luego no dejaba de ser una realidad la existencia de una retirada sin planificar, por lo que, entre lo que había vislumbrado y las escenas que había podido presenciar, no albergaba demasiadas esperanzas en un movimiento ordenado. Ante la visión de la previsible catástrofe, Diego sintió que su ánimo flaqueaba. Ni siquiera la profunda rabia que sentía consiguió que le llegara el impulso para moverse de allí. Tampoco reaccionó cuando vio cómo Pérez Valdivia se alejaba seguido de sus hombres, tras inutilizar sus piezas, abandonando la posición que debía proteger aquel paso. Un humo denso comenzaba a alzarse sobre ella, producto del fuego que quemaba, junto con los restos del enclave, las esperanzas de todo un ejército. Finalmente, el capitán Olarte sólo tuvo fuerzas para sentarse al borde del camino y, con las manos en la cabeza, permitir que acudieran a él las lágrimas que hacía tantos días contenía.

—¡Proteged al coronel! —La voz del capitán Francisco García Paredes sonó con fuerza por encima de los disparos que arreciaban en las cuestas del Izzumar. Allí, en sus estribaciones, junto a su caballo abatido, Morales vaciaba el cargador de su pistola, acosado por los disparos de los rifeños que ya acometían con furia al tropel de

soldados que se encajonaban en las primeras rampas.

Por secciones, con disciplina de fuego dirigida con sobriedad y eficacia por los sargentos de la compañía, los reclutas intentaban impedir que la masa enloquecida los desbordara. No pudieron evitar, sin embargo, que un disparo certero alcanzara a Morales, que se encogió y, tras llevarse la mano al hígado, se desplomó agonizante sobre el polvo rojo de aquella tierra que en su quehacer diario siempre había tratado de comprender. Paco pudo ver al jefe caído, pero no tuvo tiempo de ayudarlo. Tampoco de sentir lástima por él. Apelotonados en la estrecha pista, los hombres de aquel ejército en desbandada pugnaban por abrirse paso entre ellos, a empellones, arrojando a los barrancos los vehículos averiados, apartando a las mulas enloquecidas que servían en ocasiones de parapeto a hombres aterrorizados. Vio también cómo algún oficial se arrancaba de la guerrera los distintivos de su empleo para intentar pasar desapercibido, y sintió un profundo asco y una pena insondable. Mientras tanto, alertados por los disparos, cientos de lugareños, habitantes de los aduares más próximos, entre los que se encontraban también mujeres y niños, se habían acercado, y, con la segura esperanza de un buen botín, algunos se arrojaban sobre los heridos y moribundos para arrancarles sus pertenencias, rematándolos con saña si se resistían. Otros miraban indiferentes mientras sobre aquella turba en la que se había convertido el ejército de Annual arreciaba el fuego desde las laderas de los barrancos que flanqueaban el estrecho camino del Izzumar. Sobre todo aquel espectáculo de vergüenza y muerte, Paco consiguió, sin embargo y no sin esfuerzo, que sus hombres mantuvieran la formación y la disciplina. Ante ellos y su actitud altiva y amenazadora, los soldados que habían dejado de serlo les abrían paso, intimidados por su determinación, y mientras subían por la carretera, paraban su marcha a las órdenes de su oficial y disparaban por secciones, cubriéndose la una a las otras, consiguiendo de esa manera progresar hasta alcanzar finalmente la cumbre.

Diego levantó la vista y se puso en pie. Los hombres que pasaban ya en tropel junto a él ni lo miraban, absortos como estaban en la huida. Unos montaban en mulas, otros avanzaban ensimismados agrupados como un rebaño, los más habían arrojado sus fusiles para ir más ligeros de peso. No se veía orden ni mando en ningún lado. Sintió un gran vacío y, de repente, con la certeza de que había llegado el momento de enfrentar la muerte, vio todo con mayor claridad. Un frío intenso sacudió su alma, y sintió que en su interior ya no quedaba lugar para emoción alguna. Fue entonces hacia la pista y se encaró

con un capitán que, caminando entre soldados de diversas unidades, intentaba mezclarse con la masa, evitando su responsabilidad de mando. Diego no le dijo nada, porque nada le importaba ya. Simplemente le puso la mano en el pecho, deteniendo su marcha y sin que el otro ofreciera resistencia, y le quitó su pistola, sacándosela de la funda. Por unos instantes tuvo el dedo en el gatillo. Comprobó que el seguro aún estaba puesto. Ni siquiera había disparado un solo tiro. Lo quitó, tiró para atrás la corredera introduciendo un cartucho en la recámara y puso la punta del cañón en la cabeza del aterrorizado oficial. Dudó unos instantes. De repente, escuchó tras él una voz familiar.

—¡Diego! ¡No! ¡No lo hagas!

—¿Paco?

Ambos amigos se miraron durante unos segundos. En el rostro de Diego no había emoción alguna. Agarraba con una mano la solapa de la guerrera del oficial mientras continuaba apuntándole a la cabeza con la otra. Estaba dispuesto a disparar. Todo transcurría ante la mirada indiferente de los que huían, que procedían con su marcha desordenada sin reaccionar ante aquella escena.

—Diego…, déjalo; no merece la pena. —Se acercó a él mientras los soldados de su compañía hacían un alto, tratando de reponerse del esfuerzo de la prolongada ascensión. Con suavidad le bajó el arma con la mano.

El capitán amenazado, aprovechando la oportunidad, se desasió y comenzó a correr. Diego bajó la mirada. Parecía ajeno al tumulto que lo rodeaba, mientras seguía ante ellos el trasiego de aquellos miles de hombres desorientados.

—Qué vergüenza… —musitó—. Todos esos desgraciados… Todos esos muertos que dejamos atrás… Qué vergüenza.

Paco no dijo nada. Apartó a su amigo del camino y lo condujo hacia donde descansaban sus soldados. A ellos, sigiloso y discreto, también se aproximó Remigio. Yo le habría reventado la cabeza, pensó éste para sus adentros.

Allí arriba se escuchaban los disparos, los que procedían aún de la llanura abandonada y los que comenzaban a escucharse con más fuerza en los barrancos por cuyo fondo transitaba la carretera en dirección de Ben Tieb. Diego levantó al fin la vista y miró a Paco. Tras unos segundos y sin decir ni una palabra, ambos amigos se abrazaron

con fuerza.

—Te creía muerto, Diego.

—Ya ves que no. —Sonrió con tristeza—. No del todo al menos.

Olarte echó un vistazo hacia la altura donde habría debido estar la posición de Intermedia C, que daba cobertura de fuego a la de Izzumar. Se antojaba desierta, y sobre el mástil que se distinguía sobre las rocas ya no tremolaba bandera alguna.

—También se han ido —apuntó Paco—. Aquí se va todo el mundo, por lo visto. Ha muerto Morales, y me dicen que también Manella, y Silvestre no aparece por ningún lado.

—He oído que se ha pegado un tiro. O eso creo.

—¡Pues podría haber esperado a llegar a Melilla, coño! Ahora todo el ejército está descabezado. —Paco señaló con un ademán a los hombres que seguían pasando ante ellos—. Se trata de llegar a Dar Drius, Diego. Te vienes con nosotros. Creo que el general Navarro se dirige hacia allí desde la Plaza. Veremos.

Diego asintió en silencio y le indicó a Remi que se uniera a la compañía del capitán García Paredes. Junto a él, se situó en la retaguardia de la pequeña columna que formaban aquellos noventa hombres, y, ya levemente repuestos, reiniciaron la marcha en dirección a Ben Tieb, antesala de la llanura al final de la cual esperaba la salvación que debería encontrarse en la fuerte posición de Drius.

Los caballos mantenían la formación al otro lado de la pasarela de madera ubicada al finalizar el descenso del Izzumar. Allí estaban, esperando, avisados de lo que ocurría por algunos de los coches que habían abandonado precipitadamente el lugar donde sus ocupantes deberían haber estado al frente de sus hombres. El teniente coronel Primo de Rivera, al mando del regimiento ante la ausencia de Manella, había hablado con sus soldados. «Era su hora», les dijo; «el momento de cumplir con su deber para con la patria». Y allí estaban. De vez en cuando alguno de los jinetes de aquellos escuadrones del Alcántara acariciaba el lomo de su montura con cariño, manteniendo el sable al hombro, mientras todos observaban impasibles la riada humana que se arrastraba ante aquella unidad imperturbable. Bajo las órdenes recibidas, los escuadrones se desplegaron protegiendo los flancos y la retaguardia de la columna en retirada, alejando a los rifeños en sucesivas cargas, los cuales, ante aquellas

acometidas, mantenían por prudencia la distancia y cesaban, por tanto, sus disparos para permitir con ello el avance de los restos del ejército hasta alcanzar la relativa seguridad de la base de Ben Tieb.

Cuando la compañía comandada por los capitanes García Paredes y Olarte pasó en ordenada formación ante aquellos soldados que los miraban desde sus grupas, ninguno podía saber que entre ellos, ocupando la última línea, erguido sobre su silla, el cabo López pensaba en lo orgulloso que se sentiría su padre, allí, en Santander, si lo viera en ese instante. Tampoco sabían que en aquel preciso momento, desde las alturas de las estribaciones montañosas que amurallaban la llanura, sobre peña Tauharda, unos hombres angustiados y un capitán valiente contemplaban el triste espectáculo que aquella masa ofrecía a su paso por la carretera que se abría paso hasta Drius. Desde Intermedia A sentían que los habían abandonado a su suerte, pero ahí seguían, al menos como recuerdo de que no todo el honor se había perdido; un pedazo rocoso y firme de una España que, sin embargo, justo a sus pies, se deshacía como el polvo del camino.

15

La última bandera del Rif

Posición Intermedia A, 22-23 de julio

Ángel pronto se da cuenta de que los disparos que al principio comenzaron a percutir sobre la posición ahora menguan en su cadencia y, sin embargo, arrecian en dirección a la pequeña vaguada que separa Intermedia A de la siguiente cumbre. De aquélla en la que se asienta la reducida guarnición de Yebel Uddia, que ahora arde. Se observa a simple vista cómo figuras empequeñecidas por la distancia saltan el parapeto y corren hacia la aparente seguridad del reducto defendido por aquellos escasos ochenta y cinco hombres que miran, abrumados, cómo sus compañeros caen, uno tras otro, abatidos en su huida, y es el capitán Escribano el que intenta poner algo de orden en el confuso ánimo de su gente. Consciente de lo que está sucediendo ante sus ojos, ordena al teniente Antonio Medina que dirija el fuego de sus dos pequeñas piezas hacia los flancos de aquella hilera de soldados que tratan de alcanzar Intermedia A. Mientras se escuchan los estampidos que rasgan el hasta entonces insondable silencio de las montañas, ajusta sus prismáticos y estudia las distancias. Ordena a los soldados que preparen sus fusiles y, con un simple gesto, la sección de ametralladoras ya sabe lo que se espera de ellas. Aguarda el momento propicio, y cuando al fin los supervivientes de Yebel Uddia están a doscientos metros, acosados por figuras pardas que les disparan rodilla en tierra, ocultos los tiradores tras rocas y arbustos, se abre fuego sobre los rifeños. Un estallido seco y breve que a Ángel le recuerda al de una granizada abatiéndose sobre las tejas de su hogar en Rello se convierte en breve heraldo de la muerte que se anuncia, implacable y certera, sobre decenas de harqueños, sorprendidos por aquella barrera inesperada. Gritos de ánimo acompañan a los supervivientes cuando al fin saltan el parapeto de Intermedia A y la moral resucita por aquella pequeña alegría que es como una débil promesa de esperanza para todos.

La tropa fugitiva, extenuada, es repartida por la posición, y junto a Ángel se sienta un joven de rostro infantil y mirada huidiza. Se llama Antonio Tavira Morales, y saluda a su nuevo camarada con una sonrisa, pese a la evidente fatiga que aquella carrera le ha supuesto. Ángel, aún impresionado por la escaramuza, le corresponde con un gesto de cabeza y encogidos ambos, sus espaldas contra el muro de piedra, se refugian en un silencio que ahora nadie interrumpe, una vez han cesado las celebraciones. Todos sospechan que aquella pequeña tregua será pronto un recuerdo lejano. Cierran los ojos algunos, los más miran en silencio y todos maldicen en su interior el día en el que aquella guerra los arrancó de la placidez de sus pequeñas monotonías cotidianas en la Península.

El capitán Escribano no se engaña. Aprovecha que los aturdidos rifeños les dan un respiro y vuelve a ordenar al telegrafista que envíe nuevos heliogramas hacia Dar Drius. Supone que allí se refugiará aquel tropel que una vez fue ejército y que han visto pasar ante sus ojos por el valle, arrastrándose sobre la pista que los guiaba hasta aquella posición desde Ben Tieb. Necesita órdenes, pero nadie contesta a sus comunicaciones. Pese a que ve ajetreo de hombres y animales, Dar Drius permanece mudo ante sus peticiones, nunca súplicas.

—¡Vuelve a enviarlo, soldado! Ahora añade además: «Posición cercada. Munición para dos días, agua insuficiente. Yebel Uddia refugiada en ésta. Solicito órdenes» —le indica al angustiado telegrafista que, con poca esperanza, sigue dirigiendo la óptica de reflejos solares hacia la distancia en la que se vislumbran los muros de la gran posición de Dar Drius, ahora refugio de la columna en huida desde Annual.

—Drius no responde, mi capitán.

—Tú sigue intentándolo. Y tenme informado.

Escribano se aleja justo en el momento en el que vuelve a crepitar el inconfundible sonido de los máuseres y los Lebel disparando sobre la posición. Se agacha y se encamina hacia la batería. Allí, el teniente Medina está encauzando el fuego de sus cañones hacia el lugar desde donde considera que el enemigo se agrupa en mayores concentraciones. El capitán se siente satisfecho de sus oficiales y contento, porque sus soldados están bien mandados. Para él, ésa es la clave. Interroga con la mirada al joven teniente y éste, que sabe simplemente con aquel gesto que se le está preguntando por la munición, contesta escueto:

—Para dos o tres combates solamente, mi capitán.

Escribano asiente y se aleja con la intención de recorrer el parapeto. Los soldados disparan con eficacia y hacen daño. Pueden resistir, piensa, y esperar a que todo se recomponga. Si se recompone.

Ángel asoma el cañón de su fusil por la pequeña aspillera toscamente habilitada entre la hilera de piedras que los ingenieros apilaron en su día a modo de rudimentario muro de circunvalación. Encara al enemigo, echa hacia atrás el cerrojo, escucha el inconfundible sonido del proyectil en la recámara, apunta y dispara hacia un rifeño que viste la chilaba parda característica de los Beni Urriaguel y que apenas trata de ocultarse tras unos arbustos resecos. Tras el estampido, la figura desaparece súbitamente. Ángel no ha visto el impacto, pero sabe que ha hecho blanco. Vuelve a cargar, apunta y dispara de nuevo. Otro moro menos, piensa cuando ve —esta vez sí— cómo el atacante se desploma.

—¡Disparas bien, zagal! —La voz del ocasional compañero huido de Yebel Uddia lo distrae por unos segundos.

—No mejor que cualquier otro. —Mira nuevamente por la tronera, comprobando cómo un grupo de cuatro rifeños se acerca a la carrera hacia las alambradas, desprotegidos, gritando con rabia invocaciones en aquella lengua extraña y ahora amenazadora, y señala hacia allí con un gesto—. ¡Dispara tú también, que se nos echan encima!

El soldado Tavira empuña torpemente su fusil y obedece. Nota cómo sus dedos buscan el gatillo y presiona. Un seco estampido y el máuser eleva el tiro percutiendo la culata con el violento retroceso en el hombro del recluta. El disparo se pierde en la luz de un cielo limpio de nubes y se escucha una blasfemia.

—¡Me cago en Dios!

—Tú no has disparado en tu vida, ¿verdad? —Ángel agarra con firmeza el cañón del arma de su compañero y la baja. De reojo ve que las figuras están ya intentando saltar la alambrada. Demasiado cerca—. Así, ¿ves? —Le acomoda la culata—. Mantenlo ahí. Dispara. ¡Ahora!

Vuelve a escucharse una detonación. Un rifeño emite un alarido de dolor y se desploma sobre el alambre de espino. Antonio asiente satisfecho.

—Gracias, camarada.

—No me las des y sigue; ahora el cerrojo hacia atrás. Así, bien. Continúa.

—¡Menudo inútil!

Ángel sonríe levemente ante la imprecación de Feli, ubicado a su izquierda, quien, asomándose lo justo en su respectiva tronera, apunta y dispara, apunta y dispara.

Ya no son cuatro los asaltantes, que yacen muertos a pocos metros. Decenas de rifeños corren hacia el parapeto dispuestos a vencer los obstáculos en los que permanecen enredados sus hermanos. Mientras algunos tratan de saltar la alambrada, otros los cubren, disparando rodilla en tierra, y los proyectiles impactan en las piedras del muro que cobija a los soldados. Se escucha una voz a espaldas de los tres infantes. El capitán Escribano se ha acercado y los anima. Está en todas partes, y aquella presencia aviva el fuego, que se convierte en una barrera letal contra la que se están estrellando las oleadas que se abalanzan sobre ellos.

—¡Bien, muchachos, bien! ¡Seguid así! ¡Demostradles de lo que sois capaces!

Se sostiene la defensa en Intermedia A y hacia ella acuden cada vez en mayor número los rifeños, enrabietados, sorprendidos por aquella resistencia, desviando su atención del tropel que huye por la llanura hacia Dar Drius.

Es una suerte para los miles de hombres que ahora ya no corren, sino que se arrastran por la pista, desordenados, sin jefes y casi sin oficiales, levantando a su paso una nube de polvo que cubre la perspectiva de la base de Ben Tieb, que ha sido sobrepasada sin que los esfuerzos del capitán Lobo, destacado allí al mando, hayan sido capaces de conseguir que nadie permanezca en ella para ayudar a su defensa. Una explosión y un humo negro y espeso anuncian a la columna que tras ellos el oficial ha decidido abandonar también aquella posición, por juzgar insostenible permanecer allí por más tiempo, sin órdenes, sin directrices que ha pedido desesperadamente, sin respuesta. Los depósitos de munición estallan y el trueno de la pólvora y de los proyectiles sacrificados apenas inmutan a los soldados de Annual, que sólo miran hacia los muros de Dar Drius, vislumbrados a lo lejos. Sobre ellos, en las alturas de Peña Tahuarda se combate y se muere, y aquel sacrificio parece resultarles ajeno, ciegos en la

búsqueda de una salvación improbable, como fantasmas que pretenden regresar al mundo de los vivos mientras continúan su camino ya sin ser hostigados, frenado el ímpetu atacante por la disciplina de los escuadrones del Alcántara. Escuadrones que ahora cabalgan a lo lejos protegiendo el flanco izquierdo de aquellos hombres que una vez fueron soldados.

Olarte sigue andando, pistola en mano para controlar a quien tenga tentaciones de abandonar la pequeña formación que por su orden distingue a la compañía del capitán García Paredes. No es necesario. Ante el ejemplo de sus oficiales, los reclutas avanzan manteniendo la disciplina de marcha, y esto los diferencia del resto. Ya no disparan, porque no hay enemigo cerca, y cuando ha cesado el estruendo de las explosiones de Ben Tieb, Diego puede escuchar cómo crepita el fuego de fusilería y los estampidos de la artillería que resuenan sobre sus cabezas. Eleva la vista y todavía puede distinguir sobre las alturas que dominan el valle cómo aún permanece en su mástil la enseña que ya no flamea en los lugares a los que —está convencido— tardarán en regresar. Es la última bandera del Rif, envuelta en disparos, rodeada por una ira que ya no cae sobre ellos, y mientras anda su camino siente cómo una gran vergüenza se apodera de él. Allí arriba se consuma el sacrificio de unos pocos, sacrificio que está permitiendo que aquellos restos de ejército continúen vivos.

—¿Alguna respuesta de Drius, soldado?

Ante el gesto negativo del telegrafista, Escribano frunce el ceño. No puede entenderlo. Mientras los disparos siguen arreciando, trata de observar el panorama. Desde allí puede contemplar cómo se elevan al cielo varias columnas de humo. Arden las posiciones en casi todas las cumbres. Hacia el norte intuye la desolación del abandono en Intermedia B y en Intermedia C. Los supervivientes de Yebel Uddia están allí, con ellos, tras haber sido ésta arrasada. Izzumar no deja de mostrar, en su lejanía, las señales de la precipitada huida, y hacia el oeste puede ver cómo unos jirones negros manchan con su estela el deslumbrante horizonte del Rif. Enfoca sus prismáticos hacia la columna que se desplaza por el valle. Están cerca ya de Drius, y piensa que será difícil llegar hasta la base si les ordenan replegarse sobre ella. Espera esa orden, pero mientras tanto, en su ausencia, él lo tiene claro: de allí no se mueve nadie.

Ángel está agotado. Le duele el hombro y tiene sed. Comprueba la munición que le queda y al menos le resulta suficiente. Allí, junto a él, permanecen apiladas varias cajas cargadas con peines de cinco cartuchos, dispuestos a ser reemplazados en el máuser conforme se van agotando. Lo que no hay es agua. No mucha, al menos. Desde la mañana solamente se les ha repartido un cuartillo, y ahora son más para compartirla. Mira a Feli, a su izquierda, que continúa disparando, incansable. A su derecha, Antonio ya no sonríe. Intuye el hastío contra el que él mismo lucha con mayor intensidad a cada hora que pasa allí, agazapado junto al parapeto mientras sigue matando, golpeando con cada bala la vida de un enemigo. A veces cierra los ojos durante unos segundos y le llegan las imágenes cada vez más borrosas de su madre preparando el puchero en aquella cocina que se caldeaba con un fuego amable en el invierno soriano. Ve también a su padre, agotado y harto de su pobreza; y a su hermana, que le sonríe mientras se sabe cómplice de todas sus travesuras de infancia. Pero, sobre todo, intenta desesperadamente rememorar el rostro de aquella chica de Medinaceli. La mujer que protagoniza sus ensoñaciones, ya que no los sueños, que no consigue recordar desde que está allí. Cree que nunca volverá a verla mientras lucha por mantener el débil hilo que aún lo une a la vida que quiere tener algún día y que siente cada vez más lejana cuando, cada mañana, amanece en aquellas tierras inhóspitas que ahora solamente anuncian muerte y desolación.

—Parece que se cansan —dice, animoso, Feli.

Ángel vuelve a la realidad de repente.

—¿Qué dices? —Mira a través de la tronera y comprueba que por el momento han cesado las oleadas de ataques. Sobre la tierra pedregosa que domina desde su puesto puede ver decenas de cadáveres, algunos amontonados, que jalonan el camino recorrido por quienes pretendían alcanzar el parapeto.

—Que ya no disparan. Un pequeño descanso, ¿eh? —Y Feli sonríe a su amigo mientras le guiña un ojo, satisfecho.

—Por el momento —contesta, cauto, Ángel. Se gira hacia su derecha y comprueba que Antonio esté bien—. ¡Ánimo, chaval! Saldremos de ésta —le dice sin demasiada convicción.

—Yo, cuando pueda, me largo de aquí —contesta Tavira con gesto hosco. Ya no hay ningún resto de sonrisa en su rostro.

—¿Y a dónde te vas a largar, espabilado? —tercia Feli.

—Yo me voy con los de Annual. Ésos seguro que llegan a Melilla.

Se hace un silencio, y ninguno de los tres lo rompe durante un largo tiempo. Al fin, Ángel, serio, mira a Tavira.

—No puedes salir de aquí por tu cuenta. Lo sabes, ¿verdad? Eso sería deserción.

—No; eso sería ser inteligente —replica Tavira—. Ya me dirás qué hacemos en este agujero mientras el resto se larga.

—Inténtalo si eres tan valiente —le dice Feli, enfadado—. No creo que puedas dar dos pasos sin que te maten. Y si los moros no lo hacen, el tiro te lo pego yo, ¿entendido?

Tavira le lanza una mirada de odio. Aprieta el máuser con todas sus fuerzas sin sacarlo de la aspillera. Por un momento parece que va a abalanzarse sobre su compañero. De repente, suenan nuevamente disparos que impactan contra las piedras del parapeto.

—Ya vuelven —dice Ángel mientras se afana en apuntar de nuevo—. Me da que tus planes tendrán que esperar, así que deja de decir tonterías y haz funcionar tu cerebro, anda.

—Y de paso a ver si cazas a alguno de esos cabrones también y así sirves para algo —apostilla Feli.

Cae la tarde cuando la columna de Annual entra en Dar Drius. Junto a la puerta, el general Navarro contempla con tristeza e indignación el triste cortejo. Sujeta su bastón con fuerza y con su mano derecha se atusa nervioso la negra perilla que recorta su rostro. Acaba de llegar apresuradamente de Melilla para hacerse cargo de lo que queda del ejército, en su condición de segundo jefe de la circunscripción y en ausencia de Silvestre, y la tarea le parece ahora abrumadora. El campamento, no obstante, es un asentamiento correctamente acondicionado que forma un gran rectángulo amurallado poblado de barracones, puesto de mando, enfermería y depósitos. Está ubicado al sur de la llanura que comienza en Ben Tieb y la aguada se encuentra a treinta metros de su parapeto, por lo que al fin la tropa puede saciar su sed con seguridad. Pronto, la artillería que se ha salvado es situada orientando sus bocas hacia la planicie. Al menos nadie va a poder asaltar aquella fortaleza por sorpresa, piensa para sí Diego Olarte cuando, al entrar agotado en el recinto, comprueba con cierta esperanza el movimiento de las piezas. Los hombres del capitán García

Paredes llegan en buen orden y van de inmediato hacia el lugar que rápidamente, ante la ausencia de instrucciones más concretas, decide aquél sobre la marcha. Se desploman junto al tapial de ladrillo y adobe de un barracón destartalado, aprovechando la leve sombra que éste les concede. Desde allí, Olarte y su amigo contemplan el desconcierto reinante. Hombres de unidades mezcladas deambulan sin sentido ni destino fijo por el campamento, recubiertos, como ellos, del polvo rojo del camino. Heridos que no han podido evacuarse agonizan apartados y cubiertos de vendajes improvisados y sucios. Hay camiones aparcados de cualquier manera bajo el sol abrasador que ya comienza a declinar. Mulas sueltas pasean solitarias, sin acemileros, intentando instintivamente buscar algo de pasto y decenas de soldados saltan la tapia sur del recinto en dirección a la aguada, construida sobre el escuálido lecho del pequeño río que muestra con su tibio caudal el poder abrasador del estío africano.

—¡Qué desastre, Paco! —dice Diego, abrumado.

El capitán no responde. Desde hace unas horas ha entrado en un estado de ausencia y silencio que a Diego le desconcierta, teniendo en cuenta que es gracias a su determinación por lo que han llegado hasta allí como soldados los hombres bajo su mando. Tiene la mirada perdida y como gesto recurrente agarra continuamente con su mano izquierda el collar que le cuelga del cuello, musitando en ocasiones palabras que Olarte no entiende.

Suena una llamada para oficiales. Navarro viene decidido a imponer algo de orden en aquel caos indescriptible, y Diego palmea en la espalda a su amigo.

—Vamos, Paco; nos llaman —le dice, sacando al oficial de su ensimismamiento. Asiente éste por toda respuesta y juntos se encaminan hacia el barracón al que también se dirigen los mandos que aún permanecen en sus puestos.

—¡Una bandera blanca, mi capitán! —El aviso resuena en el silencio que de repente se ha impuesto en Intermedia A.

Escribano se encarama sobre el parapeto, con precaución porque no confía en los rifeños, pero tratando de mantener la dignidad de su empleo, ya que los hombres lo observan y dependen de su capacidad de liderazgo para seguir peleando con eficacia, como hasta ahora. Se convence de que la tregua es real cuando ve avanzar a dos indígenas

portando en sus manos, más que una bandera, un trapo, a modo de señal de parlamento. Con un grito les ordena parar. Lo que tengan que decir quiere que lo escuchen sus soldados.

—¿Venís a rendiros? —les pregunta con sorna, y una carcajada se escucha en el interior de la posición ante aquella bravata. No todos ríen, pero sin duda el ánimo se refuerza. Si su capitán se siente con fuerzas para aquella chulería, las cosas no pueden estar tan mal. Así lo piensan algunos.

Los harqueños se paran y escuchan desconcertados aquellas palabras. Ángel contempla la escena con cautela a través de la aspillera y por un momento piensa que al fin podrán salir de allí. Intenta entender lo que gritan ahora los emisarios.

—Tú rendir. España ya no viene, capitán. Ya no más. Vosotros solos aquí.

—¿Nos ves tan solos, moro? —responde Escribano elevando el tono—. Pronto llegarán refuerzos, y sólo si volvéis a vuestros hogares, España será clemente. Entonces veréis si viene o no.

—Si no rendir, morir todos, capitán —contesta uno de ellos.

El oficial advierte las polainas que se ajustan a sus tobillos. Distingue también una chaqueta de color garbanzo que luce su interlocutor, abotonada sobre la chilaba. No sabe si se trata de un desertor de Regulares o si es el resultado de un afortunado saqueo. Nota cómo crece en su interior una indignación descontrolada y quiere acabar con aquella situación cuanto antes. Mira brevemente a sus hombres y vuelve a dirigirse a los rifeños.

—¡Aquí no se rinde ni Dios! ¿Entendéis? Tenéis dos minutos. —Les muestra su mano, reforzando con sus dedos el aviso—. Dos minutos para volver con vuestra chusma antes de que disparemos. Así que ¡largo!

Ante aquellas palabras los harqueños se miran y vuelven por donde han venido. Una vez desaparecen tras unas rocas, el fuego se reanuda con fuerza, con rabia. Nadie cede en Intermedia A.

Cae la noche sobre la posición y no ha habido un segundo de respiro. Los hombres agradecen el frescor de la oscuridad, que alivia las quemaduras producidas por el inclemente sol de julio. Los combates han continuado durante las últimas horas y con el crepúsculo parece amainar la frecuencia con la que son hostigados desde todos los

frentes del reducto. Escribano ordena repartir medio dedo de agua entre la tropa y todos comparten el contenido de las omnipresentes latas de sardinas que aún se conservan desde el último convoy de aprovisionamiento. Él ya sabe, aunque no comparte la información, que probablemente vayan a morir allí. Finalmente ha contactado con Drius, que le ordena replegarse sobre el campamento. Pero ya no puede; están rodeados, y así lo informa con un mensaje cargado de reproche. Así pues, la suerte está echada, aunque mantiene una leve esperanza. Mientras las tropas sigan en Drius, no todo está perdido.

Aprovechando la pausa en los combates, el teniente Medina de Castro decide darse un respiro y se acerca al lugar donde Ángel, agotado, trata de conciliar el sueño. Lo despierta suavemente.

—Soldado —dice en un susurro mientras le toca el hombro—. Necesito hablar contigo.

Ángel despierta y, al ver al oficial, intenta incorporarse. Medina lo detiene con un ademán.

—A la orden, mi teniente.

—Tranquilo, Eslava. Me gustaría hablar contigo. A solas. Será únicamente un momento.

Ángel asiente algo extrañado y se levanta. Ambos se alejan, agachados, hacia una esquina del parapeto.

—Usted dirá, mi teniente.

—Mira, Ángel, ¿me permites que te llame por tu nombre de pila? —Ángel asiente y mira con curiosidad a Medina. Ve en su rostro un leve destello de angustia, y aquello le impresiona—. Hay cosas… —duda— hay deberes que un oficial está obligado a cumplir siempre y en todo trance. —Se calla; Ángel asiste sorprendido a lo que parece ser una suerte de confesión. Es tan inusual que mantiene una inevitable tensión que no disminuye con la sonrisa que el teniente le dedica, paternal—. Me refiero a cumplir el deber hasta la muerte. —Hace una pausa y señala la batería, en la que dos artilleros hacen guardia, atentos a las sombras que pueden acechar en la noche. Saca de su guerrera un sobre y lo mira—. Quiero decir que sé que voy a morir aquí, junto a mis cañones. —Ángel abre los ojos, asustado. El teniente le pone una mano en el hombro—. No te preocupes. Eso no quiere decir que nadie más se salve. De hecho, estoy seguro de que muchos lo haréis. Pero yo no puedo. No es que lo presienta; lo sé. Mi puesto está aquí. Por eso quiero pedirte un favor.

—Lo que usted desee, mi teniente.

—Toma. —Le entrega el sobre—. Es una carta. Una carta que he escrito a mi prometida. Mi última carta. Quiero que le llegue, Ángel. Recuerdo hace unos días cómo hablábamos del amor, de cómo todo el mundo debería conocerlo algún día, sentirlo. Sé que entendiste lo que quería decirte. —Ángel asiente, impresionado—. Estoy convencido de que tú sobrevivirás a esto. No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé.

Ángel coge el sobre y lee el nombre escrito en él con esmerada caligrafía: «Rosa Margarita Barceló», y la ciudad: «Gerona». Mira al oficial, y le conmueve la determinación melancólica que puede ver en él. Asiente.

—No se preocupe, mi teniente. Lo haré. Pero seguramente no hará falta. Lo podrá hacer usted mismo. No pierda la esperanza.

—Nunca la pierdo, Eslava —contesta con una sonrisa mientras le da una palmada afectuosa en el hombro—. Nunca la pierdo. Ahora vuelve a tu puesto y trata de descansar un poco.

Ángel se incorpora con cuidado y regresa a su lugar en el parapeto tratando de no ofrecer perfil al enemigo. Cuando aún no ha llegado, puede escuchar tras él la voz del teniente Medina.

—¡Eslava! —Ángel se gira levemente, atento—. ¡Gracias! —Y ve cómo el oficial continúa hacia la batería, sus cañones, donde lo esperan los artilleros.

—Esto yo ya lo he visto antes. —El capitán García Paredes murmura con voz apenas audible. Diego, junto a él, no lo ha entendido.

—¿Qué dices, Paco?

—Que esta escena ya la he vivido. En Annual. Y no me gusta.

El general Navarro está hablando a sus oficiales. Todos escuchan atentos al mando que ha llegado apresuradamente desde Melilla para hacerse cargo de la columna. Está haciendo un repaso de la situación. Diego escucha la enumeración de los efectivos disponibles —no más de dos mil hombres; el resto ha quedado en el camino—, cartuchos, granadas de artillería y víveres. Fija su atención en el rostro del general, que habla con determinación. Parece otro —piensa— diferente al que callaba ante la presencia de Silvestre.

—Señores —dice Navarro como conclusión—. Se han acabado el desorden y la indisciplina. Al oficial al que vuelva a ver abandonar su puesto y a sus hombres lo fusilo en el acto. ¿Ha quedado claro? He ordenado que todas las posiciones se replieguen hacia aquí. Aumentaremos así nuestra fuerza —Se dirige hacia sus ayudantes—. ¿Han comunicado con todos?— El capitán encargado de la telegrafía duda unos instantes, pero finalmente asiente. Es mejor no dar problemas en aquel momento—. Bien —prosigue—. A la vista de la situación, he tomado una decisión irrevocable. Espero la colaboración de todos. No me cabe duda de que recordarán su patriotismo en estos graves momentos.

—¡Se van, mi capitán! ¡Se van! —Escribano acude a la carrera hacia la parte sur del parapeto, desde donde el centinela allí apostado tiene una clara panorámica del valle que se extiende a sus pies.

A lo lejos, aún difuminado por la tenue neblina de aquella mañana del 23 de julio, pueden distinguirse los muros de Dar Drius, y el comandante de Intermedia A contempla la escena. Enfoca sus prismáticos y confirma el grito de alerta que le ha sorprendido preparando con sus oficiales la defensa de la posición para esa jornada. La columna de Annual abandona el campamento, levantando tras ella una polvareda que es mudo testigo de la retirada, siguiendo la carretera que conduce a Melilla.

—¡Hijos de puta! —Su voz la escuchan todos—. ¡Se largan!

16

Indefensos

Melilla, 23-24 de julio

El teniente Altamira pidió otra cerveza. Llevaba allí un tiempo intentando recomponer su estado de ánimo y de paso recapitular sobre los resultados de su investigación. Apenas había dormido, instalado en el piso de Lola, donde había pasado aquel día y medio. No tenía a dónde ir de todas formas, y, desde la marcha del general Silvestre al frente, había considerado que ella podía correr peligro en su ausencia. Por eso permaneció allí durante ese tiempo. No obstante, esa mañana Lola lo había animado a salir y retomar su trabajo. Lo cierto era que sabía que ella tenía razón. No hacía nada encerrado en aquel piso, y aunque se hallaba en un punto muerto, la realidad era que tenía que avanzar. No quería darse por satisfecho con las pruebas que obraban en su poder. Millán se le había escurrido ya dos veces, y sabía que, si no actuaba antes de que el capitán embarcara de regreso a la Península rumbo a su nuevo destino, escaparía impune. Y no estaba dispuesto a permitirlo. Como tampoco permitiría que el teniente Aguado se librara del castigo por las muertes que había dejado tras de sí. Por esas muertes y por todo lo demás.

Repasó mentalmente la situación: tenía pruebas de la corrupción de Intendencia con el ganado militar; los libros de contabilidad y los estadillos que el cabo López le había facilitado lo acreditaban. Tenía también la declaración jurada del capitán médico García de Salazar testificando sobre los desmanes cometidos en la región, el tráfico de armas y los abusos, así como sobre la participación de varios mandos de la Policía indígena en todo ello. Pero aún no había conseguido pruebas de la intervención directa de Millán, que por otro lado era innegable. Solo sospechas o incluso testimonios que sin duda serían puestos en duda o directamente rebatidos. Además estaba el asunto de la visita de éste al Banco de Cartagena. Gracias a la indiscreción del empleado, sabía que Millán era titular de una caja de seguridad. Pero

no era el único. Al contrario que él, el oficial de Intendencia había contratado una caja de seguridad de doble llave. Y había intentado infructuosamente disponer de su contenido. ¿Quién tenía la otra llave? Estaba convencido de que el otro cotitular del depósito era aquel capitán sobre el cual Lola se empeñaba en guardar un absoluto silencio y que al parecer no estaba en Melilla. También estaba seguro de que las prisas de Millán por disponer del contenido de la caja mostraban bien a las claras que en ella se encontraba gran parte del fruto de los turbios negocios en los que participaba. Pero entonces ¿podría abandonar la plaza el oficial de Intendencia y dejar tras de sí sus ganancias? Ganancias para compartir, por otro lado. Pero ¿con quién? ¿Dónde estaba ese «socio» sobre el cual ni siquiera Millán tenía noticias? Sentía Manuel que estaba en un punto muerto. Realmente no sabía lo que hacer, y desde luego abandonar la investigación en ese momento, sin completar su trabajo, no iba con su forma de ser. Además, estaba Lola. Sentía que debía protegerla mientras no localizara tanto a Millán como a Aguado. Ellos ya sabían que los había traicionado, si de traición se podía hablar en este caso. Pero esa sensación no podía nublar su entendimiento. Ya lo estaba distrayendo demasiado de su deber.

Resopló levemente y se quitó la gorra para secarse el sudor con un pañuelo. Levantó la vista y miró su reloj. Había algo extraño en el ambiente, y lo percibió de repente. No eran todavía las doce del mediodía y en la calle se notaba un cierto vacío, una extraña calma, diferente del feliz e inconsciente trajín cotidiano que siempre dominaba la zona a aquellas horas. Manuel no prestó demasiada atención. Cuando el camarero del café-bar La Peña depositó la bebida en su mesa, intentó trabar conversación con su cliente. Molesto por la interrupción, el oficial levantó la vista con desgana.

—Es terrible, ¿verdad? —dijo el hombre con gesto grave mientras esperaba el pago de la consumición.

—¿Qué es lo que es terrible? —preguntó Altamira mientras depositaba con fastidio unos céntimos en la mano del empleado. Éste miró aprobadoramente la propina que intuía, pero, lejos de considerarlo un pago por su silencio, lo entendió como un incentivo para proseguir la conversación.

—Lo de Annual. Dicen que el ejército se retira. Que el comandante general ha muerto. No paran de hablar de ello.

Manuel se sobresaltó.

— ¿Cómo dice?

—Que el general Silvestre ha muerto. Eso dicen. Por lo visto, que su hijo está en Melilla. No lo sé a ciencia cierta, pero por ahí se habla de que están llegando soldados desde el frente y…

Manuel se levantó dejando con la palabra en la boca al camarero. Se puso la gorra de plato e instintivamente tocó con su mano derecha la culata de la Astra, de la que no se separaba desde hacía días. Era un gesto al que se estaba acostumbrando con rapidez y que le aportaba cierta tranquilidad. Por primera vez miró a su alrededor con atención de observador. La calle se veía ahora vacía, como si por ensalmo hubieran desaparecido los personajes de aquella obra de teatro en que se había convertido el día a día de Melilla en los últimos tiempos.

Se encaminó hacia la plaza de España y pudo comprobar que a lo largo de la avenida de Alfonso XIII otros ciudadanos habían tenido la misma idea. Desde aquella monumental puerta de entrada a la ciudad nueva, le llegó un rumor sordo e indescifrable, una especie de lamento colectivo formado por conversaciones y murmullos proferidos en voz queda, transmisores de un estado de postración y miedo que, no sabía cómo, podía percibir. Abriéndose paso entre las decenas de viandantes que permanecían atentos a la escena que se desarrollaba ante sus ojos, pudo contemplar, una vez alcanzó la esquina de las obras del casino militar, la representación de lo que podía ser el último acto de una tragedia que se había ido escribiendo a sus espaldas. Ante él varios vehículos circulaban apresurados, cargados con oficiales de rostro demudado, cubiertos de polvo, en dirección no se sabía muy bien hacia dónde, restos de compañías de diversas Armas que se desplazaban separados en un continuo goteo, algunos apoyados en el hombro de sus compañeros, otros con la mirada perdida, un par de viejas ambulancias cargadas de heridos, algunos soldados cabalgando desorientados sobre animales que parecían estar consumiendo sus últimas energías y que claramente habían perdido a su dueño original. Tras ellos, la nada. Un espacio de tiempo tras el que finalmente surgieron por la carretera de Nador unos soldados de Intendencia conducidos, éstos sí, por sus oficiales, avanzando en correcta formación y manteniendo sus armas, en claro contraste con los hombres que los habían precedido. Pero incluso ellos reflejaban en sus rostros y cuerpos, agotados tras lo que se presumía una larga marcha, la marca indeleble de la derrota.

Manuel permaneció atento al desarrollo del drama. Junto a él, una elegante dama lloraba mientras su marido intentaba infructuosamente consolarla. Más allá se habían formado improvisados corrillos de

ciudadanos que agitaban sus manos con nerviosismo mientras elevaban el tono de sus conversaciones. En el otro extremo de la plaza pudo contemplar una riña a bastonazos entre dos hombres, ante la indiferencia de la gente que los rodeaba. En general, Altamira percibió cómo el nerviosismo y la excitación aumentaban por momentos. Había desaparecido súbitamente todo aquel ambiente de confiada alegría que hasta entonces había reinado en la ciudad. Por unos instantes no supo qué hacer. Todo aquello le sorprendía. Abstraído como había estado hasta ese momento en su investigación, apenas había reflexionado sobre el transcurso de la campaña que se estaba desarrollando aquellos días en la zona. Era verdad que aquel capitán en Zeluán, García de Salazar, le había hablado de que la zona era un polvorín, pero en lo militar daba por sentado que todo transcurría como debía transcurrir, y ni siquiera la salida de Silvestre dos días antes, acompañado por aquel trágico cortejo que él mismo pudo ver, le habían hecho meditar a fondo sobre la trascendencia de lo que estaba sucediendo a su alrededor y su significado.

De repente sintió una profunda inquietud. Si era verdad que el general Silvestre había muerto, la situación de Lola resultaba insostenible. Percibió un inminente peligro y, apartando de su mente cualquier preocupación por el oscuro futuro que las personas allí congregadas estaban intuyendo para la ciudad y sus vidas, se apresuró a desandar el camino que lo había llevado hasta allí. Había permanecido varias horas lejos del piso, donde había dejado a Lola durmiendo, y eso era demasiado tiempo. Intentando controlar la preocupación que iba creciendo en su interior, se abrió paso entre una agitada multitud que salía de sus casas de forma atropellada tratando de conocer más noticias sobre la tragedia que cada vez con más fuerza se confirmaba, viajando de boca a boca con la rapidez con la que solamente vuelan las malas nuevas y las desgracias. Llegó así, al fin, a la vivienda. Abrió el portal y subió de dos en dos las escaleras. La puerta no estaba cerrada. Desenfundó su arma y empujó la puerta suavemente con aquélla.

—¿Lola?

Ante la ausencia de respuesta, Manuel entró en el vestíbulo y luego en la sala. La estancia se encontraba totalmente desordenada. Los cajones de la cómoda en la que ella guardaba todas sus cartas estaban tirados sobre la alfombra y algunos útiles de escritorio, desparramados junto con cuartillas y sobres abiertos. Avanzó por el pequeño pasillo sujetando la pistola con ambas manos y finalmente, ayudado por el pie, abrió la puerta del dormitorio. El cuerpo de Lola estaba tendido sobre la cama, semidesnudo, su camisón desgarrado y teñido de rojo,

como las sábanas, que, empapadas por la sangre que había brotado con profusión de las heridas, reflejaban la brutalidad de un asesinato cometido con crueldad inusitada.

Altamira bajó el brazo con el que empuñaba su pistola y contempló absorto la escena. El cadáver mostraba en su postura una rigidez que componía una figura inverosímil, antinatural, lejos de la placidez que siempre podría desearse para quienes abordaban el tránsito de esta vida al más allá. Sus ojos miraban hacia la ventana, sin ver, inexpresivos ya, quizás revelando la sorpresa del encuentro fatal con su ejecutor, sin que pareciera haber existido más resistencia que la que pudiera haber ofrecido un alma aterrada ante su inmediato final, ante el horror de un cuchillo que con cada puñalada arrebataba a su víctima todo lo que fue y lo que estaba por venir.

Durante unos minutos Manuel permaneció en pie, inmóvil junto al marco de la puerta, removido su interior hasta lo más profundo. Aquella vida que durante los últimos días había alentado la suya buscando en él algo de color en las profundidades del mundo gris en el que se desenvolvía, había desaparecido y ya no volvería. Sintió por momentos cómo se elevaba en su interior un pesado e infranqueable muro de hierro que encarcelaba su espíritu y cerró al fin los ojos. Luego se apoderó de él la culpa, incontenible, rabiosa. La culpa por haberla abandonado; la culpa por ser ella y no él quien hubiese muerto. Y entonces, finalmente, un dolor inmenso envolvió todo su ser y, como en una rápida transición que surgiera de lo más profundo, tras aquella sacudida se sintió de repente extrañamente liberado. Fue consciente en aquel instante, para su sorpresa, que desde ese momento volvía a ser el mismo de siempre; el mismo, pero eliminadas todas las molduras que ella había ido esculpiendo en su alma, poco a poco, talladas por un sentimiento cuyas manifestaciones en el fondo rechazaba y que aquellos días notaba que había comenzado a transformarlo. El mismo de siempre, sí, pero esta vez con toda su carga de odio recuperada. Aquel odio que una vez sintió contra la vida cuando a su mujer no pudieron mantenerle la suya; el que incubó contra la sociedad cuando fue acusado falsamente hacía años en Madrid de un delito que no cometió y de cuyo injusto castigo tuvo que ser salvado de forma humillante por cercanías familiares, para acabar apartado de la Policía y enviado a aquel oscuro cuartel de Madrid. El odio contra todo lo que, pese a amargarle, también lo impulsaba, hasta haber ayudado a construir su particular muralla de rechazo al exterior. Volvía, pues, a su ser original, aquél en el que se hallaba cómodo hasta llegar a Melilla, pero apartado ahora cualquier atisbo de piedad y empatía por sus semejantes que pudiera haber mantenido. Un odio que reconducía en esos momentos hacia el autor de aquella

muerte, enfocando así su trabajo a través de un nuevo prisma que lo convertía en una cuestión personal e intransferible, no tanto ya un deber profesional. Lo culminaría, sí, pero también se encargaría de que todos los muertos que de alguna forma pesaban sobre su conciencia encontraran justicia.

Y así, en aquel estado de turbadora serenidad recién recobrada, entró en la habitación y se acercó al cadáver. Tras observarlo con aparente frialdad, se dirigió a uno de los armarios y buscó una sábana limpia con la que cubrió el cuerpo sin mayores ceremonias. Luego regresó a la sala y, tras enfundar su arma, se recostó en uno de los sillones, que permanecían olvidados para visitas ocasionales, en el pequeño mirador por el que en esos momentos entraba, clara y limpia, la luz de aquel mediodía mediterráneo. Cerró los ojos y trató entonces de alejar de su mente cualquier atisbo de dolor o compasión.

Cuando se incorporó, ya no quedaba brillo alguno en su mirada. Todo era como si se hubiese borrado. Y así, como un autómata frío y distante, tras regresar de nuevo al mundo de los vivos, se dispuso a buscar entre los papeles desparramados por el suelo. Su mente había apartado ya la muerte y el dolor, obligándolo a concentrarse en la tarea para la que había ido realmente a aquella ciudad. Intentó pensar, intentó reflexionar y no le resultó sorprendente que pudiera hacerlo con tanta facilidad. Bloqueada así su sensibilidad, simplemente comenzó a hacerse preguntas para avanzar, olvidando la presencia del cadáver de la mujer que se había molestado en comenzar a amarlo. Contempló la escena tratando de recuperar su antiguo instinto policial. ¿Qué buscaba, más allá de la venganza, el asesino? Quien fuera que lo hubiera hecho u ordenado —y tenía una absoluta certeza sobre el autor material—, estaba claro que había querido, además, silenciar a un molesto testigo. Eso era lo que siempre había temido que pudiera ocurrir y era lo que finalmente había sucedido. Pero entonces ¿por qué aquel registro?

Revolvió los papeles, todos ellos intrascendentes, sin dar con una explicación coherente para sus preguntas. De repente detuvo su mirada de nuevo en aquel montón de documentos desparramados y tuvo una intuición. Rebuscó otra vez intentando encontrar aquello que ahora recordaba. Faltaban las cartas enviadas por Lola al general Silvestre. También las que éste le había remitido. Reflexionó unos instantes. No le parecían escritos de demasiada relevancia. Simple cotilleo que se olvidaría pronto, carnaza para señoras enlutadas y cortesanos maliciosos. Siguió buscando. Pero no estaba allí. Le había llamado la atención cuando Lola se lo enseñó y no le dio más importancia entonces: el telegrama; el telegrama del Rey. Aquél en el que el monarca animaba alegremente a

Silvestre en sus insensatos planes de avance hasta Alhucemas: «¡Olé los hombres! El 25 te espero», decía; o algo similar. Abrió los restantes cajones de la estancia y lo buscó en las repisas de los pequeños muebles que decoraban la sala, sin resultado. Meditó unos instantes fijando la mirada en todo aquel escenario caótico. Ahora comprendía por qué Silvestre se lo confió a su amante. El general estaba convencido de que se dirigía al sacrificio, como un héroe trágico. Sintió que realmente podía morir y se deshizo de sus documentos más comprometedores, poniéndolos en manos de quien tanto confiaba, en lugar de destruirlos. Quizás con la esperanza, por muy remota que fuera, de volver triunfante o bien únicamente por romanticismo o vanidad. Y ahora, sin embargo, si de verdad era cierto que el general había muerto y que se había producido un desastre, aquel telegrama era una acusación directa contra el rey Alfonso XIII, quien, al impulsar a su gentilhombre en sus alocados planes de conquista, habría ayudado también a provocar una masacre que podía costarle el trono. O al menos así se interpretaría por quienes buscaran culpables en la derrota. Era, pues, un documento de incalculable valor en esos momentos en los que todo se derrumbaba. Quien lo tuviera en su poder tenía en su mano un verdadero salvoconducto que le permitiría escapar impune de la justicia; de cualquier justicia. Y quien había estado allí lo sabía.

Cuando al fin salió de nuevo a la calle, le sorprendió lo rápidamente que la tarde había avanzado. Utilizó el teléfono de Lola para avisar a la centralita de que se había cometido un crimen en aquella dirección, a fin de que dieran parte de ello a la Guardia Civil, y rápidamente se alejó de allí. Probablemente no indagarían demasiado si, como parecía ser cada vez más evidente, había asuntos de mucha mayor urgencia como para dedicar esfuerzos a investigar, en tiempos de zozobra, el asesinato poco claro de una mujer conocida en la ciudad por su vida frívola. Desde luego, él no debía ser visto en las inmediaciones. Había sido discreto en sus visitas y en su estancia, pero no descartaba que el asesino hubiera pensado en desviar la atención hacia ese oscuro teniente de la Península, hosco y huraño, al que tan poco integrado se le veía en la vida civil y militar de la Plaza. Una Plaza que, por lo demás, se mostraba cada vez más agitada conforme se iban extendiendo las terribles noticias del frente llegadas con algunos huidos, supervivientes en fuga, escapados antes de tiempo del grueso de las fuerzas, heraldos deshonrados de un desastre que, ante los ojos angustiados de la población, amenazaba ahora su propia existencia.

Le sorprendió la inquietante calma que se respiraba en la calle. La traza urbana que a aquellas horas del cálido crepúsculo de verano bulliría de animación se hallaba vacía. Decidió encaminarse directamente a la comandancia de la Policía indígena, ubicada cerca del acceso al puerto. Allí lo buscaría. Allí trataría de encontrar al

teniente Aguado. Tenía preguntas para él, y, por si acaso no se dejaba interrogar por las buenas, había considerado argumentos poderosos para convencerlo —palpó nuevamente la culata de su Astra— que no tendría reparos en utilizar. Conforme se acercaba a la plaza de España, fue comprobando que la aparente soledad de las calles obedecía a una razón: el miedo, como antesala del pánico, había comenzado a adueñarse de la ciudad, de una población que de repente se sentía indefensa. Se fijó en los ventanales cerrados, los comercios con sus persianas bajadas y en cómo poco a poco aparecían cada vez en mayor número, aparentemente salidos de un brusco despertar, hombres y mujeres portando maletas y hatillos con sus enseres, formando una silente procesión cada vez más numerosa conforme se acercaba en dirección a las instalaciones portuarias en búsqueda de un pasaje hacia la Península, en un desesperado intento de abandonar aquella Melilla súbitamente inhóspita.

Cuando Manuel por fin se acercaba a su destino, próximo ya al edificio de la Junta de Arbitrios, junto al puerto, la multitud comenzaba a tomar la forma de una turba dominada por el pánico. Vio a hombres cargados que arrastraban de la mano a sus mujeres mientras algunos niños lloraban contagiados por la angustia transmitida por sus padres. A ancianos que trataban de no verse sobrepasados mientras gritos esporádicos reclamando la protección de un ejército ya inexistente se escuchaban ocasionalmente. Entre tanto algunos guardias civiles, a punto de ser desbordados, trataban de impedir el acceso a los muelles. El teniente no pudo evitar ser arrastrado por aquella multitud, y mientras pugnaba por salir de la corriente humana, comprobó las miradas de odio y desprecio que algunos de aquellos ciudadanos le dirigían. Su uniforme y el lugar en el que se encontraba aparentaban una deserción realmente inexistente. El verlo armado refrenaba cualquier intento de agresión, pero los ánimos estaban lo suficientemente exaltados como para que tuviera que estar plenamente alerta. De repente, escuchó un grito a su espalda. Un capitán de la Guardia Civil lo llamaba a voz en cuello.

—¡Eh, teniente! ¿Dónde se cree usted que va? ¡Acérquese!

Ante aquella orden, se abrió mágicamente ante Altamira un pasillo entre las personas que trataban de entrar en el puerto. Estaba claro que no era bienvenido en aquella masa que consideraba su búsqueda de medios para huir como un derecho arrebatado por la súbita incompetencia militar que los había dejado vendidos y de la cual él aparecía ahora como máximo representante. Consiguió, por tanto, acercarse al oficial. Éste ni siquiera lo saludó. Con claras muestras de desaprobación, el Guardia Civil le increpó:

—Parece que tenemos prisa, ¿no, teniente?

—Se equivoca, mi capitán —repuso, indiferente, Altamira—. No tengo prisa alguna. ¿Puedo ayudarle en algo?

Nervioso, el capitán desenfundó su pistola y amagó con apuntarle con ella. Estaba rojo de ira por aquella insolencia a la vez que claramente desbordado por la situación. Junto a él, la masa observaba curiosa la escena, conforme pasaba al lado de los dos hombres sin detenerse. El teniente miraba al capitán directamente a los ojos.

—Ahora que lo dice, sí que puede ayudarme —le dijo intentando conservar la calma—. ¿Ve aquellos hombres? —Señaló a los dos guardias que a duras penas podían contener el flujo de gente en dirección al puerto, ubicados en un pequeño estrechamiento que suponía la vía más directa de acceso—. Pues se va usted con ellos ahora mismo y trata de frenar a esta gente. Alguno va a terminar por caerse al agua.

Antes de que Altamira pudiera plantearse siquiera si obedecía aquella orden, se escuchó el estertor casi agónico de la sirena de un barco. Todos entonces levantaron la vista en dirección al puerto, todavía oculto tras las tapias semiderruidas del cuartel que lo delimitaba con respecto a la ciudad, y pudo verse entonces una columna de humo negro que, iluminada por los rayos de un sol ya ocultándose, adquirió un extraño e inquietante tono violáceo.

—¡Vienen refuerzos! —se escuchó entre la multitud—. ¡Llegan los barcos! ¡Viva España!

Y entonces la masa, gritando vivas, hurras, presa de una mezcla de entusiasmo y alivio, empujó aún más y pronto tanto los guardias como el propio Altamira se vieron arrastrados sin remedio al interior de las instalaciones portuarias de la pequeña dársena de Melilla.

Los muelles estaban ya atestados cuando finalmente el Bonifaz, un pequeño cañonero de ochocientas toneladas, terminaba de acoderarse al espigón de amarre, mientras algunos marineros de la tripulación lanzaban los cabos para asegurar el barco a los norays. Apoyado sobre el guardamanos del puente de mando, el alto comisario, general Dámaso Berenguer, contemplaba con el ceño fruncido el triste espectáculo que tenía lugar ante él. Fue justo al subir a bordo el coronel Sánchez-Monje —Ni siquiera está aquí el comandante de la Plaza, pensó, amargado, Berenguer — cuando la masa, expectante y prematuramente aliviada, comenzó a ser

consciente de que tras el Bonifaz no venía un convoy de barcos trayendo los socorros que la ciudad precisaba. Solamente el pequeño buque y un general a bordo. Y todo estalló de repente. Los ciudadanos agolpados en los muelles, conscientes de su abandono, decepcionados y asustados, se amotinaron y comenzaron a pugnar entre ellos, con gritos y peleas, desbordados por el pánico, tratando de asaltar las barcazas amarradas junto al malecón. Algunos se lanzaron al agua, otros fueron pisoteados entre imprecaciones de angustia y de ira acobardada. Impotente ante aquello, profundamente abatido y con la mirada perdida, el general Berenguer, mientras tanto, escuchó en silencio en el puente de mando del cañonero el parte que el coronel Sánchez-Monje le iba relatando:

—Solamente hay en toda la plaza, para su defensa, menos de dos mil soldados pertenecientes a fuerzas heterogéneas; se espera un ataque de madrugada en todos los puntos de la ciudad, puesto que ya hay noticias de que las cabilas más cercanas se han rebelado o están dudando en hacerlo; los fuertes que rodean Melilla están mal protegidos con una artillería obsoleta y las piezas más potentes se encuentran orientadas al mar; apenas hay municiones y la moral está por los suelos.

Berenguer alzó la vista. Pese a la tenue oscuridad del ocaso, el macizo del Gurugú, que no había sido ocupado por las tropas y que dominaba, imponente, la población, ardía ya en hogueras de los rifeños llamando a la sublevación. Berenguer sabía que desde Ceuta habían salido en sendos transportes dos tabores de regulares y, sobre todo, dos Banderas de la Legión, que se habían embarcado apresuradamente tras durísimas jornadas de marcha desde los lugares donde estaban destacadas en el Rif occidental. También esperaba refuerzos inmediatos desde la Península, pero, en conjunto, en aquellas horas angustiosas, la principal preocupación era evitar que se consumara el derrumbamiento total, la pérdida de la Plaza. Para eso había venido.

Manuel había podido encaramarse a un pequeño saliente en la base de la muralla de la vieja fortaleza que dominaba el puerto, y desde allí contempló cómo aquella muchedumbre de hombres y mujeres asustados trataban de encontrar algún medio para escapar: barcazas, pequeños botes, incluso simples tablones abandonados eran abordados por los más osados, que se lanzaban a las oscuras aguas de la dársena, tratando de alcanzar a nado las boyas a las que permanecían amarradas las embarcaciones de pesca y las gabarras de transporte de mineral. En aquel momento apareció en la cubierta del Bonifaz la marinería del buque, armada, haciendo ademán de apuntar a la

multitud, que, acobardada, inició un movimiento de retroceso que arrastró a los más desprevenidos, quienes cayeron al suelo y fueron pisoteados por los ciudadanos, convencidos de que se iba a abrir fuego sobre ellos.

La guardia del barco permaneció atenta a las órdenes, y, tras unos instantes, elevaron sus fusiles hacia el cielo para disparar al unísono una descarga destinada a dispersar a la asustada turba y tratar de despejar el terreno para reintegrar así la calma en el colmado tinglado portuario. El teniente Altamira permanecía inmutable observando aquel intento. Disparos en el frente y disparos en la ciudad, pensó. Los síntomas de la descomposición. De repente lo vio, y su corazón dio un vuelco. Con el sonido de la descarga, la mayor parte del gentío, desacostumbrada a los disparos, se había tirado al suelo. Solamente un hombre había permanecido en pie entre toda aquella muchedumbre, inalterable ante el estampido de la fusilería. Iba vestido de civil, pero Manuel lo reconoció al instante. El teniente Aguado miraba desafiante desde el centro de la explanada del muelle Villanueva a los marinos que ahora recargaban sus máuseres para un nuevo intento. Altamira contuvo el impulso que inmediatamente sintió que lo dominaba y regresó a su ser reflexivo. Permaneció atento, sin apartar su mirada de aquel hombre que ahora, convencido ya de que no podría salir de la ciudad, asió la pesada maleta que lo acompañaba y lentamente se dirigió hacia la base del Torreón llamado «de las cabras», alzado en uno de los extremos de Melilla la vieja, lejos del estrecho callejón de acceso al puerto desde la ciudad nueva. Ajeno a la muchedumbre que trataba de abandonar también el recinto, atenuados sus hasta entonces incontenibles ímpetus por la amenaza que se imponía desde el buque de guerra, el teniente Aguado desapareció de repente de la vista de Manuel, quien, decidido, saltó al suelo desde el muro en el que se hallaba y, apartando a la gente, se fue abriendo camino hacia el punto en el que había visto hacía sólo un instante al oficial de la Policía indígena.

Cuando llegó, el lugar ya había sido prácticamente abandonado por la multitud hasta hacía poco vociferante y ya sumisa bajo la amenaza. Sobre las losas de hormigón del muelle permanecían los restos de equipajes desparramados, chaquetas, gorras e incluso zapatos, lejos ya sus dueños. Pudo ver entonces cómo por la escala del Bonifaz descendían, ahora ya en completa seguridad, el alto comisario y el reducido séquito de oficiales que había acudido a recibirlo. Se escabulló con rapidez. No le interesaban ni el general Berenguer ni, quizás, los motivos últimos de su llegada. Permanecía como un espectador ausente ante los hechos bélicos que se sucedían con ritmo vertiginoso a su alrededor. En aquellos momentos lo único que le importaba era no perder la pista de Aguado. Vio unas pequeñas escaleras de piedra talladas en la roca, casi ocultas en un recodo. Sin

duda el teniente de la Policía indígena conocía bien la ciudad y habría escapado por allí, teniendo muy presente que, por lo angosto de la salida, pasaría desapercibido a la mayoría de las personas que ocupaban los muelles. El único destino posible de aquel pasaje era la parte más antigua de la ya muy centenaria Melilla; un dédalo de callejones intrincados, como bien recordaba.

Subió los peldaños de dos en dos y pronto se encontró ante una pequeña plazoleta desierta, la plaza de la Parada. En ella desembocaba la calle de San Antón, donde se ubicaba la pensión Levante. Miró a su alrededor. La noche, con su oscuridad y su silencio, se había apoderado de aquella parte olvidada de la ciudad. Intentó escuchar y únicamente le llegó el tranquilo murmullo de un mar en calma que rompía levemente contra la escollera del dique ubicado a los pies de la antigua fortaleza. Observó que en uno de los extremos de la plaza se abría un pequeño callejón y se encaminó hacia él por puro instinto. No tenía ninguna seguridad de que Aguado hubiera podido escabullirse por allí, pero le tranquilizó pensar que no lo había visto y que, por tanto, no sabía que lo seguía. Anduvo unos metros más y volvió a torcer a la derecha. Un viejo cartel corroído por el salitre apenas permitía leer el nombre del callejón, que —muy apropiadamente, según pensó Altamira— se llamaba «de la soledad». Allí, al final del tramo y junto a una pequeña puerta, tratando de dar en la oscuridad con el hueco de la cerradura, una figura encorvada vestida con una camisa blanca, pantalones negros, zapatos y una gorra detuvo de repente su actividad. Dudó unos segundos, se quedó inmóvil y luego, lentamente, esbozando una sonrisa, giró la cabeza hacia el lugar en el que el teniente Altamira permanecía apuntándole con su pistola.

—Es usted un tipo persistente, teniente.

Altamira no dijo nada. Miraba con odio a aquel personaje, pero manteniendo en su expresión una frialdad que hizo que Aguado dejara de sonreír.

—Guarde esa pistola, que va a acabar haciéndose daño —le dijo éste, señalando el arma con un ademán de la cabeza.

—Querías huir.

—¿Y le sorprende? Aquí ya no hay nada que hacer, y, por si no se ha enterado, las cosas no pintan muy bien. Debería hacer usted lo mismo si conserva un poco de inteligencia.

—Vestido de civil.

—Oiga, teniente, no me venga ahora con escrúpulos de milicia. Porque ¿qué hace que no está usted en el frente? Por lo que veo, también había acudido al puerto. No deja usted de sorprenderme. Al final va a resultar que es un hombre práctico. Mire; esta maleta…

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué la mataste?

—¿A quién?

Altamira rozó con su dedo el gatillo. Aguado comenzó a inquietarse.

—¿A quién? ¿A quién dice que maté?

No tuvo tiempo para más. El estampido de la detonación se expandió por el laberinto de piedra, y su eco se perdió en las entrañas de la noche melillense.

Las puertas del hospital de la Cruz Roja estaban a esas horas cerradas aunque se intuía actividad en su interior. Manuel depositó discretamente la maleta en el zaguán de una entrada lateral y se alejó de allí. No había hallado ni las cartas ni el telegrama en su interior, cuando consiguió al fin abrirla. De los fajos de billetes que se acumulaban en pequeñas bolsas decidió quedarse con unas pocas pesetas, dado que la suma que le había facilitado el ministerio se había consumido ya, y dejó intacto el resto. Probablemente ayudaría, si caía en buenas manos, a comprar comida, vendajes y medicinas. Y si no, tampoco quería saber nada. Si el destino final de aquel dinero sucio era acabar gastándose en lujos de vividores, ya no era de su incumbencia. Apretando el paso, se encaminó hacia la Comandancia de Intendencia, en las afueras de la ciudad. Si tenía que encontrar al capitán Millán —y tenía que hacerlo antes de que abandonara la ciudad hacia su nuevo destino—, aquél seguía siendo, probablemente, el mejor lugar para buscarlo.

Pese a lo tardío de la hora, la carretera hacia Nador se veía atestada de refugiados que se agolpaban cargando con sus enseres. Colonos y sus familias que abandonaban sus casas en aquella población, del Atalayón, de Zeluán o incluso de Monte Arruit, aterrorizados por las

noticias de la derrota del ejército, trabajadores de las minas que escapaban ante los rumores de un próximo levantamiento de las cabilas cercanas, todos avanzando en sentido contrario al de Manuel, en dirección al centro de la ciudad. De vez en cuando, camuflado entre los civiles, Altamira distinguía algún que otro soldado destocado, abatido y sucio, caminando desarmado e intentando pasar desapercibido en su búsqueda de la salvación que prometía la débil seguridad de Melilla.

Llegó finalmente a la comandancia y comprobó que todas las luces del edificio estaban encendidas. Aquella noche nadie parecía dormir en la ciudad. Cuando, tras devolver el saludo al asustado centinela de la puerta, entró en las dependencias, le sorprendió la inusual actividad que se desarrollaba en su interior. Nadie le hizo caso. Observó a un hombre ya mayor que estaba de espaldas a él, dando instrucciones en tono firme y seco a un sargento que tecleaba frenéticamente en una vieja máquina de escribir. Ante la mirada del suboficial por encima de su hombro, aquél se dio la vuelta. El comandante Rafael Gallego esbozó una mueca de sorpresa.

—¿Dónde se había metido, teniente? He llegado a pensar que habría desertado o algo así.

—Lo siento, mi comandante —repuso Manuel con un tono que denotaba cierta indiferencia ante la sospecha—, pero, por si no lo recuerda, me destinaron al cuartel de la alcazaba. Desde el ministerio.

Gallego lo miró detenidamente. Se rascó instintivamente la barbilla sin afeitar y, tras unos instantes en los que dudó si arrestar a aquel oficial por su poco velada insolencia, pareció desentenderse de él. Cogió unos papeles de la mesa de uno de los escribientes y se dirigió a su despacho.

—Teniente…

—A la orden, mi comandante.

—No se aleje de aquí, ¿de acuerdo? Hay ahora mucho trabajo, y apenas tengo gente… —dudó unos instantes— y han llamado preguntando por usted.

—¿Por mí? ¿Quién?

—Pues la Guardia Civil. Al parecer querían interrogarle por algo. No me lo especificaron, y, francamente, me importa una mierda, si me permite la expresión, —Se encogió de hombros—. Hable con el

sargento; él le dirá qué tiene que hacer ahora. Hay cosas más urgentes de las que ocuparse, y su presencia aquí nos viene de perlas. Tenemos que preparar alojamientos para las tropas que vienen de refuerzo. La Legión, regulares, toda esa gente que acude algo tarde, creo. Se espera que desembarquen mañana, y después de ellos vendrán más. Hay mucha tarea por delante. Así que ya sabe.

Tras esas palabras, el comandante desapareció de la estancia subiendo pesadamente las escaleras que conducían a su despacho, dejando a Manuel reflexionando sobre la llamada de la Guardia Civil. ¿De verdad ya lo investigaban? ¿Tan pronto?

Lo sacó de su ensimismamiento el suboficial.

—Mi teniente; necesitamos ayuda… Esos papeles, si lo tiene a bien… —Señaló tímidamente un montón de folios que contenían órdenes por firmar, pedidos, compras, instrucciones.

—Sí, claro; no se preocupe —repuso Altamira—. Sargento —intentó resultar indiferente—, ¿sabe dónde puedo encontrar al capitán Millán?

—¿El capitán Millán? Va a ser difícil —respondió el suboficial muy serio.

—¿Y eso?

—Ha salido hacia el frente hace apenas dos horas. Al mando de una compañía cargada de material de transmisiones, cocinas y algunas cubas de agua. Creo que la columna que abandonó Annual está en Dar Drius. Necesitan de todo, y, por lo visto, la carretera aún no está cortada. Si no puede alcanzar la posición, intentará dejar todo el cargamento en algún punto intermedio; Batel, Tistutin o incluso Monte Arruit.

Manuel maldijo en su interior. Otra vez había llegado tarde. Parecía que Millán escapaba siempre justo antes de que él lo pudiera alcanzar. No obstante su fastidio, guardó la compostura. Un cabo que había escuchado la conversación y que pasaba junto a ellos cargado de papeles intervino.

—La verdad es que ha sido todo muy raro.

Altamira se sorprendió.

—¿Qué es lo que ha sido raro, cabo?

—Lo del capitán Millán. En dos días se iba a su nuevo destino en la Península.

—Mala suerte —repuso Manuel.

—No lo sé; ¿mala suerte? —Hizo un gesto negando—. No se fue obligado. Se presentó voluntario para comandar la columna hacia el frente.

17

Las cargas del Igán

Drius/Batel, 22-24 de julio

Anochece sobre Drius y muere aquel día 22, de recuerdo infausto, mientras una extraña calma adormece el campamento. Apenas se escuchan algunas órdenes aisladas en el silencio espeso que envuelve a los hombres. Éstos, sedientos y agotados, tratan de encontrar consuelo soñando con un final que atenúe la pesadilla y haga olvidar las escenas de pánico que han dejado marcado en todos ellos el estigma de la derrota. Alejado de los barracones, en la esquina sur del recinto el cabo López acaricia a su caballo. Éste agradece los cuidados. Está cansado y tiembla ligeramente cuando nota la mano del jinete del Alcántara sobre su lomo. El cántabro le susurra palabras de ánimo que el animal parece comprender. Junto a López descansan tumbados en el suelo los restantes componentes del 2º escuadrón de Sables del Regimiento, resguardados sus rostros por el bonete azul con pequeñas listas blancas que los protege ahora de la realidad a la que sin duda pronto habrán de volver. Desde que la columna en fuga descendió del Izzumar han cabalgado sin descanso y han cargado contra los rifeños que la acosaban, despejando el camino para que aquellos hombres pudieran alcanzar la seguridad en la que ahora intentan recomponerse. También han mantenido bien alto el pabellón de la dignidad que los protegidos habían dejado abandonado desde su precipitada salida en la llanura de Annual. Al menos allí, entre aquellos muros, con el general Navarro ya a cargo del ejército, hay posibilidades de que la disciplina perdida se recupere. Eso piensan Diego y Paco mientras conversan tras haber despedido a los heridos más graves que, por orden del mando, han sido introducidos en las dos ambulancias que aún quedaban operativas. En ellas, repletas de hombres destrozados, viajarán por la mañana rumbo a Melilla el sargento Varela y el gaditano Echegoyen, con quienes el capitán Olarte pudo reencontrarse tras buscar a los supervivientes de su compañía en todos los rincones del recinto. Se alegra de que aún estén

vivos, pero ambos han pagado un alto precio por ello. De hecho, piensa que todos lo están pagando.

Diego se deja caer contra la tablazón de uno de los barracones hasta quedar sentado en el suelo. Junto a él, el capitán García Paredes tiene la mirada perdida en el cielo, que le devuelve un cuadro de naranjas, rojos y ocres. Sonríe con amargura señalando aquel espectáculo.

—El color de la sangre —dice.

—Anda, Paco, no seas cenizo, que bastante tenemos ya —responde Diego en un intento de frenar la melancolía que de forma cada vez más acusada va notando en su amigo.

—¿Sabes lo que le he oído a un compañero hace un rato? —No deja de mirar al cielo mientras lanza una pregunta de la que indudablemente no espera respuesta.

—¿Qué has oído?

—Que han contactado con la posición de Intermedia A, la que hemos visto al salir de Ben Tieb, ¿recuerdas?

—Sí; se combatía allí. Se escuchaban los disparos.

—Sí; nosotros corriendo como gallinas y ellos muriendo.

—Vale ya, Paco —le corta Olarte—. ¿Qué es eso que has oído?

—Que se habían olvidado de ellos. —Sonríe con amargura—. ¿Te imaginas? Que nadie les había ordenado nada. Ni replegarse ni resistir; nada. Y ellos, con un par de huevos ahí se han quedado. ¿Pero sabes lo peor?

—No, pero me lo vas a decir.

—Lo peor es que ahora que han recordado que allí quedaban unos compatriotas, es demasiado tarde ya. Al parecer, han comunicado que están rodeados, que no pueden replegarse… y que sabrán morir con honor. Hasta el último hombre. Suena a reproche, ¿verdad?

Diego guarda silencio. No sabe qué decir. De hecho, no cree que pueda decirse nada. Allí están ellos, aún vivos, y no demasiado lejos, abandonados, un puñado de soldados con sus mandos va a morir entre unos riscos inhóspitos; por desidia, por incompetencia.

—El honor —escucha musitar a Paco.

—¿Qué dices?

—El honor. Esa palabra. ¿Crees que nosotros lo hemos perdido, Diego?

Y Diego no sabe qué contestar. Él siempre ha creído que el honor viaja con los seres humanos como algo innato y que puede abandonarse o mantenerse. Se trata de una elección a la que uno tiene que enfrentarse alguna vez en la vida y que cuando se defiende debe ser hasta sus últimas consecuencias. Así ha sido educado y así lo piensa.

—No lo sé. Creo que tendremos ocasión de comprobarlo. De ver si aún lo mantenemos —matiza—. ¿Por qué no? Míranos. El honor es algo personal, Paco. ¿Tú crees que lo has perdido? Tus hombres están vivos gracias a ti.

—Ya. —Asiente—. Pero puede que en el camino ese honor ya se hubiera perdido y ahora no habría nada que abandonar, ¿no? —Una sonrisa amarga acompaña estas palabras.

—No digas bobadas, Paco. Te estás poniendo demasiado filosófico, y no me parece que sea el momento adecuado. Y además, si un hombre pierde el honor, siempre está a tiempo de recuperarlo.

El capitán Francisco García Paredes no dice nada y mira a su amigo con tristeza.

—Quizás tengas razón, Diego. No me hagas mucho caso.

—Nunca lo hago. —Ambos sonríen—. Anda, durmamos un poco. Creo que mañana necesitaremos todas nuestras fuerzas.

La mañana del día 23 amanece como todas las del Rif. Un cielo despejado anuncia un nuevo día de calor infernal que castigará a hombres y bestias. Los restos de la columna se desperezan mientras las ambulancias comienzan ya a traspasar la puerta principal encaminándose, en dirección a Batel, hacia la seguridad de Melilla. Mientras tanto, los hombres intentan salir de su abatimiento, reconfortados en parte por haber podido descansar siquiera unas horas amparados en la protección de aquel campamento en donde al menos el agua está a su alcance. La moral continúa quebrada, no obstante, y son muchos los ojos que miran con aprensión y envidia la partida del convoy de heridos que se aleja hacia el sur. Nada sabe la tropa de las decisiones que ya ha tomado el mando. Tampoco conocen que pese a

que Dar Drius está considerada como base logística y de aprovisionamiento, apenas hay raciones para dos días y munición para poco más que tres asaltos. En esos instantes en los que, si se cierran los ojos, se puede respirar imaginando una alborada igual a la de cualquier otro lugar del Mediterráneo, los soldados de Annual sueñan con su salvación, recuerdan a sus esposas, novias y madres y en algunos casos esa memoria humedece sus pupilas y hunde nuevamente su ánimo.

No ha transcurrido una hora desde la partida de los heridos cuando se percibe un revuelo que proviene de la puerta principal. Algunos oficiales y soldados que todavía no se habían desperezado del todo se incorporan, inquietos.

Pronto se sabe la causa de la agitación. Las ambulancias han sido atacadas. La carretera hacia Batel está bloqueada por los rifeños, que, al parecer, impiden el paso del convoy sanitario. Pronto circulan las órdenes, y la agitación va en aumento. Se incrementa cuando se escucha el toque de botasillas y el Regimiento Alcántara se prepara. Vuelve a ser la esperanza de aquel ejército.

El cabo López atiende a las órdenes y ajusta las cinchas de su montura. Junto a él, los oficiales de su escuadrón, el teniente Manuel García Tosar y el capitán Diego Somonte, esperan a que la formación esté lista para su nuevo cometido. La caballería es el alma de la columna, y sin considerar que estén llevando a cabo una acción extraordinaria, todos sus componentes se dirigen a sus puestos con el espíritu tranquilo de quienes simplemente saben que tienen que cumplir con su deber; el que no han dejado de honrar desde que entraron en acción por vez primera.

Los cuatro escuadrones de sables franquean ya la puerta del campamento y, conforme se desplazan al galope por la pista de tierra, levantan tras de sí una polvareda que oculta, a ojos de los hombres que observan su marcha, el cuerpo compacto de una columna dispuesta a morir por ellos.

El cabo López está atento a las órdenes mientras ajusta a su espalda la tercerola propia de la caballería española y desenvaina el afilado acero que en breve será su arma en el ataque y la defensa. Avanzan al trote, desplegados ya los escuadrones, y comienzan a escucharse los disparos que, primero de forma aislada y después ya generalizada, tienen a aquellos hombres como blanco. Al fondo, varadas en el camino, cortado el paso por una barricada de piedras, dos ambulancias aparecen ante la vista de los jinetes, y conforme se acelera el paso pueden distinguir sus puertas abiertas

y cuerpos tendidos a su alrededor. Azuzan a sus monturas, y cae el soldado que cabalga a la izquierda de López mientras éste mantiene la mirada fija en el teniente García Tosar, que, sable en mano, ya grita un «¡Viva España!» que acompaña el galope de toda su sección, que se desvía hacia el flanco derecho, cargando con ímpetu contra un pequeño montículo desde el que los rifeños les hacen fuego. Cae también el oficial, herido de muerte y sin su jinete, el caballo continúa su marcha saltando el parapeto. El cabo aprieta los muslos contra el lomo de su montura y salta también el obstáculo al tiempo que con su sable despedaza el rostro de uno de los tiradores, que apenas tiene tiempo de llevarse las manos a la cara antes de derrumbarse sobre las piedras. A su izquierda y a su derecha, todo su escuadrón vuelve grupas para terminar su trabajo antes de que los rifeños puedan reaccionar. Tienen entonces que enfrentarse a los fusiles del enemigo, que, sorprendido por esa combatividad, apunta apresuradamente, sin la calma a la que ha estado acostumbrado hasta ahora. López siente cómo las balas zumban cerca de su cabeza, pero él solamente intenta —lo que no es poco— mantener la formación, alineado con sus compañeros, y ya vuelan los jinetes segando vidas, hendiendo los cuerpos que, a través de las heridas abiertas por los tajos del acero, manchan de sangre la grupa de su caballo y sus botas. Ve caer al capitán Diego Somonte, muerta su montura, quebradas sus patas delanteras, habiendo lanzado el animal a su dueño, que al incorporarse aún tiene tiempo de sacar su pistola y disparar contra quienes, exaltados por el trofeo, se abalanzan sobre él. El cabo aún puede comprobar cómo el oficial abate a dos rifeños antes de perecer bajo las gumías que se ceban sobre él.

Finalmente todo acaba de forma rápida. El enemigo ya abandona sus posiciones y dos escuadrones los persiguen por la llanura mientras los restantes se acercan a las ambulancias para intentar despejar la carretera y comprobar si existen supervivientes. No los hay. Agotado, López se aproxima relajando el trote mientras palmea el cuello de su montura. Lo que ve lo deja horrorizado. Los vehículos tienen abiertas sus portezuelas y en su interior puede intuir la muerte de aquellos desgraciados, algunos desangrados, todos apuñalados en sus camillas. Sin bajar de su caballo ve cómo los conductores permanecen muertos, sus cabezas sobre los volantes, mezclada su sangre entre los trozos de vidrio de los cristales acribillados. Enfunda el sable y vomita cuando observa el cuerpo desgarrado de un soldado aún envuelto en sus vendajes, seccionado su cuello y desorbitados sus ojos tras una cruel agonía. Escucha entonces la llamada de reagrupamiento. La carretera está despejada. Hay que volver.

En Drius, el general Navarro recibe aliviado la noticia. No hay

obstáculos hasta Batel. El ejército puede ponerse en marcha, e imparte las órdenes, órdenes que incluyen una nueva misión de protección para el Alcántara, que cubrirá de nuevo los flancos de la columna, adelantados en vanguardia. Se organiza la marcha. Abrirá una compañía mixta del Ceriñola, el resultado de la fusión con la comandada por el capitán García Paredes y a la que también se ha incorporado el capitán Olarte; detrás, los heridos que aún quedan en el campamento, las municiones, dos compañías del citado regimiento, la artillería con los cuatro cañones que restan y sus servidores y los zapadores. Cubriendo la retaguardia, dos compañías del San Fernando y los policías indígenas que aún permanecen fieles.

Avanza la mañana del 23 de julio y la columna se pone en marcha, abandonando el recinto de Dar Drius. Diego mira hacia la retaguardia, que ya traspasa la puerta, y comprueba que el orden de marcha se mantiene en apariencia de buena disciplina. No entiende el porqué de aquella decisión de dejar atrás el único punto en el que —piensa— podrían haber resistido con la fuerza de su artillería batiendo la llanura. Es cierto que no hay alambradas y que el muro es débil, pero hay agua. No discute las órdenes. Él es un soldado y, pese a todo lo ocurrido, aún mantiene la fe ciega en el mando, como le enseñaron, como cree que debe ser.

Junto a él, Paco le hace una seña, indicando una esquina de la posición que ya va quedando lejos.

—Mira, Diego. ¿Quién habrá sido el imbécil?

Olarte observa entonces cómo, primero casi de forma imperceptible y pronto visible desde kilómetros, una columna de humo negro asciende al limpio cielo del Rif. Alguien ha ordenado, inconscientemente, quemar un pajar del campamento, y en pocos minutos la señal de que aquel ejército sigue huyendo es conocida por todo el harka, y la población de las cabilas que, quizás hasta ese momento, había podido dudar de hacia qué lado de la balanza debían inclinarse sus lealtades ahora lo tiene claro. Ya no dudarán más en el futuro.

Cae implacable el sol de la tarde y la columna ha avanzado al menos diez kilómetros. Durante el trayecto, Olarte comprueba que la disciplina inicial se resquebraja de nuevo poco a poco. El orden de marcha se va deshaciendo conforme se acercan a su destino, y la insistencia del general en parar para recoger los muertos que van encontrando por el camino, restos de los hombres que los antecedieron en la retirada y que no alcanzaron su meta, enervan a unos soldados que se muestran renuentes a obedecer.

—¿Por qué tenemos que parar para esto, mi capitán? —La voz se escucha, pero Diego no sabe de dónde proviene.

—¿Quién ha dicho eso?

Su pregunta queda sin respuesta, pero puede ver las miradas hoscas de los hombres. Saca su arma, aunque no la apunta. Paco se le acerca.

—Vamos, Diego, déjalo. Mira a tu alrededor. No vayamos a estropear esto ahora. Estamos en vanguardia y no podemos parar.

—No te conozco, Paco. Hace poco amenazabas a tus soldados, y así conseguiste que funcionaran como una unidad cohesionada. Ahora, si permitimos estas pequeñas rebeldías, estamos perdidos.

—Ya. Pero míralos. —Señala con un leve ademán a la compañía, que en ese momento, de forma parsimoniosa, carga algunos cuerpos encontrados en la cuneta sobre las mulas que acompañaban al sector de los heridos—. No pueden más. Reservémonos para cuando los moros nos ataquen de nuevo. Entonces necesitarán ese ímpetu que les reclamas.

—Si ahora no frenamos esto, Paco, cuando los moros disparen, será una desbandada de nuevo.

El capitán García de Paredes asiente en silencio, suspira y desenfunda también su pistola, cabizbajo.

—¡Ya habéis oído al capitán! ¡Cargad esos cuerpos en las mulas y seguimos!

Los hombres terminan obedeciendo, pero ambos oficiales saben que ya están exigiendo demasiado. La moral está resquebrajada casi sin remedio.

Un kilómetro más adelante, la vanguardia se encuentra con los jinetes del Alcántara que regresan al trote tras haber despejado el camino. En sus rostros puede verse la fatiga, pero también su determinación. No han vuelto todos tras las cargas efectuadas, pero tienen órdenes de convertirse en la avanzadilla que abra de nuevo el paso, y, ante la mirada agradecida de los del Ceriñola, se sitúan en los flancos de la columna para convertirse así en sus guardianes, ahora que se acercan cada vez más a Batel.

El espectáculo de las ambulancias saqueadas y los cadáveres de los heridos recuerda a los soldados que nada ha terminado cuando pasan,

silenciosos, por el camino ya despejado y ven el destino trágico de quienes creían cerca de la salvación. Diego identifica los cuerpos del sargento Varela y del soldado Echegoyen, que han sido apartados por los jinetes del Alcántara tras haber hecho huir al enemigo en aquel lugar. No los escucha, porque guardan silencio, pero sabe que sus hombres están recibiendo una fuerte impresión ante aquella visión. Recuerda el sacrificio del suboficial y del gaditano y no puede evitar pensar en sus familias, en aquellos hijos que no volverán a ver a su padre o en aquella novia que llorará su ausencia. Tampoco puede impedir recordar de nuevo a su mujer, Cristina, y a su hijo por nacer. La idea de no volver a ver a su esposa hace que se le encoja el alma, y trata de evitar por todos los medios que esa imagen de muerte se instale en su interior. Quiere rememorar los momentos hermosos pasados junto a ella para recobrar las fuerzas que ahora necesita, y consigue a duras penas dibujar en su mente la escena de una ermita junto a un puente, cerca de Frías, en una de las pocas excursiones que pudieron hacer juntos cuando lo destinaron a Burgos, ya recién casados. Aquel día iban a caballo, y sonríe al rememorar los gestos de desaprobación de los habitantes de los pueblos por los que pasaban cuando veían a su esposa montar como un hombre a lomos de aquel jamelgo de pelo pardo y crines blancas. Recupera, con el recuerdo, la determinación y en parte el ánimo. Mira entonces a su gente y siente de nuevo la responsabilidad del mando. Son sus hombres porque lo son también de Paco, y su deber es conseguir que sobrevivan.

Mientras los soldados avanzan arrastrando los pies por el polvo de la carretera, una de las ambulancias arde, y los hierros calcinados del vehículo son la imagen de la derrota que perdura no sólo en la columna, que aprieta el paso sin poder evitar el impacto moral, sino también en los propios pobladores de la zona, que constatan definitivamente la fragilidad de los europeos ante aquellos ataques.

Atardece y comienzan a escucharse disparos aislados. El Regimiento Alcántara se despliega en vanguardia para intentar averiguar de dónde proviene la amenaza. Entre tanto, el paqueo y la cercanía de Batel azuzan los impulsos de supervivencia de varios soldados, quienes, olvidando el orden de marcha, han cortado las cinchas de algunos de los caballos que hacen de tiro de los cañones y comienzan a encaramarse a las bestias desoyendo las órdenes de los oficiales, que dejan definitivamente de ser respetadas cuando varios de ellos se esconden entre las mulas para tratar de pasar desapercibidos y no ofrecer blanco ante el fuego que ahora se recrudece. El capitán García Paredes se teme lo peor al comprobar que varios de sus hasta entonces disciplinados soldados chaquetean y, abandonando la formación, corren a protegerse. Frente a ellos, el cauce de un río casi seco, el

Igán, desde donde arrecian los disparos, cerrando el paso a la columna. Sobre él y para sortearlo, un pequeño puente metálico, levantado para instalar las vías del ferrocarril aún en construcción. Desde el terraplén de las obras del tren que nunca circulará hasta allí también se abre fuego, y en breves momentos el caos se reproduce como un eco del desastre del Izzumar. Algunas secciones del Ceriñola responden, pero los soldados frenan la marcha y aquellos miles de hombres empiezan a creer que ha llegado su final.

El cabo López sigue la grupa de la montura de su compañero Javier F. González cuando reciben la orden de formar los escuadrones. El suyo, el segundo, se alinea de cinco en fondo por la derecha del ejército, o de lo que queda de él. Deberían ser cincuenta, pero las bajas sufridas hace unas horas han reducido su número a menos de cuarenta. Desenfundan los sables y esperan a que por la izquierda se posicionen los restantes escuadrones, y mientras aguardan, el fuego de los tiradores rifeños se ceba en ellos. Aguantan con disciplina en su lugar pese a que algún caballo cae y su jinete da con el cuerpo en el suelo. Aguardando a que lleguen las órdenes, López puede ver cómo, al fin, en el centro de la columna han ubicado la artillería ligera, que comienza a hacer fuego sobre el enemigo parapetado en el cauce seco del río. Es un comienzo, piensa, y mira al frente porque ya ha aparecido el teniente coronel Primo de Rivera, que detiene su montura, mira a sus hombres, orgulloso, y pronuncia palabras que desde su posición el cabo entiende a medias. Sí comprende cuando escucha las palabras «deber» y «España». Les toca nuevamente a ellos.

Poco a poco su escuadrón comienza a avanzar al trote, acompasado con el de los restantes. Se desenfundan los sables y se ordena azuzar a las monturas. Será una carga directa sobre el lecho del río para despejar, de nuevo, el camino. El paso se acelera, y ya galopan los jinetes acribillados desde la protección del talud que se alza a su derecha y desde el cauce seco al que se aproximan de frente cada vez a mayor velocidad. López ya no nota nada, no escucha los gritos, no oye los vivas a España, y sólo siente en sus manos el sudor que empapa las riendas a las que se aferra con su mano izquierda mientras alza su acero. A su derecha, F. González apenas le rebasa en su carrera, y López puede ver durante unos instantes cómo el caballo de su camarada echa espuma por la boca, apretado el bocado contra sus dientes, exhausto pero fiel a su jinete, mientras se despliega todo el escuadrón en tromba contra aquellas manchas pardas que les disparan. El sonido de los cascos percutiendo en la tierra no debería oírse, pero el cabo lo siente en su interior, como siente palpitar al mismo ritmo su corazón, cada vez con más fuerza, mientras ve caer a su lado al compañero, quien, empujado hacia atrás por el impacto de varios proyectiles, se desploma a la vez que su caballo, y mueren en el

acto jinete y montura, como un solo cuerpo, en comunión hombre y bestia. Han muerto como han luchado. González ya no está a su lado, y queda atrás, sin vida y con él, parte del escuadrón que va cayendo allí donde la suerte o el destino los encuentra, sin romper la formación. Y sigue al galope López cuando a diez metros se prepara para saltar sobre el cauce seco, apretando los costados con los golpes de talón que espolean al animal, cada vez más fuerte, cada vez más rápido. Y salta ya, y al hacerlo arrastra a dos rifeños que ya no volverán a empuñar su fusil. Su sable hace sangre y el drama parece eternizarse hasta que, disciplinados, los jinetes vuelven grupas rodeando su objetivo y nuevamente esperan la orden. Ésta se oye casi sin tiempo para respirar y una nueva carga lanza a los escuadrones al ataque, desenfrenado, sin cuartel. Se muere y se mata en el Igán y los rifeños van cediendo, pero a un alto precio. Algunos soldados caen y son rematados en el suelo, otros tajan y hieren al enemigo sin piedad hasta que un toque de corneta los reagrupa para un último intento que viene de nuevo, uniforme, persistente, hasta que finalmente el enemigo es desalojado de sus posiciones y cesa el fuego.

Sobre el terreno, junto a su caballo herido de muerte, el cabo López ya no siente, ya no sueña, ni lo hará nunca más; ya no regresará a sus verdes tierras del norte porque yace muerto junto con sus compañeros, guardando la formación de la última carga, allí, en el Igán.

Ubicado en la vanguardia de la columna, Diego seca sus ojos. La emoción ante el sacrificio que han contemplado le hiere y a un tiempo le exalta. Puede, sin embargo, escuchar a su amigo cuando, acercándose, murmura como si hablara para sí:

—¿Cómo hemos podido llegar a esto? ¿Qué hemos hecho mal?

—No te tortures, Paco —contesta Diego, aunque sabe que esas palabras no van dirigidas a él. El capitán García Paredes guarda silencio.

Se escucha a sus espaldas una voz de mando instando a continuar. El camino está ahora despejado y tienen que seguir, y a ello se afanan todos, tratando de contener el desorden creciente cuando avanzan para dejar atrás los muertos del Alcántara, allí donde cayeron entregando su vida por los compatriotas que apenas quieren mirar hacia esos cuerpos que descansan ya junto a sus fieles monturas, sobre la áspera tierra del Rif.

Batel no es nada. Apenas unos muros mal cuidados en cuyo interior destartalado renquea un pequeño motor que extrae agua salobre de un pozo antiguo. No hay espacio suficiente cuando la columna, agotada y en completo desorden, penetra entre sus muros. Solo se han salvado dos cañones, y los hombres se desparraman por el recinto manchados de tierra, mezcladas las unidades, los heridos abandonados de cualquier manera, arrumbado ya todo recuerdo de disciplina y mando. Un ejército en derrota, acosado, perseguido, masacrado. Diego observa la escena con desesperación. Va a caer la noche, y ha perdido la fe en todo aquello en lo que alguna vez había llegado a creer. Se desploma. Junto a él, un teniente que se ha despojado de sus estrellas y emblemas deambula pidiendo agua. Diego no quiere mirarlo. Le produce náuseas contemplar el estado de miseria moral en el que están. Pronto acude Paco. Ha emplazado a su gente junto a un pequeño tapial y les ha ordenado que no se muevan de allí. Trata de buscar algo de comida y agua, pero pronto desiste porque nadie da razón de nada.

Lejos de aquel punto, desesperado, el general Navarro convoca a sus oficiales. Decide dividir sus fuerzas y envía a los pocos regulares que quedan hacia la pequeña localidad de Uestia, con instrucciones precisas a sus mandos para que, una vez allí, procedan a su desarme. Nadie se fía de ellos ya. Parte de sus tropas las destina a la cercana Tistutin con la esperanza de que allí encuentren mejor acomodo. Cerca de la posición arden unos vagones de tren. El tendido de la vía sí había llegado hasta la población, pero el último convoy ha partido de Batel hace unas horas, cargado con fugitivos que han precedido a la columna y que buscan la salvación en los muros de Melilla. Pero no hay salvación aparente para la columna, que ahora intenta descansar mientras la noche avanza y se escuchan disparos esporádicos que son respondidos desde el ruinoso parapeto con desgana, como si aquél fuera ya el final de unos hombres destrozados. Navarro no se ha decidido: pretende asentarse entre Batel y Tistutin y recomponer a la tropa. Existe, sin embargo, otra posibilidad que sopesa: continuar su marcha hasta Monte Arruit, más cerca de Melilla, pero no lo tiene claro. Descansarán, él tratará de reorganizarse y adoptará una decisión tras comunicar con el alto comisario. Si lo consigue. Y no hay tiempo que perder.

Junto al tapial de lo que un día fue barracón de tropa, Paco cierra los ojos y se tumba en el suelo. Diego suspira y mira al cielo. Él no es capaz de dormir, y quizás su amigo tampoco y simplemente se esté encerrando en sí mismo para sobrevivir. Se recuesta contra la pared y del bolsillo de su guerrera saca una pequeña cuartilla y un corto lápiz. Escribe. Escribe a su esposa. Su última carta. O eso cree.

«Mi querida Cristina:

Si esta carta la recibes sin que yo sea el que te la entrega, ya habré muerto. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Recuérdalo siempre. Cuida de nuestro hijo y cuéntale que fui un hombre honrado, que combatí con honor y que lo único que lamento es no poder estar a su lado mientras crece. Si es niña —que sé que lo será— dile que su padre la ha querido aun sin conocerla.

Adiós, mi amor, mi vida. Mil besos desde la noche de África».

Y tras doblar la pequeña cuartilla, la guarda, y es entonces, como aliviado de una pesada carga, cuando al fin puede cerrar los ojos y dormir. En África. Bajo las estrellas.

18

Morir lejos de ti

Intermedia A, 27-28 de julio

—Los hombres no beben desde hace dos días, mi capitán. Nada; ni un cuartillo.

—Lo sé, teniente; yo tampoco.

Escribano mira a su oficial con tristeza, pero también con determinación. Sabe perfectamente lo que cabe esperar de aquella situación e intuye que el final está cerca. Han rechazado hasta ahora todos los asaltos, pero cada día que pasa el harka parece más numerosa a su alrededor. Son conscientes de que aquel reducto es ahora, arrasadas todas las posiciones de la zona, el último, obstinado y heroico punto de resistencia real al dominio de la insurrección rifeña. No pueden permitirlo, y, rodeando a aquel puñado de españoles, ya se concentran varios cientos de combatientes que castigan sin piedad y con persistencia la voluntad de los europeos. Parte de España se defiende con disciplina y moral entre aquellas rocas olvidadas mientras otra huye y busca su salvación en su loca carrera hacia la efímera seguridad de Melilla. Pero no hay salvación posible en África durante ese verano. Lo sabe el capitán y lo intuyen sus hombres, que, pese a llevar cuatro días aguantando con valentía las acometidas del enemigo, aún confían quizás en un milagro, quizás en un rescate improbable, quizás incluso en una retirada por sorpresa que consiga sobrepasar el cerco. En cualquier caso, sí confían en Escribano, y éste lo sabe y asume esa responsabilidad con entereza y gallardía. No le verán flaquear, aunque, como su gente, apenas pueda articular palabra, reseco y hambriento, cansado y sin fuerzas; pero nunca abatido. Y eso los soldados lo saben. Lo han comprobado todos esos días y lo ven ahora de nuevo, cuando el capitán abandona la tienda de mando y se dirige hacia el parapeto. Pasa junto a la improvisada tumba en la que han podido enterrar al joven teniente de artillería Antonio Medina de Castro, que murió el día anterior al frente de sus cañones, acribillado a balazos mientras trataba de ayudar a cargar una de las piezas. Aprovechando que

está amaneciendo y que aún no arrecia el fuego, el capitán Escribano se detiene unos instantes e inclina levemente la cabeza frente al pequeño e improvisado túmulo de piedras bajo las cuales descansa al fin el oficial, desprovisto ya de sus ansias de enamorado, de su confianza en un futuro mejor, entregado a su deber. Sabe el capitán que los hombres lo observan, y sabe también que aquel pequeño homenaje está destinado igualmente a todos los que han muerto por defender la bandera que aún permanece izada en la punta del mástil. Es lo que se esperaba de ellos, y han cumplido. En Intermedia A cumplen todos.

Sobrecogido por la escena, sobreponiéndose al cansancio, el soldado Ángel Eslava murmura una oración mientras con la mano izquierda —la derecha, siempre en el fusil— se palpa la guerrera. En su interior guarda la carta del teniente. Su última carta. A él le confió aquellas palabras de despedida para Rosa Margarita. Se pregunta por qué a él y se dice a sí mismo que intentará corresponder a ese honor. No sabe cómo, pero esa carta tendrá que llegar a su destinataria.

Una voz interrumpe su reflexión, y a Ángel le molesta ese despertar abrupto.

—Yo no voy a morir aquí; yo me largo antes —dice el soldado Tavira mientras contempla cómo el capitán Escribano se dirige ya hacia la batería.

—¿Por qué no te callas de una puta vez? —Feli no soporta al compañero que le ha tocado en suerte en el parapeto—. Ojalá te hubieras quedado en Yebel y así no tendríamos que aguantarte.

Ángel no dice nada; no le gustan las discusiones, pero en su interior apoya a su amigo.

—¿Y por qué no te mueres tú ya, si tanto te gusta estar aquí? —responde, desabrido, Tavira—. ¡A ver si te crees mejor que yo! —Feli hace ademán de levantarse y Ángel, en medio de ambos, interviene.

—¡Bueno! ¡Vale ya los dos! Solo faltaba que nos matáramos entre nosotros. Feli, cálmate. Y tú —mira a Tavira, que está rojo de ira—, trata de tranquilizarte, ¿eh? Que ya tenemos bastante con los de ahí enfrente.

Lo interrumpen los disparos que, obedeciendo a una orden que se ha oído desde el interior, caen sobre la posición. Se escucha un lamento, y uno de los soldados que guarnece el flanco norte del recinto cae abatido. El resto responde al fuego con disciplina. Es así desde el día 23, aquél en el que, contemplando la huida del ejército, constataron la

realidad del desastre y su desesperanzada soledad. Desde entonces todos los días son iguales: un ataque tras otro, un leve descanso y vuelta a empezar. El enemigo se abalanza sobre las alambradas, arroja granadas sobre ellos, mueren defensores, pero también caen los rifeños, se devuelve el fuego y se rechaza el asalto. Así, mañana y tarde. Pero cada hora que pasa la fuerza disminuye. Son ya menos los fusiles que responden, y, pese a que las dos pequeñas piezas, cargadas sus salvas con metralla, han hecho estragos, su servicio es expuesto. Allí murió el teniente Medina y allí siguen muriendo los artilleros que ahora son comandados por un sargento. Es una posición de riesgo, y por eso Escribano se hace notar en ella con su presencia. Infunde ánimos, y la resistencia se refuerza. Pero tampoco queda apenas munición, y además las ametralladoras ya no funcionan. Las vetustas Colt se han sobrecalentado, están viejas y, finalmente, pese a que incluso han intentado refrigerarlas con los orines de sus propios servidores, han dejado de disparar. Todo esto lo ven los defensores, y, sin embargo, allí siguen, obstinados, tercos, sedientos y cansados, pero firmes.

El fuego cesa de pronto de forma brusca y el silencio se percibe más pesado cuando no se escucha ya el monótono retumbar de fusiles y cañones. Algo está ocurriendo, y, presintiéndolo, Escribano se asoma levemente por encima del parapeto.

—Parece que quieren parlamentar otra vez, mi capitán —le dice, cauto, el alférez Fernández Raigada.

—Veremos —contesta Escribano—. Quizás les estamos haciendo algo de daño y ya estén tan hartos como nosotros.

Pero el capitán José Escribano sabe perfectamente que la situación es ahora muy distinta a la de hace unos días. La moral resiste, pero no se podrá mantener sin agua, sin comida y sin munición. Por un momento alberga en su interior una leve esperanza. Comienza a pensar que, si les ofrecen condiciones dignas, la rendición sería aceptable. Aceptable según su propio código de honor, que es el de la milicia como él la entiende y ha aprendido, aquél que exige al mando resistir hasta más allá de lo humanamente soportable antes de deponer las armas sin ser acusados de flojear o de cobardía. Y sus hombres se han batido bien, aislados, solos, sin agua. No podrán durar mucho más, no obstante. Así pues, espera y ya decidirá.

Desde las troneras tras las que se encuentran agazapados, Ángel, Feli y Antonio observan cómo desde el frente enemigo se aproxima una decena de individuos. Tres de ellos aparecen ataviados con ropajes que los distinguen

del resto. No visten la chilaba corta y pantalones de los combatientes que los asedian, ni llevan cruzada en su pecho las características bandoleras cargadas de munición, las tradicionales cananas. Lucen colores vistosos y van tocados con turbantes blancos. Se acercan con cautela enarbolando una bandera. Son notables de las cabilas de la zona y su presencia allí es significativa. Quiere decir que acabar con aquel asedio se ha convertido en algo prioritario para el harka, y por ello tratan de envolver su rendición con el prestigio de un tratado entre iguales. Por eso están allí.

Escribano manda cesar el fuego y se encarama al parapeto. Da el alto a la comitiva, que se queda clavada en el suelo.

—Nosotros venimos hablar contigo, capitán. Tú estás valiente. Nosotros queremos paz entre España y el Rif.

—No sé qué es eso del Rif, pero podéis hablar desde ahí —contesta Escribano, altivo.

—No; si tú no vienes, nosotros marchamos. Tú vienes y tratamos paz contigo y con España.

Los rifeños parecen decididos y el capitán sopesa sus alternativas. No tiene muchas. Si no acude a parlamentar, puede que esté condenando a sus hombres. Por otro lado, aunque desconfíe, sabe que no es normal que se haya enviado a moros notables a concertar una rendición. Decide acudir a su encuentro.

—Darío, Antonio. —Fernández Raigada y Márquez Tellechea son sus últimos oficiales. Los que aún no han muerto, y a ellos se dirige—. Al menor gesto sospechoso, que los hombres disparen. Que calen las bayonetas. No me fío —les dice—, pero no tenemos más alternativa. A ver si conseguimos salir de aquí. Creo que nadie nos podrá reprochar nada.

—Mi capitán —tercia Darío, el más joven—, si efectivamente salimos de aquí, obtendrá usted la Laureada.

Escribano lo mira y esboza un amago de sonrisa. Su rostro expresa tristeza y resignación. Le pone la mano en el hombro, paternal.

—Alférez, si salimos de aquí, dese con un canto en los dientes si no nos procesan. Hace tiempo que en este país las Laureadas solamente se dan a los muertos. —Hace una pausa—. Y, por otro lado, ¡qué quiere que le diga! Me importa un bledo. Bien; vamos a ello.

Sin más palabras el capitán salta el parapeto y se encamina hacia la

comitiva rifeña. Solo, su pistola enfundada, la gorra de oficial calada, avanza hacia el grupo, cuyo número, poco a poco, va incrementándose. Mientras se acerca, Escribano comprueba que algunos combatientes rifeños se aproximan igualmente, saliendo de sus posiciones. Mantienen el fusil en las manos y lo miran con odio. Interpreta que, efectivamente, les han hecho daño. Bajas les han causado, desde luego, y entiende que estén rabiosos por la resistencia. Cuando llega ante los notables, saluda militarmente y responde con un cortés y seco «Aleikum salam» a la reverencia protocolaria que recibe. Sabe que allí, en aquellas tierras, una negociación puede ser eterna y va cargado de paciencia, pero manteniendo las ideas claras: sus hombres son lo primero. Aceptará una rendición, pero una rendición honorable. Los oficiales deberán conservar sus armas, y tratará de conseguir que les dejen partir a Melilla. Pero mientras los caídes empiezan a hablar, el capitán observa cómo algunos combatientes se están acercando a las alambradas. Demasiado. Se mantiene alerta, un ojo en sus interlocutores, otro en los irregulares. Solo cuando ve que algunos rifeños están empezando a desmontar las estacas para abalanzarse contra la posición, se da cuenta de lo que ocurre. Es cuestión de segundos, pero al tiempo en que ve cómo los marroquíes comienzan a correr en tropel para asaltar el parapeto aprovechando la situación, próxima ya la certeza de botín, se da la vuelta y, echando a correr hacia los muros, grita sus órdenes.

—¡Fuego! ¡Fuego, soldados! ¡Sobre todos! ¡Fuego!

Son sus últimas palabras. De los muros parte una descarga cerrada que acaba con la vida de decenas de asaltantes. También cae Escribano. El ataque es rechazado y el campo se llena de cadáveres. Ángel, que ha gastado su primer peine de munición y ya carga el segundo, calcula a ojo que al menos hay ochenta muertos ante las alambradas. Mira a su derecha para pedir a Tavira munición sobrante, pero Tavira ya no está allí. A su izquierda, Feli continúa disparando, y Ángel le toca el hombro para llamar su atención.

—¿Has visto a Antonio? Hace un momento estaba aquí. —Feli mira mientras carga nuevos cartuchos en el máuser. Apenas puede oírlo porque los cañones están disparando.

—¡Ese cabrón! ¡Se ha largado!

—No lo creo. Habrá ido a por más munición —le contesta Ángel, convencido.

—No seas ingenuo. ¿No nos había dicho que quería escaquearse? Ha sabido encontrar el momento. Anda, toma. —Le tiende un peine de

cinco balas—. Olvídate de él y dispara.

—Volverá —dice para sí Ángel, apenas un murmullo—. Volverá.

Pero en esos mismos momentos, el soldado Antonio Tavira Morales acaba de saltar por el lado sur del parapeto y, aprovechando la confusión, se lanza por la empinada pendiente que da su cara al valle. Rueda, se cae y se incorpora de nuevo. Ha arrojado su fusil para que no le dificulte la huida, y poco a poco, distraída la atención de los sitiadores, culmina el peligroso descenso y se encamina, mirando a su alrededor por si ha sido visto, a la carretera sobre la que aún permanecen desde hace días los restos abandonados por el ejército en retirada.

—El capitán ha muerto —escucha Ángel la voz de Feli como si proviniera del más allá. Ha dejado de disparar porque, como casi todos, apenas tiene con qué, y los rifeños se han retirado momentáneamente.

—No lo veo —contesta Ángel intentando distinguir algo entre el montón de cuerpos que se acumulan frente a la alambrada.

—Estará debajo de todos esos moros. Buena escabechina hemos hecho —dice Feli, satisfecho. Pronto se le borra de la cara la expresión. De repente es consciente de la pérdida y su rostro se ensombrece.

—¿Y ahora qué? —pregunta Ángel.

Feli no responde. No sabría que decir. La muerte de Escribano los deja a todos huérfanos. Él era el alma de la defensa, y en la posición solamente quedan el teniente Márquez y el alférez Fernández Raigada. Muy pocos. De repente siente —esta vez sí, es consciente de ello— que están perdidos. Que nadie saldrá vivo de ahí. Mira a su amigo, y en sus ojos asoma un sentimiento que apenas puede expresar con palabras.

—Ángel: ha sido un placer haberte conocido.

Y su frase parece premonitoria, porque en ese momento un disparo impacta en su frente y lo impulsa hacia atrás mientras su sangre salpica el uniforme de Ángel, que no puede reaccionar. De repente son cientos los rifeños que, enrabietados, se lanzan tras aquella pausa momentánea al asalto definitivo, mientras los españoles gastan su munición; la que queda. Ya no hay más, y conforme el enemigo se encarama al parapeto tras haber rebasado las alambradas, las bayonetas se convierten en lanzas con las que, desesperados, intentan

contener la avalancha que ya cierra en masa y desborda las defensas matando con saña. Relucen las gumías curvas que se ceban en los cuellos de aquellos hombres que lo han dado todo. Márquez, agotada la munición de su pistola, empuña el fusil de un soldado abatido y trata de utilizarlo como maza. Muere de cuatro disparos, y sobre aquel trofeo se abalanzan varios rifeños para disputarse sus botas, su guerrera y su correaje, y pronto aquel hombre que minutos antes se había convertido en el mando de la posición es ahora un despojo de carne desnuda y desgarrada. Como la de todos los españoles que allí luchan, los que caen en segundos y los que aún se defienden hasta reservar el último cartucho para elegir por sí mismos su propia muerte.

Ángel abre los ojos mientras siente un peso sobre su cuerpo que le impide moverse. Recuerda a aquel moro que se abalanzó sobre él dando alaridos. Recuerda también cómo, empujado por su instinto, sin munición, clavó la bayoneta en el bulto mientras el rostro desencajado de aquel hombre se acercaba al suyo. Las manos del rifeño habían intentado alcanzar su cuello, en un postrer esfuerzo en el que la agonía y el odio se mezclaban y reflejaban en el rictus con el que al final murió la rabia salvaje que lo impulsaba. Al final, la oscuridad. El horror de la muerte sobre él, junto a él, dominando la escena en una ceremonia cruel en la que los supervivientes son rematados sin piedad, los heridos asesinados, y los restos de lo que había sido su vida en el último mes comienzan a arder, como ardían en la antigüedad las piras funerarias de los héroes caídos en combate.

Pasan las horas y Ángel sigue sepultado por el cadáver del rifeño. Apenas se atreve a respirar mientras escucha cerca frases que no comprende y siente pasos a su alrededor. Solamente queda al descubierto, y parcialmente, parte de su cara, pero no se mueve, y reza como solía hacerlo cuando asistía a don Julián en la iglesia de Rello. Todos sus pensamientos se acumulan desordenadamente en su cabeza en aquel instante en el que ve cerca su final. Recuerda a su madre y echa de menos su cariño, también su desesperación cuando se perdía por el campo, sus enfados y sus besos. Siempre confió en él, y pese a todo estaba convencida de que algún día su hijo llegaría lejos, muy lejos. Pero allí está ahora, escondido, derrotado. No quiere que ella lo vea así desde el cielo. Echa de menos también la mirada de aquella muchacha de Medinaceli y siente que no vaya a poder comprobar la calidez de los abrazos con los que tanto ha soñado, como tampoco descubrirá el sabor de sus besos. Los que no ha recibido de ella y que probablemente nunca recibirá. No tiene fuerzas para llorar, pero lo haría. No le quedan lágrimas; no le queda nada.

Escucha pasos cerca de él y una voz que se aproxima. Un hombre se detiene a su lado. Puede ver las alpargatas reglamentarias en el Ejército español que calza el rifeño y las polainas que envuelven sus tobillos y pantorrillas. Distingue el uniforme de los regulares. Un desertor. Nota cómo se agacha y cómo una mano áspera toca su rostro pellizcándole la mejilla. Puede evitar el reflejo y no abre los ojos. Tras unos segundos aquél se incorpora y dice algo en su lengua. Algo que aleja al resto en busca de algún superviviente o un prometedor botín. Ángel no está seguro de si ha sido descubierto. Su rostro está lleno de tierra y sangre. Lo sabe porque nota la costra en su cara como una máscara mortuoria, y desde luego no puede moverse. Debe de tener la apariencia de un cadáver reseco y áspero, sin color ni expresión. Quizás ya está en el otro mundo y no es consciente de ello. Nota las pisadas en retroceso, removiendo los guijarros del suelo, y, efectivamente, el rifeño ya no está junto a él. Ángel no puede ver cómo, no obstante, el moro se gira cuando ya se está yendo y mira otra vez. Sigue en silencio. Ambos. Finalmente, se da la vuelta y se aleja definitivamente.

Huele a quemado. A madera y tela que han ardido durante horas. Ha caído la noche sobre Intermedia A y el silencio estremece. Lo hace también el ánimo de Ángel, que se nota entumecido; en su cuerpo, pero también en su espíritu. Se obliga a recordar el momento en el que aquel rifeño, sabiéndolo vivo, decidió ignorarlo, y siente que es una señal del cielo y que quizás su madre esté velando por él después de todo. No escucha nada, y procura moverse poco a poco tratando de apartar el cadáver bajo el que ha permanecido todo ese tiempo. Tras varios intentos, consigue al fin liberarse y escucha de nuevo. Persiste el silencio. No parece haber nadie entre aquellos restos. Nadie vivo al menos, porque, conforme regresa de su oscuridad y, arrastrándose, tantea la tierra seca a su alrededor, puede tocar los restos fríos de sus camaradas, abandonados allí donde cayeron. No mira hacia atrás y sigue reptando mientras siente que las piedras arañan sus manos cuando trata de apartarlas de su camino, y finalmente alcanza el parapeto del lado sur. La noche brilla, alumbrada por miles de estrellas que ahora no significan nada para él, y según escala el débil muro, nota el dolor con el que sus huesos y sus articulaciones expresan su protesta. Arde de fiebre y se encuentra deshidratado. Unas costras blanquecinas han formado una nueva piel alrededor de sus labios y siente que su lengua no puede moverse, seca. Pero consigue encaramarse y saltar al exterior. El esfuerzo ha sido grande y con el impulso cae rodando por el barranco, golpeado por piedras que se clavan en su cuerpo como hachas sin filo. Logra detener su marcha a duras penas y finalmente, incorporado ya, alcanza las faldas del risco

que ahora es pedestal macabro, sin asta ni bandera ni vida en él. España ha muerto en aquellas montañas, pero él ha resucitado, y sabe que tendrá que seguir intentándolo, que es su oportunidad y que difícilmente la vida ofrece una segunda ocasión para seguir en ella.

Ángel se arrastra por el polvo del camino. De vez en cuando rebusca entre los restos abandonados por aquel ejército en fuga que huyó ante ellos mientras en Intermedia A se preparaban para morir. Trata de encontrar una cantimplora con agua, pero es en vano. Cada paso le supone un esfuerzo supremo, pero también es una victoria. Pronto se da cuenta de que no debe seguir por la calzada y lentamente se aleja de aquella pista polvorienta. Sabe orientarse y cree que podrá dar con el modo de llegar a Melilla, o al menos alcanzar a las tropas que —¿quién sabe?— quizás estén atrincheradas y a salvo en alguna de las posiciones que jalonan el camino hasta la Plaza. Y continúa andando, ahora a varios metros de la senda que permanece, no obstante, visible, iluminada por una luna que transmite su pálida y triste luz, alumbrando el espectáculo dramático de su soledad.

Han pasado varias horas y no puede más. Siente que las fuerzas lo abandonan definitivamente mientras rodea un desvencijado corral de paredes que una vez estuvieron encaladas y que permanece apartado en las faldas de un pequeño promontorio al que ha llegado sin saber muy bien cómo. En una de sus esquinas, una pequeña edificación de techumbre rematada con una tosca cúpula llama su atención. Es un morabito. Recuerda algún comentario al respecto que escuchó en el campamento, antes de partir a su destino. Se trata de algo así como una pequeña ermita, un recinto donde descansan los restos de algún santón, un hombre respetado por los miembros de una cabila, que honran así su vida, alzando aquel pequeño túmulo al que acuden en ocasiones las moras en busca de fortuna para sus embarazos y los hombres para que favorezca sus cosechas. Se acerca y, temeroso, asoma el rostro. Está tan cansado que no piensa en nada más que en dormir, y cuando al fin se anima a entrar, se desploma inconsciente en el interior.

Una mano lo zarandea. Es nervuda, tostada por el sol y en ella se pueden contar arrugas que denotan el paso del tiempo. Ángel despierta sobresaltado y, sin ser consciente del todo de no estar viviendo un sueño, trata de distinguir el rostro que lo mira fijamente a través de dos ojos negros que, sin embargo, se diría que brillan en la oscuridad. Desde fuera de su improvisado refugio le llega una luz deslumbrante. Ha debido de dormir varias horas, ya ha amanecido y

aquella silueta ya es ahora la de un anciano de barba blanca a medio crecer que, cuando ve al soldado español abrir los ojos, sonríe mostrando su boca desdentada. Señala algo en el suelo y Ángel, acostumbrada ya su visión a aquella penumbra, comprueba que se trata de una pequeña vasija y un plato. La primera contiene un fondo de agua y en la escudilla hay unos restos que le recuerdan a las migas que alguna vez le había cocinado su madre. No espera ningún permiso, agarra el tosco recipiente con el líquido y traga sin respirar. Tanto y tan rápidamente que su cuerpo reacciona con espasmos que le hacen llevarse la mano al pecho por el dolor de unas convulsiones que afortunadamente remiten cuando consigue calmarse. El anciano observa todo el proceso y sigue sonriendo. Parece, por su expresión, un loco, un demente tranquilo a los que en ocasiones las aldeas consideran elegidos por Alá y son abandonados con la esperanza de que, si los alimentan entre todos, favorecerá que el Misericordioso se acuerde de ellos y ayude a solucionar sus problemas y desvíe las desgracias de la mala fortuna. El viejo no habla y solamente emite una risa monocorde que apenas se escucha. Calmada su sed, siquiera levemente, Ángel estira los dedos hacia la comida y consigue, pese a los temblores con los que aún le castiga una fiebre que no remite, atrapar un puñado del guiso, que se lleva a la boca. Trata de masticar mientras mira al anciano, que asiente satisfecho sin dejar de sonreír. Y así, poco a poco, saciada su sed y algo recuperadas las fuerzas que lo habían abandonado, Ángel recobra el pulso de la vida y trata de analizar su situación, mientras el viejo moro sigue mirándolo. No sabría decir si algo en esa mirada oscura delata cierta cordura más allá de lo que demuestran sus gestos y ademanes, pero la realidad es que aquel inofensivo indígena se convierte para él en una compañía que tranquiliza un tanto su espíritu. Lo tranquiliza, pero no le impide recordar dónde está y cuál es su situación, y trata de incorporarse. Le duele todo el cuerpo, pero, pese a todo, consigue caminar hacia la puerta y se asoma con precaución. No hay nadie, el sol cae a plomo y se sienta en el quicio. Él allí es ahora un enemigo y la tierra que pisa es hostil. No debe dejarse ver, y, desde luego, debe alcanzar a las tropas en retirada. Por la posición del sol, sabe que es mediodía, y enseguida tiene clara la dirección que debe tomar. Pero no en ese momento. Esperará al crepúsculo, y mientras aguarda la llegada de las sombras decide descansar confiando en que la Divina Providencia, la que lo ha cuidado hasta ahora, siga velando por él.

El anciano se sienta a su lado y tras unos segundos en los que lo observa, señala con un dedo tembloroso el cuello de Ángel. Éste, instintivamente, se lleva la mano a la garganta y nota con el tacto la pequeña cadena de la que pende una medalla de la Virgen. Un regalo

de su madre. Ha crecido con él y es ya parte de su ser. Pero el viejo sigue señalando y Ángel comprende que en aquellos momentos de su vida quizás aquella imagen le esté ofreciendo la mejor de las ayudas. Asiente y con gesto pausado se quita el colgante, sacándoselo por encima de la cabeza. El anciano esboza nuevamente una sonrisa y alarga una mano y coge el preciado objeto. El soldado contempla cómo aquellos dedos de piel cuarteada tocan la medalla hasta que su puño se cierra atrapando el tesoro. Después, el viejo extiende la otra mano y toca la guerrera del joven. Manosea el basto paño y tira de él. Luego tantea el correaje y mira a Ángel, que asiente de nuevo, pero no está dispuesto a desprenderse de su ropa sin obtener algo más a cambio. Señala la tosca chilaba del moro, que lo mira con asombro y, para sorpresa del soriano, desata con manos temblorosas los cordones que cierran el cuello de la prenda; con insospechada determinación se despoja de ella y se la ofrece, y con ello deja al descubierto un torso esquelético tostado por el sol en el que las costillas son marca de penuria y hambres antiguas. Cuando Ángel se dispone a corresponder con su parte de aquella muda negociación, recuerda las cartas. La que le anunció la muerte de su madre y la que le entregó el teniente. Las saca de uno de los bolsillos laterales y, tras desajustarse el cinturón con las cartucheras, se desabotona la guerrera y se la entrega al anciano, que ahora ríe, no sabe el soriano si de felicidad sincera, de locura tranquila o de agradecimiento. Terminado el intercambio, el moro, vestido ya con su nueva prenda, se levanta y se aleja unos metros; extiende los brazos en cruz, cerrando los ojos, vuelto el rostro al sol y ríe, ríe sin continencia, lo que dibuja en la expresión de Ángel un atisbo de sencilla satisfacción que el soriano no recordaba haber sentido desde hacía mucho tiempo.

La chilaba le queda pequeña, pero es un buen disfraz, piensa el soldado. Si camina por la noche evitando aduares, cree que podrá alcanzar a las tropas o incluso llegar a Melilla. Mientras oscurece y espera a que sea su momento, mira al anciano, orando, inclinado sobre la tierra, pues no tiene siquiera una alfombrilla que lo separe del suelo. Viste su guerrera y luce los correajes, presentando un aspecto que, en su incoherencia, estremece levemente al soriano. Ángel quiere alejar esa extraña sensación y recuerda entonces las cartas que ha guardado en el interior de su pantalón. Las saca y contempla la cuidada caligrafía de don Julián. Tiene la tentación de releer las palabras que le anunciaron la muerte de su madre, pero no quiere sentir dolor. No más. Mantiene ahora en sus manos la carta que le entregó el joven teniente Antonio Medina de Castro, el oficial que cantaba al amor, el que le dio esperanza y ánimo. Sabe que no debe hacerlo, pero necesita sentir, necesita que algo o alguien le recuerde

que más allá de aquella tierra reseca y áspera existe otra vida que quizás él pueda vivir. Por ello, finalmente abre el sobre y, desdoblando la cuartilla, comienza a leer.

«Mi queridísima Rosa Margarita, mi vida:

Cuando leas esta carta yo ya no estaré en tu vida, pero estoy convencido de que si finalmente llego a donde quiero ir, de alguna manera sentirás que sigo contigo. No quiero que estas palabras sean de tristeza. Mis días junto a ti han sido de dicha y su recuerdo me ampara, ahora que en la calma de la noche siento que las estrellas me esperan para que, viajando con ellas, mis besos te alcancen donde estés y mi amor perdure en ese infinito que ahora contemplo. Porque en su luz veo tu rostro y con él como escudo del alma afrontaré lo que Dios tenga pensado para mí. No llores, porque yo no lo hago. Estate orgullosa de mí. He cumplido con mi deber y con él como bandera moriré. Pronto ya no latirá mi corazón en esta tierra, pero seguirá haciéndolo en la eternidad cada vez que recuerde —y eso será siempre, a cada instante— que, como una vez te amé, seguiré haciéndolo hasta que al fin, cuando dentro de muchísimo tiempo podamos reencontrarnos, pueda colmarte con mis besos, los que ahora te envío, los que ya no podré darte en esta vida de la que sólo lamento morir lejos de ti.

Adiós, mi querida Rosa Margarita. Adiós, mi vida. Adiós y hasta siempre.

Tu Antonio».

Ángel llora. Llora y sus lágrimas empapan su rostro, el que ahora esconde entre sus manos mientras el sol se oculta lentamente, impregnando de rojo un horizonte que poco a poco se difumina hasta desaparecer y sume aquella tierra seca en la oscuridad.

19

Aquellos muros blancos

Melilla/Monte Arruit, 29 de julio

El teniente Altamira abrió los ojos sobresaltado por el ruido que provenía del exterior de la comandancia. Se había recostado pasada la medianoche sobre el desvencijado sofá que servía habitualmente de improvisado archivo para el amontonamiento de expedientes en una de las dependencias de la primera planta. Agotado y sin poder abandonar las tareas administrativas que sucesivamente le iba asignando el comandante, había encontrado al fin un momento para tratar de dormir unas horas.

Desde el día 24 se había sentido impotente para dar un paso más en la búsqueda del capitán Millán. Controlado por el jefe de aquellas dependencias, Manuel se había visto obligado a atender la ingente labor logística que se demandaba para el avituallamiento de las tropas de refuerzo que durante aquellas jornadas estaban arribando al puerto. Primero, un batallón del Regimiento de la Corona. Después, con gran alegría de los ciudadanos, dos banderas de la Legión provenientes de Ceuta, al mando del teniente coronel Millán Astray, que, intentando elevar la moral, desfilaron una y otra vez por las calles entre el entusiasmo de una población aliviada, que desde entonces comenzó a olvidar el pánico.

Todo este conjunto de tropas y las que continuaban llegando exigían organizar alojamiento y manutención. Y a ello tuvo que dedicarse Altamira todos esos días, como oficial de Intendencia, ubicado en el lugar idóneo en el momento preciso, mientras trataba de dar con la manera de escapar de allí para partir en busca del capitán Millán. Su marcha voluntaria al frente lo tenía obsesionado. Estaba claro que el oficial había partido en busca de algo sin lo cual no quería abandonar Melilla. La segunda llave. De eso estaba seguro. Mantenía grabadas en su interior las palabras de aquel empleado del Banco de Cartagena. La segunda llave que necesitaba para abrir la caja de seguridad cuyo

contenido Altamira ignoraba, pero que sin duda era fundamental para sus titulares y que tenía mancomunadamente contratada con su socio, quien quiera que éste fuera. Lo que estaba claro era que esa persona se hallaba destacada en alguna posición ubicada fuera de la Plaza, y en su búsqueda el capitán se había mostrado dispuesto a arriesgar su propia vida. Pero era el asesinato de Lola y quién hubiera podido ser realmente su autor lo que no permitía descansar al teniente. Recordaba una y otra vez la sorpresa de Aguado cuando, segundos antes de morir, había sido acusado de aquel crimen. Altamira había disparado convencido de su autoría, movido por el odio y el ánimo de venganza. No se arrepentía de lo que había hecho, pero lo cierto era que, registrado el cadáver y la maleta que el teniente de la Policía indígena portaba, no había encontrado ni las cartas ni el telegrama del rey que había sido robado de la casa. Y si no llevaba consigo aquel telegrama, cabía la posibilidad de que el asesino hubiera sido otro. Desde luego, Aguado había pagado por las muertes de las que sí era responsable, pero si él no lo había sido de la de Lola, únicamente quedaba Millán como sospechoso.

La mente de Altamira funcionó esos días mezclando estadillos y conjeturas, órdenes de avituallamiento y deducciones, y estaba agotado. Agotado y harto. Había tenido que lidiar también con un sargento de la Guardia Civil que quería tener con él lo que dio en denominar «una entrevista sobre un desagradable asunto» y se había comprometido a acudir a la comandancia del cuerpo el día 30. Además, se había visto obligado a escribir al ministerio, aun cuando estaba convencido de que, con los graves acontecimientos que cada día adquirían en la zona una dimensión más pavorosa, nadie en Madrid prestaría atención a un informe anodino en el que relataba someramente algunos de los avances en su investigación, omitiendo otros que consideró prudente obviar. Estaba, por tanto, cansado y en cierta manera bloqueado. Por eso, aún despertado de forma abrupta, le costó entender, mientras regresaba a la realidad, el significado de los gritos que escuchó en la entrada de la comandancia.

—¡Le digo que no puede pasar, capitán! —se escuchaba decir al soldado de guardia, elevando cada vez más el tono.

—Y yo le digo que si no me permite el paso se va a meter en problemas, cabo —contestó el aludido de forma educada y en cierta manera parsimoniosa.

Aquella voz le sonó familiar al teniente Altamira. Se incorporó y se dirigió a la pequeña habitación que hacía las veces de cuerpo de guardia en el edificio. Allí pudo ver la alta figura del oficial que discutía con el centinela. Lo reconoció de inmediato.

—¿Capitán García de Salazar? —saludó en posición de firmes, desprovisto como iba de su gorra.

—¡Hombre! El teniente… Altamira

—Así es; me alegra que me recuerde.

—¡Teniente Altamira! ¿Cómo no voy a recordarle? Nuestra conversación, pese al alcohol, permanece muy viva en mi memoria. Me alegro de verle, si se puede decir eso a estas horas de la madrugada en unos días como éstos —contestó a su saludo con una sonrisa—. ¿Podría decirle a este imbécil que cuando un capitán quiere entrar en un edificio militar un cabo no puede impedirle el paso?

—En realidad sí que puede —objetó el teniente—. Está de guardia. Pero no se preocupe. —Se dirigió al soldado—: Me hago cargo. Gracias, cabo.

Manuel acompañó a García de Salazar al interior de la comandancia mientras dejaba tras de sí al centinela murmurando por lo bajo.

—Me alegro de verle de nuevo, Altamira. Han pasado varios días y muy graves acontecimientos desde la última vez que nos vimos, en Zeluán. Espero que esta vez no me invite usted a tomar una copa —apuntó con cierta sorna el capitán mientras le palmeaba la espalda familiarmente.

—No tenemos mucho tiempo para beber, mi capitán —repuso con gesto serio Manuel.

—No pretendía bromear, teniente. No he venido por eso, desde luego. Necesito ver al comandante. Con urgencia.

Cinco minutos después, un hombre sin afeitar, con la guerrera a medio abotonar y con cara de pocos amigos, recibía en su despacho al capitán García de Salazar, acompañado por el teniente Altamira. El comandante Rafael Gallego permaneció de pie ante ambos oficiales.

—Espero de verdad que tenga buenas razones para despertarme a esta hora, capitán. Por si no lo sabe, en esta comandancia se duerme poco últimamente.

—Debo disculparme por lo intempestivo del momento, mi comandante, pero necesito de su autorización expresa. Traigo órdenes… verbales —dudó— del alto comisario, general Berenguer.

—¡Nada menos! —farfulló con cierto indisimulado fastidio el jefe—. Ya sé quién es el alto comisario, capitán. Pero dígame: ¿para qué necesita exactamente esa autorización de la que habla? —inquirió sin el menor atisbo de intriga.

—Necesito un vehículo, preferiblemente un camión del parque móvil, y alguna escolta para acompañarme al frente.

—Capitán —repuso Gallego con fastidio—, preferiría que se dejara de tanto misterio y me contara qué es lo que pretende. Acabaríamos más rápido. Un camión y una escolta, ¡ahí es nada! ¡Y al frente! Nadie quiere ir al frente, si alguien además supiera dónde está concretamente.

—De acuerdo, mi comandante. Me explicaré. —Y el oficial sacó de su guerrera un mapa cuidadosamente doblado, que desplegó sobre la mesa del despacho. Llamó la atención de los concurrentes a aquella improvisada reunión unas localizaciones rodeadas con círculos rojos y flechas. Estaba claro que el capitán había trabajado concienzudamente. Señaló un punto en concreto, al sudoeste de Melilla, más allá de Zeluán—. ¡Monte Arruit! Aquí se dirige el ejército en retirada.

—¿Monte Arruit? —preguntó incrédulo el comandante, mostrando al fin cierto interés—. ¿Por qué Monte Arruit? ¿Qué sabe usted de esto?

—Sé que esta misma tarde el alto comisario ha podido comunicarse con Navarro en Batel y le ha transmitido la orden de que desplace la columna hacia allí, en la idea, supongo, de que, atrincherados en esa posición, más cercana a la Plaza, podrán recibir socorros o incluso ser rescatados por los refuerzos que ya están llegando. De hecho, me consta que los hombres de Annual ya han salido, y se espera que acudan a lo largo del día de hoy. Y lo sé porque uno de los hombres del Estado Mayor de Berenguer ha acudido a mí esta misma tarde para una consulta médica rutinaria. No hay nada más transparente que la comunicación médico-paciente —apuntó serio, sin que pareciera una afirmación irónica.

—Monte Arruit… —El comandante no hizo caso de la irregular procedencia de la información y reflexionó unos instantes mientras estudiaba el mapa—. Bien. Casualmente ayer recibí una comunicación telegráfica del capitán Millán, uno de mis hombres, que, valientemente, se presentó voluntario para acercar un pequeño convoy de suministros hasta la columna. Por lo visto, dada la situación de abierta rebeldía de la cabila de Beni Bu Yahi, posición que se

encuentra en su territorio, se han visto obligados a refugiarse en el fuerte.

Ambos, García de Salazar y Altamira, cruzaron una mirada. ¡Millán en Monte Arruit! El capitán observó un repentino fulgor en los ojos del teniente.

—Si me permite, mi comandante —intervino el médico—, entonces es urgente que yo pueda llegar a Monte Arruit. Hay en el hospital de la Cruz Roja un cargamento con las medicinas más básicas, material quirúrgico y de curas esenciales, vendas, antisépticos y todo lo que se puede precisar, esperando ser transportado al lugar en donde más se necesite. Sabiendo que Monte Arruit es el destino de la columna, debo dirigirme allí cuanto antes para prepararlo todo.

—¿Usted a Monte Arruit? ¿Con un cargamento? ¿No ha escuchado lo que le he dicho, capitán?

—Lo he escuchado perfectamente, mi comandante. Y cada minuto que pasamos aquí hablando es tiempo perdido para esos soldados. Deme un camión, ¡uno solo!, y algo de escolta. Tenemos que acercarnos a la ciudad, recoger el cargamento y salir hacia la posición cuanto antes.

—No tenía noticias de ese cargamento de medicinas del que me habla. Vendría bien aquí, en el Docker —objetó el comandante.

—Tampoco yo conocía su existencia. Al parecer, el hospital recibió una generosa donación monetaria anónima y el director del centro no ha perdido el tiempo. ¿Qué me dice?

—Puedo darle un camión. Es el único que me queda —afirmó pensativo Gallego—, pero no puedo proporcionarle escolta. Me faltan hombres para sostener siquiera la mínima actividad que ahora se me exige. No obstante, su viaje es una locura.

García de Salazar dudó unos instantes. Miró a Altamira, que asintió levemente.

—Comandante —dijo por fin—. Me sería muy útil la experiencia del teniente Altamira. Iríamos ligeros, y me consta que conoce la zona. Yo mismo he estado destinado largo tiempo en el aeródromo de Zeluán y me entiendo bien con los cabileños del lugar. Llegaremos.

El comandante Gallego lo miró durante unos segundos. Se negó con un gesto.

—No; no llegarán. Pero resulta tan inusual que en estos días alguien se ofrezca voluntario para algo que ha acabado por enternecerme. —Sonrió con tristeza y una leve ironía—. Veremos lo que puede hacer, porque esos hombres van a necesitar de toda la ayuda que puedan recibir. Autorizo su marcha. —Miró al teniente—. Órdenes del alto comisario, ¿eh? Bien. No le voy a pedir que me las muestre. —Hizo un gesto con la mano—. ¡Lárguense ya! Como usted dice, el tiempo apremia.

Comenzaba a clarear cuando Ángel llegó al fin a la cumbre de la pequeña loma que, por intuición, había considerado como punto de referencia en la oscuridad débilmente atenuada por los millones de estrellas que ahora, regalándose un descanso, se había parado a contemplar. Palmeó el lomo del pequeño asno que hasta ese momento le había servido de improvisada cabalgadura. Unas horas después de abandonar el morabito en el que se había refugiado, la fortuna le había sonreído al pasar junto a un pequeño aduar sobre el que la noche tendía su manto de silencio. Tras un cercado, dormitaba confiado un escuálido pollino atado a una estaca. No lo dudó. Lo lamentaba por la familia que iba a amanecer con la sorpresa de la desaparición del animal, probablemente insustituible ayuda para su sustento, pero no podía seguir caminando. Y menos aún con aquella chilaba raída que apenas disimulaba sus pantalones militares, escasamente cubiertos por la basta tela de la prenda obtenida como compensación en el intercambio que había mantenido con aquel anciano. Éste, la guerrera militar y una cadena de oro; él, el mejor disfraz para pasar desapercibido, al menos en los momentos del día en los que la vista aún no está agudizada o simplemente se encuentra cansada ante el ocaso. Su intención era alcanzar Melilla, preferiblemente, confiando en que por sus alrededores no hubiera triunfado el levantamiento que había arrasado con Intermedia A y, por lo que parecía, con todas las posiciones de la zona. No se hacía ilusiones, no obstante, y se conformaba con encontrar, si no la columna en retirada, algún lugar mínimamente seguro donde recuperar fuerzas y sentir el amparo de una voz amiga.

Observó el sol, que ya comenzaba a despuntar anunciando, como siempre, como todos los días desde aquél en el que llegó a África, una jornada tórrida. Necesitaba aprovechar aquellas horas para avanzar lejos de miradas indiscretas, siempre hacia el oeste. Tenía que sobrevivir. Suspiró. Cerró los ojos y musitó una oración como las que recordaba, como las que había aprendido con don Julián en tiempos que se le antojaban ya perdidos en una nebulosa lejana y, tras

persignarse, montó de nuevo a horcajadas sobre el lomo del sufrido animal y lo espoleó con un pequeño palo, para comenzar a descender por la pelada colina que ya amarilleaba conforme los primeros rayos de la mañana acariciaban su superficie.

—Humo sobre el aeródromo. —García de Salazar señaló hacia la loma que se adivinaba en la lejanía, mientras el vetusto camión en el que viajaba con el teniente Altamira castigaba su rudimentaria amortiguación sobre el irregular firme del camino que descendía hacia Zeluán desde Segangan.

Habían decidido dar un rodeo por prudencia, y, en lugar de adentrarse por la carretera principal desde Nador —el camino más corto y de mejor firme—, optaron por la ruta menos transitada, que, pasando por aquella localidad, serpenteaba luego entre barrancos antes de confluir en Zeluán desde el norte. Hasta el momento no habían sufrido percance alguno, más allá de algunas miradas que se adivinaban hoscas, a su paso por Segangan, donde la pequeña guarnición española se mostraba aún tranquila. Sin embargo, la visión de la humareda devolvió a ambos a la realidad.

—El polvorín —apuntó Altamira.

—¿Cómo dice, teniente?

—El polvorín. Usted lo dijo: estamos sentados sobre un polvorín. Ya ha estallado.

—Sí; bueno. Dije muchas cosas ese día, ¿no? Pero sí. En algún momento tenía que ocurrir. —Frenó el vehículo y accionó el freno de mano. Tras apagar el motor, pudieron escuchar con nitidez los disparos.

Sobre la loma en la que se asentaba la pista ardían ya los cinco aparatos abandonados por unos pilotos ausentes. El crepitar de los disparos se hacía sentir incluso en la distancia a la que se encontraban los dos oficiales. La resistencia parecía enconada. Más lejos, a unos cuatrocientos metros del aeródromo, los defensores de la alcazaba de Zeluán respondían al fuego que se les hacía desde el poblado. En ambos enclaves se podía distinguir la bandera todavía tremolando en su mástil. García de Salazar arrancó de nuevo el motor.

—Altamira, nos la jugamos. Intentaremos pasar a la mayor velocidad que este trasto pueda dar. O eso o nos damos la vuelta. —Miró al

teniente, que mantenía fija la vista en el triste espectáculo que se desarrollaba en la lejanía.

—No he llegado hasta aquí para que Millán se me escape de nuevo, mi capitán.

—¡Así se habla! Y yo no pienso dejar que todo este material se pudra abandonado. Vamos allá entonces. Agárrese, teniente.

El camión parecía desintegrarse en cada piedra o bache mientras la pista por la que transitaba a la mayor velocidad que ofrecía su motor los conducía a la intersección con la carretera principal, totalmente enfilada por los sitiadores en aquellos momentos. El teniente Altamira quitó el seguro de su pistola y se agarró al rudimentario salpicadero. Conforme se acercaba el vehículo al poblado, comenzaron a sentirse sobre la carrocería algunos impactos. Al principio solitarios y espaciados; pronto incrementando su número y su cadencia. El teniente trataba de responder, pero resultaba imposible hacer blanco, y pronto se refugió en la precaria seguridad de la cabina, agachándose para dificultar el blanco de los cabileños, mientras sentía sobre su cuerpo los trozos del cristal de la luna, destrozada por los disparos. En un último quiebro, el camión enfiló la calle principal de Zeluán atravesando su polvoriento firme ante las miradas sorprendidas de los combatientes, que, asombrados por aquella inesperada aparición, tardaron en reaccionar. En unos minutos, el vehículo, perforado por los disparos y escupiendo humo el radiador, dejaba atrás el desvencijado caserío y se alejaba al fin del escenario de una previsible tragedia que tenía como protagonistas a unos hombres abandonados a su suerte.

—Doce kilómetros, teniente. Eso es lo que nos falta. Si este trasto aguanta.

Altamira observó al capitán. Admiraba su aplomo. Pudo entonces ver cómo, desde la frente de García de Salazar corría un hilo de sangre que, poco a poco, fue empapando su rostro hasta impregnarlo totalmente de un rojo que, mezclado con el polvo ocre del camino, se abría paso hasta la barbilla.

—Está herido, mi capitán. —La voz del teniente sonó tranquila, como si aquello fuera el resultado obvio del viaje que habían emprendido. El oficial se palpó la frente soltando el volante y miró su mano ensangrentada.

—Imagino que esto es lo que tenía que ocurrir —indicó con frialdad

—. Pero tenemos que continuar, tenemos que llegar. —Y mientras lo decía se fue desvaneciendo, hasta que su cabeza cayó sobre el volante. Fue frenándose lentamente el camión, al aflojarse la presión sobre los pedales.

Altamira se sobresaltó. Miró por el retrovisor. Ya habían dejado atrás Zeluán y no parecía haber nadie persiguiéndolos. Sin duda, a los cabileños les resultaba más prometedora la victoria que —estaban convencidos— les esperaba tras los muros de la alcazaba y el aeródromo. El teniente contempló el humo que pintaba de negro el cielo de una más de aquellas mañanas radiantes de África. No perdió el tiempo. Salió de la cabina y se dirigió a su parte posterior, abrió la lona y, rebuscando entre las cajas, encontró el material con el que consiguió hacer un improvisado vendaje sobre la cabeza del herido. Tras acomodarlo en el asiento del copiloto con gran esfuerzo, dada la fuerte complexión del capitán, arrancó de nuevo el motor y el vehículo retomó su marcha siguiendo la calzada que, si todo iba bien, los llevaría finalmente a Monte Arruit.

A Ángel no se le había pasado por la cabeza el pensar que podía estar aún tan lejos de Melilla. Había avanzado hacia el oeste a buen ritmo, pasando desapercibido entre pequeños grupos dispersos de habitantes de la zona. Únicamente llegó a detectar alguna mirada lejana de mujeres o ancianos que, tras satisfacer levemente su curiosidad, seguían por lo demás con sus tareas. No había visto hombres jóvenes, y pensó que a esas alturas la mayoría habrían engrosado el harka. Por eso se sorprendió cuando, al coronar una elevación del terreno, pudo contemplar a sus pies la llanura en la que se perfilaban algunas casas y se distinguía, levantada sobre una pequeña colina que dominaba el poblado, una edificación que mantenía las inequívocas hechuras de una fortificación militar. Desde allí, Ángel distinguió la forma irregular de una posición en la que destacaba una puerta monumental sobre la que parecían identificarse los llamativos colores de la bandera de España. Aquellos muros blancos que trazaban un contorno desigual significaban para el soldado una promesa de salvación, y, aunque desconocía de qué lugar podía tratarse, sin duda cualquiera que fuera sería preferible a tener que continuar vagando por aquellas tierras, sin agua ya, ni comida, agotado y vigilante. Había tenido suerte (Pero la suerte termina en algún momento, pensó), y no era cuestión de seguir tentando al destino. Decidió, pues, exigir un último esfuerzo a su exhausta montura y, azuzándola con un palo, acometió el descenso en dirección al poblado. Monte Arruit permanecía tranquilo, desperezándose aparentemente como en una mañana cualquiera, ignorante aún de que aquel día despertaría brutalmente de su confiado sueño.

La carretera de Zeluán viraba en un último recodo. Desde allí, Altamira contempló la explanada en medio de la cual se encontraba la colina sobre la que se asentaba Monte Arruit, dominando ligeramente el poblado, pero, aun así, peligrosamente cerca de antiguas edificaciones y edificios coloniales cuya situación tan próxima eliminaba las ventajas de la altura. Miró al capitán García de Salazar, quien, cerrados los ojos, apenas emitía pequeños síntomas de estar vivo y consciente. Habían tardado casi una hora en circular los doce kilómetros que separaban ambas localidades, y el camino aparecía libre ante ellos. De hecho, a Altamira le sorprendió que, excepto por aquellos cientos de cabileños locales que asediaban Zeluán, nada indicara que existiera un contingente enemigo tan abundante como para justificar el pánico que se percibía en Melilla. Aceleró, por tanto, levantando una nube de polvo mientras el camión acometía los últimos metros antes de llegar al poblado, siguiendo una trayectoria en paralelo a las vías del ferrocarril que lo unía a la Plaza. Unas vías sin pulso, incendiados los últimos vagones que ahora permanecían varados en la estación de Batel, como carbonizados restos de una normalidad que se venía desintegrando desde el oeste a golpe de fuego y muerte. Una descomposición que ya estaba acudiendo hasta allí, cruzando el Kert, con todo el impulso y la fuerza que le imprimían los rifeños dirigidos por Abd-el-Krim.

—¡Capitán! ¡Capitán! ¡Despierte! —Lo zarandeó con una mano mientras con la otra sujetaba con fuerza el volante—. Estamos llegando.

Pero García de Salazar ya no podía responder. Su cabeza se inclinó hacia delante y el cuerpo se desplomó sobre el salpicadero. El capitán había muerto.

Cuando Ángel, tras abandonar su montura, al fin comenzó a subir la pequeña elevación sobre la que se asentaba la fortificación, le sobresaltó el impacto de un disparo junto a él. Habían abierto fuego desde la posición, y sólo entonces recordó que vestía la chilaba de aquel santón. Se despojó de inmediato de ella para dejar al descubierto su torso desnudo y los pantalones caqui del Ejército. Alzó las manos, moviéndolas en señal de advertencia.

—¡Camaradas, no disparéis! ¡Soy español! ¡Camaradas!

Cesó el fuego en el fuerte, pero pronto, desde las edificaciones abandonadas que irresponsablemente aún permanecían en pie en los aledaños de la posición, comenzaron a oírse disparos. Junto a Ángel se levantaron pequeños brotes de tierra, allí donde percutían las balas a su alrededor, y comenzó a correr con las exiguas fuerzas que aún le quedaban. Llegó sin aliento, hasta penetrar en el recinto bajo el arco que, flanqueado por dos pequeñas torres almenadas, componía una entrada monumental de aspecto artificiosamente arabesco, en cuyo frontispicio figuraban los años de su construcción y asentamiento —1912, 1916—. Agotado, se dejó caer junto al cuerpo de guardia mientras escuchaba los disparos de la guarnición, que no tardó en silenciar momentáneamente los que provenían del exterior.

—Tranquilo, chaval; ya estás a salvo. ¿De dónde vienes? —La voz sonaba cercana y amistosa. Le acercaron una pequeña taza metálica con algo de agua, que el soriano apuró de un solo trago.

Ángel se recostó contra la pared y, elevando la vista, mostrando su rostro quemado por el sol, apenas pudo balbucir:

—De Intermedia A. Vengo de Intermedia A.

El teniente Altamira fijó la vista en la entrada de la posición y calculó sus posibilidades mientras aceleraba. El motor emitía una suerte de quejido que avisaba de un final cercano. Pese a ello, no lo dudó y acometió, decidido, la subida. La súbita irrupción del vehículo había sorprendido a los habitantes del pueblo y a los combatientes allí asentados, al no esperar que nadie fuera tan loco como para acceder a la localidad desde el este. Por ello mantenían una descuidada guardia sobre aquella zona. Sin embargo, pronto rectificaron su error, y los disparos comenzaron a hacer blanco en el ya muy castigado camión. Aferrado al volante, el teniente parecía impulsar con su propio esfuerzo la ya muy menguante potencia de la máquina hasta que, al fin, alcanzado por un disparo certero, el radiador estalló y expelió una humareda blanca que por unos instantes camufló el objetivo. El vehículo, que empezó a emitir un agudo sonido metálico a modo de estertor, se detuvo al fin. Anclado el furgón a cien metros de la puerta, Manuel Altamira salió al exterior de la cabina y puso su objetivo en la entrada de la posición, desde la que, parapetados tras unos sacos terreros, ya se hacía fuego intentando proteger al oficial en su carrera. El teniente notaba cómo los disparos silbaban junto a él, y pese a no estar acostumbrado a la actividad bélica, trató de correr en zigzag, como recordaba vagamente haber leído que debía hacerse en aquellas

ocasiones. Su mente se concentró únicamente en alcanzar su meta, y sólo cuando, agotado y sudoroso, consiguió traspasar el arco, se dejó caer en el suelo, a salvo ya de los disparos. Atrás quedaba, con el eje delantero partido, el motor humeante y los cristales destrozados, el camión, y, tras él, un reguero de cajas desparramadas que, con los golpes y los impactos, mostraba a lo largo de la cuesta un rastro de instrumental médico, medicinas, vendajes y frascos rotos que de alguna manera parecían anunciar, con su forzado abandono, la escasez de los días venideros.

Desde una esquina del barracón más cercano, Ángel había podido presenciar la accidentada llegada a Monte Arruit del teniente Altamira. Llevaba ya cerca de tres horas en el asentamiento, y en ese lapso le había dado tiempo de hacerse una idea sobre el lugar en el que estaba y de cuál era su situación. A ello lo ayudó un viejo conocido al que vio, no sin cierta sorpresa, encuadrado entre la tropa que, formada por los restos de la guarnición inicial de una compañía de poco más de sesenta hombres y los que habían ido llegando replegándose de otras posiciones, sumaba unos mil soldados.

Antonio Tavira Morales, el desertor de Intermedia A, había buscado en todo momento y durante aquellas horas la proximidad con su antiguo camarada y ahora se hallaba junto a él, observando cómo auxiliaban a aquel teniente temerario que acababa de entrar en el recinto.

—Mira, Ángel: otro imbécil que viene a morir aquí —dijo con cierta sorna chulesca.

—Déjame en paz, Tavira. Siempre estás igual. —Ángel no apartó la mirada de Altamira, que ya se encontraba nuevamente en forma y miraba hacia todos los lados, como buscando algo o a alguien. El desertor se apartó, alejándose, chasqueado por aquel desprecio.

—No es muy edificante el espectáculo, ¿verdad? —Una voz grave interrumpió los pensamientos de Ángel. Éste volvió la cabeza.

—¡A la orden, mi capitán! —Se cuadró de inmediato al distinguir las tres estrellas del uniforme.

—Ver a un oficial arrastrándose en esas condiciones… Eso es lo que quería decir. —No le hablaba a él realmente; mantenía la mirada fija en la entrada y más concretamente en el teniente Altamira, que aún parecía estar dando explicaciones sobre su llegada.

Ángel sintió una punzada de angustia. No respondió. De repente lo invadió un sentimiento de inseguridad y desamparo. Necesitaba recuperar la moral; necesitaba los ánimos necesarios para convencerse de que todo aquello que había pasado, el asedio, la muerte, la huida, la sed y el hambre, obedecía a un propósito o al menos se trataría de sacrificios que, al final, tendrían su recompensa. Y la única recompensa que Ángel ansiaba era la de regresar vivo a su pueblo. Por eso quiso preguntar. El recuerdo del capitán Escribano seguía siendo una poderosa influencia.

—Mi capitán, ¿cree que saldremos de aquí con vida?

—No. —Dudó unos instantes—. No lo creo. Probablemente ninguno de todos vosotros. —Señaló a su alrededor—. En cualquier caso, si de algo estoy seguro es de que yo sí lo haré.

Y se dio la vuelta, para alejarse de allí, mientras dejaba tras de sí a Ángel sumido en funestos presagios. Al hacerlo, el capitán Millán no pudo ver cómo, en ese mismo momento, una nube de polvo ensuciaba el horizonte por el oeste, anunciando la inminente llegada a Monte Arruit de las tropas del general Navarro.

20

Monte Arruit

Monte Arruit, 29 de julio

Únicamente las cigarras, que al paso de la columna cesaban su monótono quejido, fueron testigos de la lenta y cautelosa salida de los restos de aquel ejército en retirada. Se había elegido la madrugada como el momento más propicio para comenzar la marcha de los quince kilómetros que separaban Tistutin y Batel de Monte Arruit al objeto de cumplir las órdenes del alto comisario. Entre los hombres cundió una sensación de moderada esperanza cuando al fin se pusieron en camino, animados por la perspectiva de un acercamiento a la salvación que todos imaginaban entre los muros de Melilla. Así, el mero hecho de abandonar aquellas destartaladas instalaciones que habían ocupado hasta entonces ya suponía para todos un alivio, y, con él, se hacía más real la idea fija de encontrar pronto refugio, cama, comida y agua.

La columna fue ordenada formando un gran cuadro. En la vanguardia, dos compañías del San Fernando; a la derecha, otras del mismo regimiento y dos más del África; protegiendo el lado izquierdo, otras dos del Ceriñola, y una mezcolanza formada con retales de las restantes. Con ellos, por la derecha, avanzaban los capitanes Olarte y García Paredes, repartido el mando entre sus hombres y los nuevos que ya no podían encuadrarse en sus antiguos destinos. En el centro marchaban los heridos, montados los más en caballos y camillas, algunos mulos cargados de la munición restante, los tres cañones y los pocos policías que aún no habían desertado. La retaguardia la dirigía el capitán Arenas, que se había presentado voluntario cuando se acercó a Tistutin con la sola idea de colaborar con sus camaradas de aquel ejército de fantasmas. Arenas ya había demostrado su coraje entonces, incendiando almiares desde donde les disparaban, moviéndose siempre de un lugar a otro afrontando con ánimo casi suicida los puestos de mayor peligro, y ahora había solicitado

comandar el lugar más expuesto de la retirada, privilegio que le fue concedido y lugar al que lo acompañaron otros voluntarios entre tropa —zapadores e infantería— y cuatro oficiales desubicados. Todos ellos estaban dispuestos a soportar el peso de la defensa, y también en ellos se basaba la seguridad de aquellos restos que ahora marchaban, sigilosos, amparados por el oscuro manto de la noche.

Nadie hablaba mientras los soldados caminaban con paso vacilante, mientras únicamente se escuchaba el crujir de las alpargatas en la grava de un camino polvoriento, cada hombre pendiente de la espalda del que lo precedía, mirando de reojo la figura del general Navarro, una sombra erguida en su caballo intentando acompasar el trote al lento caminar de aquellos dos mil hombres bajo su mando. El capitán Olarte ocasionalmente trataba de alzar la vista al cielo para contemplar el fabuloso espectáculo de aquella cúpula estrellada. No podía evitar maravillarse por el hecho de que allí, bajo el manto proporcionado por miles de luces que brillaban formando constelaciones inmutables, todas las almas rotas que componían aquel cortejo fúnebre del que formaba parte parecían desvanecerse de forma aparentemente real, consumidas en su fragilidad. Por un lado, lo perenne, y, por el otro, lo fugaz; la levedad de la vida en confrontación con la solidez de aquellos testigos permanentes del devenir de los hombres. Pensó de nuevo en Cristina, su recurrente refugio, y por un momento pudo olvidar el cansancio, el dolor y la desesperación, abandonándose al sueño de volver a adormecerse rodeando su cuerpo, desesperado por regresar y abrir los ojos y encontrar entonces los de aquélla cuyo rostro trataba de recordar en todos sus contornos; sus labios, de los que rememoraba la dulzura de más de un beso robado; su pelo, con el deseo de poderlo acariciar con manos diferentes a las que ahora, ásperas y resecas, sostenían un fusil cogido de las de un soldado muerto. Lo sacó de su ensoñación el susurro de la voz del capitán García Paredes, que se había acercado hasta él acelerando levemente el paso.

—¿Te has fijado en el cielo, Diego?

Olarte asintió. Quiso hacer partícipe de sus sentimientos al camarada.

—Estaba pensando —le contestó— en que, si no fuera por la triste realidad de todo esto —miró hacia el centro de la columna, que avanzaba lentamente, ralentizada por los heridos y los cañones—, incluso me parecería un paisaje hermoso.

Francisco dudó antes de hablar de nuevo.

—A mí me lo parece, incluso así —se sinceró—. Hay algo en esta tierra que me atrae, Diego. No sé lo que es. Pese a todo. Pese a esta muerte que nos rodea, pese a la dureza de esta gente que nos mata, pese al odio, la sed y el calor. Llegué aquí viéndolo todo como una oportunidad para prosperar y al final no me quiero ir. Esta tierra me ha hecho cambiar.

Olarte lo miró y esbozó una sonrisa.

—Vaya; ahora te veo muy romántico, Paco. Me resulta difícil sentir lo mismo, la verdad. Mi vida está lejos de estos páramos, desde luego.

—Cristina.

—Cristina.

—Te entiendo, Diego. Lo que te mueve está lejos. Lo que me mueve a mí está, sin embargo, muy cerca.

Olarte observó a su amigo con sorpresa. Siempre lo había recordado como alguien animoso, socarrón y bromista. No frívolo, pero desde luego muy lejos de la estampa melancólica que ahora se ofrecía ante él.

—¡No me digas que estás enamorado, Paco!

—No te rías.

—No me río; me resulta fantástico. Aunque has escogido un momento extraño para contármelo.

—No te estoy contando nada.

—Perdona. —Le puso la mano en el hombro—. No quería reírme de ti, hombre. Es solamente que me sorprende.

—¿Que yo esté enamorado te sorprende? Todavía no me conoces bien, amigo mío.

Diego prefirió no seguir la conversación por aquellos derroteros y trató de desviar su atención.

—Creo que saldremos de ésta. Mira cómo avanzan los hombres. En orden y atentos.

—Diego… —Dudó—. Hay algo que quería contarte…

De repente sonó un disparo y, con él, la calma de aquella marcha clandestina se esfumó en un instante. Ambos capitanes regresaron a sus puestos de inmediato. Desde el centro de la columna se escuchó la potente voz de mando de Navarro.

—¡Continuad! ¡Que nadie se pare! ¡Continuad!

—Ya saben que nos retiramos —dijo uno de los soldados que caminaban junto a Olarte—. Cuando amanezca todo va a cambiar.

Nada alteró, sin embargo, el transcurso de la marcha durante las horas previas al alba. Únicamente algún disparo esporádico que demostraba que el paso de la columna no estaba siendo inadvertido. Durante la oscuridad, el orden de la formación se había mantenido con disciplina, y los improvisados camilleros se turnaban en el transporte de los heridos, los supervivientes del Alcántara guiaban de los caballos de tiro sujetando las riendas mientras caminaban y los cañones aún marcaban el paso y el ritmo de la columna, dejando escapar ocasionalmente un quejido metálico cuando alguna rueda se encajaba en el irregular firme de la pista. En paralelo, las vías ya sin uso de un tren sin recorrido acompañaban el tránsito, como recordatorio de la orfandad que en aquellos momentos podían sentir aquellos españoles con respecto a su patria. Abandonados a su suerte, avanzaban desamparados, alejados de la civilización que en aquellos abruptos páramos parecía haberse quedado a medias, como casi todo en aquella tierra, que se había pretendido necesitada de protección y que ahora los expulsaba, ingrata y vengativa a decir de muchos, reivindicativa y justiciera en la consideración de otros.

Comenzaba a clarear débilmente cuando la desgraciada columna ya llevaba transitados casi doce kilómetros, sin incidencias reseñables hasta entonces. Fue en ese momento, a la vista ya el blanco caserío de Monte Arruit, cuando empezó a sentirse cada vez con más intensidad, primero de forma espaciada y pronto como un huracán de fuego, la presencia de cabileños que acudían a la llamada de alerta ante el intento de fuga del ejército. Mostrándose desde las cimas de las ondulaciones cercanas al camino o apostados en pequeñas edificaciones, los habitantes de la zona comenzaron a hostigar a los soldados con disparos que ocasionalmente hacían blanco en hombres y bestias. Cundió entonces el nerviosismo, apenas atenuado por la disciplina de fuego que desde la retaguardia contenía los intentos enemigos de asaltar el convoy. El capitán Arenas, ayudado por los cuatro oficiales que se habían repartido el mando de aquella zona tan

expuesta, dirigía la defensa disparando por secciones. Una descarga mientras tras ellos se preparaba un nuevo grupo de hombres, retroceso de los que habían disparado para dejar expedito el campo de tiro de los siguientes, nueva descarga y nuevo retroceso, y así, con eficacia y orden, se podía mantener el paso evitando los asaltos.

A derecha e izquierda de la columna, las compañías respondían con irregular cadencia protegiendo a los heridos, que seguían su marcha en el centro de la formación, imprimiendo los porteadores un paso cada vez más acelerado, comenzando algunos a atropellarse en su búsqueda de la ansiada seguridad mientras arreciaban los disparos, caían hombres —que, si no estaban muertos, aún eran recogidos—, se escuchaban los gritos de los oficiales —menos audibles conforme el ruido del combate se incrementaba— y los caballos de los jefes caracoleaban intentando escapar del encierro que para ellos suponía verse rodeados de tantas figuras cada vez más apelotonadas.

Mientras una polvareda rojiza se iba apoderando de aquella masa humana, indicando al enemigo la posición a la que debían acudir, en el flanco derecho, Olarte trataba de contener el creciente miedo de sus hombres. Localizó a Remi con la mirada. Rodilla en tierra, respondía al fuego con frialdad. Disparaba, se incorporaba, avanzaba, volvía a hincar la rodilla y volvía a disparar. Diego admiró a aquel hombre imperturbable sobre el que había recaído en su día todo el peso de la ley y que ahora luchaba no sólo por su vida, sino también por la de todos. Con más hombres así este ejército habría sido invencible, pensó. Consiguió acercarse.

—¡Remi!

—¡A la orden, mi capitán! —contestó sin apenas mirarlo, concentrado en introducir un nuevo peine en el máuser.

—No pierdas de vista a tu sección. —Los señaló. Parecían asustados, aunque trataban de defenderse respondiendo al fuego con desorden—. Sigue así; que no te vean flaquear.

—Yo nunca flaqueo, mi capitán —contestó Remi desabridamente.

—Lo sé. Pero que te vean. —Le palmeó la espalda y regresó allí donde ahora el capitán García Paredes se desgañitaba intentando dirigir de forma mínimamente ordenada los disparos de sus hombres.

Seguían avanzando, y conforme la columna se acercaba a las primeras casas del poblado, el paso se aceleraba. A lo lejos, sobre la pequeña colina ubicada al sur del asentamiento, se alzaba la posición de Monte Arruit. Sus muros blancos y sobre todo su monumental puerta de

entrada aparecían en el horizonte a ojos de todos como una suerte de salvación casi al alcance de la mano. Un impulso final y la vida volvería a valer algo. Pero, súbitamente, todo cambió de forma drástica e inesperada.

Desde la posición, los soldados de la guarnición habían acudido a los parapetos y observaban con ansia el desesperado intento de la columna por acercarse. Entre ellos, Ángel trataba de contener su angustia. Apenas se podía distinguir qué es lo que estaba sucediendo, pero cualquiera podía intuir que aquellos hombres necesitaban ayuda y que la única que podían recibir permanecía ociosa tras la seguridad de los muros. Ángel miró a su alrededor. Los soldados asistían a aquella escena como si se tratara de un espectáculo ajeno a ellos. Tras él, un teniente trataba de enfocar sus prismáticos. Se atrevió a preguntar:

—Mi teniente… —El oficial bajó sus binoculares y lo miró—. ¿No deberíamos ayudarlos? Les están disparando desde aquellas casas. —Señaló las edificaciones que un día habían constituido el antiguo cuartel, adyacente a la nueva posición—. No van a poder llegar.

—¿Qué eres, soldado? ¿Un experto? —contestó el teniente con displicencia, y continuó mirando la pelea en la seguridad de la distancia.

Ángel se mordió los labios, impotente, pero no se atrevió a decir nada más. Se había hecho con un fusil de la armería y lo aferraba con fuerza. No entendía bien aquella inactividad, pero él había sido educado para obedecer órdenes. Y eso haría.

No lejos de allí, también asomado al parapeto, el recién llegado teniente Altamira observaba la situación con frialdad. Había tratado de buscar al capitán Millán, nada más desembarazarse de los solícitos cuidados que pretendían proporcionarle dos soldados enfermeros cuando atravesó la puerta, tras finalizar abruptamente su viaje, pero fue entonces cuando sonó la voz de alarma y tuvo que incorporarse a la defensa del muro. Miraba a un lado y a otro, pero no conseguía dar con Millán. Por unos instantes incluso dudó de que se hallara allí, pero pronto rechazó esa idea. ¿A dónde iba a haber ido en aquella situación? Además, el comandante se lo había confirmado: estaba en aquel lugar. Solo tendría que intentar pasar desapercibido y tratar de encontrarlo. Calculó que en aquel recinto estrecho no iba a ser difícil. Cuando lo hiciera, ya vería cómo afrontaba la situación. Conservaba

su Astra, y en un gesto que ya se había convertido en costumbre, acarició la culata del arma en su funda. Aquel ademán le proporcionaba seguridad y cierta sensación de poder. No obstante, apartó de su mente por unos instantes el objetivo final de su misión y se dedicó a observar atentamente la situación. También a él le sorprendió que nadie ordenara en la posición efectuar una salida para apoyar a la columna, cada vez más acosada según podía deducirse del incremento del fuego sobre ella. O, al menos, que previsoramente no se hubieran ocupado los edificios del antiguo cuartel adyacente al actual. La cuesta de acceso a la posición transcurría paralela a sus construcciones, y desde luego iba a ser un auténtico calvario el conseguir entrar en el fuerte, dominado el flanco izquierdo de la columna por el enemigo, cómodamente asentado y protegido tras aquellos muros. No sabía mucho de táctica, pero aquella negligencia le pareció criminal; una auténtica incompetencia. No sentía angustia, pero sí cierta indignación.

—Los van a masacrar —dijo junto a él un sargento que probablemente estaba pensando lo mismo.

Altamira aprovechó la oportunidad.

—Sargento —se dirigió a él con aparente indiferencia—, ¿conoce usted al capitán Millán, de Intendencia? Lo estoy buscando, y se supone que lo encontraría por aquí.

—¿De Intendencia dice? —El sargento dejó de mirar a lo lejos y se rascó la cabeza—. Ahora que lo dice, el otro día llegó un pequeño convoy. Lo mandaba un capitán, pero no sé su nombre. Desde luego, desde entonces nadie ha salido de aquí, así que si ese oficial es quien busca, aquí lo encontrará.

Manuel agradeció la respuesta y, satisfecho ahora, continuó contemplando el drama que alcanzaba ya su punto culminante al pie de la colina.

—¡Los cañones en batería, los cañones en batería! —La voz de mando se escuchó pese al fragor del combate, y los artilleros se apresuraron a la carrera para encajar los cierres y permitir así que las piezas dispararan, mientras varios soldados trataban de situar las bocas de fuego apuntando hacia la retaguardia.

—¡Es un error! —El capitán García de Paredes observó, crítico, el desarrollo de aquella orden—. No hay tiempo, y si los cierres quedan

montados, ya podemos proteger esos cañones para que no se los lleven totalmente operativos.

Olarte no lo escuchaba. Había vaciado su último cargador y, tras ello, se desprendió del máuser y comenzó a disparar con su pistola. Sobre su flanco caía ya una masa enardecida que trataba de impedir que la columna alcanzara su objetivo.

Todo se desmoronó en un instante. Nadie supo cómo sucedió tan deprisa, pero antes de que los cañones pudieran situarse en línea, un numeroso grupo de soldados se abalanzó sobre los caballos, que arrebataron a sus guías al arrojar al suelo a los heridos, y montaron sobre ellos para, espoleándolos, comenzar la subida de la cuesta hacia la posición. Aquello fue el detonante para que todo el dispositivo colapsara. Pese a los esfuerzos de algunos oficiales, la masa de infantes abandonó cualquier tipo de disciplina y comenzó una loca carrera hacia los muros del fuerte, acosados por los disparos de los cabileños, desde las casas, desde el frente y los flancos. En la retaguardia, el capitán Arenas aún conseguía mantener a raya al enemigo, que también trataba de asaltar el ya deshecho cuadro por aquel sector cuya resistencia les enfurecía. Poco a poco, sin cesar en su respuesta armada, el oficial, rodeado de los voluntarios que habían luchado hasta entonces a su lado y que iban cayendo uno a uno, se fue acercando a los cañones, que yacían ya abandonados, los cierres colocados y huérfanos de sirvientes, todos ellos muertos o huidos.

Diego pudo ver, mientras trataba de contener a algunos de sus hombres, cómo el caballo del general se desplomaba en el suelo de un disparo y Navarro mantenía, sin embargo, su compostura avanzando ahora a pie, a un paso desesperadamente lento, como queriendo mostrar a sus hombres un último resquicio de dignidad en la derrota. Olarte sintió que lo agarraban del brazo.

—¡Mi capitán! —Era Remi quien le gritaba—. ¡¡Corra!! ¡¡Corra!!

Y el capitán Olarte, agotada toda su munición, corrió, y junto a él cayeron mientras trataban de escapar los pocos hombres que habían permanecido a su lado. Intentó coger uno de los fusiles abandonados en la cuesta, pero Remi, siempre vigilante, tiró de nuevo de él.

—¡Ahora no, mi capitán! Eso, más tarde.

A doscientos metros se alzaba el arco de la entrada de la posición, que ya iba engullendo los maltrechos restos de aquellos hombres en

desbandada mientras los menos afortunados caían a pocos metros, abatidos como conejos indefensos desde las construcciones que flanqueaban la cuesta, con despiadada parsimonia, pero sin pausa, como en una cacería. Diego corrió hasta que, de repente, se detuvo en seco. Trató de coger aire, indiferente en esos segundos de duda a los disparos que silbaban a su alrededor, y miró hacia atrás. Intentó identificar a alguien en la distancia, entre las figuras que, como marionetas sin hilos, se desplomaban una tras otra. Entonces lo vio, y sin escuchar los gritos de Remi, que lo apremiaba desde arriba, retrocedió y, sorteando a los hombres que finalizaban ya su carrera enloquecida, se dirigió cuesta abajo en busca de su camarada.

En la retaguardia, Arenas y sus hombres no pudieron avanzar más. Rodeando los cañones abandonados, agotaron sus últimos cartuchos. Primero él, luego sus compañeros, fueron alcanzados por varios disparos. Herido, Arenas se desplomó sobre la cureña de una de las piezas. Viéndolo al fin abatido, uno de los cabileños se acercó y, poniendo la punta de su Lebel en la cabeza del oficial, disparó a quemarropa, para acabar definitivamente con su vida. No muy lejos, tratando de imponer algo de orden en el tumulto en que se había convertido su ya inexistente flanco, García Paredes pudo ver desde allí aquella muerte, y en su interior sintió crecer una mezcla de angustia, desesperación y cólera. Su primer impulso fue acercarse y quizás acabar con todo en aquel instante, pero pudo más su instinto de supervivencia y, apretando el paso comenzó a subir la fatídica cuesta por la que ya se desparramaban, allí donde habían caído, los cuerpos desarmados de cientos de fugitivos. Miró fugazmente hacia el lugar que ahora abandonaba, y pudo ver cómo cientos de cabileños enardecidos por la victoria se abalanzaban sobre los cadáveres de los últimos defensores de lo que había sido, hacía escasamente una hora, una columna ordenada. Levantando en el aire sus fusiles, gritaban de júbilo mientras varios pares de manos esforzadas alejaban de allí los cañones capturados. García Paredes dirigió la vista al frente, dispuesto a alcanzar como fuera la puerta de la posición, y fue entonces cuando sintió en su costado izquierdo un dolor agudo que le hizo gemir de dolor. Hincó las rodillas en la tierra mientras se llevaba la mano a la herida y percibió cómo la vida se le escapaba por momentos y se apoderaba de él un frío helador que comenzó a sumirlo en un sueño oscuro. No pudo ver, por tanto, cómo unos brazos salvadores lo agarraban por la cintura y lo arrastraban mientras quedaba tras de sí un reguero de sangre que continuó trazando su rastro hasta traspasar finalmente el arco de la entrada.

Desde el interior se había organizado un precario fuego de cobertura. En ausencia de oficiales de mayor rango a su alrededor, el teniente Altamira había reclutado una improvisada sección formada por soldados de Intendencia y artilleros, a quienes condujo tras los sacos terreros ubicados bajo el arco. Desde allí, de forma instintiva, ordenó disparar sobre las casas en las que se había parapetado el enemigo, tratando de cubrir a los últimos fugitivos de la columna, entre los que se encontraba un oficial herido que era arrastrado por otro hombre. Éste, agotado por el esfuerzo, avanzaba a duras penas. Altamira se percató enseguida y ordenó disparar directamente a los cabileños que ya se acercaban enardecidos a lo que sin duda parecía una presa fácil. La descarga barrió a los perseguidores en unos segundos, dejó sobre la tierra seca al menos diez cadáveres y permitió con ello la entrada de los dos hombres en la posición. Manuel Altamira sonrió satisfecho. Quizás, después de todo, no se hallara tan desubicado como él creía en ese uniforme.

—¡Llamad a un médico! ¡Un sanitario! ¡Aquí! —Los gritos de Olarte se perdieron en el caos reinante en el interior de la fortaleza. Solamente se acercaron dos soldados. Uno de ellos se dirigió al capitán.

—A la orden, mi capitán —dijo Ángel—. No se preocupe; lo llevaremos ahora mismo a la enfermería.

Diego respiró, reconfortado.

—Gracias, soldado.

—¿Está usted bien?

El capitán Olarte asintió. En realidad no lo estaba. No había sido herido, pero además del cansancio físico y del abatimiento moral por la derrota, sentía una sensación de vergüenza que a duras penas podía contener. Por unos momentos había perdido los nervios y había huido. Sin preocuparse ni de sus hombres ni de nadie que pudiera rodearlo. Solamente le redimía el instante en el que, sin saber muy bien por qué, pudo cortar aquel momento de pánico y detenerse para buscar a su camarada. Pero no se encontraba especialmente orgulloso. Había sucumbido al miedo, como casi todos en esos instantes, y ese reconocimiento de su debilidad le había afectado profundamente.

—No se preocupe por mí…

—Eslava, soldado Ángel Eslava Gallardo, tercera compañía del tercer batallón del Regimiento de San Fernando… o lo que queda de él, para servirle a usted.

—Pues hoy ha servido bien, Ángel. —Le sonrió mientras el soldado se incorporaba, y, con la ayuda de otro infante, llevó a García de Paredes a la enfermería.

Todo había sucedido muy rápidamente. El general Navarro, seguido del teniente coronel Primo de Rivera, se dirigió hacia una de las edificaciones ubicadas en el lado derecho de la posición, para hacerse cargo de la situación en aquellos momentos. Su uniforme de campaña se veía impregnado por los restos de un cabileño que había sido abatido justo en el instante en el que le iba a asestar un golpe mortal con su gumía. Su gesto era serio, de profunda preocupación, mientras avanzaba con paso firme entre soldados que deambulaban de un lado a otro en busca de agua o simplemente de una sombra bajo la que cobijarse, ajenos a la presencia de los mandos, las miradas extraviadas, reflejando aún el terror de la retirada en sus pupilas. Por un lado u otro podía verse a hombres abatidos, sentados en el suelo, sin armas, en ocasiones mirando con encono a los mandos, a los que culpaban calladamente de su situación. Pero también había hombres que no habían perdido el tiempo y comenzaban a dejarse encuadrar por los oficiales más conscientes. Otros, los más pusilánimes, habían abandonado hacía tiempo sus responsabilidades y trataban de alejarse repitiendo a quien quisiera escucharlos excusas inverosímiles. En medio de todo aquel caos, el teniente Altamira, habiendo comprobado que el fuego había cesado, se dejó caer apoyando su espalda en los sacos y cerró los ojos. Estaba agotado y el cansancio le pasaba ahora factura. Pronto, sin poder evitarlo, se quedó dormido, y aquel sueño fue respetado por los hombres que, sin haberlo pretendido, habían visto en él a un verdadero líder.

Monte Arruit era una posición de factura moderna pero notoriamente deficiente en su concepción defensiva. Con cinco lados formando un polígono irregular, alargado y estrecho, su frente más expuesto dominando el poblado pero igualmente dominado por las antiguas edificaciones abandonadas junto a sus muros, se encontraba presidido por una ancha puerta sin batientes, rematada por un arco flanqueado por dos torres almenadas. Junto a la base de cada una de las torres se prolongaban hacia el interior dos pequeñas edificaciones rectangulares que se utilizaban como cuerpo de guardia. El recinto se dividía en dos partes separadas por un pequeño muro. En la más extensa, y prácticamente junto a la entrada, tres barracones idénticos servían como alojamiento de la guarnición; el resto quedaba expedito

formando una superficie irregularmente apisonada de tierra y piedra que hacía las veces de patio de armas. En la más reducida, ubicada a la derecha de la entrada, se hallaba una pequeña enfermería en la que se agolpaban decenas de heridos mal acomodados en camastros o en el suelo, una modesta edificación que hacía las veces de cuartel general y dormitorio del comandante y una tienda cónica reglamentaria que en esos momentos estaba sirviendo de improvisada morgue. Todo el conjunto estaba circunvalado por un muro de mampostería encalada con algunos puestos aspillerados para tiradores. En general y pese a su aspecto dominante, la construcción había sido pensada para alojar una reducida guarnición y no la masa de casi tres mil hombres que ahora la habitaba. Lejos de ella, a unos cuatrocientos metros y completamente batida por el enemigo, la aguada.

—¿Hemos perdido los cañones? —consiguió preguntar un debilitado Francisco cuando vio, al abrir los ojos, que Diego lo observaba con preocupación.

—No pienses en eso ahora, Paco; te has librado de una buena. Pero estás en la enfermería ahora y cuidarán de ti. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele. —Intentó moverse para señalar el costado recién vendado, empapado de sangre.

—No te muevas, que será peor.

—¿Peor que qué, Diego? —Sonrió con tristeza.

—Saldrás de ésta. Saldremos de ésta. Y me presentarás a esa dama misteriosa que te ha vuelto tan tonto.

García Paredes no contestó. Simplemente cerró los ojos. Pero no pudo mantener la calma mucho tiempo. Súbitamente se escuchó el inconfundible estampido de un cañón y el estruendo, pocos instantes después, de la granada al estallar en el patio de armas. Era una de las piezas capturadas. El asedio había comenzado.

21

Como un martillo…

Monte Arruit, 4 de agosto

—Ya amanece. Vuelvo a mi puesto. Cuídate, Paco.

Las palabras de Diego a su amigo se vieron acompañadas, como sucedía desde hacía seis días, por el estruendo de un cañonazo que, disparado con mortífera precisión, caía cada mañana a primera hora sobre los hombres encerrados en Arruit. Durante aquellas interminables jornadas, al menos se había conseguido imponer un poco de orden. Navarro había distribuido la defensa por sectores, repartiendo los tramos de parapeto por regimientos. Así, el lugar más expuesto, la puerta, se había asignado a los restos del Alcántara. Con ellos, y ya desde primera hora, se encontraba el teniente Altamira. Parapetados tras unos sacos terreros que bloqueaban la entrada, eran los guardianes sólidos y fiables que se precisaban en aquel punto tan vulnerable. La parte izquierda del muro, la más batida desde las edificaciones del antiguo campamento abandonado, la ocupaban los artilleros, reconvertidos en infantes al no disponer de piezas a las que servir. Sometidos a un incesante acoso, la cercanía de las construcciones en poder del enemigo posibilitaba a éste el ataque con bombas de mano, que regularmente caían sobre aquellos soldados exhaustos. A los soldados del Regimiento de Melilla les correspondió la defensa del sector ubicado a la derecha de la puerta, siempre en el lado norte de la posición. África protegía el tapial orientado al oeste, sobre el que se apoyaban la enfermería y el puesto de mando, y los hombres del San Fernando, el más alejado, el lado este. Al sur, cubriendo las salidas destinadas a la aguada, los restos del Regimiento Ceriñola y lo que quedaba del cuerpo de Ingenieros se distribuían a lo largo del extenso parapeto, tratando de abarcar todo su frente. Con ellos, Diego, quien trataba de multiplicarse desplazándose continuamente de un extremo a otro. Allí se encontraba también Ángel Eslava, quien, como superviviente de Intermedia A, se había

ganado reputación de combatiente meticuloso y bravo y había sido incorporado a aquel grupo por el capitán, desgajándolo de su regimiento.

Olarte se ausentaba de su puesto brevemente cada mañana, tras haber dormitado al pie del parapeto, para visitar al amigo herido. Esa madrugada no había sido diferente a las anteriores. García Paredes seguía sumido en una semiinconsciencia que al menos le permitía atenuar los dolores que resultaban inevitables, dada la gravedad de su situación. Con escasos medios de cura, dos enfermeros y un teniente médico hacían lo que podían para contener las infecciones y con ellas la temida gangrena que se apoderaba de las heridas. No era el caso del oficial, afortunadamente. Al menos por el momento.

Regresaba el capitán a su puesto, como siempre, rayando el alba, tratando de permanecer pegado a las paredes ya escombradas de los tres edificios de dormitorios ubicados en el patio principal. Para llegar al muro sur tenía que atravesar esa zona, totalmente batida por la artillería en manos enemigas, cada vez más eficaz, como atestiguaban los cráteres de los diferentes impactos en el interior de la posición. Aquella mañana le tocaba a él dirigir la aguada, sustituyendo a un sargento que en el cumplimiento de esa misión cotidiana había muerto de un disparo al regresar liderando el pelotón de hombres que cada día se aventuraba empujando la carricuba y los bidones. El mando no veía con buenos ojos que los oficiales se arriesgaran en aquella acción. No sobraban líderes eficaces, y se pretendía que los que habían demostrado su sangre fría en combate permanecieran dirigiendo desde el emplazamiento a sus hombres. A Diego estas órdenes le hacían sentirse mal, y al fin, dadas las circunstancias, había conseguido que le autorizaran comandar a aquella brava tropa. Además tenía la misión de abastecer a los soldados que, con un capitán de Intendencia al frente y siguiendo órdenes del general, se habían hecho fuertes en una pequeña casamata sobre el manantial. Por lo que decían, el oficial al mando se había presentado voluntario y desde allí, sin querer ser relevado, defendía con uñas y dientes el suministro del preciado líquido.

Justo en el instante en el que Olarte se disponía a dar el salto cruzando a la carrera la plaza, se escuchó el familiar sonido del De Havilland que cada mañana se acercaba a la posición y trataba de arrojar en su interior barras de hielo, munición y medicamentos. Esta vez podría ser distinto, pensó Diego. Esa vez podría acertar la carga y caer donde al menos pudiera servir para atenuar la constante sed que todos sufrían. Porque no había forma de que las municiones, pese a descender en cajas sustentadas por rústicos paracaídas, no se destrozaran con el impacto. Al igual que los

medicamentos. Diego esperó a cubierto mientras observaba las evoluciones del aeroplano que, tras dar un amplio giro desde el este, ya enfilaba la posición mientras su altura disminuía progresivamente.

El comandante Jesús Milla se ajustó las gafas y empujó levemente la palanca hacia delante comprobando las evoluciones del altímetro. Hasta ahora, los cuatro vuelos que había realizado sobre los sitiados habían tenido un resultado desigual, y en esta ocasión estaba dispuesto a que su preciada carga alcanzara su objetivo. Aun si tenía que arriesgarse a ser derribado, había decidido efectuar un vuelo rasante a poco más de cien metros de altura. Consideraba que era la única forma posible de acertar en la entrega, y en esos momentos no le importaba recibir una reprimenda a su regreso a Melilla. Conforme a las instrucciones expresas del alto comisario, los aviadores no podían poner en riesgo ningún aparato. Resultaba irónico —pensó— que ahora se pusiera tanto empeño en esa conservación de los aviones, cuando hasta hacía pocos días el propio general Berenguer había considerado que no resultaba prioritario recibir nuevas aeronaves desde Ceuta o la Península. Y allí estaban aquellos restos calcinados en el aeródromo de Zeluán que cada día sobrevolaba, con su reducida guarnición exterminada hacía ya dos días, mientras ellos se veían obligados a despegar y aterrizar en el aeródromo improvisado en los terrenos del hipódromo de Melilla, aquel lugar que el alto mando había considerado imposible de adaptar al acceso de los aeroplanos hasta que a finales de julio lo consiguió un aparato civil con un periodista a bordo. El bochorno fue tan grande que a partir de entonces todo cambió. Sin embargo, él, cada día, se veía obligado a efectuar esas arriesgadas maniobras de aprovisionamiento, cuando estaba íntimamente convencido de que, con media docena de aviones más —que existían y estaban disponibles—, se podrían bombardear las piezas de artillería que machacaban todos los días a los sufridos defensores de Arruit, constante y tenazmente, como un martillo. Pero había dejado de insistir cuando le sugirieron que podría ser relevado. Y ahí estaba ahora, tratando de aliviar aquella situación angustiosa para los miles de hombres que se ilusionaban y luego desesperaban en su obligado encierro, aguardando la llegada cotidiana de aquel débil nexo de unión con el exterior, con la España que de esa escuálida manera parecía no abandonarlos del todo.

Conforme el aparato descendía, Milla podía distinguir mejor los fogonazos de los disparos con los que habitualmente lo recibían los cabileños, desesperados por derribar uno de esos aviones que, más bien con poco éxito, trataban de auxiliar al ejército. No podía escuchar las detonaciones,

pero había aprendido a tener mucho respeto a aquellos tiradores, y de vez en cuando miraba de reojo a la estructura, y especialmente al motor, donde el depósito de aceite solía ser el punto débil del De Havilland, dada su insuficiente protección en aquella zona. Bajó los flaps y el aparato inició el descenso marcando un ángulo cada vez más pronunciado mientras el rotor se revolucionaba conforme la resistencia del aire se iba incrementando, haciendo audible un ronco sonido similar a un aullido que —debía confesarlo— al comandante le encantaba. Hizo una seña al ametrallador situado tras él en su pequeña carlinga descubierta. Era la indicación para que se preparara y a un nuevo gesto accionara las palancas que liberarían la carga. Justo en el momento en el que el altímetro indicaba los cien metros de altitud —siempre le había molestado y nunca se acostumbraba a traducir las indicaciones en pies—, atrajo con fuerza la palanca de mando hacia sí. El avión pareció deshacerse entre estertores mientras remontaba el picado y se estabilizaba, manteniendo un rumbo fijo a esa altitud con la idea de sobrevolar la posición de manera que la entrega cayera en el patio de armas desde el cual pequeñas figuras agitaban los brazos, en una señal que tanto podía ser de ánimo como de advertencia. Inició el vuelo rasante mientras los disparos acribillaban el fuselaje y en el momento preciso hizo el gesto acordado y la carga fue liberada, al tiempo que exigía toda la potencia del motor y remontaba el vuelo para alejarse de la zona, de regreso a Melilla. Pudo ver al menos cómo el paquete caía en el interior y, satisfecho, levantó la mano a modo de saludo aun cuando sabía que ya nadie los estaba mirando.

Desde tierra, Diego asistió emocionado a la arriesgada maniobra del aviador y el feliz desenlace de su misión. Frente a él, dos voluminosas cajas habían aterrizado en el centro de la explanada sin aparentes daños. De inmediato, varios soldados corrieron hacia ellas. Era el momento que los cabileños estaban esperando, porque en ese instante se escucharon dos fuertes detonaciones y el silbido característico que anunciaba la caída inminente de dos proyectiles sobre su objetivo. Olarte corrió a protegerse, pero los soldados que se habían precipitado sobre las cajas no tuvieron ninguna oportunidad. Uno de los disparos impactó de lleno sobre los caballos que descansaban, famélicos y sedientos, en una de las esquinas. El otro estalló unos segundos después y se llevó por delante la vida de tres hombres, que acabaron destrozados por la explosión. Cuando el capitán se incorporó, los alaridos que uno de los soldados profería angustiado hundieron su ánimo. Con un brazo seccionado de cuajo, la vida se le escapaba a tal velocidad por la herida que pronto aquellos gritos cesaron, y la tropa quedó sumida en una desazón que desgraciadamente se incrementaba cada día. Con aquella imagen en su retina, Diego se dirigió hacia su

puesto en el muro sur. Pudo ver cómo algunos infantes retiraban los restos de los muertos y otros recogían con cuidado, depositándolos en un bidón, los pedazos destrozados de dos enormes barras de hielo que, una vez derretidas, servirían al menos para saciar levemente la sed de los heridos.

Desde su posición, el teniente Altamira había podido ver la evolución del avión, y siguió con la mirada su trayectoria conforme se difuminaba su silueta en el horizonte. Recordó su breve estancia en Zeluán con el capitán García de Salazar y aquel aparato que aterrizó ante él cuando Igueriben se encontraba sitiado. Podía comprender la desesperación que debieron de sentir aquellos hombres cuando, abrasados por la sed y el hambre, veían pasar de forma agónica los días sin esperanza. Y ahora los sitiados eran ellos, y él estaba en el centro de unos acontecimientos que nunca pudo prever que le afectarían. Le habían dicho los del Alcántara que entre los hombres de la columna de Annual había algún superviviente de aquella catástrofe, y sentía cierta curiosidad, pero no tanta como para apartar de su mente su obsesión por verse cara a cara con Millán. Desde hacía días —realmente desde la llegada de Navarro— el oficial se le había vuelto a escabullir. De alguna manera aquél lo había podido ver entrar en la posición. Lo hizo toda la guarnición, pensó. Sabía también que el capitán se había presentado voluntario para comandar la fuerza que se atrincheraría en la aguada, y, por el momento, desde que estaban allí, no parecía que hubiera intención de relevarla. Regularmente se les aprovisionaba, por lo que estaba claro que el propósito era el de subsistir en ese lugar protegiendo la recogida diaria, y mientras tanto no dejaba de dar vueltas a la forma en la que podría toparse con él. A solas. Tenía demasiadas preguntas que hacerle, y no pensaba respetar el orden jerárquico para obtener las respuestas. Tenía, además, otras preocupaciones.

El 2 de agosto habían sido sorprendidos en la posición por un aparente intento de parlamento. Precedidos por dos portadores de una bandera blanca, y habiendo cesado los disparos para permitir el acceso de los cabileños, surgieron de improviso de entre los edificios adyacentes seiscientos combatientes que se lanzaron sobre la puerta y la parte del muro norte que ya comenzaba a estar derruida en alguno de sus sectores. Por poco no lo cuentan. Afortunadamente, los hombres del Alcántara que junto con Altamira guarnecían la puerta no estaban del todo desprevenidos. El traicionero ataque fue repelido, pero a costa de medio centenar de bajas españolas. Era necesario, por tanto, permanecer alerta. No olvidaba su misión, pero, por el momento, Millán podía esperar.

Las explosiones de la artillería lo despertaron de sus cavilaciones. Cada día varias decenas de disparos hacían blanco en la posición, pero, por los gritos que ahora escuchaba, esta vez la muerte había recogido una importante cosecha. Se tapó los oídos, tratando de mantener la calma, y alejó sus pensamientos, concentrándose en cómo culminar con éxito aquello que lo había movido a adentrarse en la trampa en la que ahora se hallaba.

—Hoy al menos comeremos carne, mi capitán.

La fría y práctica observación de Ángel sorprendió a Olarte. Miró hacia los caballos muertos, tendidos en una de las esquinas de la explanada. Sobre ellos ya se encontraban algunos soldados armados con cuchillos que, siguiendo indicaciones del mando, sajaban la piel de aquellos pobres animales tratando de extraer todo lo aprovechable. Hasta ese punto habían llegado —pensó— que, con varios hombres muertos a su alrededor, se albergara una cierta esperanza en la tropa por el mero hecho de variar un tanto las escasísimas raciones de arroz y garbanzos fritos —sin cocer por ausencia de agua— que venían ingiriendo desde el comienzo del asedio. El sol ya despuntaba, y Diego no perdió el tiempo con más reflexiones. Había que organizar la aguada.

—Eslava —se dirigió Olarte a Ángel como si no hubiera escuchado su comentario anterior—. Localízame a diez voluntarios y dile a Remi que venga. Vamos a ver si hoy podemos llenar bien la carricuba.

Desde su puesto, el capitán Millán observaba absorto el escuálido caudal de agua que manaba del interior de aquella gruta. El lugar, recubierto por sólidos muros de mampostería, servía de refugio bajo el cual se agolpaban él y los otros diez voluntarios que defendían aquel punto vital para la supervivencia del ejército, ubicada a unos cuatrocientos metros de los muros de Arruit. Era una situación absurda. Él había acudido desde Melilla en busca de algo y de alguien para luego escapar a la Península, a su nuevo destino, y vivir una buena vida, y se veía ahora atrapado en aquella ratonera. Aunque era preferible estar allí, en aquel destacamento apartado, que no perseguido por aquel teniente infatigable y terco. Cuando lo vio entrar en la posición, enseguida supo a qué había venido. No pudo entender cómo lo había conseguido, pero allí estaba, y no era cuestión de ponérselo fácil. Por eso se presentó voluntario de inmediato cuando el

general ordenó el establecimiento de una guardia permanente en la aguada. Al menos allí podría beber, y el alejamiento de su particular perro de presa le tranquilizaba. Ya encontraría el momento para escabullirse definitivamente, pero por ahora tocaba tener paciencia. No había pasado todos aquellos años en el agujero de Melilla, acumulando lo suficiente para vivir cómodamente el resto de sus días, como para fallar ahora. Además, ya habían surgido muchas complicaciones, era demasiado conocido, se había ganado innumerables enemigos y finalmente se había visto obligado a hacer algo que en principio no habría querido llevar a cabo. Solamente con ello ya había arriesgado demasiado. Y es que de no haber sido por aquella entrometida, ahora permanecería en Melilla a cargo de sus rentables ocupaciones, labrándose un cómodo futuro instalado en un destino tranquilo, y nada de esto le habría afectado. Aquella carta lo cambió todo, y aunque le había sorprendido que en el ministerio le hubieran prestado atención, lo cierto era que desde entonces todo se había complicado. Incluso Aguado había fallado, cosa impensable y que le hacía ver que no podía confiar en nadie más que en sí mismo. Él y sólo él. Él, desde luego, había tenido que encargarse del problema, y aunque no había disfrutado haciéndolo, lo cierto era que ella se lo había buscado.

Fue más sencillo de lo que había pensado en un inicio. Le abrió la puerta confiada, y aunque se resistió al principio, apenas gritó cuando la llevó a la habitación. Todo acabó muy rápidamente, y se sorprendió de lo fácil que le había resultado matar. No había experimentado nunca antes esa sensación. Para eso estaba Aguado. Pero había descubierto que no era tan complicado y que no le había producido remordimiento alguno. Había contado con que culparan a Altamira, ya que se había encargado de informar oportuna y progresivamente a la Guardia Civil de los sospechosos movimientos del teniente y de su peligrosa proximidad a los últimos hechos violentos de la ciudad, así como de dejar constancia de que aquél hubiera sido visto frecuentando la compañía de una mujer como Lola, circunstancia que sin duda sería corroborada por vecinos y camareros del café El Toro. Sin embargo, allí estaba. No sabía cómo se había librado el teniente y cómo había logrado localizarlo, pero hasta allí había llegado el maldito. No obstante, no debía perder la calma. Disponía de su particular salvoconducto, y solamente se trataba de encontrar el momento, recuperar aquello que nunca debió compartir y escapar de aquella encerrona.

Unos disparos interrumpieron las reflexiones de Millán. El servicio de la aguada, puntual como cada mañana, trataba nuevamente de abrirse paso. Cada una de aquellas acometidas costaba al menos cinco o seis

muertos. A veces más. El capitán apagó con fastidio el cigarrillo que acababa de encender y subió los peldaños que lo separaban de la superficie. Allí esperaban, acodados en sus puestos, los soldados que componían la reducida guardia de aquel punto vital. Disparaban sin esperar a sus órdenes. Tenían permiso para ello. Lentamente, Millán arrastró la corredera de su Astra, dejándola lista para hacer fuego, y se acomodó junto a sus hombres dispuesto a cubrir la llegada de los voluntarios. A fin de cuentas —pensó—, también estaba allí para eso.

Diego trató de levantar a aquel muchacho que había sido alcanzado en el pecho mientras acuciaba a los hombres que transportaban la carricuba para que corrieran, amparados en la sección que los protegía, dirigida por Remi, que había sido ascendido a cabo en recompensa por sus destacados servicios y a instancias de su capitán. Sus componentes ponían rodilla en tierra, disparaban con disciplina, avanzaban y repetían el movimiento. De vez en cuando se escuchaba algún grito, un «Ay madre» que estremecía y otro soldado engrosaba la lista de bajas en aquel peligroso pero imprescindible servicio.

—¡Cúbrase usted, mi capitán! ¡Está muerto! No puede hacer nada por él. —La voz de Ángel le hizo ver que estaba arrastrando un cuerpo cuyos ojos sin vida miraban hacia ninguna parte en un cielo sin nubes. Lo soltó de inmediato.

—¡Sigue, Eslava, sigue! —Lo empujó para que ambos no ofrecieran un mejor blanco.

—¡Detrás de usted, mi capitán!

De la nada surgió una figura que se abalanzó sobre el desprevenido Olarte, quien, gracias al aviso de Ángel, pudo revolverse y disparar, para abatirla antes de que la gumía que portaba en su mano hiciera carne en él. Se escuchó un quejido agudo y ante el oficial cayó, desangrándose, un bulto menudo, envuelto aún en unos ropajes que poco a poco se empaparon de la sangre que manaba de la herida de bala. Su rostro sostuvo durante unos instantes la mirada del capitán antes de morir. Diego no reaccionó. Contemplaba absorto aquel cuerpo que yacía ante él mientras a su alrededor una sección de la escolta se había agrupado tratando de protegerlo con su fuego. La vida de aquella mujer, probablemente una habitante del poblado, se había apagado para siempre.

—¿De dónde viene este odio? —dijo para sí Olarte.

—Mi capitán. No es momento para esas reflexiones. ¡El agua es lo importante! —le dijo Remi, que se había aproximado y le tiraba ahora del brazo, apremiándolo para que continuara.

Diego volvió en sí de repente. Comprendió que allí estaba arriesgando la vida de todos y recobró la compostura. Aceleró el paso hasta alcanzar a los hombres que, cubiertos ya desde la aguada, penetraban al fin en el pequeño recinto. La salida había costado esta vez tres muertos. Y faltaba el regreso.

—¿Qué estaba usted haciendo ahí parado? —le espetó Millán cuando al fin Olarte pudo refugiarse tras los muros—. Por poco lo matan.

—¡Cargad la cuba! ¡Rápido! tenemos que regresar cuanto antes. —Diego no contestó de inmediato. Durante esos segundos, el oficial observó con sorpresa la graduación del recién llegado.

—Vaya —dijo Millán con cierta sorna—. Un capitán al mando. Creía que ésta era misión para sargentos, camarada.

Olarte comprobó cómo sus hombres acarreaban toda el agua que podían almacenar. No estaba de humor para charlas. La muerte de aquella mujer por su propia mano le había afectado.

—Si no hay suboficiales disponibles, cualquiera puede valer para esto —contestó, frío.

—No lo dudo. —Le tendió el otro la mano—. Soy el capitán Millán. ¿Cómo van las cosas por la posición?

Cada vez que estallaba uno de los proyectiles, temblaban las paredes y caían desde la techumbre pequeños trozos de yeso sobre los heridos. En la edificación que estaba siendo utilizada como improvisada enfermería, se hacinaban decenas de hombres. Algunos en un estado de extrema gravedad y todos padeciendo hambre y sed. Tumbados los más graves sobre viejos camastros herrumbrosos, el resto tenía que conformarse con encontrar acomodo en el suelo. Entre ellos, intentando sortear los cuerpos tendidos, trataban de hacer lo posible dos soldados con algunos conocimientos de enfermería y un teniente médico que, ante la escasez de medios para aliviar las dolencias, las heridas y, en definitiva, el dolor, se sentía al borde del agotamiento. Allí había casos de amputaciones graves, y no se disponía de material quirúrgico, ni anestésicos ni morfina. La metralla de las cargas que estallaban sobre la posición destrozaba los miembros y abría la puerta

a la gangrena, imposibilitado aquel escaso personal sanitario para remediar, siquiera mínimamente, el impacto de las infecciones, la maldición de la guerra.

Recostado en una vieja cama, el capitán García Paredes trataba de aguantar el dolor que le producía su herida en el costado. Él había tenido suerte, dada su situación, porque había sido de los primeros en ser atendidos y aún se le pudieron aplicar unas vendas limpias. Pero desde aquel día que parecía tan lejano, las jornadas habían transcurrido con un interminable goteo de soldados que, en la mayor parte de las ocasiones, entraban profiriendo lastimosos quejidos y abandonaban el recinto al poco tiempo para ser enterrados en una pequeña explanada adyacente. Allí, disponiendo solamente de dos picos y una pala, los hombres asignados a esa tarea afrontaban la terrible misión de tratar de excavar un mínimo agujero donde enterrar dignamente a aquellos seres cuya vida los había abandonado tan lejos de sus hogares. La tierra dura y pedregosa en la que se encontraba asentada la posición y la escasez de medios para horadarla hacían que aquella labor caritativa y sanitaria a la vez constituyera un trabajo penosísimo. El capitán se había acostumbrado a escuchar cada día el terrible sonido de los picos tratando de romper la piedra. Cada día, varias horas. Ya ni siquiera pensaba en el significado de aquel ruido, como tampoco le afectaban ya los alaridos que invariablemente seguían al cotidiano bombardeo de la artillería. Los cañones, los que habían sido abandonados con los cierres puestos en aquella última carrera ante la posición, los mismos con los que ahora se les castigaba, martilleaban el recinto con regular cadencia mientras causaban continuas bajas. Llegó a contar más de cien disparos en una sola jornada. Luego, había dejado de hacerlo.

Cada día el oficial recibía la visita puntual de su amigo Diego. No hablaba. Simplemente le escuchaba cómo le contaba los servicios del día o la próxima —siempre estaba próxima— llegada de refuerzos que ya se preparaban en la Plaza para rescatarlos. Siempre, también, tratando de infundirle algo de esperanza. Pero él ya no tenía esperanza. Se sentía más débil a cada momento y notaba cómo sus fuerzas lo abandonaban mientras que la mañana, la tarde y la noche se convertían en un infierno sin aparente final. Trató de rezar en varias ocasiones, pero las palabras no acudían a él. A él, que siempre había sido tan charlatán, conversador infatigable, ya no le alcanzaban ni el espíritu ni el alma para poner el verbo en todo lo que sentía. Pensaba en ella, eso sí; siempre ella. Ya no volvería a verla nunca más, y cuando se asentaba en él esa certeza, aferraba la cadena que llevaba al cuello y entonces y sólo entonces se permitía el leve desahogo de unas lágrimas que nunca antes había derramado. Se palpó de nuevo la

herida. No habían podido cambiarle las vendas desde el primer día, y cuando puso la mano ante sus ojos, la vio húmeda, y en tal humedad distinguió cómo la infección se había abierto ya camino en sus entrañas.

Diego se despidió brevemente del capitán Millán. Las carricubas ya estaban llenas y quedaba el regreso a la posición. Tocaba afrontar la parte más difícil: el momento en el que el enemigo —ahora ya una mezcla de las cabilas locales y los fieros rifeños de Beni Urriaguel, que al fin habían tomado el liderazgo del asedio tras llegar de sus montañas— se aprestaba a disparar a aquellos soldados cargados con el preciado líquido y, por tanto, más lentos y vulnerables.

—Me alegra haberte conocido, Millán —le dijo Olarte mientras estrechaba de nuevo su mano—. Espero que nunca más digan que los de Intendencia no saben batirse.

Millán asintió complacido. Él, desde luego, no pensaba seguir combatiendo por mucho más tiempo, y había aprovechado aquella inesperada visita de un oficial de su mismo empleo para intentar conseguirlo.

—Te deseo mucha suerte, Olarte. Os cubriremos la salida. Y recuerda lo que hemos hablado: si tienes oportunidad, no dejes de comentar con el mando que nos merecemos un relevo.

—Lo haré, descuida.

Diego observó a sus hombres. Eran soldados valientes. No deberían pasar a la historia por oscuras y deshonrosas retiradas. Allí estaban si se les sabía mandar. Y allí lo habían acompañado sin preocuparse de sus vidas, sólo para que sus camaradas pudieran subsistir con un pequeño sorbo de agua en sus labios. Dirigió una mirada a Remi, que asintió. Estaban preparados.

Desde el parapeto se hizo fuego a discreción para proteger a los hombres que regresaban de la aguada. Trataban de seleccionar los blancos, dada la cada vez más acuciante escasez de munición, pero no era tarea fácil. Aunque por aquella vertiente sur no había edificaciones en las que el enemigo pudiera ampararse, los disparos provenían ya de cientos de fusiles, y con desesperación se podía ver cómo caían abatidos algunos de aquellos bravos soldados, mientras que los que morían dejaban paso a otros que se turnaban en el transporte de dos bidones y una carricuba y que poco a poco, con

lentitud exasperante, se acercaban a la pequeña abertura horadada en los muros de la posición.

Al fin, Olarte, amparado en la eficacia y esfuerzo de sus voluntarios, consiguió que su preciado cargamento alcanzara la relativa seguridad del recinto. Agotados por la carrera, fueron recibidos por una salva de aplausos de los soldados apostados en los muros y los que esperaban parapetados junto a los tapiales. Esta vez, los recipientes habían llegado milagrosamente intactos, y solamente hubo que lamentar la muerte de seis hombres y un herido al que ayudaban sus compañeros. Diego estaba, pese a todo, satisfecho. Esa noche el ejército sediento podría beber.

—¿Cómo ha ido la aguada hoy? —El general Navarro, en mangas de camisa, desprovisto de su guerrera, no levantó la vista de los papeles que tenía sobre la mesa mientras hacía la pregunta.

—Bien, mi general —contestó el teniente coronel Primo de Rivera—. Esta vez ha habido pocas bajas y el cargamento ha venido intacto.

—¿Qué hacemos con la carne de caballo que han recogido esta mañana? —preguntó el comandante Villar.

Navarro lo miró con intensidad. No le caía bien. Sabía de su antigua ascendencia sobre Silvestre y no podía evitar culparlo directamente del desastre de Abarrán, cuya instalación él instigó y cuya ocupación dirigió a principios de junio. Íntimamente pensaba que en parte estaban en aquella situación por su culpa.

Le respondió desabridamente.

—¿Usted qué cree, Villar? ¿Tengo que preocuparme también de organizar el menú de la tropa? ¿No le parece que tengo suficientes problemas?

—No, por supuesto. Me ocuparé de ello, mi general.

Fuera sonaron de nuevo dos explosiones consecutivas. Habría más bajas, y cada estampido era un humillante y doloroso recordatorio de la derrota. Europeos sin cañones. Nunca antes había ocurrido. El perderlos, el haberlos abandonado en manos enemigas era algo que Navarro no podía soportar. Tras sacudirse los trozos de yeso que habían caído sobre él por el temblor generado por los impactos, el general miró de nuevo la documentación que contenía las

transcripciones de los mensajes que se acababan de recibir del heliógrafo. Hasta la caída de Zeluán hacía dos días, los telegramas llegaban sin problemas. Desde entonces, había que depender de la providencia para recibir instrucciones desde Melilla.

—¡Tiene ya en la Plaza quince mil hombres! ¡Quince mil! —exclamó con un leve tono de desesperación—. Y nos dice que esperemos, que todavía no está preparado. Pues no sé qué quiere que esperemos. Podríamos jugar a las cartas con Abd-el-Krim para entretenerlo. En fin. Señores: toca seguir resistiendo. El general Berenguer conoce mejor que nosotros la situación, y no seré yo quien enmiende su perspectiva de las cosas. Poco más podemos hacer —concluyó—. Cada uno, a sus puestos. Primo: que tengan prudencia en la puerta. Que no se expongan los hombres más de lo necesario… Y tú cuídate. Ya has tentado demasiado a la suerte y no tienes nada que demostrar. Te necesitamos.

Declinaba ya el sol cuando le trajeron a Altamira una escudilla con una generosa ración de carne en su interior. No le hizo falta preguntar por su origen, y desde luego no iba a hacer ascos a aquella novedosa variación en las escuálidas comidas cotidianas. Junto a ella, un cuartillo de agua. Lo que correspondía. Hoy al menos beberemos, pensó. Y mientras trataba de masticar aquella cena, recostado contra los sacos terreros que protegían la entrada, pudo escuchar, como todos los atardeceres desde que estaban allí atrapados, las burlas de los sitiadores, quienes, como niños traviesos y crueles, imitaban con sus voces el sonido y los pitidos de un tren que hacía tiempo no conducía a nadie hasta Melilla.

22

… sobre un yunque

Monte Arruit, 7-9 de agosto

—A mi señal, estad atentos.

La voz del soldado Antonio Tavira Morales es la única que se escucha, casi imperceptiblemente, en la madrugada del 7 de agosto en Monte Arruit. La guardia dormita, famélica y sedienta, como toda la guarnición, pero en las cercanías del talud que defienden los del Ceriñola hay decenas de hombres despiertos. Todo parece en calma, como todos los amaneceres. Pronto sonará de nuevo el cotidiano latir de los cañones que castigan la posición, convertida en yunque sobre el que destroza un hierro oxidado aquel martillo de pólvora y fuego, y habrá más muertos que no podrán ser ya enterrados, porque faltan las fuerzas y también la tierra para ello. Su destino será pasar a la otra vida dejando atrás sus cuerpos apilados en montones que se pudren cada día expidiendo al aire un olor nauseabundo que es también anuncio de epidemias.

Diego cabecea junto a unos sacos terreros instalados sobre uno de los boquetes que la artillería enemiga ha taladrado con sus disparos contra el muro. Los primeros rayos del sol comienzan a calentar las paredes, y pesa sobre el enclave el negro manto de las premoniciones fatales, de la derrota y la rendición. Se habla de ello por muchos, y en algunos se desliza la esperanza del pronto final del sufrimiento. Un abandono que nadie podrá reprocharles, pues nada queda en Arruit con lo que se pueda sostener, no ya la resistencia, sino la vida misma. Se escuchan rumores de que el general ha recibido permiso del alto comisario para deponer las armas. Otros dicen, sin embargo, que están al caer los refuerzos que los liberarán de aquel tormento, y mantienen aún la extraña luz en la mirada de los hombres que se agarran desesperados a la última esperanza. Cada vez son menos los que lo creen. Ayer mismo el teniente coronel Primo de Rivera murió devorado por la gangrena sin que nada ni nadie pudiera evitarlo. Una

granada de artillería le arrancó de cuajo el brazo, y tuvieron que amputárselo a cuchillo y sin anestesia. En aquel instante, cuando el comandante del Alcántara sufría el dolor intenso de la salvaje operación, se había hecho el silencio entre sus hombres, los que aún quedan, los que ahora guarnecen la puerta y con los que el teniente Altamira ha encajado como encajan los valientes entre hombres bravos.

Nada se escucha, por tanto, en aquellos momentos dramáticos. Nada excepto las voces susurrantes de los soldados del Ceriñola que ahora trepan por el muro a la señal convenida y se lanzan al otro lado y a la carrera se dirigen hacia las posiciones con las manos en alto implorando que no los maten, según lo convenido. Antonio Tavira está entre ellos, pero cuando ve que los cabileños les apuntan y comienzan a disparar sobre los fugados, duda. Durante unos instantes se agacha y piensa en regresar a la relativa protección del parapeto, pero sabe que podría ser fusilado por deserción. Y así, en un impulso vital que lo acompaña desde que huyó de Intermedia A, corre, corre como nunca, ajeno a la sed que le atormenta. Y escucha sobre él los disparos que provienen de ambas partes, de aquel lugar que ahora abandona y en el que el capitán Olarte, alertado al fin por los gritos, intenta refrenar la huida de decenas de hombres que, al fin, caen todos masacrados por aquéllos que la víspera los habían convencido de que salvarían sus vidas. Y así les queda claro a los defensores que, sin garantías de los moros notables, están en manos de una masa incontrolada que no atenderá ni a razones de justicia ni a leyes de la guerra. Pero Antonio Tavira se ha perdido ya entre los matorrales que salpican, como manchas oscuras, la tierra seca del valle.

Es una mañana más en Arruit mientras el sol calienta ya los cuerpos de aquéllos que trataron de acortar el sufrimiento. Una mañana que muchos piensan que será una de las últimas que contemplen sus ojos.

—¿Cuántos? —La voz irritada del general Navarro resuena entre los muros de la desvencijada construcción.

—No más de doscientos; eso seguro.

—¿Quién estaba al mando de ese sector?

—Olarte, el capitán Olarte. Pero no creo que haya sido culpa suya. Es un buen oficial.

—No importa. Ahora es muy difícil controlar a los hombres —corta

Navarro—. Al menos, los que dudan habrán visto qué les puede pasar si flaquean.

Hay un ambiente de derrota. El general cojea ostensiblemente y debe caminar apoyándose en un bastón. Está famélico, como sus soldados, y ha sido herido días atrás porque se acerca continuamente a los muros. Quiere que se le vea, y demuestra así, en la defensa extrema, que está hecho de buena pasta y sabe imponer su autoridad. Todos se lo reconocen.

—En la puerta están preparados, mi general.

—Que salgan ya. Necesitamos comida, agua, algo. Es nuestro último intento de desalojar esas casas que algún malnacido dejó sin derruir cuando construyeron esto. —Hizo una larga pausa antes de cambiar de asunto—. Señores: como saben, desde hace días el general Berenguer me ha autorizado a parlamentar, pero ya ven ustedes que no tenemos a nadie con quien hacerlo. Nadie que me merezca algo de confianza. Lo que hay ahí fuera es chusma, y hasta que algún moro notable se acerque, no tengo garantías de que nada de lo que pactemos vaya a cumplirse. Me dice el alto comisario que ya está tratando de contactar con algún gerifalte que, intermediando con el propio Abd-el-Krim, consiga encontrar a alguien que al menos contenga a toda esta banda incontrolada que nos rodea, ya que al parecer éste no puede. O no quiere. Ya vieron lo que le hicieron ayer al teniente Suárez cuando izó la bandera de parlamento: le volaron la cabeza. ¿Qué podemos esperar de gente así?

—Mi general: ¿por qué no vienen a rescatarnos?

Navarro mira a Sainz Gutiérrez, que es quien ha hablado. No le gustan esos reproches, ni mucho menos lo que se insinúa con esas palabras: el abandono. Pero sabe que tienen razón. Carece de una respuesta lógica o al menos una en la que él crea firmemente. No obstante, lo disimula.

—Berenguer tiene en Melilla casi veinticinco mil hombres. Dieciséis batallones. Está con él Sanjurjo. También el comandante Franco, con la Legión, y también han llegado los regulares de Ceuta. Con toda esa gente, si no avanzan es porque no pueden, digo yo. Habrán ponderado todas las posibilidades, y entiendo que salvaguardar la Plaza es lo primero. No seguiré discutiendo este punto. Se obedece y se acata.

Nadie está de acuerdo, o al menos nadie termina de comprender cómo es posible que estén acuartelados en Melilla un contingente de soldados más numeroso que el de la propia población que los cobija y,

aun así, siendo como son tropas fogueadas las más, y disciplinadas todas, no se arriesguen a un ataque que libere a sus compatriotas que agonizan a quince kilómetros. Pero no dicen nada. Están a la espera de la última y desesperada maniobra que ha ordenado Navarro para tratar de resistir algunos días más si los contactos con los jefes de las cabilas insurrectas no prosperan.

Se dirige al comandante con gesto serio.

—Villar. Esta tarde sale usted de aquí con la misión ineludible de dar con algún jefe con el que se pueda hablar o que al menos le parezca mínimamente respetable. —El comandante tuerce el gesto imperceptiblemente. A Navarro no se le escapa su desagrado. No sabe si es por orgullo o por miedo—. Sé que no es plato de gusto, pero usted los conoce mejor que yo. Intente que le lleven ante un tal Ben Chelal. El alto comisario lo menciona como hombre en quien confiar. —Un silencio espeso acompaña estas palabras, como si aquella orden supusiera la confirmación del fin de toda esperanza—. ¿Algo que añadir, señores? ¿Nada? Pues vayamos a ver cómo se desenvuelven los voluntarios de Artillería y de Ingenieros.

En la puerta todo está listo. Tiene que ser un movimiento rápido que coja por sorpresa al enemigo, y aunque el teniente Altamira no irá esta vez en el golpe de mano, observa con atención los preparativos. Cargados con las últimas bombas de mano, aferrando sus fusiles con determinación, aquellos hombres están concienciados para morir tratando de desalojar de las edificaciones adyacentes a quienes desde allí les tirotean impunemente. Deben tratar de quedarse en aquellas casas y proteger en el tiempo que les reste los muros devastados de la posición. En el ánimo de muchos está también la venganza contra los desertores de la Policía, que son los que mayoritariamente los acosan con mayor saña. Serán un trofeo que pretenden también conseguir. Delgados, sedientos, harapientos, sienten que su alternativa es la de morir aferrados al miedo, acuclillados en una de las esquinas de aquel terreno castigado, y ante esa disyuntiva prefieren demostrar que, si fueron valientes algún día, lo siguen siendo ahora. Es una redención de los que no quieren pasar a la historia como un mero apunte, un recuerdo infamante en vidas que han transcurrido hasta ese instante con flaquezas y miserias, pero que, en el momento en el que a todo hombre se le exige la prueba de su entereza, ellos la afrontarán con determinación. Serán solamente una línea en los libros, quizás ninguna, pero al menos lo habrán intentado. Esto es lo que piensa Manuel Altamira mientras ve cómo se abalanzan sobre las pequeñas

casas, corriendo en silencio, sorprendiendo con su ímpetu a los cabileños, que ya responden y con sus disparos abaten a varios soldados que mueren allí, a unos metros de los compañeros que entran derribando portezuelas, arrojando sus bombas por ventanas sin cristales. Se escuchan las explosiones y un griterío que estremece el alma, porque allí luchan los miedos y la esperanza de la columna, que asiste al combate tratando de apoyar con sus fuegos el desesperado intento. Desde la puerta, Navarro observa y el teniente Altamira siente tras él la presencia del general. Por unos instantes crece en su interior un deseo salvaje de exterminio, y se sorprende dando rienda suelta a su odio, descontrolando su raciocinio. Quiere que mueran todos los que desde su protegida impunidad los han torturado durante esos días. Quiere que aquella amenaza desaparezca para que todos puedan volver a su ser y él a culminar su trabajo y poder así regresar a su vida, aquélla de la que lo sacó hace una eternidad una carta que ahora maldice.

El sonido de los disparos se va apagando, como se apaga también la ilusión de quienes habían puesto sus últimas esperanzas en aquel ataque que ahora languidece. Las casas que habían sido ocupadas con el primer impulso son bombardeadas por el enemigo, y desde la posición puede verse cómo los voluntarios caen, consumidas sus municiones, rodeados por un gentío que parece infinito. Caen o retroceden, corriendo, agotando las menguadas fuerzas con las que salieron, tratando de regresar, quizás a morir, con los compañeros que ahora tratan de cubrir la retirada. Y Altamira puede ver cómo, resistiendo en unas ruinas ahora incendiadas, Duque, el teniente de Regulares impetuoso y extrovertido, aquél del que le habían dicho que se batió con fortaleza y dignidad un día en una lejana loma del Rif, es abatido junto a una pequeña portezuela, tratando de defenderse en ella a culatazos. Se abalanzan sobre él los rifeños y exhiben en alto la gorra de plato del oficial y el fusil que empuñaba hasta hacía sólo unos instantes, como trofeo, poniendo fin con ello a aquel intento desesperado.

Manuel baja la cabeza. Apaga con su bota la última colilla que guardaba en su bolsillo y exhala el humo con calma. Siente que todo ha acabado para los defensores, pero cuando mira hacia atrás viendo cómo el general abandona la puerta cabizbajo, trata de mantener activa su mente. Debe permanecer frío porque tiene aún —quizás lo último que haga antes de abandonar esta vida— algo que hacer.

A Diego Olarte ya le han llegado las noticias del frustrado ataque, y ante

la constatación de que ya no hay posibilidad de continuar resistiendo, se apodera de él una fuerza que creía había perdido en su particular viaje al horror. Si ya nada queda por hacer, sólo debe prepararse para morir con la dignidad que se le supone. Sobre él pesa el deshonor de que parte de sus hombres hayan tratado de desertar. No ha sido capaz de impedirlo, pero ahora al fin está convencido de que en cierta manera todo sucede porque así debe suceder, y ese convencimiento casi infantil lo libera momentáneamente de su carga. Observa en su sector el patio de armas, que ahora es un yermo solar plagado de cráteres que han sembrado la destrucción y la muerte. Ya ni siquiera se recoge a los muertos, porque las fuerzas han desaparecido, y ahí permanecen como mudos testigos de una agonía que ya es demasiado larga para todos ellos. Junto a él, Ángel Eslava, que no se despega de su lado, trata de mantenerse alerta para escuchar el ronroneo de un motor lejano y familiar. El avión sobrevuela la posición, esta vez a gran altura. Pareciera estar dando fe de que aún hay vida en Arruit, porque lo hace en círculos, como cerciorándose de que nada hay ya que pueda intentarse. El capitán piensa, al verlo, en que podría ser un buitre esperando a que los seres aún con vida mueran y se conviertan en carroña que recoger. ¿Por qué no han venido a por nosotros?, se pregunta, y esa voz interior le duele, ya que aunque prueba a apartarla, no lo consigue. Cierra los ojos y durante unos segundos sueña con el mar y con un manantial de agua fresca donde saciar la sed abrasadora que a todos les consume. Una voz lo saca abruptamente de aquellas imágenes. Es hora de organizar la aguada.

Los sonidos de la ciudad le recuerdan al general Dámaso Berenguer a los de un cuartel. Porque es eso lo que es ahora Melilla. Un gigantesco cuartel donde apenas cabe un soldado más. Mira por la ventana de la comandancia cómo clarea ya el día y suspira, las manos a la espalda. Le duele todo el cuerpo porque apenas duerme, y mientras contempla la insultante luminosidad del Mediterráneo, sabe que por mucho que intente ignorar su mesa de trabajo, no van a desaparecer de ella los telegramas apremiantes de Arruit. Navarro le recuerda que, aunque obedecerá lo que se le ordene, aún siguen vivos y resistiendo. Pero él ya ha tomado una decisión, por dolorosa que ésta pueda ser. El ministro, siempre solícito, estará a lo que él decida. Eso ya lo sabe. El vizconde de Eza confía ciegamente en el criterio del Alto comisario, si bien se atreve a apuntarle tímidamente que en la Península no se comprende por qué no se acude al rescate de la posición. Y Berenguer piensa que esa incomprensión es injusta. Por un lado, se le insinúa que el mantenimiento de la Plaza es lo esencial, y por otro no se comprende por qué no es posible liberar de su agonía a unos soldados que sufren a sólo catorce kilómetros cuando tiene bajo su mando a un

número de hombres dos o incluso tres veces superior que el de los sitiadores. Pero no se fía. Está convencido de que en los alrededores de la ciudad hay masas de combatientes que, al igual que han hecho con Nador y Zeluán, podrían caer sobre Melilla. Nador y Zeluán, que se han rendido finalmente, la primera casi a la vista de las líneas de vanguardia de la defensa. Su guarnición, los guardias civiles que resistían allí, han podido llegar sanos y salvos a la plaza. Pero no sabe nada de Zeluán, y se teme lo peor. No obstante, está tranquilo. Sanjurjo lo apoya. También el resto de los jefes. Así pues, seguirán acantonados, esperando su momento, y Navarro tendrá que confiar en las gestiones que lo puedan llevar a concertar una rendición honorable y con garantías. No está dispuesto, por mucho que ladre la prensa, a sacrificar su prestigio en Madrid arriesgando una plaza de soberanía por unos hombres que —se repite a sí mismo una y otra vez— probablemente ya estarían muertos para cuando sus tropas pudieran llegar allí.

—A la orden de vuecencia, mi general. ¿Da vuecencia su permiso?

Berenguer asiente sin dejar de mirar por la ventana. El capitán ayudante entra en el despacho y espera en pie a que el alto comisario se dirija a él.

—Dime, Joaquín: ¿qué disgusto me vas a dar ahora?

—Heliograma de Arruit, mi general. Pero es de ayer por la tarde. No lo habían podido completar antes por culpa de la bruma, que interrumpía las señales.

—De acuerdo. Entendido, léemelo.

El ayudante carraspea y procede con la lectura.

—«Policía y chusma que nos rodea ha querido varias veces negociar entrega campamento; como carecen garantías, me he negado. Acaban de herirme, pero conservo mando».

Berenguer no dice nada, pero piensa que Navarro debe de estar equivocado. Según su visión de las cosas, Monte Arruit está rodeado de rifeños, de Beni Urriaguel y Tensaman, sobre todo, y está seguro de que bajo el mando directo de Abd-el-Krim. No puede ser que los que mantienen encerrados a los restos de aquel ejército sean todos vulgar chusma, maleantes, gente de la zona, cabileños sin orden ni dirección. Duda unos instantes antes de decidir que probablemente al general le nubla el entendimiento el hecho de estar sometido a tanta tensión y privaciones. Sabe de lo que habla porque él apenas puede dormir más de dos horas,

aunque no se plantea que quizás entonces, y por idéntico motivo, sea su comprensión de la realidad la que esté equivocada. No obstante, no puede trasladar ese telegrama a Madrid, porque nadie entendería que un ejército regular no avanzara contra una masa amorfa e indisciplinada. Definitivamente, piensa, Navarro ha perdido toda perspectiva.

—Gracias, capitán. Déjeme el texto encima de la mesa. Puede retirarse.

No sopla el viento, y el sol comienza a recalentar nuevamente los edificios. El general Berenguer se afloja el corbatín porque está empezando a sudar y maldice para sus adentros el día en el que le fue entregado aquel mando, y especialmente la asignación del subordinado más difícil con el que nunca había tenido que trabajar. Silvestre; su compañero de armas, su amigo; valiente pero temerario. Un buen comandante, reconoce, pero un pésimo general. Y allí estaban todos, por sus negligentes decisiones —de eso, concediéndose una generosa autoindulgencia, está convencido— caminando sobre un alambre, jugando con el destino de la patria que ahora, ingrata, planea estrategias en la prensa y comienza a exigir responsabilidades como si fuera fácil gestionar todo aquello. ¡Qué sabrán ellos! Arruit caerá. Eso lo tiene claro, y además está seguro de no poder evitarlo. Y no será por su culpa.

Comienza a anochecer en Monte Arruit. Han pasado las horas y sobre la posición se atenúa el fuego de artillería. Los tres cañones arrebatados a la columna han continuado sembrando la muerte en el interior del recinto y ahora, como todos los días, los disparos van cesando. El servicio de la aguada que partió por la mañana al mando de un sargento no ha regresado. Llevaba con él la autorización para relevar al capitán Millán de su puesto. Él comandaría a los hombres que regresaran y el suboficial se haría cargo de los que allí permanecieran. Ángel había observado melancólico desde su puesto cómo avanzaban los hombres, cargados esta vez solamente con cantimploras porque la carricuba ha resultado agujereada y ha quedado inservible. No beben nada desde hace dos días, y en su interior reza para que en esta ocasión tengan éxito. Cada vez son menos los voluntarios, y aunque él se ha ofrecido para acompañarlos, el capitán Olarte no lo ha permitido. No sabe bien por qué razón. Puede que simplemente lo vea como a un hijo, como la proyección de sí mismo y no quiera perderlo, pero el caso es que ahí está, como todos, esperando lo que ya no tiene ni fuerzas para imaginar.

—¿Lo conseguirán esta vez, mi capitán? Los de la aguada.

La pregunta es más un deseo que una duda, y Diego lo sabe. Por eso responde de otra manera.

—No te preocupes, Eslava, que saldremos de ésta. —Le da una palmada afectuosa en la espalda.

—Quiero volver a mi tierra, mi capitán. Quiero ver a mi padre y visitar la tumba de mi madre; quiero casarme y tener hijos; quiero vivir. Tengo, además, una carta que entregar.

Olarte se conmueve ante este desahogo tan personal y a la vez tan sencillo. Es lo que quieren todos, pero pocos lo expresan de una manera tan directa. Piensa en la carta que Ángel le ha mencionado y recuerda las que él ha dejado escritas a Cristina. Él también quiere regresar, pero sufre cuando intenta recordar el rostro de su esposa, porque ya no consigue dibujar en su mente los contornos de la piel que tanto añora besar.

—Lo harás, Ángel. —Utiliza su nombre de pila y el soldado sonríe, orgulloso—. Lo harás. Y tendrás una vida plena. Duerme un poco ahora.

Amanece sobre Arruit en un 8 de agosto que se parece al día anterior y a todos los que lo han precedido desde que comenzó el asedio, y aunque los disparos continúan batiendo la posición con su habitual puntualidad, la mañana ha comenzado con relativa calma. Quizás el fracaso de aquel postrer intento de desalojar de sus puestos a los cabileños ha convencido a éstos para aflojar un tanto su cerco. Sin embargo, nada se sabe aún de los hombres enviados a la aguada, y todos creen que ya no regresarán. Solamente cuando empieza a escucharse de nuevo hacia el sur el inconfundible sonido de los Lebel franceses en manos del enemigo, se despierta la atención sobre lo que ocurre más allá del parapeto de aquella zona.

Pronto los disparos arrecian, y haciendo un esfuerzo, los soldados, que apenas han podido dormir por el hambre y la sed, aprestan sus fusiles para tratar de proteger a aquellas figuras que, zigzagueando, tratan de alcanzar los muros de los que salieron el día anterior. Caen uno, dos, tres hombres en pocos metros y se escuchan los gritos de dolor que ya apenas hacen mella en los defensores, insensibles como están a lo ajeno y absorbidos por lo propio. Cuatro, cinco, seis y siete soldados más que mueren o son heridos y rematados allí donde ceden en su impulso. Los voluntarios son diezmados por un enemigo oculto en las

trincheras y refugios desde los cuales se martiriza el camino a la aguada, y solamente quedan tres de las figuras, que ya dejan de serlo para volver a ser personas con nombre conforme pueden distinguirse sus rostros congestionados por el esfuerzo. Al fin, penetran en el interior de la posición por los huecos que son consecuencia del continuo batir de los cañones y se tiran al suelo, agotados, mientras suplican un agua que ellos no traen y que tampoco pueden ofrecerles los camaradas que ya los ponen en pie, acercándolos a la escasa protección de los antiguos edificios derruidos que una vez fueron barracones de descanso para la antigua guarnición.

—¡Millán! ¡Me alegra verte vivo! —La sonrisa de Diego es sincera y franca y la exhibe mientras se acerca a él para estrechar su mano. Realmente está contento por aquel hombre y por su llegada sin daño aparente.

Millán, sin embargo, no puede articular palabra porque la sequedad de su boca y el agotamiento se lo impiden. Se ha incorporado ya y no responde al saludo de Olarte, quien lo ve alejarse en dirección hacia el sector este del recinto, allí donde se ubican el puesto de mando, la enfermería y los cadáveres, los enterrados y los insepultos. Lo que no ve es cómo Millán, en un recodo, desengancha de su correaje con sus manos temblorosas una pequeña cantimplora y apura su contenido hasta dejarla vacía. En pocos minutos está recuperado y se encamina hacia donde ya sabe a quién encontrará. También sabe lo que va a hacer, aunque antes debe presentarse al general para informar.

Pero alguien sí que lo ha visto. El teniente Altamira contempla la escena desde la puerta. Vigila los pasos de Millán sin mover un músculo de la cara. Tiene asignado un turno de guardia que no puede abandonar y decide que hallará el momento, y no será tarde. Tal y como están las cosas, piensa, no tiene muchos lugares donde esconderse. Y menos ahora, que está de regreso en la posición. Porque el teniente lo tiene claro. En algún lugar entre aquellos escombros hay un capitán —el «otro» capitán— que guarda consigo lo que Millán busca, lo que le ha forzado a que se adentrara en el peligro abandonando la seguridad de la Plaza. La avaricia —concluye para sí Altamira—, la gran compañera de viaje de muchos hombres, es lo que mueve a personas como a aquel oficial de Intendencia. Pero, en el fondo, al teniente no es eso lo que le preocupa. Solamente al menos. Tiene un trabajo que terminar, por supuesto. Pero también quiere estar seguro de que hay algo más. Quiere convencerse, encontrar la prueba de que fue él, Millán, quien le arrebató la vida a Lola. Y entonces, y sólo entonces, cuando tenga la certeza de ello, actuará en consecuencia.

Transcurren las horas en Monte Arruit, vacías como páginas de una vida que, llegando a su final, aparecen escritas en blanco. Porque nada puede leerse ya en el alma de los hombres que agonizan de hambre y sed, abandonados a su suerte por un mando que se siente incapaz de afrontar el rescate con el que ya ni siquiera sueñan los soldados que languidecen en sus puestos. Cuando al fin cae la noche, una vez más, oscura premonición de muerte, el teniente Altamira sabe que le quedan solamente unas horas para finalizar su guardia en la puerta monumental de la posición. Podrá entonces acercarse a ese sector derecho del recinto, del que no ha vuelto a ver salir al capitán Millán, desde que esa mañana le observó dirigirse hacia el puesto de mando allí ubicado para informar al general sobre su estancia en la aguada. Teme llegar tarde, pero nada puede hacer para evitarlo.

El capitán Millán no está contento. Ha sido felicitado expresamente por el general por su labor de protección en la aguada, pero no ha podido salir aún de la casa que hace las veces de puesto de mando y en la que transcurre la noche en vela para los allí congregados. Hay actividad alrededor de Navarro mientras los restos de la columna tratan de dormir, y éste le ha ordenado que permanezca con ellos. Necesita de un oficial de Intendencia para ajustar las últimas disposiciones. Se habla de traslado de heridos y de conversaciones con moros notables para poner fin a aquel tormento, mientras comienza a clarear un nuevo día y los primeros rayos de sol apenas penetran por la única ventana de la castigada construcción. El capitán se fija en un viejo calendario que aún se encuentra colgado en el yeso resquebrajado de la pared. Alguien ha arrancado ya la hoja de una contabilidad de papel que les recuerda los días transcurridos.

Es 9 de agosto en Monte Arruit.

—Capitán. —La mirada de Felipe Navarro es triste y cansada, pero aún queda en ella un brillo de determinación cuando imparte sus últimas órdenes.

—¡A la orden de vuecencia! —contesta Millán, inquieto por el ambiente de extrema gravedad y fatalismo que percibe entre los mandos.

—Usted se encargará de los heridos. Todavía no hay nada cerrado, pero es posible que tengan que viajar hasta la Plaza. En previsión del

traslado, ocúpese de todo. Necesitamos angarillas, porque con lo que tenemos no podemos desplazar ni a la mitad de ellos. Las pediré como parte ineludible del acuerdo.

El general habla de un acuerdo, de un pacto que no puede ser otro que el de rendición y cuyos términos, al parecer, aún se están discutiendo, porque de vez en cuando entran en aquel espacio correos que salen de nuevo con mensajes garabateados con prisa sobre trozos de papel. Y Millán comienza a ver su oportunidad. Después de todo, quizás salga bien librado de esta situación.

—¡A la orden! —contesta sin dudar—. Me instalaré en la enfermería y comenzaré con los preparativos.

—Esté atento, capitán. En cualquier momento podrán llegarle las instrucciones para la marcha, y quiero que todo esté preparado.

Ya no hay puerta en la enfermería. Desde que el 31 de julio un proyectil de artillería cayó sobre una de sus esquinas y mató a varios heridos, el pequeño edificio que alberga a decenas de hombres agonizantes muestra un aspecto ruinoso. El olor a putrefacción impacta en Millán como una bofetada. Allí se agolpan los soldados que, sin fuerzas ya para emitir sus quejidos, descansan en catres o sobre el suelo, esperando la llegada de la muerte, aplastados por un pesado ambiente de aire recargado que dificulta la respiración. Busca con la mirada y al final lo ve. Se acerca al lecho pasando entre cuerpos encostrados, desechos humanos que apenas emiten señales de vida, y permanece quieto a los pies del herido. Éste abre los ojos al sentir su presencia, y, cuando lo observa, ni siquiera muestra su sorpresa.

—Te esperaba. En el fondo sabía que me buscarías —le dice con una voz entrecortada que Millán apenas puede escuchar.

—Buenos días…, socio.

23

Martirio

Monte Arruit, 9 de agosto

«En este momento y según instrucciones de

v. e

., acabo de pactar con enemigo evacuación posición, base entrega armamento y ser escoltada columna hasta esa plaza. Esta noche pernoctaremos, según dicen, en campamento enemigo situado aguada antigua. Oficiales conservarán pistolas».

—Señores: ya está. Todo ha terminado. He cerrado un acuerdo que me parece satisfactorio y con suficientes garantías. Nos permitirán ir hasta el Atalayón y los heridos que podamos transportar vendrán con nosotros; el resto se quedarán aquí, protegidos por una escolta mora y atendidos por nuestros sanitarios. —La voz de Navarro suena firme pese al evidente agotamiento que sufre. Es como si se hubiera liberado de una pesada carga—. Ahora hay que organizar a los hombres para que vayan entregando las armas y a los heridos para que se organicen en un convoy. —Mira a su alrededor—. ¿Dónde está ese capitán de Intendencia? Necesito que él se encargue.

Pero Millán no está allí, aunque lo buscan y está muy cerca. Mientras tanto, no se escuchan disparos, y tampoco resuena el constante martilleo de la artillería. Un extraño silencio se ha apoderado de la zona y los soldados se miran entre ellos, incrédulos ante el aparente fin de la pesadilla. No tienen fuerzas para abrazarse, pero sin duda lo harían si pudieran. No exteriorizan alegría; es simplemente alivio por la supervivencia. Llevan casi cuatro días sin beber y el tormento de la sed ha pesado mucho en la rendición. Poco a poco, los oficiales, siguiendo las instrucciones que ya han comenzado a circular entre los

depauperados restos de la columna, van reuniendo a sus subordinados y los sargentos agrupan a los soldados, que, por secciones y sin dejar descuidada la vigilancia de sus sectores de defensa, van acercándose lentamente hacia la parte del patio más próxima a la puerta, donde uno a uno depositan los fusiles, que se amontonan, apilados. Hay algunos que, pese a todo, se toman la molestia de inutilizar las armas antes de desprenderse de ellas. No están dispuestos a regalar los medios para seguir matando a otros camaradas, y en aquella entrega hay, con esta pequeña rebeldía, un gesto individual de dignidad.

Amparados en el alto el fuego que ha sido decretado, algunos cabileños de edad avanzada pueden acceder al interior y ejercen de improvisados notarios de la entrega, mientras las miradas de los españoles intentan no cruzarse con las del enemigo, que actúa con la suficiencia implacable del vencedor. Aún en su puesto, Olarte observa la escena con tristeza. Es cierto que él tampoco puede más. Se encuentra sin fuerzas y apenas puede tenerse en pie, la boca reseca y los labios cuarteados, rodeados de una costra blanquecina que desfigura un tanto su rostro. El suyo y el de todos. Los hombres, abatidos, lo miran a la espera de instrucciones. Entonces se le acerca un sargento comunicándole las órdenes del mando. Cuando escucha que se va a formar un convoy de heridos, piensa en su amigo. Aún no ha ido a visitarlo, y quizás ahora, mientras sus soldados van lentamente hacia la entrada, es el momento de comprobar que todo se desarrolla correctamente, que va a estar a salvo y que se ocupan de él adecuadamente. Por eso se encamina a la enfermería y atraviesa el patio esquivando los restos de animales en putrefacción, así como los cráteres producidos por los cañones. Mira a su alrededor y percibe el plomizo ambiente de derrota que todo lo invade. Al fin todo ha acabado, y camina cabizbajo, sintiendo una suerte de humillación pero permitiendo, no obstante, que un leve destello de esperanza se abra paso en su interior. Quizás, después de todo, pueda regresar a España.

—¡Dámela! —No grita, pero la voz de Millán suena firme y autoritaria. El capitán García Paredes lo mira fijamente desde su postración y tarda en responder.

—No sé de qué me hablas, Millán. —Le cuesta mucho articular las palabras y siente que con cada una se le escapa un trozo de vida; de la poca que aún le queda por abandonar aquel cuerpo comido por la infección.

—La llave, estúpido. Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando.

—La llave; claro. No sé dónde está. Me temo que… has hecho un viaje en balde. —Tose y escupe parte de la sangre que ya invade sus entrañas.

Millán estudia atentamente el rostro del herido. No hay piedad en su mirada. Solamente intenta averiguar si le está mintiendo. Se dirige a él con tono calmado:

—Mira, Paco; comprenderás que no estoy para bromas. Te conozco y sé que jamás te desprenderías de esa llave. Hemos trabajado mucho para conseguir todo lo que hemos conseguido, y me temo que ahora tú no vas a necesitarlo. Así que déjate de tonterías y entrégamela.

En el interior de la enfermería apenas hay testigos conscientes. Los que pueden escuchar la conversación no tienen fuerzas para tratar de entenderla, y Millán se aproxima al oído de García Paredes. Éste, percibiendo la amenaza, con un gesto instintivo se lleva la mano al cuello y no puede evitar que el capitán repare en aquel ademán. Millán le aparta la mano con brusquedad.

—Vaya, ¡cómo no! Junto a la virgen de los Dolores. No podría ser de otra manera, ¿eh, Paco?

Y bruscamente, aferrando la pequeña cadena que García Paredes lleva al cuello, la arranca de un tirón y observa su botín detenidamente. Junto a una medalla de oro, cuelga una llave que el capitán identifica rápidamente. Es idéntica a la que él ya tiene. Podrá acceder al fin a su caja de seguridad. La que hasta ese momento había sido de ambos. La que será suya en exclusiva. Está satisfecho y sonríe.

—Eres un auténtico… cabrón, Millán. Pero eso yo ya lo sabía desde el principio.

—Claro, que tú eres un santo, ¿verdad, Paco? —responde el aludido—. No me lo parecías cuando aceptabas los sobornos, los pagos, y amenazabas si se producían retrasos. Tampoco tuviste mucho reparo en guardar todo ese dinero en la caja. ¿Cuándo pensabas llevártelo? No me vengas ahora con ínfulas de honrada milicia.

—¿Y ella? —García Paredes ha cerrado los ojos mientras lanza la pregunta. En el fondo, no quiere conocer la respuesta.

—¿Ella? —Millán sonríe nuevamente mientras se guarda la cadena con la llave en uno de sus bolsillos Hay un punto de regodeo en su voz

cuando le contesta—. No creo que vuelvas a verla, Paco. En realidad, para tu tranquilidad te diré, dadas sus costumbres, que tampoco creo que ella vuelva a ver a nadie. Tú la metiste en esto, así que no me vengas ahora con escrúpulos de joven enamorado, porque no es propio de ti. Ella ya no está. Ni para ti ni para nadie.

Mientras habla, Millán no percibe nada a su alrededor que no sea la intimidad de aquel momento. Ha conseguido lo que quería, y solamente eso le importa. Por eso no presta atención a la figura que ha penetrado por la pequeña puerta que utilizan para trasladar los cadáveres y se les ha acercado en silencio. Solamente cuando se da cuenta de que García Paredes mira por encima de su hombro, se gira. Allí permanece, en pie, apuntando con su pistola a la cabeza del capitán de Intendencia, el teniente Altamira. Lo ha escuchado todo, y no necesita muchas más explicaciones. Hay un gesto de fría indiferencia en Manuel cuando al fin plantea una escueta pregunta.

—¿Fuiste tú?

—Teniente…, ¡baje esa pistola o haré que le fusilen! —Bajo la aparente calma de Millán, el tono de su voz denota un nerviosismo que va en aumento.

—¿Fuiste tú? —repite Altamira sin inmutarse.

Hay otra persona que ha entrado en la enfermería y observa la escena intentando encontrar alguna explicación a lo que está viendo. A Olarte lo acompañan dos enfermeros cargados con unas parihuelas destinadas al transporte de heridos. Asisten paralizados a aquella aparente insubordinación hasta que Diego trata de empuñar su arma.

En ese momento, Altamira le apunta.

—No lo haga, capitán. No interfiera; se lo aconsejo. No hablo por hablar.

La determinación de Manuel resulta suficiente para Olarte, que desiste de su intento. Desde fuera comienzan a escucharse algunos gritos, y los enfermeros muestran síntomas evidentes de nerviosismo. La quietud que reinaba hasta entonces en la posición empieza a desaparecer. Al principio de forma casi imperceptible, pero conforme pasan los segundos es evidente que algo está ocurriendo fuera. Los sanitarios salen al exterior, alarmados, mientras algunos de los heridos comienzan a revolverse inquietos. Diego trata de acercarse a la cama donde yace su amigo.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Me alegro de verte, Olarte. Dile a este loco que baje el arma. —Millán aún conserva su aplomo, pero su mirada denota preocupación, y Diego lo percibe. No sabe qué decir.

Manuel Altamira ha acercado el cañón de su Astra hasta apoyarlo en la cabeza de Millán. No parecen afectarle ni las palabras del capitán ni el trasiego de voces que desde el exterior cada vez se escucha con más intensidad. Diego mira a su amigo Paco, que tose con fuerza, y piensa que aquellos indican ser los últimos estertores de una vida que se apaga.

—El telegrama. —Altamira acompaña su orden con un ademán, extendiendo la mano.

—¿Qué?

—El telegrama y las llaves. No volveré a insistir.

—Estás loco. No sé de qué estás hablando. Yo…

Pero no se escuchan más palabras. Desde fuera comienzan a llegar algunos estampidos. Están disparando. Por eso tampoco sorprende la detonación que suena en el interior de la enfermería, ni tampoco la imagen de un cuerpo que se desploma y cae mezclándose con los de otros hombres que, mudos de terror, esperan la evacuación o la muerte.

Navarro ha acudido a la puerta principal. Lleva puesta su guerrera, el fajín rojo de general ajustado a la cintura y se apoya en un bastón para poder caminar con cierta dignidad pese a sus heridas. Bajo el arco de la entrada lo espera una comitiva formada por notables, a algunos de los cuales conoce y que le inspiran confianza. Están presentes dos enviados de Abd-el-Krim, Muley Alí y el faquí Bulahaia. También Ben Chelal, de los Beni bu Ifrur, Burrahail de Metalza y Abidalal, de la Abada. A Navarro lo acompañan quienes en esos últimos días han formado su Estado Mayor: Sainz Gutiérrez, Aguirre, Gilaberte y Alcaide. También está Villar, que ha regresado de su misión de intermediación sin que nadie sepa a ciencia cierta a qué acuerdos ha llegado, si ha llegado a alguno. Tras ellos, largas filas de soldados siguen apilando las armas en montones. De la enfermería no parece salir nadie aún, y eso que el general ha dado prioridad a los heridos. Se extraña, pero no dice nada. Imagina que todos cumplirán

con su deber. Hace calor y comienzan las conversaciones tras los saludos protocolarios. Pronto, Navarro se impacienta. Resurgen algunas trabas. Insiste en que se permita beber a sus soldados, y mientras dialogan bajo unas formas aparentemente corteses, se apunta por los cabileños que aquella discusión puede continuar en algún lugar más resguardado. Casi sin poder oponer resistencia ante los requerimientos de los jefes rifeños, que insisten en seguir hablando en un lugar menos caluroso, el general es apartado poco a poco de la puerta y conducido hacia las casas del poblado, ubicadas al comienzo de la cuesta, por la que ya descienden. Lo que ha comenzado como una sugerencia cortés va transformándose en una imposición grosera que se manifiesta en empujones y apremios. Es entonces cuando Navarro mira hacia atrás, angustiado. Junto a los muros de la posición puede ver que se incrementan los movimientos extraños del enemigo, y pronto escucha los primeros disparos.

Los hombres del Ceriñola ya han entregado su armamento. Es el turno ahora para los del San Fernando. Ángel se agrupa en un extremo del pelotón de soldados harapientos y escuálidos que espera formado en el interior del recinto, a la derecha de la puerta, justo frente al sector en el que se encuentra la enfermería, en la que ve entrar a Olarte junto con dos sanitarios. En parte respira aliviado, porque todo se acaba ya. Los mandos les han asegurado que tendrán agua —la que quieran— y que los cabileños los conducirán, escoltados, hasta el Atalayón, donde quedarán libres. Allí podrán recogerlos y los llevarán a Melilla sanos y salvos. Quizás, después de todo, pueda volver a su pueblo. Piensa, no obstante, por unos momentos que aún le queda tiempo de servicio en África, pero pronto aparta la terrible idea y confía en que los sufrimientos padecidos sean tenidos en cuenta para licenciarlo sin esperar más. Su reflexión queda de repente interrumpida por un creciente rumor, y súbitamente percibe gran agitación junto a los muros, allí donde los del San Fernando han comenzado a amontonar su armamento. Unos disparos que pueden provenir de aquella zona le confirman que algo excepcional está ocurriendo. Por eso, cuando también escucha una detonación en el interior de la enfermería, no tiene ya tiempo para intentar comprender el porqué.

Primero son algunos gritos amenazadores que provienen de los cabileños más cercanos al parapeto. Luego esos gritos se transforman en ademanes inequívocos de querer penetrar por encima del amurallamiento del norte, totalmente derruido por la artillería. Finalmente, centenares de hombres irrumpen en el recinto y comienzan a disparar a los desprevenidos soldados, la mayor parte de los cuales, ya desarmados, son sorprendidos por la avalancha de rifeños que caen sobre ellos vaciando los peines de munición de sus

fusiles, cuyas balas encuentran unos cuerpos ya exhaustos que mueren sin haber tenido tiempo de comprender lo que está pasando. Algunos, como los del Alcántara, que guarnecen la puerta y que no han entregado aún sus máuseres, tratan de defenderse y consiguen abatir a varios cabileños, pero pronto son arrollados por una turba enloquecida que dispara y desenvaina sus gumías hiriendo de muerte a cada español que surge a su paso. Cuellos segados, vientres perforados, los restos de la columna de Annual van cayendo por decenas, por centenares. Pronto por miles. Muchos de los que ya habían comenzado a salir desarmados corren de nuevo hacia el interior de la posición tratando de guarecerse, pero son perseguidos con saña y asesinados allí donde los cabileños los alcanzan. Otros comienzan una carrera desenfrenada en dirección al poblado tratando de escapar, pero de todas partes surgen enjambres de rifeños y habitantes locales que los detienen y acaban abruptamente con sus vidas, sin piedad, disparándoles, apuñalándolos, obligándolos en algunos casos a arrodillarse antes de rematarlos. Sobre esos hombres, los sanos y los heridos, se agolpan chilabas pardas, largas o cortas —conforme a las costumbres de cada zona—, turbantes, uniformes raídos y polvorientos, sandalias y botas arrancadas de jinetes muertos, y comienza a generalizarse una tortura cruel que en cada caso se convierte en un suplicio inconcebible. Algunos soldados son atrapados cuando se rinden de nuevo y, pese a las súplicas, son atados y castrados con gumías cuyos dueños participan en el horror con la saña de seres humanos que, por enloquecidos, dejan de serlo, introduciéndoles sus miembros cercenados en la boca para asfixiarlos mientras se desangran. A otros les arrancan los ojos o los intestinos en vida y traban sus manos con ellos para dejarlos morir en lenta y terrorífica agonía, ajenos a los alaridos de terror o las súplicas de piedad. Pero ésta ya no existe en Monte Arruit. Entre los asaltantes hay mujeres del poblado que se abalanzan sobre los caídos y, tras desvalijarlos y desnudarlos, impulsan a sus hombres a terminar con sus vidas o tratan de participar ellas mismas en la cacería que se está desatando a los pies de la posición y en su interior. Y va quedando la cuesta que baja hasta las casas —marcada por aquel horror— jalonada por soldados caídos que, cuando eran solamente seres humanos asustados, trataban de escapar de la masacre y que ahora son únicamente cadáveres, despojos harapientos a los que, una vez desposeídos de todo lo que de valor hubieran podido conservar en vida, ya nadie presta atención. La tierra seca absorbe la sangre y adquiere un tono oscuro y pegajoso hasta formar un barro negro en el que las sandalias de los ejecutores impregnan sus suelas, mientras el sol ilumina una escena que debería quedar apartada de la luz de sus rayos, que son la vida, cuando allí sólo impera ya la oscuridad de la

muerte. La turba descontrolada ha penetrado por todas partes en la posición y persigue a los últimos restos de lo que una vez fue un ejército europeo, y lo hace en cada esquina, sin control, sin piedad y sin perdón.

Mientras la tragedia se consuma, un grupo de asaltantes se aparta y se dirige a la enfermería, de la que en esos instantes salen dos sanitarios que son abatidos conforme cruzan la puerta. Cuando el primer rifeño penetra en la vieja edificación, cae a su vez bajo el fuego de pistola que proviene del interior, y eso provoca unos instantes de duda en los africanos, que retroceden momentáneamente cuando un segundo asaltante es también alcanzado. Aquel conato de resistencia inesperada únicamente frena por unos segundos el ataque, y mientras los rifeños recargan sus fusiles, un soldado corre a sus espaldas, sin ser visto. Un soldado armado, que ahora se frena y les apunta.

El cuerpo del capitán Millán se encuentra tirado junto a los heridos que gimen, asustados, tratando de levantarse. Algunos se arrastran desde sus improvisadas esteras en el suelo y pasan junto al teniente Altamira, que, ajeno a todo, registra los bolsillos de la guerrera del oficial. Pronto encuentra una hoja de papel cuidadosamente doblada y la despliega. En el encabezamiento, el símbolo del servicio postal del reino. El texto ya lo conoce. Lo leyó en casa de Lola. Lo guarda y continúa su búsqueda hasta que da con la cadena de la que cuelga una llave. En el mismo lugar está la otra. Se incorpora y mira a su alrededor. Ha llegado a escuchar disparos cercanos, y ve cómo el capitán Olarte retrocede después de haber vaciado su cargador sobre la puerta principal de la enfermería. En su quicio hay dos cadáveres, y parece que quien estaba dispuesto a entrar ahora está dudando. No tardarán en volverlo a intentar, sin embargo. Diego se vuelve y mira al teniente, pero no dice nada, porque nada hay que se pueda decir en esos momentos. Se acerca con asombrosa calma a la cama donde yace García Paredes. El amigo está mirando hacia el techo, pero ya no hay vida en sus ojos. Altamira simplemente constata la realidad.

—Está muerto.

Olarte observa también el cadáver de Millán y, sin apartar sus ojos de aquella escena, trata de comprender lo ocurrido. Aún es capaz de hablar.

—¿Por qué lo has hecho?

—Yo no lo he matado. Iba a morir de todas formas.

—Me refiero a Millán.

—Era una mala persona.

—¿Se conocían? —Señala Olarte a García Paredes y al hacerlo le tiembla la mano.

—Eso habría que preguntárselo a él, pero me temo, capitán, que ni él puede hablar ya ni usted quiere oír mi opinión. Mejor así, si era su amigo.

—Lo era —responde Olarte para sí, sin apartar la mirada del cadáver de su camarada. No sabe qué decir ni qué pensar. Está aturdido y sin fuerzas siquiera para sentir lástima, ira o dolor.

—Y ahora, capitán —continúa, tajante, el teniente, señalando primero la puerta sobre la que ya impactan de nuevo los disparos de los asaltantes y luego, con la mirada, la trasera que da paso al cementerio —, si no queremos que nos maten, tendremos que irnos mientras podamos.

—¿Y los heridos?

—Primero los vivos, capitán.

Cuando Ángel comprende lo que está sucediendo, comienza a correr en dirección a la relativa protección del sector donde se encuentra la enfermería. Ha podido coger un fusil de uno de los soldados del Regimiento de Melilla que aún no lo había entregado y que yace ahora en el suelo, herido de muerte. Intenta dar con una escapatoria en el muro oeste, el menos castigado por el asedio. No es alto, y cree que puede encaramarse a una de sus troneras y saltar. No obstante, frena su carrera cuando ve a un grupo de varios rifeños que se agolpan ante la puerta de la enfermería. Han saltado por una de las grietas de la parte del parapeto más alejada de la puerta y le cortan el camino. No lo ven, enfrascados como están en tratar de deshacerse de la resistencia que desde el interior parecen haberse encontrado, y están introduciendo nuevos peines de munición en sus fusiles. Por eso los disparos de Ángel hacen carne en ellos, abatiéndolos uno tras otro. Entonces penetra a la carrera en el pequeño recinto —un reducto en sí mismo, dentro del más amplio de la posición— y salta sobre las tumbas, encima de las cuales se apilan los cuerpos putrefactos que no

han podido ser enterrados en los últimos días, hasta que llega a la parte del muro que hace esquina con el del sudoeste y, utilizando las fuerzas que proporciona en última instancia el terror, sube y se lanza al exterior.

Olarte corre por la tierra yerma. Lejos de él, varias figuras dispersas también tratan de escapar alejándose de los muros en todas direcciones, y cuando la fuga por ese sector es detectada, los rifeños disparan y se avisan entre ellos. Nadie va a salir con vida de esa cacería. Inch Aláh. Diego ha tratado de acompasar su paso al de Altamira, pero en un momento dado ha dejado de verlo. Quizás esté muerto. Durante su escapada ha tenido que refugiarse de sus perseguidores ocultándose tras una pequeña cabaña semiderruida, y ahí perdió su pista. Recupera el resuello y sale de nuevo a la intemperie. Debe alejarse todo lo que pueda de aquel lugar, y sólo Dios dirá qué va a ser de él. Cuando lo hace, mira a su alrededor. Sigue escuchando a lo lejos los disparos que están acabando con los miles de soldados que se han rendido en Arruit, y cuando al fin aparta de sí aquel recuerdo de la muerte cercana, a unos cuatrocientos metros distingue a un jinete que se acerca hacia él al galope, y al comprobar un minuto después que se trata de un rifeño, sus fuerzas lo abandonan definitivamente. Se deja caer en el suelo y hunde la cabeza entre las manos. No saldrá vivo de allí.

Tras correr algo más de un kilómetro en solitario alejándose del lugar de la matanza, y después de esquivar el fuego de algunos tiradores dispersos que acudían con prisa en dirección contraria a participar en la rapiña, Ángel ha hallado agazapados, descansando tras unos matorrales, a tres hombres de distintos regimientos que también han conseguido escapar. Van armados, y aceptan que se les una en su intento de alcanzar la Plaza. Los dirige un cabo del Ceriñola que está dispuesto a mantener la disciplina, y hasta ahora lo ha conseguido. Ángel lo reconoce, y su presencia le reconforta. Cada uno de ellos porta dos fusiles que han podido mantener en su poder antes de entregarlos, y los saben usar. Cuando han sido atacados, la defensa ha sido férrea y la cadencia de fuego, disciplinada. Disparando los tres al unísono, las descargas han mantenido a raya a los merodeadores, y cuando los cabileños han detectado la dificultad, han preferido en todas las ocasiones buscar un botín más fácil. De esa manera se han ido abriendo camino. Ahora, con Ángel, ya son cuatro, y forman un pequeño grupo decidido a vender cara su vida.

—Todos atentos a mi voz —ordena Remi con autoridad—. Saldremos de ésta, y si nos tenemos que llevar a alguien por delante, mujeres, niños o ancianos incluidos, nos los llevamos, ¿entendido?

Nadie dice nada. Saben que aún tienen una oportunidad, y así, mientras la tarde avanza y quedan lejos los ecos de la masacre, los cuatro hombres reemprenden la marcha hacia el este y se afanan con furia en encontrar el camino que los devuelva a casa.

Es en Beni Bu Ifrur, una cabila al norte de la de Beni Bu Yahi, donde se ubica Monte Arruit, y colindante con ella. Lo distingue por su larga chilaba con tintes rojizos y un característico turbante. Apunta a Diego con una tercerola de la caballería española y monta un cansado caballo que aún lleva jaezada con distintivos regimentales la característica silla de los escuadrones del Alcántara. Diego no se mueve. Mira al suelo y simplemente espera el momento en el que al fin terminarán sus sufrimientos. Nota cómo el jinete desmonta y se le acerca, y mientras le alza el mentón con el cañón de su arma, cruza la mirada con la del rifeño. Hay codicia en sus ojos. Es un hombre joven, casi barbilampiño, y sonríe abiertamente. Piensa que el oficial es una presa valiosa y que es sólo para él. De ahí, su alegría. Lo obliga a ponerse en pie, y como Olarte se niega —porque no quiere, pero también porque no puede—, tras pensarlo unos segundos le acerca a sus labios un odre lleno de agua que el oficial aferra de inmediato y del que bebe con avidez hasta que, unos instantes después, el cabileño se la retira bruscamente.

—Tú vienes poblado casa mía y allí quedas. Allí bebes.

Diego, al escucharlo, comprende de inmediato que su viaje no ha terminado y que su estancia en el Rif puede ser larga. Mucho más de lo que nunca imaginó que sería. Quizás de forma indefinida en tanto alguien en España no pague algún rescate por él, porque eso es lo que se deduce de las palabras de aquel rifeño, y confortado al menos por la certeza de que no morirá en aquel momento, asiente, se incorpora con dificultad, aliviada algo su sed, y comienza a caminar delante del caballo, que, agradecido por no tener que trotar más, y como si lo reconociera de otras épocas, lo empuja suavemente en la espalda con el hocico.

Tras dos extenuantes horas de marcha, los pies le sangran aprisionados por las botas de oficial, y Olarte se siente incapaz de dar un paso más, cuando al fin llegan a un pequeño poblado de cuyas

casas destartaladas salen corriendo varios chiquillos que, al principio precavidos y luego más atrevidos, se le acercan y tiran de las mangas de su guerrera entre risas. En el quicio de las puertas, varias mujeres lo observan y ocultan su mirada cuando Diego alza la cabeza. Junto a un pequeño pozo hay un grupo de hombres que charlan y entre los cuales el capitán distingue el inconfundible uniforme de Regulares que visten dos de ellos. Desertores. Se detiene cuando el jinete desmonta y se dirige hacia los combatientes. Nota que lo miran con atención y que comienzan a discutir con grandes ademanes y aspavientos. Algunos le señalan. Los más veteranos llevan la voz cantante, y especialmente uno de ellos parece imponer su autoridad, porque el joven jinete baja la cabeza cuando le habla. Está claro que él es el objeto de la disputa. Finalmente, aquel hombre se aparta del grupo y se le acerca. Es uno de aquellos antiguos soldados de España, y cuando se encuentra junto a él, tras unos segundos comienza a hablarle.

—¿Tú no recuerdas, capitán?

Olarte lo mira. Es un rostro en el cual las arrugas ya han dejado su huella. Curtido por el sol de tantos años, se dibuja en él una media sonrisa. Diego trata de entender lo que quiere decirle.

—Yo contigo en Annual. Yo conozco capitán. Yo Ben Mizzar y tú ayudaste una vez allí, en campamento. ¿Tú no recuerdas, capitán?

Entonces Olarte recuerda. Recuerda a un infante de Regulares que estaba siendo golpeado por un oficial, hace ya mucho tiempo, o eso cree. Con saña. Recuerda también que le resultó excesivo y que intervino. Pero no recuerda nada más. Lo mira a los ojos y asiente.

—Sí; yo recuerdo ahora… Ben Mizzar.

El rifeño lo observa con atención, y tras unos segundos en los que parece estar meditando sus palabras, al fin le habla de nuevo.

—Tú, capitán, estar buen soldado y buen oficial. Otros no tanto. Yo te ayudo a llegar Melilla y estamos todos amigos. Yo quiero España, pero ahora Abd-el-Krim paga y manda. Él nos guía. Es la voluntad de Alá.

Olarte no dice nada y asiente en silencio. Solamente musita un «Gracias» que el rifeño ni siquiera escucha.

—Vamos ya, capitán. Yo llevar a Nador. De ahí tú solo a Melilla. Palabra de Ben Mizzar.

Desde una de las garitas que cubren el frente oeste del Fuerte de Rostrogordo, ubicado en una de las alturas que protegen la Plaza, se escucha la voz de un legionario, alertado por unos ruidos que provienen del exterior. Atardece ya y la visibilidad comienza a menguar, como el día infausto en el que España ha pagado tan alto precio por aquella tierra.

—¡Alto! ¿Quién vive? ¡Un paso más y disparo!

—¡España! —grita alguien a lo lejos—. ¡Ceriñola, África, Alcántara! ¡Venimos de Arruit! ¡Venimos de Arruit!

El legionario mantiene el fusil apuntando hacia las voces, el dedo en el gatillo. Junto a él han acudido más soldados, y el teniente que está de guardia se acerca a la carrera empuñando su pistola. Todos miran hacia unos arbustos ubicados a unos cien metros del lugar donde se levantan unas improvisadas alambradas. Con aquella alteración, el fuerte entra en alerta y pronto es un hervidero de hombres aprestándose a la defensa. Unas figuras demacradas y sucias aparecen ante ellos tratando de ser vistos con claridad. Son cuatro los espectros que caminan hacia el fuerte, las manos en alto, aferrando aún con ellas sus fusiles, y ante aquella imagen, los legionarios relajan su celo, aliviados.

—¡Hermanos!, ¡Hermanos españoles! —grita Remi—. ¡Venimos de Arruit! ¡Venimos de Arruit!

El Breguet XIX que sobrevuela en aquellos momentos la posición deja oír el ronquido de su motor mientras los últimos rayos de sol riegan con una luz anaranjada los restos inmóviles del drama que allí se ha consumado. El piloto traza una y otra vez círculos sobre un paisaje en el que la vida parece haber desaparecido. Abajo, sobre la tierra ocre en la que la leve sombra del avión se proyecta, varios cientos de cuerpos inertes están siendo cubiertos por el polvo que levanta una brisa vespertina. Son figuras arrancadas de cuajo de la vida, que yacen abandonadas tal y como la muerte las sorprendió. Hombres que dejaron de serlo en un instante jalonan con sus cuerpos la cuesta que asciende hasta la posición, y en su interior un cementerio de cadáveres insepultos da fe de un martirio que solamente estremece a quienes fueron testigos del sacrificio. Y ahora que el aeroplano se aleja y se pierde su silueta en el horizonte, los muertos quedan solos en el silencio de una noche que al fin cae sobre aquel escenario, como cae el telón tras una tragedia que esta vez ha sido escrita con la sangre de



quienes nunca quisieron participar en ella y fueron, pese a todo, sus actores involuntarios.

Epílogo

España

Septiembre

Hace horas que el barco ha comenzado a escupir humo por sus chimeneas anunciando su pronta marcha del pequeño puerto de Melilla. Aún amarrado a él, el muelle que lo acoge se encuentra atestado de soldados que han desembarcado de madrugada de un buque que, apenas vomitada su carga con nuevos reemplazos, recibe ahora a los que regresan a la Península. La contraofensiva comenzó finalmente el 15 de agosto, y todavía se escuchan lejanos y ocasionales disparos de artillería que remueven en el interior de Diego Olarte recuerdos amargos. Piensa, mientras observa culminar el embarque ya desde la cubierta, que hubiera sido reconfortante escuchar aquellos cañones en los días de Arruit. Solamente seis días después, el alto comisario tuvo a bien lanzar al ataque a los treinta y seis mil hombres que finalmente había acumulado en la plaza. ¡Treinta y seis mil soldados! Veinticinco batallones de Infantería, dos banderas del Tercio, dos tabores de Regulares, cinco regimientos de Caballería, veintitrés baterías, diecisiete compañías de Ingenieros y seis de Intendencia. Tanto tiempo de inacción había permitido al harka fortalecerse, enardecida por sus éxitos, y ahora los avances son lentos y costosos. Más bajas que, junto a las producidas por las enfermedades causadas por el hacinamiento en la ciudad durante toda esa espera, habían alimentado las tenebrosas instalaciones del hospital Docker. Quizás —reflexiona el capitán— a Abd-el-Krim le habría bastado con esperar a que ese siniestro lugar terminara de devorar a todo el ejército. Él había tenido suerte. Estuvo ingresado en el hospital de la Cruz Roja e incluso llegó a conocer a la duquesa de la Victoria, al frente de sus aristocráticas enfermeras, que demostraron con hechos la ineficiencia de la administración sanitaria militar. Tardó al menos diez días en recuperar una mínima forma física, si bien no está seguro de haber restablecido aún su salud mental o al menos una mínima paz de espíritu. La que necesita si pretende regresar al mundo que dejó, un día que ya le parece muy lejano.

El pasaje ya está embarcado y se sueltan las amarras, que se desprenden pesadamente de los norays mientras el barco cabecea levemente al ser arrastrado por un pequeño remolcador que fuerza al máximo sus motores, necesitados ya de una urgente sustitución. El muelle se aleja lentamente a la vista de Olarte, que permanece en pie, las manos en los bolsillos, observando con cierta indiferencia cómo el casco de acero se separa de aquella ciudad que fue su destino pero nunca llegó a ser su hogar. Por ello solamente siente alivio cuando, al fin, el buque enfila su proa hacia mar abierto y abandona por babor el puntal del muelle Villanueva.

Él está alojado en los camarotes reservados para oficiales de la cubierta principal, pero no tiene ganas de encerrarse. Necesita respirar. Mira hacia las cubiertas inferiores. Por ellas deambulan centenares de soldados, algunos de los cuales intentan pasear acostumbrándose a las toscas muletas que ya constituirán su ayuda inseparable para caminar. Tullidos de cuerpo y alma. Eso piensa Diego cuando los ve. Como él, que lleva sus cicatrices, imborrables ya. Cicatrices de heridas que en realidad no se cerrarán nunca —o eso piensa— tras el horror que han contemplado sus ojos. No han sido solamente las acciones militares en las que ha participado. Ésa es su profesión: obedecer y mandar, combatir y, si fuera necesario, morir. Pero Olarte ha visto mucho más que eso; y lo ha sufrido. Ha contemplado actos de enorme heroísmo. Recuerda al comandante Benítez en Igueriben, a los muertos en aquella posición; a sus soldados, los valientes que sobreviven, los que cayeron cumpliendo su deber y aquéllos que no fueron capaces de afrontarlo. Entre los primeros, sabe que Remi consiguió escapar de Arruit y que permanece en Melilla porque aún le falta tiempo que cumplir. Pudo hacer alguna gestión para que lo destinaran a un puesto en algún cuartel de la Plaza, pero él no quiso aceptarlo. Ahora probablemente estará batiéndose de nuevo en algún cerro, y serán afortunados los camaradas que luchen a su lado. Recuerda también las miserias de algunos oficiales y su cobardía y dejación en el mando, el pánico contagiado a sus soldados, pero también aquella gloriosa carga del Alcántara que acabó en su sacrificio. Había algo de martirio en aquellas muertes.

Pero a Diego le atormenta sobre todo la imagen agonizante de su amigo, el capitán García Paredes, indefenso ante la velada acusación que aquel teniente lanzó contra él. No pudo impedir su muerte, y quizás nadie lo hubiera podido hacer, pero sobre todo se niega a reconocer la posibilidad de que el camarada tuviera secretos que ennegrecieran la imagen luminosa que siempre había tenido de él. No obstante, nada importaba ya, porque no volvería a verlo, y prefería recordarlo como lo conoció en vida: alegre,

valiente y generoso. Tampoco había vuelto a ver a aquel teniente que acabó con la vida del capitán Millán ante sus ojos y que, a la postre, lo había ayudado a escapar. Le habría gustado preguntarle el porqué de aquellas insinuaciones sobre Paco; que se retractara de sus palabras, que no manchara con calumnias su nombre. Tampoco iba a ser posible. Desapareció en la huida y no se había encontrado con él, ni en el hospital ni por aquellas calles atestadas de soldados. Probablemente también habría muerto. Demasiados muertos, reflexiona Olarte, ¿y para qué? No tiene respuesta a esa pregunta. No obstante, ahora venía el tiempo de la culpa y la acusación.

Cuando fue dado de alta se le llamó a declarar ante aquel general que el Gobierno había designado como juez instructor de una causa que tenía como objetivo conocer las razones del desastre y asignar responsabilidades. Picasso se llamaba; Juan Picasso. Le contó todo lo que recordaba desde su llegada a Annual el 1 de junio hasta que finalmente fue abandonado a las puertas de Melilla el 10 de agosto por aquellos moros dirigidos por Ben Mizzar. Le pareció un hombre meticuloso e íntegro, y durante las tres horas que duró su testimonio sintió una especie de liberación, un desahogo profundo donde la descripción de los hechos en los que había participado salía de sus labios como un torrente de palabras incontenible. Quizás realmente necesitaba contarlo todo tal y como lo percibió para que los muertos tuvieran justicia y los vivos, castigo algunos y dignidad otros. Porque ¿se había comportado él con dignidad? ¿Había obrado siempre bien? Aunque la respuesta fácil era la de pensar que había cumplido sobradamente con su deber, a Olarte le asaltan algunas dudas. ¿Pudo hacer más en aquellos convoyes a Igueriben? ¿Debió morir allí junto con el resto de sus camaradas? ¿Por qué fue él uno de los pocos que se salvó? Sus explicaciones al general Picasso fueron convincentes porque contó lo que realmente pasó, y además su testimonio fue corroborado por el de Remi, quien, con un prestigio bien ganado y refrendados sus hechos de armas por quienes lucharon junto a él, lo habían librado de cualquier sospecha de cobardía ante el enemigo. Pero Olarte se tortura pensando en que él se ha salvado más veces y sobre todo que escapó de Arruit, como uno de los pocos supervivientes de aquel holocausto. ¡Tantos muertos…! Y ahora en aquel barco, regresando a la Península, intentando recordar el rostro de su esposa. ¿Valiente afortunado o cobarde con suerte? No está seguro del todo. Y mientras la proa del buque hiende las tranquilas aguas del Mediterráneo, Diego, apoyado sobre la borda, trata de convencerse de que ha sido un buen soldado y un hombre íntegro en su mando.

No hay bandas de música ni banderas al viento. El puerto de Málaga recibe a los militares que regresan, con una cierta indiferencia.

Mientras comienzan las maniobras de atraque, Olarte ve algunas ambulancias de la Cruz Roja, que esperan para recoger a los heridos, y un grupo poco numeroso de oficiales y civiles tras un pelotón de guardias que controlan una seguridad y un orden que, obviamente, no están en peligro. Diego inspira el aire impregnado en salitre, que contiene olores de mar que le evocan recuerdos de su villa natal. El buque de transporte llega al atardecer y tras su estela regresan a puerto los pequeños pesqueros de bajura que terminan su jornada. Desde las embarcaciones, pintadas con vivos colores azules y rojos, suenan algunas sirenas que intentan acompañar en su regreso a casa a los hombres que han combatido, y, de alguna manera, aquellos ecos casi musicales consiguen transmitir al capitán una calidez que le sorprende sentir aún. Porque el único sentimiento que cree mantener vivo es el de su amor por Cristina. Pensar en su esposa lo mantiene firme. Así ha sido siempre desde que la conoció, y ahora necesitará que lo ayude a no perder la cordura.

Cuando baja por la pasarela rodeado de hombres de semblante apagado y triste, no se fija en una figura que agita un pañuelo desde el muelle. Pero al poner pie en tierra firme y levantar al fin la vista, cruza la mirada con unos ojos que lo han estado mirando desde que las siluetas de los tripulantes habían dejado de ser simples puntos oscuros encaramados en una mole de acero. Quizás lo siguen desde antes. Quizás lo han estado observando siempre mientras velaban por él en el agotamiento, en la lucha, en la desgracia. Diego contempla —ahora sí— el rostro de su mujer, y mientras se acerca al cordón de seguridad apretando el paso, arroja al suelo su maleta y, al fin, liberado ya de su angustia, se aferra a aquel cuerpo que se le ofrece y lo acoge mientras desde su interior tratan de fluir infructuosamente unas lágrimas que ya no tiene, porque todas lo abandonaron un día para siempre, empapando con su dolor la tierra seca del Rif.

Cuando termina de leer el expediente, el comandante Egea suspira levemente, levanta la cabeza, se quita las gafas y echa hacia atrás su cuerpo dejando que la espalda encuentre acomodo en el sillón. A través de las ventanas del despacho, la luz de Madrid inunda con fuerza la estancia. Allí está todo. En aquellas páginas. Decenas de albaranes, apuntes, libros de contabilidad que acreditan el desfalco continuado en el suministro de medicamentos, el fraude masivo con las asignaciones para el ganado y las raciones de los soldados. Hasta hay una declaración jurada de un capitán médico que describe con detalle los abusos sobre la población por parte de la Policía indígena, la complicidad de algunos mandos, el juego, las deudas, los sobornos,

el tráfico de armas. Un compendio de delitos que se han venido cometiendo en la Comandancia de Melilla sin interrupción, con la complicidad o, en el mejor de los casos, la ignorancia negligente de quien tendría que haber velado por el cumplimiento de la ley y la decencia. El informe del teniente Manuel Altamira es exhaustivo, y apunta nombres y fechas. Y aporta pruebas. Acusa con dureza a determinados oficiales y describe una situación de podredumbre imposible de justificar. Una deshonra que cubre de ignominia al Ejército. Unos hechos que, de conocerse, serían objeto de escándalo en la calle y motivo de ataques en el Parlamento. Nada de esto conviene, ni al ministerio ni, por supuesto, al país, que ahora se encuentra enardecido y con sed de venganza, apoyando toda la población de forma entusiasta los avances de las tropas que tratan de reconquistar la tierra perdida.

Egea cierra los ojos y llama a su ayudante, mientras vuelve a introducir en un pequeño sobre las dos llaves que éste contenía, y anuda, con ellas en su interior, el expediente. Un teniente de aspecto atildado, de los que nunca ha salido de las covachuelas del Negociado de Marruecos en el Ministerio de la Guerra, acude presto a la llamada.

—A la orden de usted, mi comandante.

—García. —La voz del jefe parece cansada. Le cuesta dormir por las noches por el calor—. Este expediente… —Se inclina sobre la mesa suavemente mientras toca con el índice un grueso paquete de folios que ya ha cerrado, envuelto en sus tapas de cuero—. Este expediente, al archivo.

—¿El de Melilla que ha llegado esta mañana?

—Sí; el de la Comandancia de Melilla. La investigación del teniente Altamira.

—¿Quién?

—Es igual. Usted obedezca. Ya me encargo yo de informar al coronel.

—¡Ah, sí! —El ayudante finge que acaba de recordarlo y habla de manera afectada—. El teniente Manuel Altamira. El de Intendencia. El policía.

Egea lo mira con cierto asombro. Su ayudante siempre le ha resultado un imbécil. Aquella actitud le confirma lo acertado de sus convicciones.

—Expolicía.

—Precisamente. —Le tiende otro expediente, más liviano, y lo deposita en la mesa—. Esto ha llegado hoy también. De la Guardia Civil. De Melilla.

El comandante lee el encabezamiento —«Comandancia de la Guardia Civil de Melilla. Secreto y Confidencial»— y abre la carpeta. Conforme va ojeando los folios anudados, el contenido despierta su interés.

—¿Y esto?

—Es la instrucción policial relativa a una serie de crímenes que, por lo visto, se cometieron en la Plaza entre junio y julio. Apuntan a un hombre en concreto como principal sospechoso. —El ayudante desliza sus palabras solícito y, de alguna manera, su calma al responder delata cierta intención malévola. La reafirma cuando, tras una pausa, concluye—: El teniente Altamira.

Egea finge no escucharlo. Está revisando el informe. Tres muertos en un establecimiento financiero tras ser incendiado, al parecer intencionadamente. Tres judíos. Un teniente de la Policía indígena y una mujer, una tal Dolores —¿Lola? ¿La remitente de la carta?—. En todos los casos, Altamira estuvo cerca o directamente relacionado, según las pesquisas policiales que ahora se concretan en aquellos renglones que detallan fechas, entrevistas y testimonios de varios ciudadanos. Lee también el de uno de ellos: el capitán Francisco Millán, muerto en Arruit.

—Este expediente me lo quedo yo, teniente. Puede retirarse. —No es una invitación. Le tiende el informe que lleva la firma de Altamira y guarda en uno de los cajones de su mesa el de la Guardia Civil.

—A la orden, mi comandante. —El oficial recoge el voluminoso tomo, saluda y gira sobre sus talones en ademán exagerado.

—Una cosa más. —La voz del comandante suena fría, casi metálica. Parece una amenaza.

—Usted dirá, mi comandante.

—No quiero volver a ver ese expediente en este despacho. ¿Me ha entendido, teniente? Archívelo en la caja fuerte y entrégueme la llave. ¿De verdad lo ha comprendido bien?

El ayudante tarda unos segundos en contestar. Al fin da muestras de

reaccionar.

—Perfectamente.

—Otra cosa más. —Intenta relajar el tono de su voz—. ¿Se sabe algo de Altamira?

El papel está arrugado, pero aún resultan legibles sobre el tinte azul del telegrama las listas blancas que contienen las palabras de ánimo del monarca:

«¡Olé los hombres!

El 25 te espero.

Alfonso XIII».

Altamira apura otro trago de su cerveza mientras contempla el mensaje del rey a su amigo, el general Manuel Fernández Silvestre, pocos días antes de consumarse el avance sobre Abarrán que dio comienzo al desastre. El comandante general no necesitaba de muchos ánimos para hacer lo que siempre le había dictado su concepción decimonónica de la milicia, pero el impulso real era también, además de una muestra de afecto y confianza, la prueba de una intromisión que, de conocerse, dañaría irremisiblemente la reputación del jefe del Estado, teniendo en cuenta la tragedia desencadenada. El teniente mira a través de los cristales del café al que ha llegado tras entregar en el ministerio el informe con el resultado de sus investigaciones. Se ha quedado con una copia, que ahora se encuentra junto a él, sobre aquella mesa de mármol; la misma en la que el 1 de junio bebía un café antes de encaminarse al palacio de Buenavista sin conocer lo que le aguardaba. No ha querido entrevistarse con el comandante jefe del Negociado de Marruecos. Tampoco lo esperaban allí. Simplemente ha depositado el resultado de su trabajo en la recepción y se ha alejado del lugar, intentando saborear pausadamente las antiguas rutinas de su vida madrileña. Manuel no sabe qué le deparará el futuro, y tampoco tiene especial interés en rememorar el pasado. No le produce dolor. Ni siquiera las muertes. Si acaso, una indiferencia atenuada por ciertos recuerdos de un amor imprudente y esquivo y en cualquier caso ya desaparecido.

Observa la calle. Las obras de la Gran vía continúan su avance y los transeúntes siguen en sus afanes, ajenos a la lucha que se recrudece al otro lado del Estrecho. Una lucha en la que él ha participado y de la que ha conseguido escapar aún no sabe bien cómo. De Arruit simplemente se fue tras cumplir con su misión. No hubo nada heroico en ello. Corrió, como tantos, y no fue molestado. Al poco tiempo de abandonar la posición perdió de vista a aquel capitán que había irrumpido en la enfermería y simplemente siguió andando, pero hacia el norte, siguiendo su instinto mientras se cruzaba en el camino con algunos moros que le lanzaban miradas entre curiosas y amenazadoras. Probablemente la pistola que portaba en la mano en todo momento consiguió disuadir a los más atrevidos. El caso es que escapando de la ruta más corta llegó a las estribaciones del Gurugú, a la pequeña localidad del Zoco el Had, territorio de la cabila de Beni Sicar, todavía leal a España, y de allí pudo enfilar sus pasos hasta Melilla sin problemas. Una historia sin nada especial que contar. O al menos eso le parece a él. Embarcó cuando pudo, tras retirar las pruebas guardadas en la caja de seguridad del banco y, comprando su propio pasaje con las últimas pesetas que le quedaban de la involuntaria aportación de la maleta de Aguado, arribó a Málaga para dirigirse desde allí a Madrid, donde pudo ultimar su informe antes de entregarlo en las dependencias oficiales.

Altamira no sabe qué va a ser de su vida, y piensa que tampoco le importa demasiado. Afrontará lo que tenga que venir, pero por ahora tratará de continuar con sus rutinas, como había venido haciendo hasta que aquella notificación del Negociado de Marruecos las cambió abruptamente. Tiene —eso sí— una duda. Mantiene entre sus dedos el telegrama y lo lee una y otra vez. No lo ha incorporado a su informe, y está seguro de haber hecho lo correcto. Finalmente toma una decisión. Tu rey es tu rey, piensa para sí, rememorando algo que leyó una vez, y encendiendo una cerilla quema lentamente el mensaje sobre el cenicero de bronce que tiene junto a él. Ante la mirada entre reprobadora y extrañada de algún camarero ocioso que lo mira, contempla cómo aquellas palabras, mezclando su ceniza con la de los cigarrillos que ha apurado durante aquellas horas, desaparecen calcinadas y al fin se levanta y se encamina a la puerta, para acceder de nuevo al calor sofocante de un Madrid que arde, y se dirige, como siempre había venido haciendo en su anterior vida durante cada jornada, al cuartel de la Montaña. Tampoco tiene —piensa— otro lugar a donde ir.

Medinaceli queda arriba, sobre el cerro desde el que se dominan la carretera y la vía férrea que comunica Madrid con Zaragoza y Barcelona, y Ángel puede vislumbrar desde su vagón el arco romano

que preside el viejo caserío enriscado. Desde la estación le aguarda un largo recorrido a pie hasta Rello, porque, aunque ha avisado por carta de su llegada, no espera que nadie acuda a la estación a recibirlo. No tendrían medios para hacerlo. El tren aminora ya su marcha anunciando con un estridente pitido la entrada del convoy en el andén, y Ángel siente cómo se agudiza en él el deseo de encontrar de nuevo la tranquilidad de su vida anterior, la que se vio cercenada de raíz por el reclutamiento y sobre todo por la muerte inesperada de su madre. Porque es a ella a quien más echa de menos, y lo primero que está deseando hacer es visitar la tumba en la que descansa, allí, en el pequeño cementerio de su pueblo. Su madre, aquella que —Ángel está convencido— ha velado por él siempre y en todo momento. Porque la ha sentido. Ante cada dificultad, ante cada miedo y cada duda, ella lo ha acompañado. Cuando ha tenido pánico, ella le ha reconfortado; cuando ha sentido hambre y sed, ha permanecido junto a él para darle las fuerzas que le faltaban. Necesita agradecerle todo el amor que ha hecho de él el hombre que ahora regresa a su hogar. Se fue casi como niño y vuelve como adulto, cargado de experiencias y marcas indelebles que sabe que perdurarán en su interior para siempre. Pero es que eso es la vida —piensa—: un cuerpo que envejece mientras el alma lucha por no oscurecerse ante cada revés, obstáculo o tragedia que le sobrevenga.

Mientras desciende por la escalerilla del furgón de tercera en el que ha viajado kilómetros interminables, trata, no obstante, de no mirar atrás, de no pensar en ese pasado tan inmediato que, pese a todo, sabe que condicionará su vida en lo sucesivo. Apenas bajan dos o tres personas con él. Aquel lugar es la precaria conexión de la provincia con alguna línea ferroviaria principal, y aunque el modesto edificio de la estación presenta un aspecto aceptable, todo en ese paraje recuerda a una España apartada del bullicio que pudo comprobar hace unos días cuando, desde Málaga, comenzó su interminable regreso y el tren lo obligó a hacer un transbordo en Madrid, ciudad cuyo aspecto y ajetreo le produjeron una sensación de agobio y nervioso desconcierto. En la capital pudo al fin enviar la carta del teniente Medina de Castro a su prometida, cumpliendo así su promesa y siendo fiel a la encomienda recibida. Y ahora está allí, de nuevo en casa, y conforme se disipa el vapor que expele la locomotora anunciando su marcha, tiene tiempo para echar un vistazo al andén. No lo distingue bien al principio, pero tras avanzar unos pasos, identifica una figura y un rostro que le resultan familiares. Acompañado por el sonido del traqueteo del convoy que ya abandona la estación lentamente, se acerca y puede ver entonces los rasgos casi pétreos de su padre esbozando una sonrisa que se ensancha cuando se cerciora de que su

hijo ha vuelto. Al fin. En la mirada de aquel hombre se percibe un humedecimiento que es alivio, agradecimiento y amor. Ambos, padre e hijo, se encuentran. Están frente a frente y no se hablan, temerosos de que, al tocarse, aquella comunión que ha resurgido desaparezca y se esfume como si se tratara de un sueño. Y al fin, como movidos por una intangible señal, se abrazan y, ahora sí, lloran, mientras el hijo aferra la espalda de su progenitor y éste acaricia el pelo de aquél a quien una vez temió no volver a ver nunca más.

—Padre.

—Hijo… Hijo mío.

Solo entonces repara Ángel en que su padre no está solo. Mira tras él y puede ver a unos metros a don Julián, que lo saluda con una inclinación de cabeza y una sonrisa. Llega a escuchar un «Bienvenido a casa» que le suena como el comienzo de un nuevo capítulo de aquellos libros con los que aprendió a leer.

—Padre. —Lo mira seriamente y con respeto—. ¿Pero cómo ha venido usted hasta aquí desde el pueblo? ¿Y mi hermana?

—Tu hermana está en casa esperándote. Supuso que llegarías con hambre, y te está preparando algo. Y a don Julián y a mí nos ha traído en su automóvil don Jaime, el arquitecto que está ayudando a que no se nos caiga la iglesia.

Ángel mira a la puerta del edificio de la estación. Desde allí, un hombre alto y delgado lo saluda llevándose la mano al sombrero, tímidamente, respetando el reencuentro familiar. Ángel corresponde al saludo con agradecimiento y se dispone a recoger su petate. No pesa mucho. Se fue con poco y regresa con menos. Entonces escucha la voz de su padre de nuevo.

—Ángel; hay alguien que también ha venido a verte.

Y mira cuando su padre se aparta a un lado. Allí, unos metros tras él, una figura menuda aguarda sonriéndole con timidez. Reconoce aquellos ojos. No podría olvidarlos. Son los de la joven de Medinaceli. La mujer con la que ha soñado cada noche desde que un día su vida le permitió coincidir con ella como una premonición inalcanzable de tiempos felices. Se aproxima allí donde ella aguarda mientras ésta lo observa, y su rostro denota el nerviosismo de una cercanía deseada y jamás expresada. No habla, no pronuncia palabra, y espera de todo corazón que Ángel dé el primer paso. Al fin, éste, con la determinación de quien dejó hace meses de ser apenas un niño, sonríe

y pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Isabel —contesta—. Me llamo Isabel.

En Getxo (Vizcaya), a dieciséis de mayo de dos mil veintiuno

Apuntes y nota bibliográfica

Siempre, desde que aún muy niño me asomaba con curiosidad a la biblioteca de mis padres, me ha apasionado la Historia. Accedí fascinado por primera vez a sus misterios a través de las grandes y primorosamente editadas ilustraciones de una cuidadísima edición en gruesos volúmenes de la Historia de España, del Marqués de Lozoya, que abría con reverencia, leyendo únicamente pies de foto cuyo significado no me planteaba entender, ignorando, por incomprensible, el texto prolijo y denso que aún no podía saborear o, llegado el caso, criticar, comprender o asimilar. Simplemente leía aquellas breves reseñas y las asociaba con la imagen. Así entraban por mis ojos espectaculares óleos de Monleón sobre grandes navíos de línea que luego se convirtieron en ataúdes de madera en Trafalgar, retratos de hombres que miraban al pintor con solemnidad y a los que el niño que yo era observaba con respeto, ignorante de qué hechos habrían protagonizado aquellos personajes, pero convencido de que en cualquier caso serían apasionantes; fotos antiguas de sucesos que intuía que tenían relación con los días que me tocaba vivir y, en fin, recuerdos de lugares que visitaba y cuyos restos, mejor o peor conservados, me transmitían una felicidad que pocas cosas en la vida me han regalado nunca. Fue así, amparado en esa curiosidad y aprovechando el muy variado fondo bibliográfico de mi casa familiar, como con nueve años topé con un artículo de la revista Historia y Vida titulado «Vida y martirio en Monte Arruit». Presidían el reportaje las muy conocidas fotos de la entrada monumental de la posición, antes y después del asedio. Aquel contraste me fascinó. Era la primera vez que leía aquel nombre, y, por supuesto, ni que decir tiene que me resultaba imposible identificar ni su localización ni su ubicación en el amplio registro temporal de la historia de España. Pero hubo algo en aquella terrible historia, en aquellas fotos tan perturbadoras que, lejos de alejarme, me incitó a seguir buscando con curiosidad. Desde entonces, la historia del Desastre de Annual me ha cautivado. Creo sinceramente que pocos acontecimientos históricos reúnen en sí mismos en tan poco espacio temporal tal conjunto de hechos contradictorios y apasionantes. Aquellos impactantes días aúnan a la vez actos de un heroísmo supremo mezclados con episodios en los que quedaron patentes la más abyecta cobardía, brillantes acciones de armas con desastres tácticos y estratégicos y mediocridad o negligencia extrema en la dirección de las tropas. Todas las clases sociales estuvieron implicadas, si bien por razones de injusticia legislativa, además de las meramente económicas o demográficas, las clases populares engrosaban mayoritariamente las filas

de los regimientos que fueron lanzados al combate con escasa preparación y menos medios. No obstante lo ocurrido, cuando las tropas europeas fueron bien mandadas, respondieron con eficacia y coraje. Pero es todo el planteamiento de la campaña que termina abruptamente en Annual lo que resulta una paradoja en sí misma: una potencia media como era España, metida a hoz y coz en un avispero de tribus mal avenidas que subsistían en una tierra pobre en recursos —lejos de las supuestas y abundantes riquezas minerales que se prometían— pretendiendo además imponer un orden que, a diferencia del rodillo colonizador de otras potencias mayores, fue en el mejor de los casos benevolente y, en muchos, timorato y torpe, no exento de casos de corrupción o violencia. Así pues, el heroísmo, la cobardía, la honradez y la podredumbre, la competencia y la negligencia se dieron todos a la vez y en diferentes medidas en aquellos días, representando en poco tiempo un mosaico de teselas desordenadas, que en el fondo no eran sino el retrato de una España que transitaba por los últimos años de la Restauración sin terminar de encontrar del todo su sitio en el orden de las naciones europeas, superadas sus capacidades por aquella empresa.

Desde entonces desfilaron ante mis ojos los rostros de sus protagonistas. Desde algunas páginas me miraban, serios, posando bien para la historia, bien para su familia, los grandes personajes, pero también los que figuraron en las últimas páginas de los libros que contaban los hechos en los que participaron. Allí estaba la imponente figura del general Silvestre, el general Navarro, el coronel Morales y Manella, los tenientes coroneles Primo de Rivera y Fernández Tamarit, el comandante Benítez; los capitanes Amador, Arenas y Escribano, el teniente Medina de Castro y tantos otros. Pero también, en su reverso oscuro, el coronel Araujo, de infausto recuerdo; el cabo Arenzana con su historia inventada con la que consiguió engañar a tantos; el comandante Villar, protagonista de un flagrante caso de omisión de auxilio y temeridad logística y muchos otros que exhiben sus vergüenzas en el Expediente Picasso. Luego, las imágenes de tantos muertos, soldados anónimos como los que aparecen en los días previos arremolinados, junto a vetustas cocinas de campaña, cañones o blocaos o posando en fotos de estudio que amarillearían en las repisas de las cómodas de familias que tuvieron que guardar luto por ellos. La historia de todos ellos es la Historia de España, y con las páginas que anteceden he intentado, quizás torpemente, reflejar tal y como yo lo imagino el devenir de unos hechos trágicos en los que se vieron envueltos tantos españoles que convivieron en aquel tiempo en una tierra dura y arisca enfrentados a guerreros eficaces y brutales.

Evidentemente, los protagonistas principales son todos ellos personajes de ficción: Olarte, García Paredes, Millán, Altamira, Lola, Ángel y tantos otros, pretenden representar las diferentes formas de ser y de sentir de

muchos españoles, con sus defectos y sus virtudes, y sobre todo reflejar a través de sus historias un panorama lo más amplio posible de lo que fue aquel desastre. He dejado aparte, sin siquiera mencionarlos, escenarios puntuales que desempeñaron también un papel importante porque he entendido que, de intentar abarcarlo todo, se perdería la esencia de lo que fueron el inicio, el desarrollo y la culminación trágica de la retirada. Así, no menciono el episodio de Dar Quebdani, guarnición al mando del coronel Araujo, que, hecha la salvedad de la valiente resistencia del capitán Amador, se rindió de forma humillante y miserable a instancias de sus mandos para ser posteriormente masacrada. Tampoco cito la desastrosa retirada de la posición de Zoco el Telatza hacia las posiciones francesas ni las resistencias numantinas de los enclaves costeros de Sidi Dris y Afrau, que por sí solas ya merecen un relato aparte, como brillantemente tiene escrito Lorenzo Silva en su magnífica novela El nombre de los nuestros, precisamente sobre la primera de ellas. Melilla y el ambiente que se creó en la ciudad debían tener un papel clave, y, de ahí, la trama que trata de describir los casos de corrupción que, aunque probablemente no generalizados, sí que fueron significativos. Es importante apuntar finalmente que los textos de los telegramas que aparecen entrecomillados, los emitidos desde Igueriben y Monte Arruit por Benítez y Navarro, son reales. Al menos se dan por ciertos los del primero, o somos muchos los que queremos creer en su literalidad, si bien aquellos angustiosos y heroicos heliogramas no han podido ser confirmados. No así los de Navarro comunicando con Berenguer, que son auténticos, y con su literalidad los he integrado en el texto. El famoso «telegrama del Rey» ha sido y fue repetidamente mencionado como veraz, sobre todo insinuada su existencia en sede parlamentaria, si bien nunca se ha podido acreditar su autenticidad. Lo utilizo como recurso literario, sin querer con ello dar por sentada su realidad. Sobre la conversación entre Berenguer y Silvestre en el mar frente a Sidi Dris, he reflejado como título de uno de los capítulos la frase despectiva del comandante general en relación con su superior «Pues le diremos a Abd-el-Krim que espere», dado que así fue testimoniada por testigos directos tras el encuentro. Querría apuntar igualmente que el título de otro de los capítulos, «El trueno de Abarrán», se ha extractado de las referencias citadas por Julio Albi de la Cuesta en su libro sobre el desastre, que seguidamente mencionaré.

Todo ello —la mezcla de realidad y ficción— se ha intentado llevar a cabo desde la mayor honestidad y con humildad, tras muchas jornadas de estudio y con la finalidad de mostrar en lo posible y al detalle una historia real, tratando de no tergiversar los hechos históricos al ser vividos por los personajes que transitan por la novela. El lector sabrá decidir sabiamente si he conseguido alguno de mis objetivos.

Existe mucha y muy buena bibliografía sobre el Desastre de Annual: personalmente tengo que destacar la obra que, a mi modo de ver, es el trabajo definitivo sobre este episodio: En torno a Annual, de Julio Albi de la Cuesta, editado por el Ministerio de Defensa, es, sin duda, el libro que cualquiera que muestre un interés serio sobre el tema debe leer. Julio Albi de la Cuesta tiene el don privilegiado de aportar a la vez un rigor histórico superlativo, plagado de datos y referencias, y una amenidad y en ocasiones fina ironía que muchas veces se echa de menos en la historiografía española. Se lee con pasión y deleite, y tras él considero que nada más puede aportarse a la investigación de este episodio. A quien esté interesado le recomendaría que lo adquiriera solicitándolo directamente al Ministerio de Defensa. Al final, en su día, resultó ser el camino más corto.

Historia secreta de Annual, de Juan Pando (Temas de hoy: historia) es un libro apasionante. Es ameno y riguroso, y su lectura llega al corazón: tal es la habilidad literaria del autor. La narrativa de hechos tan extremos requiere de algo más que una fría colección de datos, y Juan Pando cumple con creces ese cometido. Resulta también de imprescindible lectura.

Morir en África, de Luis Miguel Francisco (Crítica), aporta un novedoso e interesantísimo enfoque a través de un exhaustivo repaso recopilatorio de titulares de prensa coetáneos al Desastre, diarios y testimonios personales de varios protagonistas. Me atrevería a decir que este libro consigue continuar la línea emprendida en su día por Antony Beevor con sus libros, especialmente Stalingrado, en los cuales se incorpora el muchas veces olvidado testimonio de los protagonistas de los hechos que se relatan o investigan.

La Guerra de Marruecos, de Salvador Fontenla Ballesta (La esfera de los libros), aporta relevantes datos históricos y técnicos sobre la totalidad de las campañas del Ejército español en Marruecos. Si se pretende escribir sobre el Ejército es imprescindible conocer, siquiera mínimamente, la estructura y el funcionamiento de la milicia española en la época, y nadie mejor que un general de Brigada para trasladar tales conocimientos al papel. Espero que se me pueda perdonar por los expertos los seguros errores cometidos por mi parte en este aspecto en la novela. Sin duda mi experiencia como alférez de complemento no es bagaje suficiente como para escribir con seguridad al respecto, si bien en relación con la obra citada creo que debo apuntar como leve crítica una repetida costumbre de las obras escritas por algunos militares profesionales, casi siempre muy meritorias, pero muchas veces cargadas de prejuicios contra una clase política a la que sistemáticamente se le culpa de las catástrofes bélicas, cuando éstas han ocurrido en ocasiones y de modo relevante por la negligencia puntual de quien debió estar preparado para afrontar determinados acontecimientos y no lo hizo con la pericia que le era

exigible. En este sentido, debe recordarse que las partidas presupuestarias del Ministerio de la Guerra para Marruecos no cesaron de aumentar y que la mayor parte de las comisiones encargadas de las compras de armamento que rechazaron, incomprensiblemente, lotes de armas sobrantes de la primera guerra a un precio de saldo estaban formadas por militares. La evidente torpeza política no fue, pues, la única responsable del desastre.

Apasionante es la lectura de los discursos de Indalecio Prieto en su etapa como parlamentario socialista en aquellas Cortes de la Restauración. Político y periodista destacado en el frente por El liberal al poco de consumarse el desastre de Arruit, Prieto nos ha dejado artículos de enorme valor por representar la visión de un ciudadano de gran agudeza e infinita curiosidad.

Estos artículos pueden leerse en Con el rey o contra el rey, de la mexicana Ediciones Oasis (ya desaparecida, por desgracia). Sus descripciones de la vida en Melilla en agosto y septiembre de 1921 resultan testimonios impagables, y me han sido de enorme utilidad a la hora de tratar de sumergirme en el ambiente de aquella población. Por supuesto, quien quiera empaparse más del papel político desempeñado por este bilbaíno de adopción tiene a su disposición varios volúmenes en los que se pueden encontrar los beligerantes discursos que tienen que ver con el Desastre. Una buena edición es Discursos Fundamentales. Indalecio Prieto, de Ediciones Turner.

En parecido tono periodístico, aunque un tanto más caótico, resulta muy interesante el libro de Manuel Leguineche Annual 1921. El desastre de España en el Rif (Alfaguara). Incluye con gran acierto largas entrevistas con testigos de aquella época, soldados e incluso rifeños que al tiempo de haber sido escrito el texto aún vivían. Recoge incluso sus experiencias viajeras a la zona tratando de visitar los lugares más emblemáticos de la contienda y contiene un apasionante apéndice que incluye, incompleto, el informe del fiscal militar que preparó el escrito de acusación que formó parte del Expediente Picasso.

Más genérico y que toca solamente de forma tangencial la campaña es la obra del teniente general Francisco Gómez-Jordana Souza La tramoya de nuestra actuación en Marruecos, en una edición de 1976 de Ediciones Castilla. Interesante por ser el autor hijo y nieto de militares que desempeñaron un importantísimo papel en relación con Marruecos.

La figura de Alfonso XIII y su época está magníficamente tratada en la que considero la obra definitiva sobre este monarca: Alfonso XIII, de Javier Tusell y Genoveva Queipo de Llano (Taurus). Resulta imprescindible para comprender no sólo los antecedentes del desastre, sino también su

consumación y posterior influencia en el devenir de los acontecimientos que cambiaron y desde luego convulsionaron España en los años posteriores. Mi concepción del papel del monarca en los hechos marroquíes cambió radicalmente tras su lectura. Se trata de un texto desapasionado y objetivo, siempre bien fundamentado y documentado.

Ninguna bibliografía básica sobre el Desastre de Annual debe dejar de mencionar como lectura imprescindible la del denominado Expediente Picasso. Recientemente se ha editado de nuevo por Almena (El expediente Picasso. Las sombras de Annual) esta maravillosa instrucción acometida por el laureado general Juan Picasso González, conteniendo el resumen por él elaborado para su presentación ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina y las actuaciones de este consejo ante el citado expediente. La lectura de los exhaustivos interrogatorios a todos y cada uno de los supervivientes del desastre, los razonamientos y conclusiones expuestos con claridad e inteligencia, las conjeturas, las preguntas que se hace sobre los acontecimientos y el detallado relato de las acciones de sus protagonistas demuestran por sí mismos no sólo la absoluta integridad del general instructor, sino también la evidencia de que el sistema militar igualmente generaba hombres de tan altas capacidades (circunstancia acreditada en los hechos protagonizados por parte de esa oficialidad en la citada campaña). Nada de lo que se pueda decir o escribir sobre el Desastre puede obviar el magnífico trabajo del citado juez instructor. Los avatares sufridos posteriormente por los ejemplares físicos del expediente darían por sí mismos para una novela aparte.

Por supuesto, recomiendo encarecidamente la lectura de revistas especializadas. Todas ellas han tratado alguna vez el tema de Annual, pero decididamente considero la mejor con diferencia el especial sobre el Desastre editado por Desperta Ferro en su revista Desperta Ferro Contemporánea» correspondiente al mes de diciembre de 2018, en su número 30.

Novelas sobre Annual hay muchas. Por supuesto, Imán, de Ramón J. Sender, testigo de excepción de aquellas campañas. También el segundo volumen de la trilogía La forja de un rebelde, de Arturo Barea. Pero en mi opinión es, como ya he dicho antes, El nombre de los nuestros, de Lorenzo Silva, la que con mayor vigor y emoción consigue transmitir al lector los sucesos que, al menos en lo que respecta a las posiciones de costa, sacudieron al Rif en aquel año.

Los archivos fotográficos sobre aquella época nos muestran un mundo apasionante, en ocasiones triste y abandonado, pero siempre fiel testigo de la realidad, en la que hombres de todo tipo y condición trataron de enfrentarse a situaciones en las que tuvieron que dar lo mejor de sí mismos

(o en ocasiones lo peor) para afrontarlas y superarlas. Una magnífica colección de fotografías del Desastre se puede encontrar en el libro de Antonio Carrasco García Las imágenes del desastre. Annual 1921 (Almena), que además de un buen texto sobre las operaciones también incluye el informe del fiscal instructor anteriormente citado, de una calidad jurídico-literaria impresionante.

Confío en que este intento de ofrecer al posible lector una historia que le permita entretener sus momentos de ocio también consiga trasladarle la fuerza incontenible de unos hechos que impactan precisamente por cómo reflejan la extraña convivencia y la contradicción entre todos los vicios y virtudes del ser humano, cuando éstos afloran en situaciones extremas. En cualquier caso, este relato es mi particular homenaje a aquellos hombres: los que murieron y los que sobrevivieron. Todos ellos merecen el recuerdo de las generaciones de españoles que estén por venir, porque todos deberíamos preguntarnos también cómo reaccionaríamos cada uno si nos tuviéramos que enfrentar a unos hechos siquiera similares en una época como aquélla. Si he llegado o no a conseguir mínimamente todos estos objetivos, es tarea que únicamente corresponde al lector que tenga la deferencia y amabilidad de haberse enfrentado a estas líneas.

Lloverá tierra seca sobre Annual

Sinopsis



Annual, verano de 1921.

Un lugar y una fecha grabados a fuego en la memoria de España. El comienzo de uno de los mayores desastres militares de la historia de nuestro país. El germen de muchos males que aún hoy conforman el imaginario colectivo. Desenlace trágico de una aventura colonial plagada de irresponsabilidad, desidia y corrupción, pero también de ejemplos de heroísmo, entrega y sacrificio.

Ángel, el humilde soldado castellano que abandona su Soria natal por primera vez. Manuel, el escéptico militar, expolicía desubicado, encargado de una investigación ministerial. Diego, oficial soñador y enamorado que trata de cumplir su deber desde la valentía y el honor.

Las vidas de los tres protagonistas, de orígenes todos ellos tan diferentes, transcurren separadas en un escenario bélico que acabará finalmente envolviéndolos y conduciendo sus caminos hacia un final en el que la tragedia vivida dejará en ellos una huella imborrable.

Biografía del autor

Santiago Díaz Morlán

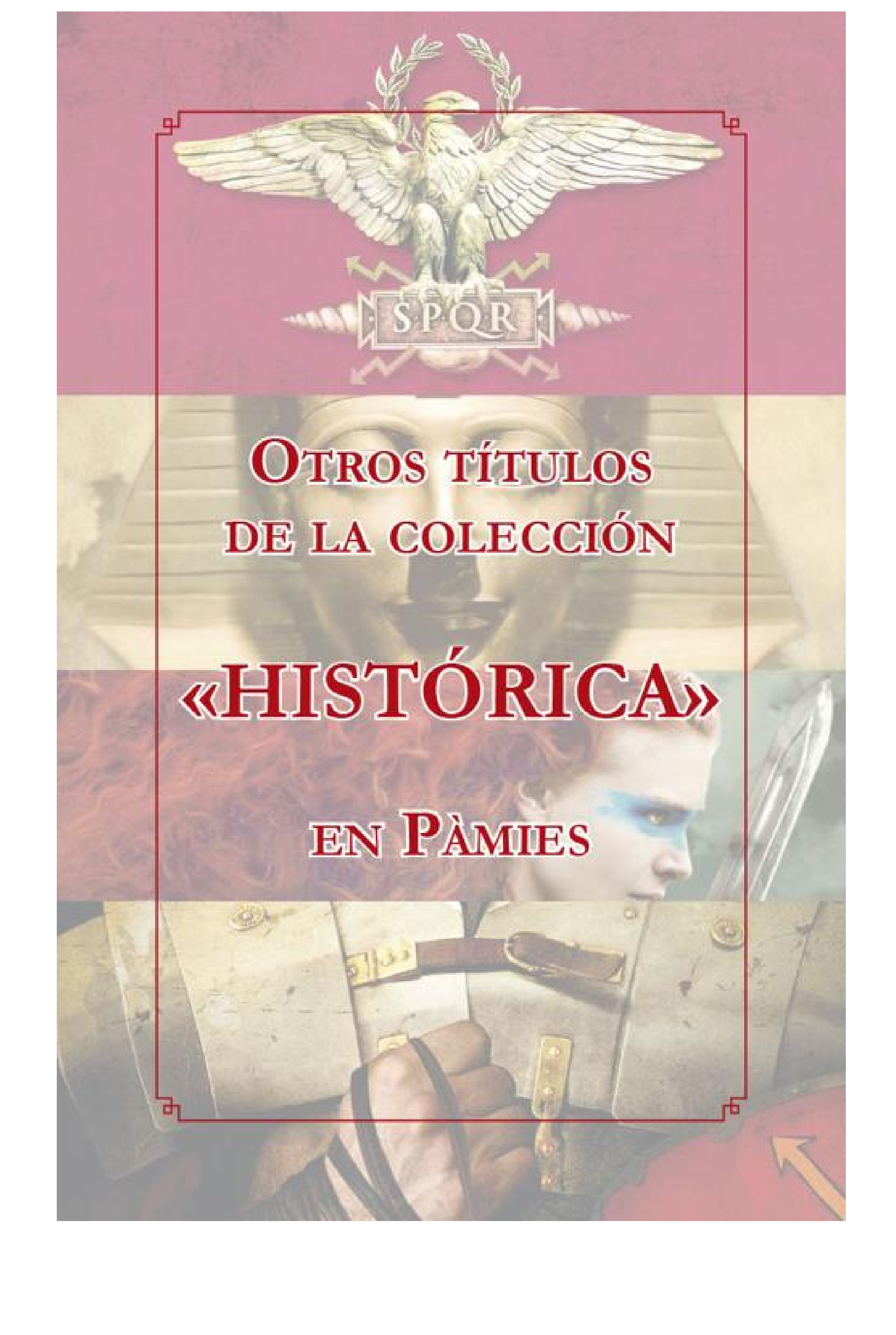


Es un abogado bilbaíno nacido en 1965. Compagina el ejercicio profesional con sus verdaderas pasiones: la historia y la escritura.

Publicó en 2022 su primera novela, *Cuando el hielo deje de crujir,* ambientada en el año 407 d. C., al comienzo de la caída del Imperio romano de Occidente. Convencido de la importancia del conocimiento de la Historia para comprender la conformación de lo que entendemos hoy por Europa y en especial el actual devenir de nuestro país, da el salto a la edad contemporánea con su nueva novela, *Lloverá tierra seca sobre Annual,* en los turbulentos años de comienzos del siglo xx.

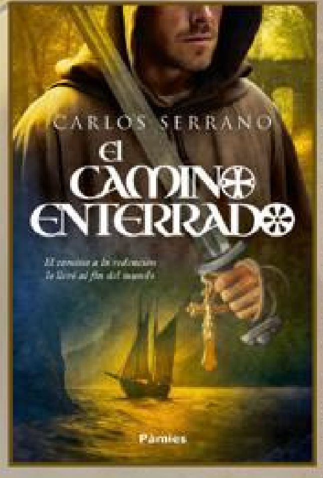
Articulista ocasional, motero veterano, vive hoy a caballo entre las tierras que le aportan la felicidad que todos en algún momento buscamos y que en su caso se resumen en el Cantábrico profundo de las costas de Vizcaya y el alma eterna de Castilla.

IG: sdiazmorlan


SPQR
Otros títulos
de la colección
«HISTÓRICA»
en Pàmies

El camino enterrado

Carlos Serrano



Año 827 d. C.

Gastón de Lyon es un veterano de guerra asolado por la culpa y el arrepentimiento. Combatió durante su juventud a las órdenes del emperador de los francos, y las víctimas de su espada se esfuerzan cada noche en recordarle sus crímenes. Su alma se encuentra maldita por ello, y ni siquiera la Iglesia y sus consejos han podido sanarla. Retirado en un monasterio junto al Ródano, cerca del convento donde vive Gala, su única hija, Gastón comprende que el clero nunca podrá ayudarlo, y decide partir lejos con la chica. La pregunta es dónde podrá lograr su redención, y en boca de curanderas, herejes y judíos aparece el nombre de un sendero secreto que padre e hija seguirán hacia las costas del fin del mundo. Toulouse, Burdeos, el castillo de Gauzón, la torre de Hércules y Lisboa aparecerán en el camino, pero la meta es Iria Flavia, donde descansan los muertos y se encuentra la tumba del único apóstol que puede acabar con la maldición del guerrero.

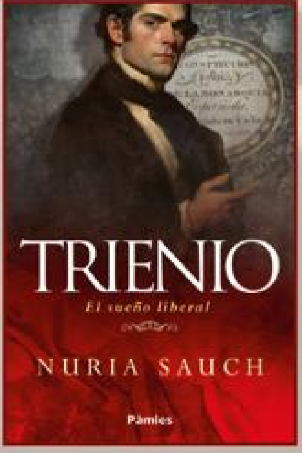
El camino enterrado aborda el descubrimiento del sepulcro del apóstol Santiago en Galicia y el comienzo de la peregrinación cristiana hacia Compostela. Los pilares del evento son muy anteriores, y durante el camino aparecerán nombres como el de Prisciliano y un poso pagano que nunca podrá ser enterrado del todo. El camino nace mucho antes que el descubrimiento de la tumba, y solo quienes eran poseedores de ese conocimiento podían encontrar la verdad y el perdón.

Captura en el código
los primeros capítulos de
El camino enterrado



Trienio

Nuria Sauch



Año 1822.

Los cimientos en los que se sustenta el poder absoluto en España se tambalean. Una insurrección sin precedentes en la Europa de la Restauración ha puesto en jaque la capacidad de reacción de los absolutistas.

Ha llegado la hora de actuar. El sueño liberal, hecho realidad en enero de 1820 por Rafael del Riego, tiene que ser enterrado con las armas. La guerra entre realistas y liberales estalla en distintas partes de la geografía española. En el epicentro de uno de los escenarios bélicos, entre Cataluña, Valencia y Aragón, se hallan nuestros protagonistas.

El noble Álvaro de Monfort está decidido a desalojar a los liberales del poder intrigando entre bambalinas. En su cometido recibirá el respaldo de intrépidos personajes, como Otto Langellotti, y colaborará con las partidas realistas de la zona, lideradas por cabecillas como José Rambla y Román Chambó. También sufre reveses, pues la llegada de un nuevo criado a su residencia de Valencia, Manuel, traerá consigo toda una serie de infortunios en su entorno más cercano.

Trienio es una novela coral en la que los acontecimientos se agolpan según se va desarrollando la guerra del llamado Trienio Liberal o Constitucional. En ella se entretejen distintas miradas, de liberales y absolutistas, hilvanadas sobre un mundo en descomposición que se resistirá a desaparecer de la mano del movimiento realista, antesala del carlismo. Se inicia un largo camino de desencuentros, revoluciones, pronunciamientos y guerras fratricidas que auparán a un siglo XX dividido y enfrentado, deudor de lo que se desencadenó en esos tres intensos y decisivos años.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Trienio

